ALFONSO GARCIA MORALES

EL ATENEO DE MEXICO (1906-1914)

ORIGENES DE LA CULTURA MEXICANA CONTEMPORANEA

PUBLICACIONES DE LA

ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS
DE SEVILLA

N.º catálogo 363

Las noticias, asertos y opiniones contenidos en este trabajo son de la exclusiva responsabilidad de los autores. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos sólo responde del interés científico de sus publicaciones.

Siguiente

ALFONSO GARCIA MORALES

EL ATENEO DE MEXICO 1906-1914

ORIGENES DE LA CULTURA MEXICANA CONTEMPORANEA

SEVILLA, 1992

Dibujo de la cubierta realizado
por Agustín de la Torre.

© C S I C
ISBN 84-00-07222-7
Depósito Legal SE-203-1992
Impreso en España
Printed in Spain

Imprenta E.E.H.A. — Alfonso XII, 16 — Sevilla

A mis padres.

INDICE GENERAL

Páginas

INTRODUCCIÓN 1

PRIMERA PARTE: Henríquez Ureña en México: de la *Revista Moderna* a la Sociedad de Conferencias 7

Pedro Henríquez Ureña: circunstancia y vocación. «Mi maestro Hostos» 9

Henríquez Ureña y el modernismo: *Ensayos críticos* ... 17

Henríquez Ureña llega a México: la vida literaria 31

Savia Moderna de Alfonso Cravioto 41

La «Protesta Literaria» contra la *Revista Azul* 47

Una «Sociedad de Conferencias» sobre temas modernos. 61

SEGUNDA PARTE: 1908: La vuelta a las humanidades y a la filosofía 69

Un proyecto de conferencias sobre Grecia 71

Pedro Henríquez Ureña orienta a Alfonso Reyes 75

«Nosotros», los jóvenes de Platón 87

Positivismo y política en México 99

Justo Sierra y los jóvenes: la cuestión Barreda y la sucesión presidencial 107

Ariel en México 119

Francisco García Calderón y la juventud mexicana: una labor de mediación de Rodó 133

Páginas

TERCERA PARTE: El Ateneo y la Revolución 147

La agitación prerrevolucionaria y el nacimiento del Ateneo de la Juventud 149

Las conferencias del Centenario: el «credo del Ateneo». 163

La Sociedad de Conferencias de La Habana y otros ecos del Ateneo 175

Los ateneístas ante el estallido de la Revolución 189

El Ateneo en defensa de la Universidad Nacional 195

Vasconcelos, presidente del Ateneo. Del Ateneo de la Juventud al Ateneo de México 207

González Martínez, el poeta del Ateneo 213

El Ateneo crea la Universidad Popular 223

El Ateneo durante la presidencia de Huerta. Ultimas actividades y balance 241

BIBLIOGRAFÍA 263

ANEXO I 287

ANEXO II 293

INTRODUCCION

La vida intelectual de México en el siglo XX comienza con una institución de existencia breve, pero de profunda significación: la Sociedad de Conferencias, más tarde Ateneo de la Juventud y Ateneo de México. En lo fundamental el Ateneo fue obra de un reducido grupo de intelectuales jóvenes que convivió en la capital mexicana entre 1906 y 1914. Coincidió, pues, con la caída de Porfirio Díaz y el comienzo de la Revolución y en él confluyeron las corrientes literarias y filosóficas representativas del cambio de siglo. Las páginas que siguen son una historia intelectual de este grupo: una crónica de su evolución y una interpretación de sus circunstancias y fundamentos ideológicos.

Algunos ateneístas llegaron a ocupar un lugar destacado en las letras o el pensamiento hispanoamericano contemporáneo: Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán o Julio Torri; otros están prácticamente olvidados. Una de las tareas de este estudio es establecer la composición o, mejor, las distintas composiciones del grupo: los nombres y apellidos de sus integrantes, asunto sobre el que se ha ido acumulando bastante confusión. Y paralelamente, seguir su proceso de organización, tanto de organización formal (las distintas instituciones en las que fue tomando cuerpo), como de organización interna (las relaciones, el papel y grado de influencia de sus miembros, lo que verdaderamente ocurriría dentro de él). Mi intención no ha sido estudiar a los ateneístas individualmente, en función de su trascendencia posterior, sino por su actuación en común, mientras permanecieron unidos. Esto mismo me ha llevado a destacar la figura del dominicano Pedro Henríquez Ureña. Su presencia en México entre 1906 y 1914 es la que marca el tiempo de vida del grupo y los límites cronológicos de mi trabajo.

Henríquez Ureña ha quedado como uno de los fundadores de la crítica literaria en Hispanoamérica y como un historiador de su cultura. En vida fue uno de los hombres de mayor influencia directa en los círculos intelectuales de los países por los que fue pasando: en México, también en Cuba o la Argentina. Dentro del Ateneo debe concedérsele un lugar protagonista: fue el centro, la conciencia y el guía. Seleccionó y educó a sus distintos miembros, mientras él mismo se iba educando, un paso adelante de los demás. Y con la misma energía con que programó, impulsó, supervisó y dio publicidad a sus actividades, corrigió lo que le parecían desviaciones. En buena medida el Ateneo fue una realización o, mejor, un sueño suyo.

Esto lo comprenderemos muy pronto, desde los primeros capítulos, dedicados a sus años de formación. Por entonces arraigaron en él al menos dos convicciones que iba a tratar de llevar a la práctica en el Ateneo: creía que el primer deber del intelectual hispanoamericano era la difusión de las ideas modernas, establecer un medio cultural libre de provincianismos y a la altura de su tiempo, del que se beneficiaría la creación. Y veía en el «pequeño grupo intelectual», en la élite activa y bien dirigida, la mejor forma de lograrlo.

La base sobre la que él construyó su «pequeño grupo» en México, la base por tanto del futuro Ateneo, fueron los estudiantes o profesionales recién salidos de las Escuelas de la capital que mostraban cierta vocación literaria, algunos de ellos escritores integrados ya en la burocracia o el periodismo oficial. En el momento de su llegada estos jóvenes se reunían en la *Revista Moderna,* el ya viejo órgano del modernismo mexicano, y en su prolongación juvenil, *Savia Moderna.* El criterio aclaratorio, meramente convencional, empleado por Alfonso Reyes de separar la «generación modernista» de la «ateneísta» y de agruparlas en torno a dos revistas literarias: *Revista Moderna* y *Savia Moderna* respectivamente, ha sido seguido con cierta rutina por bastantes historiadores de la cultura mexicana. Los estudiosos del Ateneo se han dirigido siempre a *Savia Moderna,* pese a que ofrece poco material, pues salió en 1906 y duró sólo unos meses. Por su parte, los interesados en el modernismo se han centrado en la primera época de la *Revista Moderna,* que va de 1898 a 1903. Pero en este año

la *Revista* se reorganizó y siguió saliendo hasta 1911. Durante esta segunda época, apenas estudiada, fue el principal órgano de expresión de los ateneístas y constituye una de las fuentes de información más ricas sobre nuestro tema. Conviene no olvidar que los ateneístas se consideraron herederos del «verdadero modernismo», no del modernismo de escuela, cuya hora acababa de pasar, sino de sus rasgos esenciales: la libertad y la exigencia artística e intelectual.

No es, pues, extraño que Henríquez Ureña dirigiese las primeras actuaciones del grupo a la defensa y difusión del modernismo en su más amplio sentido. Ejemplos de ello fueron los actos en memoria de Gutiérrez Nájera, o la organización de una Sociedad de Conferencias dedicada a temas de arte, literatura y pensamiento moderno. Este interés de los ateneístas por la cultura moderna terminó en «descubrimiento» —seguramente es así como hay que llamarlo— de las humanidades y de la filosofía, que la enseñanza positivista implantada en México medio siglo antes había hecho prácticamente desaparecer. En la segunda parte del trabajo he tratado de reconstruir la forma en que se produjo este proceso: las lecturas, las publicaciones, los actos que el grupo fue realizando, a veces tan sólo proyectando, a finales de 1907 y durante todo 1908, el momento de su mayor cohesión, entusiasmo y actividad. Fue entonces cuando Henríquez Ureña y Alfonso Reyes asumieron el ideal humanista de cultura y educación y la actitud estética «clasicista» que iba a caracterizarlos siempre. Fue también entonces cuando los ateneístas comenzaron a interesarse por los distintos movimientos filosóficos surgidos tras la crisis del positivismo.

Modernismo literario y antipositivismo filosófico eran interpretados por muchos intelectuales de la época como manifestaciones de una misma tendencia histórica general, caracterizada por la vuelta a los valores espirituales y estéticos, a la que se denominó «renacimiento idealista». El símbolo hispanoamericano de esta tendencia fue el libro de José Enrique Rodó *Ariel,* que por los años de formación del Ateneo alcanzó gran difusión. El Ateneo de México fue uno de los medios intelectuales más importantes en los que repercutió *Ariel* y a través de los cuales éste se propagó. Su historia y la historia del arielismo se imbrican. Conocer esta

relación es el mejor medio de empezar a entender la reacción antipositivista del Ateneo, y de entenderla no como fenómno aislado, sino en conexión con el antipositivismo hispanoamericano en su conjunto. Gracias a Rodó, los ateneístas entraron en contacto con uno de los más importantes y olvidados divulgadores del espiritualismo europeo en Hispanoamérica: el escritor peruano Francisco García Calderón, que vivía en París, en contacto directo con los representantes de ese movimiento filosófico. He querido recordar sus obras y la forma en que éstas ayudaron a los jóvenes mexicanos a encaminarse hacia el espiritualismo francés, más concretamente hacia el bergsonismo.

Los ateneístas creían que con ellos se abría una nueva etapa del pensamiento en su país. El positivismo, como forma general de pensamiento, en sus más diversas expresiones, predominó en México, como en el resto de Hispanoamérica, durante la segunda mitad del siglo XIX. Aquí tuvo, además, una especial incidencia en la organización educativa y contó con un pequeño grupo de partidarios del «comtismo ortodoxo». Pero también tuvo unas implicaciones políticas muy complejas, que suelen asociarse con el Ateneo. Desde la Revolución se ha venido identificando al positivismo como la ideología oficial de la dictadura de Porfirio Díaz. Las últimas investigaciones sobre el tema han matizado bastante esta interpretación. Entre otras cosas han demostrado que la identificación entre porfirismo y positivismo se originó en buena medida cuando la facción más fuerte del régimen fue acusada por sus adversarios de «científica» y «positivista». En el lenguaje de la política mexicana el término «positivismo» se vació de contenido filosófico concreto y pasó a ser sinónimo de materialismo, ideología extranjera o corrupción. Tomando pie en estas investigaciones, he tratado de valorar objetivamente la actuación del Ateneo y de demostrar que éste se opuso fundamentalmente a las limitaciones de la educación positivista y, secundariamente, a la anacrónica y poco influyente rama mexicana del comtismo ortodoxo. Su posición llevó a los ateneístas a colaborar con Justo Sierra, figura central de la cultura durante el porfiriato, en cuyos últimos años ocupó el Ministerio de Instrucción e introdujo reformas decisivas en la organización educativa. Esto mismo es una prueba de que la campaña antipositivista del Ateneo no pretendió atacar o socavar

la dictadura, ni fue un anticipo de la Revolución, como muchas veces se ha dicho. Aun cuando después de la caída de Díaz, José Vasconcelos intentase integrar a la institución en el nuevo régimen poniendo en paralelo la «revolución antipositivista» del Ateneo con la «revolución antiporfirista» de Madero.

La última parte del libro es una historia del Ateneo entre 1909 y 1914. La Revolución llevó la inestabilidad y la división a la institución, interfirió sus actividades y determinó, finalmente, su disolución. Durante estos años difíciles, en los que los ateneístas ocuparon posiciones diversas, lo que realmente los mantuvo unidos y activos fue su propósito de defender y continuar la obra educativa de Justo Sierra. Ellos se convirtieron en los principales defensores de la Universidad Nacional, restaurada por Sierra en 1910 y sometida a los vaivenes de la política. Los capítulos finales se ocupan fundamentalmente de dos realizaciones del Ateneo, basadas en proyectos concebidos por Sierra: la creación de la primera Universidad Popular mexicana, para la que los ateneístas, que por un momento trataron de acercarse tímidamente al mundo obrero, tuvieron muy en cuenta las experiencias españolas en este sentido; y la puesta en marcha de una Sección de Humanidades en la Universidad. Esta fue la obra educativa verdaderamente representativa del espíritu del Ateneo, del sueño de los ateneístas de construir, aun en medio de la violencia de la Revolución, su propia «Grecia mexicana».

A lo largo de mi trabajo he tratado de tener siempre en cuenta la bibliografía crítica existente, pero he dado preferencia a la lectura directa de los textos de los ateneístas, a los documentos conservados en archivos públicos y privados de la ciudad de México y a los testimonios de los principales periódicos y revistas de la capital en esos años. Al final se incluyen dos anexos: uno con el «Proyecto de estatutos del Ateneo de la Juventud», otro con el guión de unas conferencias sobre el positivismo de Antonio Caso. No representan, desde luego, un verdadero apéndice documental. Son dos documentos que convenía tener presentes enteros y que, por su relativa extensión, no podía incorporar en el texto o a pie de página como he hecho con algunos otros.

Esta obra no hubiera sido posible sin una beca del Ministerio de Educación y Ciencia español entre 1984 y 1986, y sin la ayuda de la Junta de Andalucía que me permitió trasladarme a México en 1987. Mi recuerdo y mi más profundo agradecimiento al desaparecido Juan Collantes de Terán y a Carmen Mora Valcárcel, profesores de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filología de Sevilla, y a cuantos me acogieron y ayudaron en mi investigación en México. Muy especialmente a Manuel Alcalá, director de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española, a Alicia Reyes, directora de la Capilla Alfonsina, a Jorge Aguilar y a sus amables compañeros del Archivo Histórico de la UNAM, por su interés en mi trabajo; al crítico José Luis Martínez, que me abrió las puertas de su biblioteca, y a la historiadora Gabriela Urquiza, que generosamente compartió conmigo noticias y conocimientos; a Alvaro Matute y a los demás miembros del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, a Aurora Ocampo, por sus orientaciones. Gracias a quienes más de cerca han soportado mi trabajo, a mi familia, a mis amigos, muy especialmente a Luis Gómez Canseco.

Universidad de Sevilla, octubre 1989

PRIMERA PARTE

HENRIQUEZ UREÑA EN MEXICO: DE LA *REVISTA MODERNA* A LA SOCIEDAD DE CONFERENCIAS

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: CIRCUNSTANCIA Y VOCACION. «MI MAESTRO HOSTOS»

Pedro Henríquez Ureña salió de Santo Domingo en 1901, a los dieciséis años. Fue una partida prácticamente definitiva. «Al principio —dice Borges—, engañó su nostalgia de la tierra dominicana suponiéndola una provincia de una patria mayor. Con el tiempo, las verdaderas y secretas afinidades que las regiones del continente le fueron revelando, acabaron por justificar esa hipótesis».[1] América llegó a ser para él una realidad, su verdadera patria; se sintió americano y aun cosmopolita, pero nunca dejó de mirar con preocupado interés hacia su tierra natal. Aparte de alguna visita de días, no volvió hasta 1931, con el encargo de dirigir la enseñanza pública y la intención de establecerse definitivamente. Las circunstancias políticas lo impidieron y al cabo de dos años, profundamente decepcionado, abandonó la isla para siempre. Escribió entonces el ensayo «Ciudadano de América», sobre el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, otro maestro errante, que con el tiempo se le iba revelando como una de las personas que de forma indirecta, pero más decisiva, habían influido en su vida.

Pedro Henríquez Ureña era hijo de Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña. Pertenecía por ambas ramas familiares a círculos muy representativos de la cultura dominicana, y en general hispanoamericana del siglo XIX.[2] Su padre fue un hombre

---

1 BORGES, Jorge Luis: «Pedro Henríquez Ureña», Prólogo a HENRIQUEZ UREÑA,, Pedro: *Obra crítica,* México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pág. VIII.

2 Para conocer el ambiente familiar y los primeros veinticinco años de Pedro Henríquez Ureña existe una primera fuente fundamental: las «Memorias» que él mismo escribió en 1908. Alfredo A. Roggiano, en su libro *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos* (México, Cultura, 1961) dio noticia de ellas y utilizó la parte referente a la primera estancia de Henríquez Ureña en ese país, entre 1901 y 1904. El mismo Roggiano, con el título de «Las *Memorias* de Pedro Henríquez Ureña» (*Revista Iberoamericana,* vol. LIV, núm. 142, enero-marzo, 1988,

de extensa ilustración: doctor en medicina por la Sorbona, escritor y político, llegó a ministro de Relaciones Exteriores y presidente de la República.

> «De 1810 a 1880 —escribió Pedro Henríquez Ureña— cada criollo distinguido es triple: hombre de Estado, hombre de profesión, hombre de letras. Y a esos hombres múltiples debemos la mayor parte de nuestras cosas mejores. Después la política ha ido pasando a manos de especialistas: nada hemos ganado; antes hemos perdido. Y hacia 1890 reaparecen los escritores puros: con ellos la literatura no ha perdido en calidades externas, pero sí a veces en pulso vital». [3]

Durante su juventud Henríquez y Carvajal fue uno de los miembros más activos de la «Sociedad de Amigos del País». [4] En el edificio de la Sociedad figuraba como lema «La fe en el por-

---

págs. 331-357), acaba de publicar sus recuerdos hasta 1901. Y promete completar las entregas con una última dedicada a parte de la estancia de Henríquez Ureña en México, entre 1906 y 1909. Hasta ahora la fuente más utilizada era HENRIQUEZ UREÑA, Max: «Hermano y maestro (Recuerdos de infancia y juventud)», prólogo a HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *Antología,* Ciudad Trujillo, Librería Dominicana, 1950, págs. X-L. De ella parten la mayoría de los estudios biográficos que se le han dedicado, entre los que de momento conviene citar, por su carácter general, los siguientes: LARA, Juan Jacobo de: *Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra,* Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1975; CARILLA, Emilio: «Una biografía: Pedro Henríquez Ureña», en *Pedro Henríquez Ureña (Tres estudios),* Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, s. a., págs. 8-28; RAMA, Angel y GUTIERREZ GIRARDOT, Rafael: «Cronología», en HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *La utopía de América,* Caracas, Ayacucho, 1978, págs. 474-563.

Estando este libro en prensa me llega la noticia de que se ha publicado la esperada obra de Alfredo A. Roggiano *Pedro Henríquez Ureña en México* (México, UNAM, 1989), en la que se aporta gran cantidad de material procedente, al parecer, del archivo del mismo Henríquez Ureña.

3 «Enriquillo», en *Obras completas,* Tomo VII, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1977, pág. VII, págs. 11-12. Esta edición a cargo de Juan Jacobo de Lara, aunque con lagunas y fallos, es el único intento que se ha hecho de publicar toda la obra dispersa de Henríquez Ureña. En adelante citaremos por ella, utilizando la abreviatura *OC.* Cuando no lo hagamos así es porque el trabajo en cuestión no aparece en ellas. Sigue siendo fundamental la ya citada antología *Obra crítica,* donde aparece la imprescindible «Crono-bibliografía de Pedro Henríquez Ureña», de Emma Speratti Piñero (páginas 753-796).

4 La Sociedad se fundó en principio como instrumento político contra los partidarios de la anexión a los Estados Unidos, encauzándose después a fines propiamente culturales. Cfr. HOETINK, H.: *El pueblo dominicano 1850-1900. Apuntes para una sociología histórica,* Santiago, R. D., Universidad Católica Madre y Maestra, 1971, págs. 245-246, y en general todo el libro, que presenta un panorama completísimo de la isla en este período.

venir», composición de la poetisa Salomé Ureña, a quien Menéndez Pelayo consideraba una de las fundadoras de la poesía dominicana. [5] En sus versos sí se deja sentir con fuerza el «pulso vital» que caracteriza buena parte de la literatura decimonónica hispanoamericana, tan arraigada en la realidad política de las nuevas naciones. Pero su patriotismo se dirige más que a cantar la independencia, la naturaleza o la tradición nacional, a afirmar los anhelos constructivos de paz, de educación y progreso. Ella es «la sacerdotisa del verdadero patriotismo», al decir de Eugenio María de Hostos, la figura destinada a encauzar y llevar a la práctica el entusiasmo civilizador de los Amigos del País. [6]

Hostos llegó a Santo Domingo en 1879, invitado por el presidente Gregorio Luperón para organizar la enseñanza pública según criterios modernos. Tenía cuarenta años y una reputación de incansable luchador por la independencia de Puerto Rico, al que soñaba ver formando parte de una Confederación Antillana, junto a Cuba y Santo Domingo. Se había educado en España, donde fue discípulo del introductor del krausismo, Julián Sanz del Río. Como tantos de sus compañeros, no tardó en interesarse por el positivismo, del que aceptó la fe en las ciencias de la naturaleza y la esperanza de una ciencia de la sociedad, pero conservando de su formación primera algunos principios básicos y ciertas actitudes, que aunque generales y vagas, fueron realmente definidoras de su carácter y de su actuación.

Es de raíz krausista su confianza en la razón. Sobre ella fundamenta su ética: la moral nace del reconocimiento del deber por la razón; el hombre es más hombre cuanto más hace lo que debe; quien logra vivir según los dictados de su razón es el «hombre completo». Y su doctrina pedagógica: educar la razón según la ley de la razón. Desde su juventud Hostos dio a su existencia un sentido agonista. «¿Es aún tiempo para ser hombre?», se pregunta

---

5 Cfr. MENENDEZ PELAYO, Marcelino: *Historia de la poesía hispanoamericana*, en *Obras completas*, Tomo XXVII, Santander, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Aldus, 1958, págs. 306-307. El propio Pedro Henríquez Ureña escribió una sustanciosa nota sobre su madre: «Salomé Ureña de Henríquez» (en *OC, IV*, págs. 367-370).

6 La frase de Hostos se encuentra en su ensayo «Salomé Ureña de Henríquez», *Obras completas*, Tomo XI, La Habana, La Cultural, 1939, pág. 241.

en su *Diario* en 1866.[7] La lucha por la independencia de su patria que por entonces emprende es parte de un proyecto moral. Como José Martí, otro idealista práctico, al que le unen circunstancia y formación, bien pudo decir que la libertad política no subsiste «mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos».[8] Liberar Puerto Rico es sólo su objetivo inmediato, sus aspiraciones descansan en la redención del hombre por la Ley de la Razón: «el Ideal de la Humanidad», la utopía de su maestro Sanz del Río.

> «Su ansia de justicia y libertad, ansia humana, casi física, ansia de hijo de Puerto Rico —dice Henríquez Ureña en «Ciudadano de América»—, se convierte en pensamiento cuyo norte es el bien de los hombres, se hace 'trascendental', como gustaban decir sus amigos los krausistas. Vive desde entonces entregado a su meditación filosófica y a su acción humanitaria, embriagado de razón y de moral. Su carácter se define: estoico, según la tradición de la estirpe; severo, puro y ardiente; sin mancha y sin desmayos».[9]

Después de la revolución española del 68 y tras comprobar decepcionado que el nuevo gobierno no da una solución al problema antillano, rompe con la metrópoli. Comienza entonces una «peregrinación», como él la llama, por toda América, recabando ayuda para su causa y trabajando por el progreso y la educación de los países en los que se detiene. Cuando se establece en Santo Domingo acaba de terminar en Cuba la Guerra de los Diez Años con la derrota de los insurgentes. No desfallece y decide hacer de la misión educativa que se le ha encomendado un instrumento de su causa. Quiere que la Escuela Normal que funda en 1880 se convierta en el centro civilizador de la única Antilla libre, en el «alma mater» del antillanismo, de donde salgan maestros que for-

---

7 *Diario*, en *Obras completas*, ed. cit., Tomo I, pág. 24.

8 MARTI, José: «Prólogo al *Poema del Niágara* de Juan Antonio Pérez Bonalde», en *Obras completas*, Tomo VII, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pág. 230.

9 «Ciudadano de América», *OC* VII, pág. 32.

men ciudadanos para la futura confederación. Adopta las ciencias positivas como base de los programas de enseñanza y elige el profesorado entre los jóvenes de la Sociedad de Amigos del País. Ellos forman el núcleo verdaderamente activo de sus adeptos, que pronto comienzan a ser conocidos en la isla como los «normalistas». Entre los más devotos está el matrimonio Henríquez Ureña. En el mismo año de 1880, Francisco Henríquez y Carvajal crea la Escuela Preparatoria, ajustada al plan pedagógico de Hostos, con el objeto de formar alumnos capacitados para seguir los cursos de la Normal. [10] Y al año siguiente, su mujer funda el Instituto de Señoritas, con el mismo programa de la Normal, dando por primera vez en el país instrucción superior a la mujer. En 1884 sale la primera promoción de maestros normales. Con ocasión de su investidura, Hostos pronuncia el sermón laico titulado «El propósito de la Normal», que Pedro Henríquez Ureña tuvo como la mejor expresión del pensamiento moral independiente en Hispanoamérica: en él declara sus principios éticos y su fe en la enseñanza como el principal factor de reforma espiritual y social. [11]

El sistema de educación racional y laica promovido por Hostos encontró la lógica oposición de la Iglesia, dueña de los centros tradicionales de enseñanza, aunque hubo representantes de ella que llegaron a transigir y hasta adoptar algunas de sus novedades. [12] Hostos tuvo un enemigo mucho más temible en Ulises Hereaux, que desde 1880 había sustituido a su protector Luperón como hombre fuerte del país. Los normalistas mantuvieron una actitud crítica ante sus métodos tiránicos y cuando en 1888 se consolidó en el poder, Hostos decidió aceptar una oferta del gobierno de

---

10 Cfr. HENRIQUEZ Y CARVAJAL, Francisco: «Eugenio María de Hostos», en HOSTOS, Eugenio Carlos (ed.): *Hostos, hispanoamericanista,* Madrid, Imprenta Juan Bravo, 1952, págs. 69-74. También la sección «Hostos en Santo Domingo», en HOSTOS, Eugenio Carlos (ed.): *Hostos, peregrino del ideal,* París, Ediciones Literarias y Artísticas, 1954, págs. 285-341, donde se recogen semblanzas y recuerdos sobre el personaje de Federico Henríquez y Carvajal, Pedro Troncoso Sánchez, Emilio Rodríguez Demorizi, etc.

11 Cfr. HOSTOS, Eugenio María: «El propósito de la Normal», en *Obras completas,* ed cit., Tomo I, págs. 128-153; HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: «Ciudadano de América», en *OC,* VII, pág. 37.

12 Fue el caso del primer opositor de Hostos, el Padre Francisco Xavier Billini y Hernández, director del Colegio San Luis Gonzaga. Cfr. RODRIGUEZ DEMORICI, Emilio: «El Padre Billini y Eugenio María de Hostos», en *Hostos, hispanoamericanista,* ed. cit., págs. 85-93.

Chile para trabajar allí en la reforma de la enseñanza. Durante su ausencia y pese al hostigamietno del gobierno, sus discípulos lograron mantener viva su labor.

La revolución que en 1899 puso fin a la vida y al régimen de Hereaux, llevó al poder, aunque por poco tiempo, a colaboradores o simpatizantes de Hostos. Entre ellos a Francisco Henríquez y Carvajal, que ocupó el ministerio de Asuntos Exteriores. «Allí estaban todos sus discípulos —dice Max Henríquez Ureña—, unos en el Congreso, otros en la prensa y en la escuela, otros en diferentes cargos públicos. Todos lo llamaban».[13] Hacía dos años que el «Maestro» se encontraba en Puerto Rico, luchando inútilmente contra la ocupación norteamericana. Profundamente abatido, volvió en 1900 a hacerse cargo de la educación pública dominicana, la labor que más satisfacciones le había dado. Pedro Henríquez Ureña asistió a algunas de sus clases en la Escuela Normal. «Lo conocí entonces —recordó años después—: tenía un aire triste, definitivamente triste. Trabajaba sin descanso, según su costumbre. Sobrevinieron trastornos políticos, tomó el país aspecto caótico, y Hostos murió de enfermedad brevísima, al parecer ligera. Murió de asfixia moral».[14] En él se repite la tragedia del hombre que quiere vivir conforme a la razón y todo lo juzga bajo la exigencia de este ideal. El entusiasmo y la decepción lo dominaron en la misma medida.

Pedro Henríquez Ureña dedicó a Hostos una atención constante, cada vez más comprensiva y llena de admiración. Ya en su tesis de licenciatura, presentada en 1914 en México, donde lo dio a conocer, lo llama, y puede que sea la única vez que llama así a alguien, «mi maestro Hostos».[15] Aunque apenas lo trató personalmente y aunque no cabe duda que hubiera negado tener influencias concretas del krausopositivismo, Hostos fue su maestro en un sentido más esencial y decisivo. Pertenecía al linaje de intelectuales que consideraba como los verdaderos representantes del

---

13 «Actividad e influencia de Hostos en Santo Domingo», en HOSTOS, Eugenio Carlos (ed.): *Hostos, hispanoamericanista*, ed. cit., pág. 82.

14 «Ciudadano de América», en *OC* VII, pág. 35.

15 «La Universidad. Tesis para obtener el título de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad de México en 1914», en *OC* II, pág. 339.

espíritu hispanoamericano, con los que él fue sintiéndose progresivamente más identificado. Al final de su vida, en *Las corrientes literarias en la América Hispánica* lo situó en el «período de organización», que va de 1860 a 1890, junto a Juan Montalvo, Manuel González Prada, la misma Salomé Ureña, Justo Sierra, Enrique José Varona y, finalmente, José Martí, que cierra esta época y abre otra.

> «... luchadores y constructores, herederos de Bello y de Heredia, de Sarmiento y de Mitre, que solían ver en la literatura una parte de su servicio público (...). Apóstoles, al decir de sus discípulos y admiradores, consagraron un verdadero celo apostólico a la defensa de la libertad y a la difusión de la verdad. Con frecuencia fueron perseguidos por los enemigos de la 'dulzura' y la 'luz', pero los mantuvo la fe de sus muchos seguidores». [16]

Todos ellos se comprometieron en la lucha por la «civilización» de Hispanoamérica, por la incorporación de ésta a la marcha del progreso, venciendo las dificultades del medio, las ideas heredadas y el aislamiento, y confiaron en la educación como el único modo de lograrlo. Las necesidades de sus países les obligaron a asumir múltiples tareas, a cargar sobre sus hombros el trabajo de muchos.

En su trabajo juvenil «Vida intelectual de Santo Domingo», Henríquez Ureña sitúa la presencia de Hostos en la isla durante el «período de lucha por las ideas nuevas»: «En las normas filosóficas y en el orden pedagógico, el espíritu tradicional reinó hasta la década de 1870 a 1880 (...). La lucha entre este espíritu y el nuevo estalló desde 1880». [17] Hostos fue aquí la encarnación del ideal civilizador, del espíritu nuevo, capaz de elevar al país al

---

16 *OC* X, pág. 195. «Hombres magistrales como Sarmiento, como Alberdi, como Bello, como Hostos, son verdaderos creadores o salvadores de pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia. Hombres así, obligados a crear hasta sus instrumentos de trabajo, en lugares donde a veces la actividad económica estaba reducida al mínimo de la actividad patriarcal, son los verdaderos representativos de nuestro espíritu. Tenemos la costumbre de exigir, hasta al escritor de gabinete, la aptitud magistral: porque la tuvo, fue representativo José Enrique Rodó» («La utopía de América», en *OC* V, 237-238).

17 *OC* II, pág. 95.

nivel de los tiempos. Su lema «civilización o muerte» resumía para los círculos progresistas dominicanos las mismas esperanzas y los mismos temores que la «civilización y barbarie» del argentino Domingo Faustino Sarmiento. El drama fue el mismo, sentido con idéntica pasión; «sólo el escenario —diría Pedro Henríquez Ureña— era pequeño». [18]

Henríquez Ureña vio de cerca el ejemplo de Hostos; la figura de Sarmiento la comprendió más tarde, tal vez en sus años finales en la Argentina. Uno de sus últimos trabajos está dedicado a él: «Educar fue pasión suya, la más temprana, educarse a sí mismo y educar al pueblo». [19] Y por poco que se penetre en su vida, se vez que toda ella fue también una lucha, a menudo dolorosa, por la educación propia y de América.

18 «Ciudadano de América», *OC* VII, pág. 34.
19 *Las corrientes literarias en la América Hispánica,* en *OC* X, pág. 173.

HENRIQUEZ UREÑA Y EL MODERNISMO: *ENSAYOS CRITICOS*

Durante la tiranía de Hereaux y en ausencia de Hostos, Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña decidieron formar a sus tres hijos mayores, Francisco, Pedro y Max, en el espíritu de fervor científico y patriótico del normalismo. «Estudiábamos los tres en la propia casa —recuerda Max—, bajo la dirección de nuestros padres, que deseaban ser nuestros propios maestros».[1] Muy pronto reveló Pedro una extraordinaria aptitud para el estudio. Apenas había cumplido seis años, cuando su madre le dedicó un poema significativo:

«Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.

¡Si lo vierais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.

1 «Hermano y maestro», ed. cit., pág. XIII.

Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de un caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga». [2]

Todos sus sueños de educadora, de creyente en el progreso y de patriota se encarnaban en el hijo, promesa segura de hombre de letras, representante del heroísmo moderno. El mismo Pedro Henríquez Ureña habló en uno de sus primeros artículos del joven Goethe como modelo de «la transformación del héroe antiguo, el de la guerra y de la acción, en el nuevo héroe de la inteligencia y del trabajo civilizador», [3] aquello a lo que él parecía destinado.

En 1895 una enfermedad incurable contraída por la madre y las obligaciones profesionales del padre hicieron imposible continuar las clases en casa y los tres hermanos ingresaron en el Liceo Dominicano, que acababa de abrir en la capital Emilio Prud'homme, opositor de Hereaux, miembro de la Sociedad de Amigos del País y antiguo profesor de la Normal, de la Preparatoria y del Instituto de Señoritas: «... ir a la escuela de Prud'homme, que tan identificado estaba con nuestros mayores, era más o menos igual que seguir los estudios en nuestra propia casa». [4] Allí estudió Pedro Henríquez Ureña el bachillerato, siguiendo el plan de Hostos, de inspiración comteana, por el que el alumno recorría, peldaño a peldaño, una escala que iba de la matemática abstracta a la sociología. Pero sus aficiones lo llevaban a la literatura:

> «... lo que vino a decidirme francamente por la literatura —escribió en sus memorias— fue el asistir a la velada solemne que celebró la antigua Sociedad 'Amigos del País', en mayo de 1886, al cumplir veinticinco años de fundada: de esta Sociedad habían sido fundadores mis padres y varios de sus amigos, y en aquella velada dijo un discurso Prud'homme, leyeron trabajos en prosa Leonor Feltz y Luisa Ozema Perellano, maestras educadas en el Instituto de mi madre; se recitaron versos de José

2 UREÑA DE HENRIQUEZ, Salomé: «Mi Pedro», en *Páginas íntimas, Poesías completas*, Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1950, págs. 105-107.
3 «Marginalia», en *OC*, II, pág. 51.
4 HENRIQUEZ UREÑA, Max: «Hermano y maestro», ed. cit., pág. XVII.

Joaquín Pérez (...), leyó mi padre la poesía 'La fe en el porvenir', que mi madre había dedicado en 1877 a aquella Sociedad, y dijo algunas palabras breves contando la historia de esa poesía, que los entonces juveniles 'Amigos del País' recibieron como una consagración. Había yo ignorado hasta entonces el poder de la palabra y la magia del verso. Pero a partir de ese momento, la literatura, sobre todo la poesía, fue mi afición favorita».[5]

Descubrió entonces que su madre era una «poetisa afamada» y en el círculo familiar y de amigos puso en marcha sus primeras empresas literarias. Junto a su hermano Max formó varias antologías de poesía antillana, continuando lo que sobre ella hizo Menéndez Pelayo en su *Antología de poetas hispanoamericanos;* redactó un periódico titulado *Patria:* unas pocas páginas semanales con varios poemas o artículos escritos a mano; y fundó la «Sociedad Siglo Veinte», a imitación de la de sus padres, que llegó a dar cuatro o cinco veladas.[6] Pero no fue un tiempo totalmente apacible: la persecución política obligó varias veces a su familia a refugiarse en Haití; su madre murió en 1897. La incertidumbre y el abatimiento lo inclinaron aún más al refugio de las letras.

Tras la violenta destitución de Hereaux y la entrada de su padre en el nuevo gobierno, siguió un período de tranquilidad. Durante el año de 1900 frecuentó regularmente la tertulia que se reunía en casa de Clementina y Leonor Feltz. Esta última era la discípula predilecta de su madre y una excelente conocedora de la nueva literatura europea y americana; con el tiempo llegó a ser considerada la mujer más ilustrada de Santo Domingo. «La casa de las Feltz (que después alguien llamó *Salón Goncourt,* y a sus dueñas *hermanas Goncourt)* se convirtió en centro diario de reunión intelectual».[7] La mayoría de los contertulios eran discípulos de Hostos, maestros salidos de la Normal o del Instituto de Señoritas. En el apartado y agitado Santo Domingo repetían formas del antiguo «salón» europeo: la lectura y la conversación literaria, filosófica o crítica; el prominente papel de las mujeres, particularmente de la señora de la casa, la estrella más brillante de la

5 «Autobiografía», en ROGGIANO, Alfredo A.: «art. cit.», pág. 341.
6 *Ibidem,* págs. 341-343.
7 *Ibidem,* pág. 355.

reunión.[8] Hostos, que acababa de regresar a la isla y que por sus muchos viajes podía juzgarla en el contexto americano, se sorprendía del número y entusiasmo de sus sociedades culturales y tertulias: «... cómo han podido nacer, crecer y mantenerse esas asociaciones (...) en un medio social tan débil y un medio político tan violento»; «aquel pobre país (...) tiene un espíritu de asociación que ha sobrevivido a todas las coacciones».[9] Veremos hasta qué punto Pedro Henríquez Ureña encarnó este «espíritu de asociación», convencido de la eficacia del trabajo intelectual en grupos pequeños y activos, bien seleccionados y dirigidos. En 1909, y mientras hacía realidad esta idea en México, le dedicó a Leonor Feltz su segundo libro:

> «Max y yo apenas habíamos salido de la adolescencia, y vos, con diez o doce años más, con vuestra perspicacia y vuestro saber y vuestro refinamiento, marchabais ya segura en las regiones del pensamiento y del arte. ¿Vuestro amor a la solidez intelectual, vuestro don de psicología, vuestro gusto por el buen estilo no habían de orientar nuestras aficiones? (...). ¡Qué multitud de libros recorrimos durante el año que concurrí a vuestra casa, y, sobre todo, qué río de comentarios fluyó entonces!».[10]

Estas palabras son un reconocimiento a la «buena orientación», en la que Henríquez Ureña vio siempre la clave de la formación y el deber de la crítica y la enseñanza literaria. Bajo la influencia de Leonor Feltz recorrió diversas épocas y autores, fundamentalmente el último medio siglo y los nuevos escritores americanos:

> «... el *Ariel* de José Enrique Rodó nos hizo gustar del nuevo estilo castellano, y leímos también las impecables páginas de Díaz Rodríguez, la prosa vívida de Zumeta y otras páginas de autores

8 Sobre las formas de asociación de los intelectuales y artistas, y en especial sobre los «salones», pueden verse en las reflexiones de MANNHEIM, Karl: *Ensayos de sociología de la cultura*, Madrid, Aguilar, 1957, págs. 194-198.

9 «Quisqueya, su sociedad y algunos de sus hijos», en RODRIGUEZ DEMORIZI, Emilio (ed.): *Hostos en Santo Domingo*, Tomo I, Ciudad Trujillo, J. R. Vda. García, 1939, pág. 277.

10 «A Leonor M. Feltz, en Santo Domingo», en *Horas de estudios, Obra crítica*, ed. cit., pág. 50.

jóvenes de América; leíamos a D'Annunzio, en las traducciones francesas de Georges Herelle; releímos Shakespeare, en la traducción castellana de MacPherson; recorrimos diversas épocas del teatro español (...); y leímos también las novelas de Tolstoi y de autores franceses. Estas lecturas no siempre se hacían en compañía; las novelas, en realidad, siempre las leía cada quien solo; pero diariamente se comentaban obras nuevas». [11]

No es extraño que estos normalistas se sintieran identificados, en términos generales, con el mensaje moral que Rodó acababa de exponer en su «sermón laico» *Ariel* (1900), sobre el que volveremos más detenidamente. Al menos, con sus ideas sobre la educación integral del hombre o sobre la necesidad de los valores espirituales y estéticos en medio del utilitarismo moderno. Y sobre todo, pues les tocaba muy de cerca, con su visión de Norteamérica como representante del materialismo y la democracia mal entendida. Enrique Deschamps, maestro educado en la Normal, periodista y habitual de la tertulia de las Feltz, decidió publicar el libro en su *Revista Literaria*. Salió en 1901; era la tercera edición, la primera fuera del Uruguay, y también el primer testimonio del fenómeno «arielista». [12]

Pero lo que vino a dar el carácter a las reuniones y lecturas en casa de las Feltz fue el descubrimiento del teatro de Ibsen. Sus personajes fueron para Henríquez Ureña una revelación de la vida moderna. «Esta clase de humanidad era la que me parecía conocer, y no me explicaba entonces cómo habría quien encontrase raros estos dramas: ¡cuando yo conocía más de una Elena Alving

11 «Autobiografía», ed. cit., pág. 355.

12 Sobre la difusión y recepción de *Ariel* pueden citarse dos estudios generales, que trataremos de matizar en lo referente a las Antillas, Perú y sobre todo México: REAL DE AZUA, Carlos: «Introducción a Ariel», en RODO, José Enrique: *Ariel. Motivos de Proteo*, Caracas, Ayacucho, 1976, págs. XX-XXXI y XXXIII-XXXIV; y LE GONIDEC, Bernard: «Diffusion et réception critique de *Ariel* de J. E. Rodó, entre 1900 et 1903», en *Etudes Hispaniques et Hispano-Americaines XIV, Presse et société*, Travaux de l'Université de Haute Bretagne, Rrennes, Centre d'études hispaniques, hispano-américaines et luso-brésiliennes, 1979, páginas 5-37. Para el caso concreto del que nos ocupamos, véase JAIME JULIA, Julio (ed.): *Rodó y Santo Domingo. Recopilación*, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 1971, en el que pueden encontrarse bastantes datos. Se trata de una colección de artículos de intelectuales dominicanos sobre Rodó, fundamentalmente de intelectuales contemporáneos y conocidos suyos, de algunos de los cuales se recogen cartas.

—más de una mujer superior— veía a otras muchas en situación de Nora y presumía a las semejantes a Hedda Gabler! En realidad, yo había tratado casi siempre con mujeres de excepción; en mi país, sobre todo, había tratado de conocer a todas las mujeres superiores; ya sabía que había una multitud de gentes vulgares (...), pero mi mundo, mis gentes, eran así del temple de los personajes de Ibsen». [13] Siempre que pudo permanecer entre ese tipo de gente, en un mundo exclusivamente intelectual, fue feliz. 1900 quedó en su memoria como un año intenso y decisivo, un tiempo de continua lectura, de orientación definitiva hacia la literatura moderna.

En febrero de 1901, Francisco Henríquez y Carvajal tuvo que realizar un viaje oficial a los Estados Unidos y decidió llevarse a sus dos hijos mayores, que acababan de terminar el bachillerato, para que pasaran algún tiempo estudiando en Nueva York. A los pocos meses se les unió Max. Pedro había llegado cargado de prejuicios:

> «... mis impresiones se atropellaban un poco y yo las veía todas a través del prejuicio antiyankee que el *Ariel* de Rodó había reforzado en mí, gracias a su prestigio literario; no fue sino mucho después, al cabo de un año, cuando comencé a penetrar en la verdadera vida americana y a estimarla en su valor». [14]

Reconoce que, pese a sus defectos, los Estados Unidos es el primer país en cuya vida intelectual, y también diaria, ve realizadas las virtudes de la civilización moderna. «Doy gracias a los dioses porque me lo hayan permitido —le escribe algunos años después a Alfonso Reyes—. De no ser así, tendría los residuos salvajes que perduran en la mayoría de los 'intelectuales' formados en nuestra América (...). No es lo mismo vislumbrar la civilización a través de los libros que verla en los pueblos». [15] Lo que sentía como

---

13 «Autobiografía», ed. cit., pág. 355.

14 *Ibidem*, pág. 8.

15 «Henríquez Ureña a Reyes. 3-2-1908», en REYES, Alfonso y HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *Correspondencia (1907-1914)*, ed. de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pág. 81. Existe una edición anterior, que abarca el epistolario completo de ambos escritores entre 1907 y 1946. HENRIQUEZ UREÑA, Pedro y REYES, Alfonso: *Epistolario íntimo*, vols. I-III, ed. de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña,

excepción o simple carencia y por lo que luchaba en su propia tierra, lo vive allí.

Durante un año más pudo seguir llevando una vida exclusivamente intelectual. En los escenarios neoyorquinos descubrió la música, la ópera y el teatro, que dan tema a muchos de sus artículos juveniles,[16] y en las bibliotecas, la literatura en lengua inglesa, afición que conservó siempre. Sus preferencias se dirigían a los escritores victorianos, en especial a los grandes críticos creadores: Matthew Arnold, John Ruskin, Walter Pater y Oscar Wilde. Pronto lo veremos dándolos a conocer «en los centros intelectuales ministrados por París, arbiter elegantiarum de los pueblos llamados latinos»,[17] y tratando de corregir en los escritores y críticos hispánicos su exclusiva formación francesa. Nueva York (y no París) fue para él el meridiano de la cultura moderna.

En mayo de 1902 su situación cambió bruscamente. Un golpe de estado en Santo Domingo obligó a su padre a exiliarse en Cuba, y los tres hermanos se quedaron sin ingresos. «Teníamos todavía algún dinero que nos permitía seguir viviendo en Nueva York hasta bien entrado el año de 1903, pero debíamos pensar en cambiar de vida, pues ya no nos podríamos dedicar al estudio».[18] Pedro comenzó a trabajar en una compañía comercial. Este ya no era el ambiente de cultura en que había crecido y siempre lo recordó con amargura: «... aquel trabajo duro y los pequeños golpes de antipatía contra quienes, como yo, llevan en su tipo físico la declaración de pertenecer a pueblos y razas extraños e '¡inferiores!'».[19] Desde entonces y durante años tuvo que vivir de trabajos modestos, salvando para su vocación tan sólo unas horas,

---

1981-1983. Esta edición se basa en el archivo de Henríquez Ureña, la edición mexicana la completa con las del archivo de Reyes y está bastante más cuidada. Por tanto, cada vez que citemos una carta cruzada entre ambos en el período de 1907 a 1914, lo haremos por la edición mexicana, a la que nombraremos simplemente como *Correspondencia*. Acudiremos a la edición dominicana para cartas de otras fechas o para aprovechar algunas de las útiles notas de Max Henríquez Ureña que se incluyen en ella.

16 Henríquez Ureña da abundantísima información sobre ello en sus *Memorias*, en ROGGIANO, Alfredo A.: *ob. cit.*, págs. XIII-XXIII.

17 HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: «Tres escritores ingleses», en *OC* I, pág. 233.

18 HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *Memorias*, en ROGGIANO, Alfredo A.: *ob. cit.*, pág. XXIV.

19 «Henríquez Ureña a Reyes. 13-3-1908», *Correspondencia*, pág. 111.

«las horas de estudio» que dan título a su segundo libro: «Antes tuve para el estudio todas las horas; hoy sólo puedo salvar para él unas cuantas, las horas tranquilas, los días serenos y claros, los días alcióneos». [20]

Durante su permanencia en Nueva York, Henríquez Ureña escribió sobre todo poesía, ensayando algunas de las novedades modernistas que tan débil eco habían tenido en Santo Domingo. [21] Pero no era verdadero poeta y su afición fue disipándose poco a poco a favor de la prosa, camino que emprendió decididamente desde 1904, en que él y sus hermanos se trasladaron temporalmente a Cuba.

Desde La Habana codirigió la revista *Cuba literaria,* que Max fundó en Santiago, y envió colaboraciones a diversas publicaciones de Santo Domingo. En ellas comenzó a darse a conocer como crítico cultural. A finales de 1905 recogió algunos artículos en un libro titulado *Ensayos críticos*. Sus temas son todos modernos: la «música nueva» (Richard Wagner, Richard Strauss y la reciente ópera italiana); los sistemas sociológicos de Hostos y de Enrique Lluria; la poesía de D'Annunzio, el teatro de Oscar Wilde, de Arthur Wing Pinero y de Bernard Shaw. Hay tres estudios sobre la nueva literatura hispanoamericana, en los que conviene detenerse: «El modernismo en la poesía cubana», «Rubén Darío» y «Ariel». En ellos se define la postura de Henríquez Ureña ante el movimiento modernista y aparecen algunas características de su crítica.

Henríquez Ureña advirtió «la extraña y casi total desaparición del estilo modernista en la poesía cubana», [22] lo que la dejaba rezagada de la del resto de Hispanoamérica. La isla había pasado una etapa de graves conflictos. La guerra contra España, el exilio de los independentistas y la ocupación norteamericana impidieron cualquier labor intelectual profunda y continuada. La muerte, entre otros, de Julián del Casal y de José Martí, iniciadores del moder-

---

20 HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: «A Leonor M. Feltz, en Santo Domingo», en *Horas de estudios, Obra crítica,* ed. cit., pág. 51.

21 Los poesías de Henríquez Ureña han sido recogidas en sus *OC* I, páginas 17-62. Cfr. HENRIQUEZ UREÑA, Max: *Breve historia del modernismo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1978, págs. 450-451; y LARA, Juan Jacobo de: *ob. cit.,* págs. 94-108.

22 «El modernismo en la poesía cubana», en *OC* I, pág. 164.

nismo, entorpecieron el normal desarrollo de este movimiento. La poesía cubana del momento mostraba poca vitalidad y seguía atada a formas superadas en todo el ámbito hispánico. Era preciso, indicaba Henríquez Ureña, que los poetas jóvenes de Cuba pasaran por el modernismo, etapa «importante y necesaria de nuestra evolución artística». [23]

Henríquez Ureña comprendió desde su último año en Santo Domingo y cada vez con más claridad, que el modernismo había iniciado una transformación de gran alcance. Al liberar en profundidad el lenguaje literario, le dio a Hispanoamérica, acaso involuntariamente, la «independencia literaria» que habían ambicionado sus escritores desde 1810; una literatura propia, pero no extraña a la del resto de Occidente, original y a la altura de su tiempo. Veremos que para Henríquez Ureña la «libertad en el arte» era el verdadero logro del modernismo, lo que de él había que defender y desarrollar. Y junto a la libertad y como condición previa de ésta, el rigor. El modernismo fue esencialmente heredero del romanticismo, que proclamó la libertad en el arte; pero, al mismo tiempo, reaccionó contra las formas superficiales o descuidadas en que el romanticismo hispánico había solido expresar esa libertad. «En América —le escribirá Henríquez Ureña a Alfonso Reyes en 1913— hacen mucho daño las escuelas descuidadas, como el romanticismo: en ellas todo se vuelve ripio, y no sobreviven para las antologías sino unas pocas cosas (...). Somos pueblos ignorantes y necesitamos escuelas sabias y exigentes que nos obliguen a aprender». [24] De ahí su consejo a los escritores cubanos para que aprovechasen las lecciones del modernismo, de un «modernismo americano —termina el artículo— bien entendido, que me figuro tiende a transfigurarse en una literatura plena y vigorosamente humana». [25]

Desde comienzos de siglo el modernismo iba despojándose del esteticismo que había predominado en sus primeros años, y en *Cantos de vida y esperanza* (1905) el genio sintético de Rubén Darío confirmó la tendencia. Henríquez Ureña lo saludó inme-

---

23 *Ibídem*, pág. 164.
24 «Henríquez Ureña a Reyes. 29-10-1913», en *Correspondencia*, págs. 228-229.
25 *Ibídem*, pág. 170.

diatamente, en un artículo entusiasta que quería ser una continuación a lo que «José Enrique Rodó dijo en su admirable crítica de *Prosas profanas,* guía casi imprescindible para el estudio de Rubén Darío de hasta ayer».[26] Destaca en Darío su carácter afirmativo:

> «Rubén Darío es un renovador, no un destructor. Los principiantes, como es regla, le imitaron principalmente en lo desusado, en lo anárquico. El, por su propia vía, ha ido alejándose cada vez más de la turba de secuaces, impotentes para seguirle en sus peregrinaciones a la región donde el arte deja de ser literario para ser pura, prístina, vívidamente humano».[27]

No deja de reconocer que la parte puramente «literaria» de su obra tiene altísima importancia, en sí misma e históricamente, y ofrece algunas de las primeras observaciones rigurosas que se han hecho sobre la renovación métrica de Darío, antecedente de sus futuros estudios sobre la versificación española. Pero estas cualidades, con ser excelentes, no bastaban. Es a partir de *Cantos de vida y esperanza* cuando reconoce a Darío como gran escritor, representante de lo que para él es el arte auténtico, aquel que —como dice en otro lugar— «sabe cumplir misiones humanas sin faltar a su esencial carácter estético».[28]

---

26 HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: «Rubén Darío», en *OC* I, pág. 215. Desde entonces volvió a ocuparse de Darío en varias ocasiones, cfr. MEJIA SANCHEZ, Ernesto: «Pedro Henríquez Ureña, crítico de Rubén Darío», en *Cuestiones rubendarianas,* Madrid, *Revista de Occidente,* 1970, págs. 35-59. Rodó comenzó a trabajar en su estudio sobre la primera edición de *Prosas profanas* desde 1896, pero no lo publicó hasta 1899, como tercer folleto de la serie *La Vida Nueva,* con el título *Rubén Darío. Su personalidad literaria. Su última obra.* Tuvo gran repercusión y marcó sus relaciones personales con Darío. Se encuentra excelentemente editado por Emir Rodríguez Monegal en RODO, José Enrique: *Obras completas,* Madrid, Aguilar, 1967, págs. 165-192.

27 «Rubén Darío», en *OC* I, pág. 209.

28 «Carta abierta a Federico García Godoy», en *OC* II, pág. 388. Puede que en esta preferencia de Henríquez Ureña haya influido algo el ambiente en que se educó. Hostos rechazó toda literatura que no estuviese justificada moralmente, que no tuviese una función educativa, constructiva (cfr. LUGO GUERNELLI, Adelaida: *Eugenio María de Hostos. Ensayista y crítico literario,* San Juan de Puerto Rico, Instituto de Culura Puerorriqueña, 1970, págs. 37-50). Esa insatisfacción de lo puramente estético fue compartida, en mayor o menor medida, por sus discípulos y es el tema del cuento «Vencido», escrito por Henríquez Ureña en 1905: a la hora de la muerte, un joven artista decadente y misántropo, indiferente a los grandes ideales humanos, siente el vacío de su existencia. Oye entonces la voz de la musa sentimental de su infancia: «La obra de tu intelectualidad se perderá como una semilla estéril, porque no cumpliste tu deber de enseñanza», (*OC* I, págs. 174-175).

A finales de 1904 Max Henríquez Ureña le escribió a Rodó pidiéndole permiso para publicar *Ariel* como suplemento de *Cuba literaria*. Rodó aceptó y entre enero y abril de 1905 la revista reprodujo el libro, que alcanzó así su cuarta edición. Pedro Henríquez Ureña se encargó de presentarlo al público cubano en un artículo que incluyó poco después en *Ensayos críticos*. Cuando recibió éste, Rodó le contestó con unas palabras alentadoras, a las que volveremos a referirnos.[29] Según Henríquez Ureña, Rodó «se dirige a una juventud ideal, la élite de los intelectuales; y en la obra hay escasas alusiones a la imperfección de la vida real en nuestros pueblos (...); su propósito es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos».[30] Un propósito que sin duda le recordó al que durante la segunda mitad del siglo XIX y en el mundo anglosajón, había guiado la campaña de Matthew Arnold a favor de «las cosas del espíritu», tratando de fomentar el «desinterés» en un medio de prosperidad material y actitudes prácticas. Años más tarde escribió:

> «Cuando Matthew Arnold viajó por los Estados Unidos, y observó las orientaciones sociales del país, escribió su famosa 'Conferencia sobre el número'. Dijo entonces lo que tantas veces había dicho para Inglaterra: los hombres y mujeres de espíritu, los mejores, son los que deben orientar a los más: el número nada vale intrínsecamente, y para que algo sea cierto o sea bueno, no basta que lo sostengan muchos; los intereses ideales, las cosas del espíritu, cuyos rasgos distintivos son 'dulzura y luz', deben prevalecer sobre los meramente prácticos (...). Idéntica lección enseñó más tarde, para la América española, José Enrique Rodó».[31]

Henríquez Ureña acepta el mentaje idealista de Rodó, el mismo de Arnold: fomentar los valores del espíritu entre las clases rectoras; y sólo opone reparos a su visión simplista de los fallos y peligros de la civilización norteamericana. No deja de reconocer

---

29 Cfr. RODO, José Enrique: «Correspondencia con Max y Pedro Henríquez Ureña», en *Obras completas*, ed. cit., págs. 1.442-1.448 y HENRIQUEZ UREÑA, Max: «Rodó y Cuba», en *Rodó y Rubén Darío*, La Habana, Cuba Contemporánea, 1918, págs. 70-75.

30 «Ariel», en *OC* I, pág. 147

31 «El espíritu y las máquinas», en *OC* III, pág. 305.

los males de lo que llama el «orgullo anglosajón», en que se asientan el imperialismo, la moralidad puritana y los prejuicios de raza, y del «espíritu aventurero», origen del mercantilismo sin escrúpulos y del materialismo vulgar; pero da ejemplos concretos de «esfuerzo idealista», de la búsqueda de la elevación moral e intelectual que guía, por encima de las tendencias prácticas, a los mejores representantes del espíritu norteamericano en todos los campos: en la política, la educación y la ciencia, el periodismo, la literatura y el arte. [32] Además, Henríquez Ureña no siente excesivo temor por la nordomanía. La personalidad de los pueblos latinos no se verá disminuida, antes bien, reforzada, con una juiciosa y mesurada adaptación a las formas de progreso y democracia realizadas en los países sajones.

El modernismo, Darío y Rodó: he aquí las «orientaciones» y las «figuras» que Henríquez Ureña propone a los escritores americanos. [33] En estos primeros momentos de labor crítica, sus ideas generales están muy próximas a las formuladas por Matthew Arnold, especialmente en sus célebres *Essays in Criticism* (1865). Para Arnold, la crítica literaria es sólo parte del espíritu crítico *(criticism)*, y éste, la actitud propia del intelectual, la aplicación de la inteligencia a todos los asuntos humanos: «the endeavour, in all branches of knowledge —theology, philosophy, history, art, science— to see the object as in itself it really is»; [34] el ejercicio de la «curiosidad» intelectual por encima de intereses prácticos: «a disinteresated endeavour to learn and propagate the best that is known and thought in the world, and thus to establish a current of fresh and true ideas». [35] Con «lo mejor» Arnold se refiere a la cultura europea y a la presencia siempre viva de la antigüedad clásica, lo que llama cultura «central», no provinciana. La facultad crítica es de menor rango que la potencia creadora, pero crea una situación intelectual de la que ésta puede beneficiarse: cumple una labor informativa y favorece la libre circulación de ideas, esta-

32 Cfr. «Ariel», en *OC* I, págs. 149-150.

33 «Orientaciones» y «Figuras» son los títulos de las dos secciones de su famoso libro *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928).

34 ARNOLD, Matthew: «On Translating Homer, From Lecture 2», en *ob. cit.*, pág. 84. Palabras que vuelve a repetir en «The Function of Criticism at the Present Time» *(Ibídem*, pág. 130).

35 *Ibídem*, págs. 154-155.

blece escalas de valores y prepara las condiciones para la creación. El espíritu provinciano, la ausencia de un medio cultural elevado, impide el desarrollo de una literatura «adecuada» o «moderna», llevar al escritor a la excentricidad y la irresponsabilidad, la autosobrevaloración y la esterilidad.

Henríquez Ureña trató desde el comienzo de realizar el ideal de crítico señalado por Arnold: un crítico central, no provinciano; curioso, pero disciplinado; mesurado, no exuberante, tan bueno en la forma como en el fondo. [36] En *Ensayos críticos* se ocupa de los más diversos asuntos de actualidad: sociología, música y literatura, tanto europea como americana. Detrás está el crítico preocupado por asimilar y dar a conocer lo mejor de lo que se hace y piensa en Occidente. Y bajo la aparente dispersión, un proyecto definido, que se continuará durante años: difundir por América las corrientes culturas modernas. Su consejo a los escritores cubanos para que, superando el atraso y el aislamiento, se incorporasen al modernismo, la literatura «adecuada» de su tiempo, es representativo de su afán de «centralidad» y también de su confianza en la función crítica. La crítica determina el clima intelectual de una época; no sólo descubre las corrientes rectoras del pensamiento y el arte, sino que contribuye a formarlas y dirigirlas, y prepara su aceptación entre el público.

Así entendido, es el ejercicio crítico lo que confiere «poder» al intelectual, lo que lo capacita para dirigir la opinión. Por entonces su padre le insistía en que «no debía ser un Gómez Carrillo», [37] quedarse en un cronista de tono frívolo, sino convertirse en un intelectual para el que escribir fuera un medio de influir socialmente. Esto requiere preparación y rigor, pero también ciertas cualidades de prudencia y discreción. Cuando en 1907 Henríquez Ureña escribe sobre Unamuno, tal vez el intelectual español más influyente del momento, y sin duda el más conocido en América, lo juzga «sincero e independiente, sí, y original... pero no sereno. Por esto se comprende que no haya podido erigirse en guía y

36 Cfr. WELLEK, René: *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*, Tomo IV, Madrid, Gredos, 1988, pág. 205.

37 Cit. por RODRIGUEZ DEMORIZI, Emilio: *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, Ciudad Trujillo, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, 1947, pág. 27.

maestro en un país y en un mundo intelectual necesitados ambos de disciplina. El maestro, el 'animador' ha de ser sereno, aunque sea intransigente». [38] La insatisfacción que siente ante el cariz tomado entonces por el magisterio de Unamuno se debe a la buscada «excentricidad» de éste, a su desprecio, más que falta, de centralidad; una actitud que en un medio intelectual tan menesteroso de ella como el español, y el hispánico en general, le parecía una grave irresponsabilidad. [39]

En *Ensayos críticos* Henríquez Ureña muestra, además, una voluntad de claridad y de síntesis que irá acendrando con los años: «La síntesis, no el análisis —dirá—, debe ser el fin supremo del crítico». [40] Tuvo, cabe añadir, cierta prevención elegante hacia el despliegue erudito. Cada página suya suele contener más de lo que aparenta. Tanto en los escritos como en las actuaciones, su actitud de intelectual fue la de no hacerse notar.

Con veintidós años, autor ya de un libro consagrado por la autoridad de Rodó, si no formado como intelectual, sí con la seguridad, que trasciende, de estar bien orientado, Henríquez Ureña decide salir de Cuba rumbo a México. Viaja deseoso de encontrar la tierra firme donde realizar con plenitud sus ideas de magisterio y de crítica.

---

38 «Poesías de Unamuno», en *OC* I, pág. 248.

39 Idéntica opinión es la que sostuvo, dentro de España y también respecto a Unamuno, el joven José Ortega y Gasset, cfr. MARIAS, Julián: *Ortega. Circunstancia y vocación*, Madrid, Alianza, 1984, págs. 143-155.

40 «La obra de José Enrique Rodó», en *OC* II, pág. 150.

HENRIQUEZ UREÑA LLEGA A MEXICO: LA VIDA LITERARIA

Pedro Henríquez Ureña llegó a México en enero de 1906. Permaneció unos meses en Veracruz, trabajando como redactor del diario *El Dictamen* y enviando colaboraciones a la prensa de Cuba y Santo Domingo.[1] A finales de abril se trasladó a la capital. De la documentación que sobre él se conserva en la Universidad se deduce que tenía intención de comenzar los estudios de abogado, pero seguramente por razones económicas los fue aplazando varios años.[2] Inmediatamente se incorporó al periodismo y, a través de él, a la vida intelectual de la capital, cuyas condiciones conviene dejar esbozadas a grandes rasgos.

Según José Vasconcelos, durante el largo régimen de Porfirio Díaz «la cultura, como el capital y el poder, se encontraba en reducidos grupos, se convierte en prenda de lujo».[3] Si hay

---

1 También fundó con el cubano Arturo R. de Carricarte una efímera publicación literaria titulada *Revista Crítica*. Max Henríquez Ureña alude a ella y dice que «alcanzó bastante resonancia en el mundo intelectual, aunque sólo se publicaron tres o cuatro números» («Hermano y maestro», ed. cit., pág. XXXVI). Emma Susana Speratti Piñero ha señalado varios artículos que Pedro Henríquez Ureña publicó en ella entre enero y febrero de 1906 («Crono-bibliografía de Pedro Henríquez Ureña», en HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *Obra crítica*, ed. cit., pág. 759), que no se recogen en las *Obras completas*. A mí no me fue posible localizar la revista en México.

2 En septiembre de 1906 presentó ante la Secretaría de Instrucción un certificado de estudios secundarios, firmado por su maestro Emilio Prud'homme, para entrar en la Escuela de Jurisprudencia. Aunque le fue concedido permiso, no se matriculó hasta 1909 («Expediente del alumno Pedro Henríquez Ureña», en el Fondo de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, Centro de Estudios sobre la Universidad-Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México. En adelante, CESU-AHUNAM).

3 «El movimiento intelectual contemporáneo de México», en CASO, Antonio y otros: *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, ed. de Juan Hernández Luna. México, UNAM, 1984, pág. 122.

alguna generalización válida con la que comenzar a caracterizar este período, dice Daniel Cosío Villegas, es la de la extrema «centralización u homogeneización» que experimentó México y que afectó a todos los ámbitos.[4] Para asegurar el orden, condición del progreso económico, y perpetuarse en el poder, Díaz no dudó en utilizar la fuerza, pero dio preferencia a la integración. Fue la suya una política personalista que combinó hábilmente la represión y la conciliación. Suavizó las tensiones con la Iglesia, tan exacerbadas desde la independencia; neutralizó al ejército, que paradójicamente perdió poder efectivo; controló de cerca las cámaras legislativas, los puestos de la judicatura, los gobiernos locales y los empleos públicos hasta en sus niveles más bajos. Y se mostró siempre dispuesto a incorporar al régimen a los intelectuales.

Según Nemesio García Naranjo, por entonces joven escritor y político.

> «... de 1876 a 1911, no se concebía para el hombre de letras o para el sabio, otra vida que aquella que lo mantenía sujeto al Estado. Entiendo que fue don Miguel Macedo quien dijo: 'la mercancía intelectual o se vende al gobierno o no se vende'. Sobre este concepto que era exacto, el intelectual tenía que vivir no sólo en armonía sino dependiendo del mundo oficial. Como la literatura no era para el pueblo, sino para la corte, se orientó en el sentido de refinarse y sutilizarse (...); como las cuestiones de fondo estaban vedadas, todo el esfuerzo estético se tenía que concentrar en la obsesión de conseguir transparencias de mármol y sonoridades de porcelana».[5]

La falta de independencia económica hizo que muchos escritores, al menos todos los conocidos, viviesen directa o indirecmente del Estado. En ellos se encarna la figura del modernista «objeto de ostentación» y «mantenido de los Estados plutocráti-

---

4 *El porfiriato. La vida económica*, en *Historia moderna de México*, Tomo I, México, Hermes, 1965, págs. XIV-XV.

5 *Memorias*, Tomo V, Monterrey, Talleres «El Porvenir», s. a., pág. 384.

cos» de que habla Luis Alberto Sánchez.[6] Aparte del mecenazgo ocasional de algún oligarca bien relacionado con las esferas oficiales, sus únicos destinos eran el funcionariado, especialmente en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes y, en menor medida, en la de Asuntos Exteriores, y el periodismo. Y el gobierno ejerció sobre la prensa un control directo: no sólo reprimió las críticas, también estableció un sistema desigual de subvenciones, ejerció ampliamente la corrupción entre los periodistas y, finalmente, monopolizó la fabricación y venta de papel.[7]

Henríquez Ureña entró de redactor en *El Imparcial,* diario progubernamental, fundado y dirigido desde 1896 por Rafael Reyes Spíndola, que gracias a métodos industriales modernos y a ventajosas subvenciones oficiales, lo convirtió en el más vendido de México y para el que trabajaron los principales escritores mexicanos de la época. Al mismo tiempo comenzó a colaborar en la prestigiosa publicación literaria *Revista Moderna* y en su prolongación juvenil, *Savia Moderna.*

Desde que Manuel Gutiérrez Nájera y su *Revista Azul* (1894-1896) abrieron el camino al modernismo en México, varias publicaciones lo siguieron, pero ninguna con la continuidad y coherencia de la *Revista Moderna.*[8] Apareció en 1898 y pronto se convirtió en la revista literaria más importante del continente:

---

6 *Balance y liquidación del 900. ¿Tuvimos maestros en nuestra América?,* Lima, Universo, 1973, pág. 65.

7 Un buen panorama general sobre el periodismo mexicano es el de ROSS, Stanley R.: «Introducción» a *Fuentes de la historia contemporánea de México. Periódicos y revistas,* Tomo I, México. El Colegio de México, 1965, págs. VII-LXVI. Para los mecanismos de control gubernamental sobre la prensa véase SAEZ, Carmen: «Estado y política de conciliación en el siglo XIX», en PEREZ FERNANDEZ DEL CASTILLO, Germán (ed.): *Evolución del Estado mexicano,* Tomo I, México, El Caballito, 1986, págs. 151-154.

8 Sobre la *Revista Azul,* véase CARTER, Boyd G.: «La *Revista Azul.* La resurrección fallida: *Revista Azul* de Manuel Caballero», en *Las revistas literarias de México,* México, INBA, 1983, págs. 47-80 (aparece reproducido en LITVAK, Lily ed.: *El Modernismo,* Madrid, Taurus, 1981, págs. 337-358). Sobre la *Revista Moderna,* la que nos interesa fundamentalmente a nosotros, TORRI, Julio: «La *Revista Moderna de México*», en *Diálogo de los libros,* México, Fondo de Cultura Económica, 1980, págs. 115-128; MARTINEZ PEÑALOZA, Porfirio: «La *Revista Moderna*», en *Las revistas literarias...,* ed. cit., págs. 81-100 (reproducido también en LITVAK, Lily ed.: *ob. cit.,* págs. 359-382); GLANTZ, Margo: «La *Revista Modena*», en *Modernismo hispánico. Primeras Jornadas. Ponencias, Madrid,* ICI, 1988, págs. 120-124, y especialmente VALDES, Héctor: *Indice de la 'Revista Moderna. Arte y ciencia' (1898-1903),* México, UNAM, 1967.

«... a partir de ese momento —dice Max Henríquez Ureña—, la ciudad de México fue la capital del modernismo, o, si se quiere, su meridiano, como hasta la víspera lo había sido Buenos Aires, antes de que la partida de Rubén Darío para Europa hubiera dado la señal de dispersión del grupo que se reunía en torno suyo y desapareciera también *El Mercurio de América*». [9]

Aunque en la revista colaboraron todos los escritores mexicanos de cierta importancia, el núcleo originario y fundamental de redactores lo constituían Amado Nervo, José Juan Tablada, Francisco Manuel de Olaguíbel, Efrén Rebolledo, Rubén M. Campos, Jesús Urueta y Balbino Dávalos. El esteticismo y «antifilisteísmo» extremo con el que se dieron a conocer no se dirigía, en realidad, contra la burguesía capitalista, sino contra la burguesía torpe que desprecia el arte. Y aunque algunos de ellos mantuvieron siempre esta actitud desdeñosa, que de puro mecánica acabó en un nuevo convencionalismo, no tardaron en ser aceptados y su estética, en popularizarse entre el público.

Junto a ellos, pero en lugar aparte, está el director y sostenedor de la revista, Jesús E. Valenzuela. Poeta mediocre, se le recuerda más como el rico y espléndido amigo de los poetas. No hay testimonio sobre la vida social de la época en México en que no aparezca, envuelta en la leyenda, su figura de multimillonario y hombre de gran mundo. Todo parece indicar que hizo su fortuna en pocos años, gracias a la trama de influencias que fomentó el

---

9 *Breve historia del modernismo,* ed. cit., pág. 472. Todo el capítulo, páginas 472-507, es un buen panorama de este período literario en México. Otras visiones de conjunto útiles que pueden citarse de momento son: la excelente «Apostilla» que Pedro Henríquez Ureña añadió en 1922 a su estudio «Enrique González Martínez», en *Obra crítica,* ed. cit., págs. 288-291; CASTRO LEAL, Antonio: «Introducción» a *La poesía mexicana moderna.* México, Fondo de Cultura Económica, 1953, págs. VII-XXII. Octavio Paz escribió una reseña enriquecedora sobre esta última: «Poesía mexicana moderna», en *Generaciones y semblanzas,* vol. 2, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1988, págs. 75-85. En el mismo libro: «Introducción a la historia de la poesía mexicana» (págs. 17-41). PACHECO, José Emilio: «Aproximación a la poesía mexicana del siglo XX», en *Hispania,* vol. XLVII, núm. 2, 1965, págs. 209-219, que empieza siguiendo las orientaciones de Pedro Henríquez Ureña. También la introducción y notas de Pacheco a su *Antología del modernismo, 1884-1921,* 2 tomos, México,« UNAM, 1971.

régimen de Díaz. Socio y amigo del gobernador de Chihuahua y ministro de Exteriores, Enrique Creel, llegó a adquirir en aquel estado más de cuatro millones de hectáreas entre 1883 y 1892, siendo un caso significativo de los abusivos deslindes de baldíos y desamortizaciones de tierras de comunidades indígenas que llevó a muchas de éstas a la Revolución. También especuló con terrenos de la Avenida de la Reforma, la zona más elegante de la capital en expansión, que se iba llenando de mansiones de estilo europeo. [10] En 1898 aceptó financiar la *Revista Moderna* y de inmediato, dice Julio Torri, se convirtió en «el mediador indispensable entre el grupo de rabiosos innovadores —antipático a los más, hostil a la mesocracia de los noventa— y la opinión general, alarmada por ese foco de vaga rebeldía, cuya meta y propósitos no eran previsibles ni bien conocidos». [11] Su casa fue el centro de reunión de los modernistas, que vieron allí realizados los paisajes de cultura, los escenarios lejanos y extraños, el mundo abigarrado y lujoso de sus lecturas. Varios de ellos describieron ese ambiente, idéntico al de los «interiores» de las novelas de Huysmans, Bourget, Silva o Díaz Rodríguez:

> «Entonces vióse una cosa inaudita: un poeta fabricaba, no castillos en el aire, sino palacios en una gran ciudad. Levantaba alcázares y los decoraba suntuosamente, y los alhaba espléndidamente con alfombras tejidas en Ispahán, con brocados y telas de Oriente, con bronces y mármoles y cuadros de firmas ilustres, con cristales venecianos y porcelanas de Sevres y de Sachsen, con cristales de Batavia y tibores de China, con lacas y biombos japoneses..., todo auténtico y adquirido a gran precio para embellecer las fiestas espléndidas que el poeta, entre una pléyade de intelectuales y de artistas, de viejos guerreros veteranos y jóvenes co-

10 Cfr. GONZALEZ NAVARRO, Moisés: *El porfiriato. La vida social*, en COSIO VILLEGAS, Daniel (ed.): *ob. cit.*, págs. 188 y 191, donde se registran sus fabulosas propiedades en Chihuahua. De sus negocios en la capital poseemos datos menos seguros; aluden a ellos, entre otros, Julio Torri («La *Revista Moderna...*», en *ob. cit.*, pág. 119) y con más detalle Nemesio García Naranjo, que lo conoció personalmente, en sus *Memorias* (ed. cit., Tomo III, págs. 234-254), donde se recogen, además, muchas impresiones y anécdotas del personaje.

11 «La *Revista Moderna...*», en *ob. cit.*, pág. 118.

rifeos acaudalados y sonrientes, coronaba de rosas su cabeza altanera y bebía el champagne-rosa en copas de Bohemia». [12]

Pero al iniciarse el nuevo siglo los millones parecieron irse con la misma rapidez con que habían llegado y Valenzuela, enfermo, siguió viviendo hasta 1911 en una, digamos, envidiable pobreza. No sabemos la causa concreta de su ruina, aunque sus amigos escritores hablan de su prodigalidad sin tasa. Lo cierto es que en septiembre de 1903 compartió con Amado Nervo la propiedad y dirección de la revista, y ésta tuvo que transformarse para sobrevivir. Redujo su formato y dejó de ser exclusivamente literaria; pasó a llamarse *Revista Moderna de México. Magazine mensual político, científico, literario y de actualidad* y se convirtió decididamente en una revista de la alta sociedad, con una clara orientación progubernamental.

Esta segunda etapa de la revista es poco conocida, pese o precisamente por ser la más extensa, pues llega hasta 1911, con la muerte de Valenzuela y el comienzo de la Revolución. Pero en su momento no la superó en prestigio ninguna otra publicación y siguió siendo la meta de muchos escritores noveles, que se relacionaban especialmente con Emilio Valenzuela, el hijo del fundador, en quien éste iba descargando cada vez más responsabilidades. Es a partir de entonces cuando comenzó a publicar en ella un grupo de poetas jóvenes, entre los que destacan Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Manuel de la Parra, Luis Castillo

---

12 CAMPOS, Rubén M.: «*Almas y cármenes*, de Jesús E. Valenzuela», en *Revista Moderna*, julio 1905, págs. 270-271. En 1913 el poeta Rafael López escribió: «Otras veces prolongábamos indefinidamente las sobremesas, instalados en aquellos grandes sillones de piel, entre auténticos tapices gobelinos, cerca de un maravilloso biombo japonés, cuyo simbólico dragón, como ciertos de nuestros camaleónicos semejantes, cambiaba de color según la disposición de la luz. En el decoro de esas nobles riquezas presididas por una Venus de mármol, volaban muchas abejas locas, regando diversidad de mieles: sápidas las de Valenzuela, agridulces las de Urbina, del jardín de Academus las de Urueta, impregnadas de un espontáneo epicureísmo las de Rubén Campos» («Jesús E. Valenzuela», en *Crónicas escogidas*, ed. de Serge I. Zaïtzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, pág. 196). Sobre la transformación urbana de Hispanoamérica en el fin de siglo, véase el capítulo dedicado por José Luis Romero a «Las ciudades burguesas» en su obra *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976, págs. 247-318. Respecto a los «interiores» de fin de siglo y su reflejo en la literatura modernista pueden leerse, entre otras, las reflexiones de GUTIERREZ GIRARDOT, Rafael: *Modernismo*, Barcelona, Montesinos, 1983, págs. 56-65 y 120-124.

Ledón, Abel Salazar, todos ellos llegados de provincias, y el capitalino Ricardo Gómez Robelo. Puede decirse de forma general que desde el parnasiano Rafael López al verleniano Manuel de la Parra todos seguían, con distintos matices, el modernismo impuesto por los «consagrados» de la primera *Revista Moderna*. Y que acaso con la excepción de Rafael López, el mayor y más formado, ninguno alcanzó a realizar una obra personal y de importancia antes de la Revolución y de la desaparición de la revista. Después apenas perseveraron y hoy están prácticamente olvidados.[13] Nos interesan sobre todo porque constituyen, como veremos, uno de los focos originarios del Ateneo.

Los escritores modernistas, y el propio Valenzuela en sus últimos años, encontraron su apoyo más sólido en la administración, a través de Justo Sierra, la figura central de la cultura durante el porfiriato, que habremos de tener siempre presente en sus múltiples facetas de escritor, político y, sobre todo, educador. En 1901 se creó una Subsecretaría distinta para cada uno de los ramos del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, como primer paso para su futura escisión en dos ministerios independientes, que se llevó a cabo en 1905. Justo Sierra se hizo cargo de la Subsecretaría de Instrucción y, a continuación, del Ministerio de Instrucción

---

13 Véase la información biográfica y bibliográfica que sobre cada uno de estos poetas se contiene en OCAMPO DE GOMEZ, Aurora Maura y PRADO VELASQUEZ, Ernesto: *Diccionario de escritores mexicanos*, México, UNAM, 1967. En él puede observarse la poca atención crítica que se les ha dedicado. Desde la década de los setenta, el investigador Serge I. Zaïtzeff viene realizando una labor de recuperación de valores olvidados de la literatura mexicana moderna, en la que se incluyen algunos estudios y ediciones de estos escritores. Empezó por Rafael López, sobre el que escribió la monografía *Rafael López, poeta y prosista* (México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1972) y del que editó las *Crónicas escogidas* ya citadas y *Poesía reunida* (Guanajuato, Coordinadora Editorial del Gobierno de Estado de Guanajuato, 1984). De Roberto Argüelles Bringas, que no llegó a publicar un libro en su vida, editó *Fuerza y dolor, Antología poética*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975. Es también el editor de GOMEZ ROBELO, Ricardo y DIAZ DUFOO, Carlos (Jr.): *Obras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981. En 1984 Fernando Tola de Habich localizó y reeditó en facsímil un libro perdido de Gómez Robelo: *Sátiros y amores*, de 1920 (Puebla, Premiá, 1984). Aparte de esto, el único libro de poesía de Abel Salazar, *Voces lejanas*, ha vuelto a salir en edición facsimilar (Toluca, Libros de México, 1978). Los libros de poesía, también únicos, de los restantes no han vuelto a ser reeditados, que yo sepa. Sólo he podido consultar el de Manuel de la Parra: *Visiones lejanas* (México, s. e., 1914) y el de Luis Castillo Ledón: *Lo que miro y lo que siento* (Madrid, Tipografía Artística, 1916).

Pública y Bellas Artes. Desde ellos trató de llevar a la práctica las ideas educativas que había ido madurando y exponiendo desde la cátedra, la tribuna y la prensa durante el último cuarto de siglo. Al dar a conocer en 1902 su programa de reforma de la enseñanza, que trataremos en su momento, anunció también su intención de fomentar desde arriba la actividad artística: «El mecenado artístico en su forma superior debe ser aquí ejercido por el Estado, en primer término». [14] En este sentido dio gran impulso al Conservatorio Nacional de Música y a la Academia Nacional de Bellas Artes, fomentó los conciertos y las exposiciones, concedió pensiones en el extranjero a músicos y a artistas plásticos y se convirtió en el protector oficial de los escritores. [15]

Según el novelista Carlos González Peña, «gustaba de dar empleo a los poetas, pues, como él decía, ¿si no se les da empleo, qué se les va a dar?». [16] Días antes de que el Congreso aprobase la creación definitiva del nuevo ministerio, el poeta Rafael López le escribía a un amigo de provincias:

> «Casi no tengo necesidad de decirte que Don Justo será el ministro y Luis Urbina dice con chiste que nos vamos perfeccionando. Esta exaltación de Don Justo (...), que lo pone en aptitud de dilatar los horizontes de su influencia, me hace concebir esperanzas halagüeñas para el porvenir —ojalá que no me equivoque».[17]

Estas esperanzas eran compartidas por otros muchos escritores de la capital con quienes Sierra mantenía estrecha relación. El mismo había destacado de joven como buen poeta de orientación romántica, y en medio de sus ocupaciones posteriores no

---

14 «Plan de la Escuela Mexicana. Discurso en la apertura del Consejo Superior de Educación Pública, el 13 de septiembre de 1902», en *Discursos, Obras completas*. Tomo V, México, Universidad Nacional Autónoma, 1977, pág. 314.

15 Véase la detalladísima biografía, basada fundamentalmente en datos de publicaciones periódicas de la época, de DUMAS, Claude: *Justo Sierra y el México de su tiempo (1848-1912)*, México, UNAM, 1986, especialmente el Tomo II, págs. 100-106. También YAÑEZ, Agustín: *Don Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra*, prólogo a SIERRA, Justo: *Obras completas*, Tomo I, ed. cit., págs. 172-173.

16 *Gente mía*, México, Stylo, 1946, pág. 136.

17 «Carta a Juan Olivares, 22-4-1905», en ZAITZEFF, Serge I.: *Rafael López, poeta y prosista*, ed. cit., pág. 13.

abandonó del todo la práctica y la crítica de la poesía. Después de su entrada en el gobierno, los poetas de la *Revista Moderna* siguieron formando parte de su círculo íntimo y durante las tardes de domingo de 1902 acudieron regularmente a su casa de Tacubaya, que se convirtió en centro de la tertulia más importante del momento.[18] Por entonces muchos empezaron a ocupar cargos en Instrucción Pública; en alguna ocasión Pedro Henríquez Ureña se refirió a ellos como «los poetas ministeriales».[19]

A Sierra le unía una especial amistad con Jesús E. Valenzuela y Luis G. Urbina, en buena medida sus intermediarios con los demás. Al primero lo conocía desde antiguo y cuando se torció su fortuna, lo puso al frente de cierta sección de Escultura del Ministerio, que improvisó para ayudarlo.[20] En 1890, cuando Urbina era un desconocido, le prologó su primer libro, *Versos,* y desde entonces y para siempre el poeta le profesó una devoción filial. Durante todos sus años en el gobierno fue su secretario particular. Tablada y Urueta, con los que contrajo lazos familiares, Nervo y Rebolledo también desempeñaron cargos en Instrucción Pública y, en ocasiones, funciones diplomáticas. Más tarde, Sierra fue colocando en diversas dependencias del ministerio, especialmente en la Sección de Archivos y Bibliotecas y en el Museo Nacional, a los poetas más jóvenes: Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Abel Salazar, Manuel de la Parra y Luis Castillo Ledón. En sus últimos años apoyó, como veremos, la labor del grupo ateneísta. Su popularidad entre los escritores fue enorme, y ellos contribuyeron en gran medida a forjar la imagen ejemplar con que ha quedado en la tradición mexicana.

---

18 Cfr. UHTHOFF, Enrique: «Romanticismo. Tarde dominical en la casa de Don Justo Sierra», en *Excelsior,* México, 17 de enero de 1948, págs. 6 y 11.

19 «Henríquez Ureña a Reyes. 2-2-1909», en *Correspondencia,* pág. 133.

20 Cfr. GARCIA NARANJO, Nemesio: *ob. cit.,* Tomo III, págs. 243-244.

SAVIA MODERNA DE ALFONSO CRAVIOTO

En 1914, cuando ya llevaba siete años en México, Pedro Henríquez Ureña le escribió a Alfonso Reyes:

> «Según parece llegué yo a México en el momento en que se definía la nueva juventud. Hasta entonces sólo había existido como grupo adscrito a la *Revista Moderna* (Rafael López, Roberto Argüelles, Parrita, Zárraga, Gómez Robelo, Luis Castillo, Abel Salazar), pero ese —añade— era un honor al que Alfonso Cravioto tenía mucho respeto». [1]

Alfonso Cravioto pertenecía a una de las familias de caciques más importantes del Estado de Hidalgo. [2] Su padre, Rafael Cravioto, llegó a gobernador y acumuló una enorme riqueza y poder. En 1897, cierto movimiento de tropas en territorio tan cercano a la capital, resolvió a Porfirio Díaz, receloso de todo el que pudiera hacerle sombra, a cesarlo fulminantemente. En 1901, con apenas diecisés años, Alfonso Cravioto comenzó a colaborar en la oposición liberal al nuevo gobernador. Al año siguiente se trasladó a la capital, se matriculó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y entró en el Club Liberal Ponciano Arriaga, del que formaban parte los hermanos Flores Magón, origen de uno de los núcleos más activos de oposición a Díaz. Durante la campaña para las elecciones de 1904, llegó más lejos de lo que Díaz podía permitir

---

1 «México, 20-10-1913, en *Correspondencia*, pág. 221.

2 Para los datos que siguen me baso fundamentalmente en la única biografía existente, la de GRANADOS CHAPA, Miguel Angel: *Alfonso Cravioto: un liberal hidalguense*, México, Océano, 1984. Desgraciadamente no tiene aparato crítico ni bibliografía que nos revelen sus fuentes.

y seguramente de lo que él mismo había previsto. Sus sátiras en la prensa contra la reelección del presidente le valieron varios meses de condena en la cárcel de Belén, donde se hacinaban en durísimas condiciones los presos políticos. Salió poco antes de la muerte de su padre. Después de esta aventura y ante la radicalización cada vez mayor del magonismo, abandonó la política, continuó sus estudios y comenzó a interesarse por la poesía y la pintura, y a relacionarse con los redactores de la *Revista Moderna*.

En 1906 decidió destinar una parte de la cuantiosa herencia paterna a fundar una revista que, sin desligarse de aquélla, se dedicara más específicamente a dar a conocer a los escritores y artistas jóvenes. El sería el mecenas de las promesas, como Valenzuela de los ya consagrados. Por lo pronto podía contar con los últimos poetas incorporados a la *Revista Moderna*. A Luis Castillo Ledón, que entonces dirigía en ella la sección «Revistas», le ofreció compartir con él la dirección. Y sobre esta base, abrió el proyecto a los estudiantes de Bellas Artes y a los de las distintas Escuelas Profesionales de la capital interesados en la literatura. Especialmente a sus compañeros de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, la más numerosa y activa de todas ellas, que habremos de tener muy en cuenta de ahora en adelante.

La mayoría de los jóvenes acomodados que terminaban la Escuela Nacional Preparatoria optaban por inscribirse en Jurisprudencia, el mejor medio de acceso al escenario público y, además, un substituto de las letras. Como dice Alfonso Reyes, «las Leyes parecían una aproximación a las letras, que no tenían refugio académico. El muchacho que acertaba a concordar cuatro consonantes por los corredores de la Preparatoria, había descubierto su vocación de abogado. Con ayuda de la suerte y también de buenos valedores, era fácil que, en alcanzando el título, no tuviera que ejercerlo realmente, sino que, en méritos a su 'facilidad de palabra' (fórmula de la época), Don Porfirio lo mandara elegir diputado por cualquier región inverosímil».[3] Muchos de estos

3 «Pasado inmediato», en *Pasado inmediato, Obras completas*, Tomo XII, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pág. 195. En adelante citaré esta edición con la abreviatura *OC*.

futuros abogados trataban entonces de darse a conocer como escritores. Siendo todava estudiantes, Abel Salazar y Ricardo Gómez Robelo habían entrado en la *Revista Moderna*. También gozaban de cierta reputación entre sus compañeros Nemesio García Naranjo, que había obtenido el primer premio en el concurso organizado por *El Imparcial* con ocasión del Centenario del *Quijote* en 1905, e Isidro Fabela, ganador del concurso de cuentos de *El Mundo Ilustrado* en 1906.[4] Todos acogieron con entusiasmo el anuncio de Cravioto de fundar una revista.

Este pensó titularla *Savia Nueva,* pero finalmente le puso el nombre absurdo de *Savia Moderna*. «No sólo en el nombre —dice Alfonso Reyes—, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna*. Duró poco —era de rigor—, pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente se iba desprendiendo de sus mayores».[5] El primer número de *Savia Moderna,* subtitulada *Revista mensual de Arte,* salió en marzo de 1906; el quinto y último, en julio del mismo año. Fueron sus directores Cravioto y Castillo Ledón y contó con una nómina inicial, que varió poco, de treinta y cuatro teóricos redactores.[6] Había más entusiasmo que elementos reales sobre los que

---

4 Cfr. DEVEGA, Nelson R.: *El Mundo Ilustrado como vehículo literario de 1905 a 1910,* México, Secretaría de Hacienda, 1974, págs. 11-14, donde se ofrece alguna información sobre los concursos literarios de la época. También FABELA, Isidro: «Luis G. Urbina», en FABELA, Isidro y otros: *El trato con los escritores,* México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1961, págs. 31-37; y sobre todo GARCIA NARANJO, Nemesio: *ob. cit.,* Tomo II («La vieja Escuela de Jurisprudencia»), nos han dejado abundante información sobre el ambiente literario de la Escuela en la primera década del siglo XX.

5 «Pasado inmediato» *OC* XII pág. 202. Francisco Monterde le dedica una breve referencia a la revista en «*Savia Moderna, Multicolor, Nosotros, México Moderno, La Nave, El Maestro, La Falange, Ulises, El Libro y el Pueblo, Antena,* etc.», en *Las revistas literarias de México,* ed. cit., págs. 113-115.

6 He aquí la nómina de redactores, que conviene tener presente, pues iremos viendo quiénes de ellos siguieron en relación y llegaron a formar parte del Ateneo: Jesús Acevedo, Antonio H. Altamirano, Severo Amador, Roberto Argüelles Bringas, Manuel H. Bermejo, Rafael Cabrera, Manuel Carpio, Antonio Caso, Eduardo Colín, Marcelino Dávalos, José F. Elizondo, José J. Gamboa, Nemesio García Naranjo, Ricardo Gómez Robelo, Alberto Herrera, Rafael López, Rodolfo Nervo, Sixto Osuna, Benjamín Padilla, Juan Palacios, Manuel de la Parra, José Pomar, Abel Salazar, José María Sierra, Guillermo E. Symonds, Enrique Uhthoff, Julio B. Uranga, Emilio Valenzuela, Rubén Valenti, José B. Velasco, Jesús Villalpando, Francisco Zárate Ruiz, Angel Zárraga y Alfonso Zepeda Winkfield.

seleccionar y el contenido de la revista resultó mediocre. Aunque en su presentación se mostraba abierta a todos los artistas jóvenes sin distinción de escuela: «Aspiramos al desarrollo de la personalidad propia, y gustamos de las obras más que de las doctrinas. Clasicismo, Romanticismo, Modernismo... diferencias odiosas (...). El Arte es vasto, dentro de él, cabemos todos»; [7] tanto la poesía, que ocupó la mayor parte de sus páginas, como los cuentos y las preferencias mostradas en los ensayos críticos y en las reproducciones de autores consagrados, eran de un modernismo adocenado, según el molde general de la época.

Donde la acción de la revista sí tuvo consecuencias verdaderamente renovadoras fue en otro terreno, en el que no entraremos: la pintura. En mayo de 1906 y bajo la dirección del pintor Gerardo Murillo, que acababa de regresar de Europa cargado de nuevas ideas, *Savia Moderna* organizó una exposición de pintores jóvenes. En ella se revelaron algunos de gran significación futura: Diego Rivera, Francisco de la Torre, Saturnino Herrán o Jorge Enciso, libres ya del academicismo en el que languidecía la pintura mexicana. [8]

En el tercer número, correspondiente al mes de mayo, se incorporaron Henríquez Ureña, que por los mismos días hizo su aparición en *Revista Moderna,* [9] y Alfonso Reyes. Este sólo podía ser conocido como hijo del general Bernardo Reyes, destacada

---

7 «En el umbral», *Savia Moderna. Revista mensual de Arte,* vol. I, núm. 1, marzo 1906, en *Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna (1906). Nosotros (1912),* ed. facsimil México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pág. 21.

8 La importancia de esta exposición, mayor a la del contenido literario de la revista, fue ya señalada por Pedro Henríquez Ureña en carta a Alfonso Reyes, de 29-10-1913 (*Correspondencia,* págs. 222-223), y públicamente por Daniel Cosío Villegas en «La pintura en México», en *Cuba contemporánea,* vol. XXXIV, núm. 136. abril, 1924, págs. 333-334. Y ha vuelto a ser mencionada en todas las crónicas del Ateneo: REYES, Alfonso: «Pasado inmediato», en *OC* XII, pág. 207; y con bastante detalle en ROJAS GARCIDUEÑAS, José: *El Ateneo de la Juventud y la Revolución,* México, Instituto Nacional de la Revolución Mexicana, 1979, págs. 44-51. En los números 3 y 4, correspondientes a los meses de mayo y junio, de *Savia Moderna* se encuentran varias crónicas sobre la exposición.

9 Cfr. SPERATTI PIÑERO, Emma Susana: «Crono-bibliografía...», en HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *Obra crítica,* ed. cit., págs. 760-761.

figura del régimen, por entonces gobernador del estado de Nuevo León. Había nacido allí, en Monterrey, hacía apenas diecisiete años y desde muy temprano mostró su vocación por la poesía. [10] El mismo ha recordado su acceso a la revista, cuando aún pisaba las últimas gradas de la Escuela Preparatoria de México y hacía unos meses que había publicado sus primeros versos en un periódico de su ciudad. Un oscuro colaborador de *Savia Moderna* lo invitó a asistir a una de las reuniones que en las mañanas de los domingos se celebraban en la flamante redacción, situada en el quinto y último piso de «La Palestina», por entonces el edificio más alto de México:

> «Yo había contemplado con envidia y anhelo los anuncios de la tal revista, *Savia Moderna*, algo como una hija de la célebre *Revista Moderna*, aún viva y operante por obra y gracia de don Chucho Valenzuela y los últimos modernistas; pero distaba mucho de figurarme que pronto me sería posible ingresar en sus filas; me daba cuenta de que era demasiado temprano. Nos encaminamos a la Avenida Cinco de Mayo, donde estaba la redacción de *Savia Moderna*, cuyo director efectivo era Alfonso Cravioto. Cravioto se apartó conmigo. Había figurado tiempo atrás en ciertos actos de oposición contra el gobierno de mi padre, y eso mismo (...) le hizo desear conocerme y mostrarse amable. A poco, ya publicaba yo mis primeros renglones tanto en esta revista como en la de Valenzuela, con quien pronto me relacionó su hijo Emilio». [11]

---

10 Sobre la infancia y primera juventud de Reyes, hasta su entrada en *Savia Moderna*, cfr. REYES, Alicia: *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1976, págs. 9-36.

11 «Historia documental de mis libros I. *Cuestiones estéticas*», en *Armas y Letras*, vol. XII, núm. 4, abril 1955, pág. 3 (estas memorias literarias, fundamentales para conocer la trayectoria de Reyes, no han sido incluidas, al menos de momento, en sus *Obras completas*). Los actos de oposición a que se refiere Reyes deben ser las infructuosas acciones jurídicas que llevaron a cabo contra su padre varios grupos liberales (entre ellos el «Club Ponciano Arriaga», al que, como dije, perteneció Cravioto) por la sangrienta represión que ordenó contra la oposición de Nuevo León en abril de 1903, cfr. ARELLANO, Josefina G. de: *Bernardo Reyes y el movimiento reyista en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982, págs. 61-64. También han dejado testimonios sobre la redacción de *Savia Moderna*, GONZALEZ PEÑA, Carlos: «Antonio Caso y la generación del Ateneo, en *ob. cit.*, pág. 183; y LOPEZ, Rafael: «Alfonso Reyes», en *Crónicas escogidas*, ed. cit., págs. 205-208.

Su colaboración en *Savia* se limitó al soneto titulado «Mercenario», una fantasía sobre Grecia, inevitablemente calificada de parnasiana, que pese a sus defectos, le dio fama de poeta prometedor.[12] Lo importante fue el hecho de entrar en la redacción y, todavía más, de conocer a Henríquez Ureña, que logró salvar de ella al grupo más valioso de jóvenes intelectuales y continuó conformándolo durante años.

12 «Mercenario», en *Savia Moderna*, vol. I, núm. 3, mayo 1906, pág. 210. Cfr. REYES, Alfonso: «Historia documental... I», art. cit., pág. 3, donde narra las reacciones que provocó su soneto. Este aparece, muy corregido, en *Repaso poético (1906-1958)*, *OC* X, págs. 17-18.

LA «PROTESTA LITERARIA» CONTRA LA *REVISTA AZUL*

Pedro Henríquez Ureña figuró como secretario de redacción en los dos últimos números de *Savia Moderna,* pero apenas tuvo en ella intervención efectiva. Ocho años después reconoció públicamente el significado histórico que, pese a todo, cabía asignarle: «... desorganizada y llena de errores, representaba, sin embargo, la tendencia de la generación nueva a diferenciarse francamente de su antecesora, a pesar del gran poder y del gran prestigio intelectual de ésta». [1] Y en carta privada a Alfonso Reyes: «En *Savia Moderna* había de todo: pintores y escultores (...), poetas y prosistas, malos y buenos. Algunos muy malos». [2] Pero añade que en medio de tal disparidad salió lo que podía considerarse un primer «grupo céntrico», formado por Alfonso Cravioto, Rafael López, Roberto Argüelles, Manuel de la Parra, Ricardo Gómez Robelo y él mismo. [3] A los que hay que añadir inmediatamente a Alfonso Reyes y a Antonio Caso. Henríquez Ureña iba a tratar de inculcar en ellos su «espíritu de asociación» y convertirlos en un grupo intelectual homogéneo, libre de adherencias «provincianas» o «salvajes», capaz de elevar el medio intelectual mexicano, de crear una atmósfera propicia a la libre circulación de ideas y, en último extremo, a la creación. [4]

---

1 «La cultura de las humanidades», *OC* II, pág. 350.

2 «29-10-1913», en *Correspondencia,* págs. 223-224.

3 *Ibídem,* pág. 224.

4 Henríquez Ureña fue siempre consciente de la necesidad de una base social y una estructura cultural para desarrollar el trabajo intelectual. En febrero de 1907 escribe para la *Revista Moderna* una reseña a la antología de escritores modernistas de Manuel Ugarte, *La joven literatura Hispano-Americana,* y termina

Unos seis meses después de suspenderse la publicación de *Savia Moderna,* llegó a México Max Henríquez Ureña, que durante este tiempo había seguido trabajando como periodista en Cuba.[5] Inmediatamente se incorporó al grupo resultante de la revista, donde habían aparecido algunas colaboraciones suyas sobre literatura, pintura y música; y entró en la redacción de *El Diario,* fundado en octubre de 1908 por Juan Sánchez Azcona, que trataba de hacerle la competencia a *El Imparcial* y atraerse a los escritores jóvenes.

Pedro y Max se instalaron, junto a Luis Castillo Ledón, el exdirector de *Savia,* en un piso de la calle séptima de Soto. Allí acordaron celebrar cada domingo las reuniones literarias del grupo.[6] Después de la suspensión de *Savia,* dice Pedro Henríquez Ureña,

> «... en la mente de todos quedó la idea de que se debía emprender otra labor colectiva. Mucho hablamos de ello: fundar un nuevo periódico, dar conferencias... hasta que un día, Jesús Acevedo (un arquitecto de veinticinco años que acababa de triunfar en el concurso para la construcción de la Gran Escuela Normal) nos sorprendió a todos con un plan de veladas breves, conferencias-conciertos, que en seguida se puso a discusión y adquirió forma definitiva».[7]

---

señalando el que, para él, es el problema de cuya resolución depende, fundamentalmente, la realización de una gran literatura hispanoamericana:

> («... ante todo, el de unificar el esfuerzo de los intelectuales para influir socialmente, crearse, educándolo, un público, y enseñar a nuestras sociedades a sostener, pagándolo, el arte.
>
> Mientras el arte no tenga entre nosotros base de apoyo social, no podrá desarrollarse plenamente. ¿Y a quién, sino a los intelectuales, corresponde trabajar por formar esta base?
>
> Creo, pues, pue ahora el problema es el desarrollo del espíritu colectivo por los intelectuales».

(«*La joven literatura Hispano-Americana.* Antología de prosistas y poetas, por Manuel Ugarte», en *Revista Moderna,* febrero 1907, pág. 382).

5 Cfr. HENRIQUEZ UREÑA, Max: «Hermano y maestro», ed. cit., página XXXVII.

6 *Ibidem,* pág. XXXVIII.

7 «Conferencias y tes», en *OC* I, pág. 322.

Durante las reuniones preparàtorias para las conferencias, celebradas en la calle de Soto y, en ocasiones, en el estudio de Acevedo o en las oficinas de la *Revista Moderna,* [8] el grupo se fue organizando y adquiriendo unidad. A lo que también contribuyó un hecho imprevisto que, aunque interrumpió por unos días la organización de las conferencias, sirvió para que los jóvenes se presentasen públicamente como un frente unido, con un ideal estético común, y comenzasen a hablar de sí mismos como «la nueva generación intelectual».

En marzo de 1907 se publicó en la ciudad de México un prospecto que causó extrañeza y desagrado entre los medios literarios: la *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, iba a reaparecer de la mano del periodista Manuel Caballero, versificador ocasional de orientación romántica, ganador de varios concursos de poesía, hoy absolutamente olvidado. Y lo iba a hacer con un programa desconcertante: venía a combatir el modernismo, es decir, el movimiento que ella misma había inaugurado en México. [9]

> «En la reunión dominical subsiguiente a tal anuncio —recuerda Max Henríquez Ureña—, Luis Castillo Ledón se pronunció airadamente contra el propósito anunciado por Caballero. Todos lo secundamos y se redactó a la carrera un manifiesto literario denunciando el hecho como una profanación. El documento, claro está, no tenía la serenidad que hubiera sido aconsejable para dar mayor autoridad a nuestra protesta, y algunos lo advirtieron así. Pedro dirimió la cuestión: 'Los manifiestos —dijo—, son documentos de combate, en los que no es posible aspirar a la perfección. Este tiene claridad y energía, y eso basta'». [10]

---

8 *Ibídem,* pág. 324.

9 Cfr. GONZALEZ GUERRERO, Francisco: «Cincuentenario de una rebelión literaria», en *Metáfora,* vol. III, núm. 13, marzo-abril 1957, págs. 3-10; artículo muy útil en el que se resume el contenido de la nueva *Revista Azul* y se hace referencia a la reacción de los jóvenes. Se basa en él, sin añadir nada nuevo, CARTER, Boyd G.: «La *Revista Azul...*», en *ob. cit.,* págs. 76-77. Yo he vuelto a revisar la revista, tratando de relacionarla con el desarrollo general del modernismo, y sobre todo he estudiado la actuación de los jóvenes, aportando nuevos testimonios y otras noticias de periódicos y revistas de la época.

10 «Hermano y maestro», ed. cit., págs. XXXVIII-XXXIX.

Se firmó el domingo 7 de abril, el mismo día en que la *Revista Azul* («segunda época» según el editor y director Manuel Caballero, «apócrifa» según los jóvenes) publicó su primer número, y apareció al día siguiente en *El Diario* con el título de la «Protesta literaria».

Ya he dicho que en *El Diario* trabajaba Max Henríquez Ureña, pero además es muy posible que este periódico tuviera sus propias razones para publicarla. Era una ocasión de, al menos, molestar a Carlos Díaz Dufoo, cofundador junto a Reyes Spíndola, redactor y accionista de *El Imparcial,* campeón sin rival de la prensa mexicana. En 1894 Díaz Dufoo también había fundado la *Revista Azul* junto a Gutiérrez Nájera, y cuando éste murió al año siguiente, continuó dirigiéndola con éxito hasta finales de 1896. Casi once años después la revista conservaba un prestigio continental que Manuel Caballero decidió explotar. Al cederle los derechos parece que Díaz Dufoo actuó con precipitación y desconocimiento: «Veré con gusto —le decía en una carta publicada en el prospecto— que la *Revista Azul* continúe en sus manos la gloriosa tradición que tan alto puso su fundador».[11] No lo vio. El despropósito estaba hecho y cabe pensar que más de un escritor modernista consagrado, que se había iniciado en la *Revista Azul,* se lo habría recriminado más duramente de no ser quien era.[12] Que no admitió bien las críticas pudo comprobarse en el desdén con que *El Imparcial* trató a los jóvenes de la protesta. Pedro Henríquez Ureña tuvo que dejar su puesto de redactor allí y pasó a unirse a su hermano en *El Diario,* que de esta forma se convirtió en el más decidido promotor del grupo durante los meses siguientes.

A continuación doy la «Protesta literaria», pues desde entonces nunca ha sido reproducida entera y conviene tenerla presente:

> «Nosotros, los que firmamos al calce, mayoría de hecho y por derecho del grupo de la juventud intelectual, y con toda la

11 *Revista Azul* (Prospecto), vol. VI, marzo 1907, pág. 3.

12 La *Revista Moderna* en su número de abril de 1907, pág. 83, publicó una breve nota editorial titulada «La Revista Azul», en que manifestaba su disgusto con Manuel Caballero, «pseudo poeta y literato cursi». Nada decía de Díaz Dufoo, y anunciaba que «no volvería a ocuparse del asunto».

energía de que somos capaces, protestamos públicamente contra la obra de irreverencia y falsedad que en nombre del excelso poeta Manuel Gutiérrez Nájera, se está cometiendo con la publicación de un papel que se titula *Revista Azul* y que ha emprendido un anciano reportero carente de toda autoridad y todo prestigio, quien dice venir a continuar la obra de aquel gran poeta y a redimir la literatura nacional de quién sabe qué males, que sólo existen en su imaginación caduca.

Protestamos de semejante desacato, porque el referido sujeto no es capaz de continuar la obra del Duque Job, sino ni siquiera de entenderla; protestamos porque esa obra tuvo y sigue teniendo brillantes continuadores reconocidos y juzgados; protestamos porque el Duque Job fue justamente el primer revolucionario en arte entre nosotros, el primer quebrantador del yugo pseudoclásico, el fundador de un arte más amplio; y el anciano reportero pretende hacer todo lo contrario, esto es, momificar nuestra literatura, lo que equivale a hacer retrogradar la tarea de Gutiérrez Nájera, y lo que es peor, a insultarlo y calumniarlo dentro de su propia casa, atribuyéndole ideas que él jamás tuvo, en un periódico que ostenta el nombre del que él fundó para llevar a cabo la redención de nuestras letras; protestamos porque el director de la *Revista Azul,* para realizar sus fines ha mancillado nombres de escritores respetables, haciéndoles cómplices de su obra, sin que hayan dado su consentimiento; protestamos en fin contra la conducta al parecer inconsciente del señor Carlos Díaz Dufoo, quien ha cedido la propiedad de la primitiva *Revista Azul* para que ésta sea mancillada en el mercado.

No protestamos contra el nombre del periódico, que poco o nada significa, sino en contra de las falsedades que en él se sostienen a nombre de Manuel Gutiérrez Nájera, y contra la obra de retroceso que quiere emprender. En buena hora que cualquier viejo funde revistas con el nombre de 'azul' o de otro color y que declare la guerra a molinos de viento y a fantasmas imaginarios; pero que no venga llamándose depurador del arte, continuador del Duque y guía de la juventud.

Y aquí es oportuno declarar a manera de credo, que nosotros no defendemos el modernismo como escuela, puesto que a estas horas ya ha pasado, dejando todo lo bueno que debía dejar, y ya ocupa el lugar que le corresponde en la historia de la literatura contemporánea; lo defendemos como principio de libertad, de universalidad, de eclecticismo, de odio a la vulgaridad y a la rutina. Somos modernistas, sí, pero en la amplia acepción de ese vocablo, esto es: constantes evolucionadores, enemigos del estancamiento, amantes de todo lo bello, viejo o nuevo, y en una palabra, hijos de nuestra época y de nuestro siglo.

Un mismo ideal nos une: somos jóvenes y fuertes y nutrimos nuestro cerebro en todas las ramas de arte, para ser verdaderamente cultos.

No creemos, como otras generaciones mexicanas, talentosas y brillantes, pero sin ideal definido, que la literatura nace con nosotros; y que si fracasamos la literatura fracasará con nosotros; y que si morimos, el culto de la grande, de la eterna Belleza morirá con nosotros.

Pisamos un terreno que no es exclusivo patrimonio de nadie; un campo que es del que lo tome por asalto, sin pedir permiso a nadie: del que lucha y se bata mejor y con más fuerzas: del que golpea más duro.

¡Momias, a vuestros sepulcros! ¡Abrid el paso! ¡Vamos hacia el porvenir! México, Abril 7 de 1907. Luis Castillo Ledón, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Cravioto, Jesús Acevedo, Rafael López, Manuel de la Parra, José Joaquín Gamboa, Alfonso Reyes, Emilio Valenzuela, Nemesio García Naranjo, Jesús Villalpando, Max Henríquez Ureña, Rubén Valenti, Abel C. Salazar, Alfonso Teja Zabre, José Pomar, Roberto Argüelles Bringas, Francisco de la Torre, José de la Torre, Alvaro Pruneda, José de J. Núñez y Domínguez, Miguel A. Velázquez, Pedro Henríquez Ureña, Raúl A. Esteva, Carlos González Peña, Gonzalo de la Parra, Crisóforo Ibáñez, Alvaro Gamboa Ricalde, José Velasco, Salvador Escudero, José M. Sierra, Benigno Valenzuela.

Se suplica la reproducción con los comentarios que parezcan oportunos». [13]

El escrito es más que una protesta contra la nueva *Revista Azul* y la condescendencia de Díaz Duffoo, es sobre todo un manifiesto del «grupo de la juventud intelectual». En esos días Pedro Henríquez Ureña envió a Santo Domingo una crónica de los hechos, en la que por primera vez presenta abiertamente a su grupo como la «nueva generación mexicana» y señala su origen: «Muerta la *Revista Azul,* le sucedió con mayor brillantez aún, la *Revista Moderna,* que todavía florece bajo la dirección de Valenzuela y Nervo. En la *Revista Moderna* ha comenzado a hacerse conocer otra nueva generación mexicana, nutrida, culta y entusiasta», [14] y añade que la treintena de jóvenes que firmaban la protesta constituían los principales «poetas, literatos, pintores y músicos de la generación nueva». [15] La consigna de esta juventud que llama a la puerta y exige que se le abra paso es la modernidad. El modernismo que proclaman no es de escuela sino de actitud: afán renovador sin límites e irrenunciable rigor. Su credo: «Arte Libre».

Los firmantes pensaron, además, organizar bajo este lema una manifestación de desagravio a la memoria de Gutiérrez Nájera, el nombre que inaugura la tradición moderna de la poesía mexicana. Y se hizo con rapidez y eficacia. El sábado 13 de abril, *El Diario* publicó una convocatoria a los estudiantes de la capital para que asistiesen a la manifestación el siguiente miércoles, día 17. Y añadía una referencia a dos proyectos sobre los que volveremos: «Se nos informa además que el grupo de la juventud intelectual a que hemos aludido empezará a publicar un periódico literario el 8 de mayo, con el título de *Arte Libre,* y que el domingo 12 de mayo comenzará la anunciada serie de conferencias en el Casino

13 «Protesta literaria», en *El Diario,* 8 de abril de 1907, pág. 8. Como veremos, fue publicada con el título de «Protesta de los decadentes» por la misma *Revista Azul* (vol. VI, núm. 2, pág. 2), y de aquí la reprodujo en parte GONZALEZ GUERRERO, Francisco: *art. cit.,* pág. 6-7.

14 «Desde México. Protesta y glorificación. Una manifestación literaria publica en México», en *OC* I, pág. 266 (apareció en *Listín Diario* de Santo Domingo, el 22 de mayo de 1907).

15 *Ibídem,* pág. 266.

de Santa María». [16] La manifestación se celebró el día fijado. Era la primera de ese género realizada en México y los periódicos capitalinos informaron ampliamente sobre ella; *El Diario* y *El Popular* elogiando la iniciativa, y *El Imparcial,* en tono reticente o de burla. [17]

A las cuatro de la tarde se concentraron en el Jardín de la Corregidora los firmantes de la Protesta y varios centenares de estudiantes, cuatrocientos según *El Diario,* de todas las Escuelas Profesionales. Encabezaba la comitiva un estandarte con el lema «Arte Libre», llevado por Pedro Henríquez Ureña, el pintor Gonzalo Argüelles Bringas y el alumno de Jurisprudencia Benigno Valenzuela. Recorrió varias calles céntricas, atravesando la de Plateros y yendo a terminar en la Alameda. En la glorieta central Rafael López recitó unos versos dedicados a Gutiérrez Nájera. A continuación Max Henríquez Ureña leyó unas palabras sobre la significación histórica del poeta. La *Revista Moderna* publicó su discurso, sin duda lo más interesante del acto. Seguidamente reproduzco algunos fragmentos; además de ser desconocido, el texto revela una comprensión clara y temprana de lo que había sido el modernismo y del lugar que en él ocupa Gutiérrez Nájera. Comienza presentando a éste como el apóstol mexicano de la nueva hora, una figura muy parecida a «El que vendrá» de José Enrique Rodó:

> «Gutiérrez Nájera surgió en un solemne momento histórico de la literatura mexicana: era el momento en que se imponía una reforma que cambiara los oropeles sensibleros del romanticismo ya caduco y decadente; una revolución que devolviera al verso su antigua elegancia y abriera nuevos campos para la explotación de los metros y los ritmos; un estremecimiento que hiciera

16 «En honor de Gutiérrez Nájera. Los jóvenes escritores», en *El Diario,* 13 de abril de 1907, pág. 8. El día antes de la manifestación volvió a repetir la convocatoria: «En honor de Gutiérrez Nájera,» en *El Diario,* 16 de abril de 1907, pág. 3.

17 Cfr. «En honor de Gutiérrez Nájera», en *El Diario,* 18 de abril de 1907, pág. 2; «En honor de un poeta. Simpática manifestación para hoy» y «En memoria de un poeta. Brillante fiesta en que toman parte distinguidos poetas y oradores», en *El Popular,* 17 de abril de 1907, pág. 1 y 18 de abril pág. 1; «Manifestación de estudiantes (Velada artística en el Teatro Arbeu»), en *El Imparcial,* 18 de abril de 1907, pág. 2.

brotar de las raíces recónditas del idioma, nuevas palabras y vocablos aletargados, que renaciendo a la luz dieran cabal y gallarda expresión al pensamiento. Para iniciar esa obra se esperaba al elegido, porque los elegidos surgen siempre en el momento en que pueden realizar una labor fecunda, en el momento en el que, según la frase de Renán, 'una inmensa espera invade las almas'. Manuel Gutiérrez Nájera fue el elegido. Apareció como un redentor amable, y con la sonrisa en los labios derribó los viejos ídolos, desterró el sectarismo en arte, mirificó la prosa y el verso con el prodigio de sus adjetivos y con la revelación de una nueva elegancia en la forma». [18]

A continuación aclara algunos aspectos del modernismo que han seguido dando mucho que hablar, mostrándose ya como el buen intérprete que fue de este movimiento, en especial de lo que supuso su renovación métrica:

«Su labor artística fue de purificación y de innovación. Pero en el palenque de su credo artístico, en la famosa *Revista Azul* —que ya nadie, ni el más ilustre de los modernos herederos del poeta podría resucitar, porque los manifiestos literarios, lo mismo que los políticos, tienen su momento histórico— abrió ampliamente las puertas a todos los que supieran entender y amar el arte, sin sectarismos, ni preferencias, ni privilegios de ningún género (...). La crítica ha reconocido unánimemente que Gutiérrez Nájera fue en compañía de Rubén Darío, Julián del Casal y José Martí, uno de los cuatro fundadores del modernismo. Y aquí cabe, señores, declarar que lo que se llamó modernismo por una necesidad de designación, está lejos de indicar sectarismo ni limitación al pensamiento. Bastará con analizar la personalidad literaria, tan diversa, de los cuatro fundadores del modernismo en América, para comprender que el programa de esa escuela era tan amplio, que tuvo que resolverse, como declara Leopoldo Lugones, en 'la

18 «Palabras pronunciadas en la manifestación de la juventud literaria del miércoles 17 de abril de 1907, en la ceremonia de la Alameda», en *Revista Moderna*, mayo 1907, págs. 139-140.

conquista de la independencia intelectual'. En efecto, hemos llegado a suprimir absurdas limitaciones de escuela, y lo que hoy se pide al artista es que produzca belleza, sin preocuparnos de los procedimientos que siga para producirla. Hemos llegado a la época del arte libre (...). Para precisar el espíritu ecléctico y noble que presidía a los iniciadores de esa revolución, debo insistir en la faz de purificación de esa labor, haciendo la afirmación de que una de las glorias del modernismo es haber resucitado muchos de los arreos de la forma clásica. La mayoría de las combinaciones métricas de Rubén Darío —que levantan estulto clamoreo entre los ignaros pontífices del estancamiento— son hábiles resurrecciones de las que usaron los poetas españoles de los Siglos de Oro, combinaciones que han sido olvidadas, porque una de las tendencias lamentables del romanticismo fue la de sujetarse a ciertos metros anquilósicos y a una completa monotonía en los acentos prosódicos». [19]

Después de esta intervención, Alfonso Cravioto, el fundador de *Savia Moderna,* que acababa de regresar de Europa y reincorporarse al grupo, leyó unos versos enviados por Jesús E. Valenzuela; y al final Ricardo Gómez Robelo improvisó un vehemente discurso, especialmente criticado por *El Imparcial,* «proclamando que este esfuerzo de la juventud mexicana era la declaración de su libertad en el arte y en todos los órdenes». [20]

La manifestación tuvo una continuación esa misma noche en el Arbeu, el teatro oficial. Hubo números musicales, Roberto Argüelles Bringas recitó un poema en honor de Gutiérrez Nájera; [21] Luis G. Urbina leyó «Pax animae», tal vez la composición más popular de Nájera; y Jesús Urueta, el orador mexicano más célebre de la época, no superado siquiera por Díaz Mirón, puso

---

19 *Ibidem,* pág. 140.

20 HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: «Desde México. Protesta y glorificación...», en *OC* I, pág. 268.

21 «Homenaje al Duque Job (Versos recitados por su autor en la Velada del 17 de abril, verificada en el Teatro Arbeu)», en *Revista Moderna,* mayo 1907. págs. 153-155. Aparece en ARGÜELLES BRINGAS, Roberto: *ob. cit.,* págs. 167-169.

fin a los actos de protesta con un vibrante discurso en el que elogiaba a Nájera y denunciaba la profanación de la *Revista Azul.* [22]

Los jóvenes consideraron que Manuel Caballero ni siquiera entendía el sentido de la obra de Gutiérrez Nájera y basaba toda su tardía campaña antimodernista en una identificación parcial entre modernismo y decadentismo. El principal apoyo teórico de la nueva *Revista Azul* fue la publicación por entregas del ensayo del crítico mexicano Atenadoro Monroy «Valor estético de las obras de la Escuela decadentista». En él se termina definiendo el decadentismo o modernismo como «la escuela poético-lírica de origen metafísico, en el que se traduce un hondo y amargo malestar social de cansancio y decrepitud, por medio de símbolos oscuros e ininteligibles, expresiones rebuscadas o alteradas caprichosamente en su significación, metros de calculadas disonancias o virtualidades musicales de absoluta libertad y novedad, rimas regresivas, y fantaseos y alucionaciones personalísimas, propias sólo de la neurosis y del desequilibrio cerebral». [23]

Después de la «Protesta literaria» Manuel Caballero publicó, además, dos «contraprotestas» firmadas respectivamente por jóvenes de Puebla y de Aguascalientes. La primera, más extensa, trata de refutar uno a uno los argumentos de los capitalinos:

> «Defienden ellos al decadentismo o modernismo como principio de libertad, siendo que es un principio de libertinaje, puesto que da en tierra hasta las reglas más rudimentarias a que debe sujetarse toda obra que tenga por objeto la Belleza. Lo defienden como principio de universalidad, siendo así que apenas es comprendido por unos cuantos iniciados.
>
> Lo defienden como principio de eclecticismo y de odio a la vulgaridad y a la rutina, siendo así que sólo toma lo malo de las literaturas de todos los tiempos, y sus sectarios pretenden ser tan

---

22 Max Henríquez Ureña dedicó una crónica al discurso de Urueta: «Visiones de México. Un orador eximio», en *Revista Moderna,* junio 1907, págs. 250-251.

23 *Revista Azul,* Segunda Epoca, vol. VI, núm. 3, 21 de abril de 1907, pág. 38. Este ensayo fue, al parecer, premio de los Juegos Florales de Puebla en 1902.

absolutamente novedosos que llegan hasta las extravagancias más inverosímiles». [24]

Pero no es difícil advertir que buena parte de la irritación que dejan traslucir los escritores provincianos se debe al sentimiento de estar relegados y a su negativa a reconocer a los capitalinos como los representantes naturales de la juventud mexicana: «La mayor parte de los que firmamos somos jóvenes también; pisamos un terreno que es patrimonio de quien lo merece, no de quien lo arrebata, protestamos de una vez por todas contra la tutela gratuita a que nos han querido someter los poetas de la Corte. No es allí donde reside la Meca en que soñamos nosotros los provincianos oscuros». [25] Firman, además de Atenadoro Monroy y entre otros, los poetas Rafael Cabrera y Alfonso G. Alarcón, que, sin embargo, no tardaron en unirse al grupo de la capital.

La segunda contraprotesta es una breve nota de adhesión a la *Revista,* cuyo único interés está en ser uno de los primeros documentos públicos en los que figura el nombre de Ramón López Velarde, entonces un estudiante de dieciocho años del Instituto de Aguascalientes, que apenas había comenzado a escribir versos, y que andando el tiempo será quien, paradójicamente, lleve al modernismo mexicano a su culminación y señale caminos para la poesía posterior. [26]

Y es que, como vieron los jóvenes de la «Protesta», el momento en que el programa de la nueva *Revista Azul* («Nuestro programa: ¡Guerra al decadentismo! Restauraremos el arte limpio, sano y fuerte») [27] habría tenido justificación, había pasado ya, y ahora salía a luchar contra fantasmas. Las verdaderas individualidades del modernismo seguían orientaciones propias y cada vez más alejadas de cualquier decadentismo inicial. Pero basta simple-

---

24 «Contrapropuesta. De la juventud literaria de Puebla. En favor de la *Revista Azul*», en *Revista Azul,* Segunda Epoca, vol. VI, núm. 4, 28 abril de 1907, pág. 49.

25 *Ibidem,* pág. 49.

26 «Contra-protesta. Aguascalientes, abril 14 de 1907», en *Revista Azul,* Segunda Epoca, vol. VI, núm. 4, 28 abril de 1907, pág. 50.

27 *Revista Azul,* Segunda Epoca, vol. VI, núm. 1, 7 de abril de 1907, pág. 1.

mente leer la revista para advertir que ésta no pudo mantener siempre la identificación entre modernismo y decadentismo y que cayó en frecuentes contradicciones. Manuel Caballero pudo, por ejemplo, criticar agriamente el poema de Leopoldo Lugones «Hortus deliciarum», pero al enfrentarse a «New Mown Hay» tuvo que reconocer que «reúne caracteres de pensamiento, sencillez, belleza, gracia y hasta perfecta claridad, cosa que sorprenderá tratándose de un pontífice de la poesía tenebrosa».[28] Lo mismo al hablar de los últimos poemas del «delicuescente» Nervo o de Valenzuela.[29] A Luis G. Urbina no lo considera decadentista «a pesar de algunas composiciones»;[30] y edita, como ejemplo de su ideal de «arte limpio, sano y fuerte», poemas de *Soledades* de Antonio Machado, sin advertir su modernismo esencial.[31] Además, continuamente hace concesiones como ésta:

> «Algunos de esos señores, cuando no están bajo la influencia de su locura, son poetas de verdad, emotivos, sinceros, que sienten y hacen sentir a los lectores. Extraña cosa que ellos mismos no se percaten de la inmensa distancia que separa aquellas de sus composiciones que son hijas de la neurosis, de las que vibra en sus liras cuando se encuentran en estado de tranquilidad y razón».[32]

Manuel Caballero no pudo mantener mucho tiempo el malentendido. Los escritores mexicanos le hicieron el vacío, se quedó solo y al sexto número anunció la suspensión de la publicación. La *Revista Moderna* publicó entonces una nota editorial titulada «La muerte de la *Revista Azul*», donde destacaba el papel que en ella había tenido los jóvenes:

---

28 «Crítica», en *Revista Azul*, Segunda Epoca, vol. VI, núm. 2, 14 abril de 1907, pág. 15.
29 *Ibídem*, pág. 16.
30 «'A una santa memoria', de Luis G. Urbina», en *Ibídem*, pág. 11.
31 «Versos de Antonio Machado», en *Revista Azul*, Segunda Epoca, vol. VI, núm. 4, 28 de abril de 1907, pág. 50.
32 «Crítica», en *Revista Azul*, Segunda Epoca, vol. VI, núm. 2, 14 de abril de 1907, pág. 15.

«El viejo repórter que pretendió resucitar la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera con un absurdo programa antimodernista, radicalmente opuesto al amplio espíritu de tolerancia del fenecido fundador, ha declarado que el fracaso pecuniario le obliga a desistir de su censurable y censurado intento.

Ha sido, pues, completo el triunfo de la juventud que protestó contra el desacato, en el manifiesto publicado el 7 de abril, y en la gran manifestación pública del 17». [33]

La «nueva generación intelectual» se había dado a conocer. A partir de este momento iba a tratar de poner en marcha sus proyectos. El de la revista *Arte Libre* no salió adelante; sí el de la «Sociedad de Conferencias», que se presentó públicamente unas semanas más tarde.

33 *Revista Moderna*, junio 1907, pág. 239.

UNA «SOCIEDAD DE CONFERENCIAS» SOBRE TEMAS MODERNOS

Desde que en 1907 la «juventud intelectual mexicana» se constituyó por primera vez en sociedad, las conferencias fueron su medio de comunicación y actuación más frecuente. Los diversos ciclos de conferencias que dictó hasta 1914 lograron reavivar una práctica poco usual y de escaso atractivo para las clases cultas de la capital: por entonces en México las conferencias eran «cosas raras», «verdaderas latas», dice Pedro Henríquez Ureña. [1] La Sociedad de Conferencias trató de renovarlas desligándolas de todo propósito inmediatamente didáctico o de carácter oficial, ofreciendo temas nuevos y de interés general y dándoles un tratamiento riguroso y original.

El primer ciclo se celebró en el recién inaugurado Casino de la Colonia de Santa María de la Ribera, un centro social de clase media alta, formado por las familias de profesionales liberales, altos funcionarios y rentistas, que brindó su salón a los jóvenes. [2] De esta forma, dice Alfonso Reyes, «fue extendiéndose nuestra acción por los barrios burgueses». [3] Estuvo compuesto de seis conferencias divulgativas sobre letras, artes y pensamiento moderno. Se dieron los miércoles por la noche y fueron acompañadas de un número de música y de la lectura de poemas de García Naranjo, Manuel de la Parra, Castillo Ledón y Alfonso Reyes. Todas ellas son indicativas de los intereses iniciales de los distintos miembros del grupo. [4]

---

1 «Henríquez Ureña a Reyes. 29-10-1913», en *Correspondencia*, pág. 224.

2 Cfr. ROJAS GARCIDUEÑAS, José: *ob. cit.*, pág. 52.

3 «Pasado inmediato», *OC* XII, pág. 208.

4 Dan noticia de esta serie de conferencias todas las crónicas existentes sobre el Ateneo. Además de Alfonso Reyes y Rojas Garcidueñas y entre otros. HERNANDEZ LUNA, Juan: «Prólogo» a CASO, Antonio y otros: *Conferencias del*

La serie se inauguró el 29 de mayo de 1907 con una conferencia de Alfonso Cravioto sobre «La obra pictórica de Carriére». Cravioto, el exdirector de *Savia Moderna,* acababa de volver del mítico viaje por Europa. Al concederle primero la palabra, la Sociedad de Conferencias subrayaba su continuidad con la revista y su capacidad para ofrecer al público mexicano novedades europeas de primera mano. Eugene Carriére había muerto el año anterior y con este motivo Gómez Robelo escribió un ensayo en *Savia.* [5] Durante su estancia en París, Cravioto pudo ver sus obras y adquirir una buena colección de reproducciones que se expusieron en el Casino de Santa María para ilustrar la disertación.

El 12 de junio siguiente Antonio Caso ofreció una síntesis sobre «La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno», tema que suscitaba gran interés. El 26 del mismo mes Pedro Henríquez Ureña habló sobre «Gabriel y Galán», al que consideró un poeta esencialmente clásico, pero no del todo ajeno a las novedades modernistas, en cuya obra podían apreciarse claras influencias del famoso «Nocturno» de José Asunción Silva. [6]

Las tres conferencias anteriores fueron reproducidas por la

Ateneo de la Juventud, México, UNAM, 1984, págs. 13-14; INNES, John Schwald: *Revolution and Renaissance in Mexico: el Ateneo de la Juventud,* Unpublished Ph. D. Dissertation, Austin, The University of Texas, 1970, págs. 118-120; CAMACHO CAMACHO, Lidia: *El Ateneo de la Juventud y su difusión en la prensa de 1908 a 1914,* Tesis para obtener el grado de Licenciado en Ciencias de la Comunicación, México, Universidad Anahuac, 1986, págs. 57-58.

5 «Artistas extranjeros. Eugenio Carriére», en *Savia Moderna,* vol. I, núm. 5, julio 1906, págs. 331-335. Ha sido recogido en GOMEZ ROBELO, Ricardo y DIAZ DUFOO, Carlos Jr.: *Obras,* ed. de Serge I. Zaïtzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, págs. 122-125.

6 En medio de esta serie de conferencias sobre temas modernos, la elección de Gabriel y Galán es la única que puede extrañar hoy. Guillermo Díaz Plaja considera uno de los momentos clave de la evolución del modernismo lo que llama precisamente «la reacción de 1907», consistente en una vuelta hacia la sencillez lírica (de acuerdo con una de las tendencias del «posmodernismo» señalado por Federico de Onís) y una exaltación de los gustos nacionales, entre cuyos ejemplos señala «la valoración evidentemente polémica de la figura de Gabriel y Galán, como arquetipo de los valores tradicionales» (*Modernismo frente a noventa y ocho,* Madrid, Espasa-Calpe, 1979, pág. 125). La aportación de Henríquez Ureña está precisamente en haber apreciado en él la huella de 'Silva', en señalar cómo hasta los escritores aparentemente más alejados del modernismo no podían escapar a su influencia predominante. Dos años después, Henríquez Ureña volvió a hablar de Gabriel y Galán como de un poeta «injustamente olvidado» («Las cien mejores poesías», en *OC* I, pág. 275). Pero la verdadera razón de su admiración por este poeta la entenderemos más tarde, cuando expliquemos su concepto de «lo clásico».

Revista Moderna.[7] No se conservà, en cambio, la que Rubén Valenti pronunció el 10 de julio sobre «La evolución de la crítica». Según el testimonio, casi siempre exacto, de su íntimo amigo Nemesio García Naranjo, Valenti «enarboló la bandera del Ideal, exaltó los valores del espíritu, pregonó que sin la metafísica los cerebros se condenan a la asfixia, y finalmente terminó su discurso diciendo que el pensamiento humano, antes libre y sonriente, había sido crucificado en el Calvario del Positivismo».[8]

El miércoles 24 de julio el arquitecto Jesús T. Acevedo, padre de la idea de las conferencias, intervino con una titulada «El porvenir de nuestra arquitectura», que iba a tener gran trascendencia. En ella abogó no sólo por la conservación de la arquitectura virreinal, sino por la adaptación de sus características a las necesidades del progreso. Sólo así, decía, México podría tener algún día una arquitectura propia. Debido a esta y otras conferencias, Acevedo suele ser considerado —y es lo único que se dice de él— como el iniciador del interés contemporáneo por la arquitectura colonial mexicana y un precursor del movimiento «colonialista», que se manifestó en todas las artes, en especial la literatura, durante la década de los veinte.[9] Yo sólo quiero dejar apuntada la tendencia a la que creo que realmente pertenecen sus ideas, no para negar, sino para esclarecer lo que ellas anticipan de tendencias futuras.

Me parece evidente, y basta con leerla, que en su conferencia, nada técnica, muy literaria y bastante vaga, Acevedo intenta trasladar a México la utopía artística de John Ruskin y William Morris, pero sin hacer hincapié en sus aspectos sociales. Estos defensores de los derechos del arte en la civilización industrial y urbana, contribuyeron a la difusión del gusto por la Edad Media y al rena-

---

7 CRAVIOTO, Alfonso: «Eugenio Carriére. Conferencia», en *Revista Moderna*, junio 1907, págs. 208-217; HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: «Un clásico del siglo veinte» y CASO, Antonio: «Nietzsche. Su espíritu y su obra», en *Revista Moderna*, agosto 1907, págs. 298-303 y 349-358 respectivamente.

8 *Ob. cit.*, Tomo III, pág. 284.

9 En 1924 Alfonso Reyes escribió: «Sin ser Acevedo un escritor, se adelanta en sus métodos a nuestros colonialistas jóvenes» («Notas sobre Jesús Acevedo», en *Simpatías y diferencias V. Reloj de Sol*, OC IV, pág. 444). Y Julio Jiménez Rueda, uno de los más característicos representantes del colonialismo, dice: «... el grupo colonialista procede un poco del Ateneo de la Juventud. Allí se comenzó a hablar de estas cosas (Acevedo), allí se escribieron obras en prosa y verso con tales características» («Julio Jiménez Rueda», en CARBALLO, Enmanuel: *ob. cit.*, pág. 204).

cimiento finisecular de las artes decorativas. Querían volver a la figura medieval del artista artesano, a un arte nacido del pueblo, que embelleciera y dignificara la vida cotidiana. Acevedo ve en el arte de la Colonia, la Edad Media mexicana, una fuente inagotable de inspiración: «cuán gratas serían las producciones novísimas continuando y perfeccionando los bellos principios tradicionales». [10] Algunos meses antes Gómez Robelo había publicado en la *Revista Moderna* la traducción de un fragmento de *The Seven Lamps of Architecture,* en la que Ruskin expone sus ideas a favor de la «conservación» y en contra de la «restauración» de la arquitectura antigua. [11] Acevedo termina imaginando, como Morris en *News from Nowhere,* la ciudad ideal del futuro, en la que todo, los edificios, sus habitantes y cada uno de sus detalles, estén subordinados a la belleza.

> «... si anhelamos ardientemente que un estilo nuevo anime a nuestras artes plásticas y especialmente a la arquitectura, debemos empezar por interesar directamente al pueblo, a la nación entera. ¡Que los artistas determinen la orientación de la tierra prometida por la colaboración de su celeste concordia (...); que el obrero destinado invariablemente a la labor maquinal como consecuencia de nuestro triste régimen social, ocupe de nuevo su puesto de maestro, de creador, de artista! Y cuando miréis delica-

10 *Disertaciones de un arquitecto,* México, SEP, 1967, pág. 52.

11 «*La lámpara del recuerdo* (Fragmento), de John Ruskin», en GOMEZ ROBELO, Ricardo y DIAZ DUFOO, Carlos: *ob. cit.*, págs. 189-193 (la traducción se publicó en *Revista Moderna,* septiembre 1906, págs. 113-115). En 1908 Pedro Henríquez Ureña utilizó los mismos argumentos expuestos aquí por Ruskin para denunciar los intentos de acabar la torre de la catedral de Santo Domingo: «¡No habléis de reconstrucción! clamaba Ruskin, el maestro de *Las siete lámparas de la arquitectura.* Lo que fue, por obra y gracia de la fe de los hombres ya idos, de la fuerza y el saber de siglos ya muertos, no puede, en el flujo perpetuo de las cosas, tornar a ser jamás (...)» («La Catedral», en *OC* II, pág. 39). Rafael López hace varias referencias a Ruskin en su poema, no demasiado afortunado, «Los versos indemnes»: «Persigo el secreto de las líneas puras. / El orden que rige las arquitecturas / amadas por Ruskin, / (Son las Siete Lámparas como siete soles / que alumbran perennes naves y sagrarios / y arden en la sombra de las vastas moles / con la sacra lumbre de los lampadarios)» *(Poesía reunida,* ed. cit., pág. 35). No cabe duda que Ruskin fue una lectura frecuente entre los jóvenes de la Sociedad de Conferencias. Se ha señalado repetidas veces la huella del prerrafaelismo en modernistas como Darío o Silva, pero no conozco ningún estudio global sobre la posible influencia de Ruskin y Morris en la cultura hispanoamericana de fin de siglo, como el realizado por Lily Litvak para el caso de España *(Transformación industrial y literatura en España (1895-1905),* Madrid, Taurus, 1980).

das y concisas formas en vuestros bellos edificios; cuando miréis en la calle bellos vestidos que expresen y acentúen la gracia de aquellas que tienen el perfume de las flores; cuando comprendáis que debe existir un sentido de relación y armonía en la decoración interior, esteras, frisos y muebles de vuestras casas, por modestas que sean; cuando encontréis sobre vuestra mesa los libros que fueron considerados por sus impresores e ilustradores con sagrada veneración, pues que son destinados a suscitar en las inteligencias una flama inextinguible, entonces pensaréis que algo aconteció, que un espíritu nuevo ha debido soplar sobre el país para que tales refinamientos estén al alcance del más humilde ciudadano». [12]

Todas estas ideas, su mención a los vestidos, a la decoración interior, a un arte al alcance del pueblo, incluso la referencia al libro bellamente impreso, están en Ruskin y Morris, este último, impulsor del renacimiento finisecular de las artes del libro.

El 7 de agosto Ricardo Gómez Robelo pronunció la última conferencia del ciclo, titulada «La obra de Edgar Poe». Como tantos poetas modernistas, Gómez Robelo se interesó por la técnica de los poemas de Poe, de los que ensayó distintas traducciones, cuyas primeras versiones aparecieron en *Revista* y *Savia Moderna.*[13] No se ha conservado su conferencia, pero sabemos por Henríquez Urea que en ella no presentó «el Edgar Poe fantaseador y sentimental que imaginan los lectores vulgares, mal guiados por la seudocrítica, sino el legítimo Edgar Poe, artista sabio y conquistador de un nuevo mundo estético». [14]

Carriére, Ruskin, Nietzsche, Poe: arte, pensamiento, literatura moderna. El primer ciclo de la Sociedad de Conferencias fue una campaña de la juventud intelectual —así lo llamaron los periódicos de la época y Alfonso Reyes volvió a utilizar el término en

12 *Ibídem,* págs. 53-54.

13 Cfr. GOMEZ ROBELO, Ricardo y DIAZ DUFOO, Carlos Jr.: *ob. cit.,* págs. 66-70 y 181-184. Sobre la influencia de Poe en la literatura hispánica, especialmente de fin de siglo, véase el clásico estudio de ENGLEKIRK, John Eugene: *Edgar Alland Poe in Hispanic Literature,* New York, Instituto de las Españas, 1934.

14 «Conferencias», en *OC* II, pág. 26.

«Pasado inmediato»—, pero una campaña, hay que añadir, para difundir el gusto moderno entre el público mexicano.

Los jóvenes obtuvieron un amplio reconocimiento social. Periódicos capitalinos como *El Imparcial, El País, El Popular* y *La Patria* anunciaron y publicaron crónicas sobre las veladas del Casino de Santa María.[15] Todas elogiaban la iniciativa del grupo y la buena acogida por parte del público. «De allí —señalaba *El País*— puede brotar el núcleo de una confraternidad artística que mucho significará en el adelanto de las bellas artes en nuestra República».[16] El editorial de *La Patria* titulado «Una campaña de la Juventud» saludaba el nacimiento de una «nueva generación literaria» y concluía:

> «De ninguna manera mejor podría haberse dado a conocer la juventud que iniciando una serie de conferencias, por medio de las cuales al propio tiempo que se difundían doctrinas estéticas (...) y se popularizaban libros que no han pasado de la 'élite' intelectual, íbanse dando a conocer, uno por uno, los miembros que forman ese grupo literario, para quienes están reservadas las victorias del mañana».[17]

La *Revista Moderna* también se hizo eco del éxito de los jóvenes y anunció que la directiva del Casino de Santa María costearía una edición de todas las conferencias y poesías.[18] Esta no se hizo, pero la propia revista editó en los meses siguientes las de Cravioto, Caso y Ureña, y es a partir de entonces cuando realmente los jóvenes se convierten en sus principales colaboradores.

---

15 En la sección social de *El Imparcial* aparecieron anuncios de las conferencias (28 de mayo de 1907, pág. 3; 12 de junio de 1907, pág. 3), pero ninguna crónica. *El País* siguió más de cerca las actividades de los jóvenes: «Sociedad de conferencias» (29 de mayo de 1907, pág. 2), «Sociedad de Conferencias. Brillante reunión en el Casino de Santa María» (31 de mayo de 1907, pág. 1), «Las conferencias de Santa María» (14 de junio de 1907, pág. 1) y «Conferencia en el Casino de Santa María» (26 de junio de 1907, pág. 1). En *El Popular* aparecieron los siguientes artículos: «Sociedad de Conferencias» (30 de mayo de 1907, pág. 2), «Conferencia» (12 de junio de 1907, pág. 3), «En el Casino de Santa María» (14 de junio de 1907, pág. 2), «Tercera conferencia» (27 de junio de 1907, pág. 2), «La fiesta de hoy» (10 de julio de 1907, pág. 1). Y en *La Patria:* «La campaña de la Juventud» (6 de agosto de 1907, pág. 1).

16 «Sociedad de conferencias», 31 de mayo 1907, pág. 1.

17 *La Patria,* 6 de agosto 1907, pág. 1.

18 «Conferencias», en *Revista Moderna,* junio 1907, pág. 256.

También ellos contribuyeron a su propia promoción. Durante las conferencias continuaron las reuniones, ya no de trabajo sino de congratulación. La Sociedad, cuya sede efectiva era la casa de los Henríquez Ureña, festejó a sus conferenciantes y poetas, e incluso actuó como anfitriona de dos representantes del modernismo americano de paso por México: el panameño Darío Herrera y el colombiano Julio Flores. [19]

A finales de verano, los Henríquez Ureña tuvieron que dejar *El Diario* por ciertas desavenencias con la dirección. Pedro comenzó a trabajar en una compañía de seguros y Max se trasladó a Jalisco, como jefe de redacción de *La Gaceta de Guadalajara.* [20] Ambos estaban convencidos de las posibilidades, no sólo intelectuales, que se abrían ante los jóvenes. Desde su nuevo periódico Max escribió un artículo titulado «La campaña de la juventud», en el que señalaba la actualidad de las conferencias: «Sabido es que en los países más avanzados de nuestra época las conferencias públicas son uno de los medios más generalizados para propagar el amor a las ideas nobles y bellas»; [21] y las ponía como prueba de «una ilustración vastísima y profunda, que es la mejor garantía de que esos jóvenes han de ser útiles a su patria, cuando ésta los llame a prestar su concurso a la afanosa labor de fomentar los ideales cívicos y defender los derechos ciudadanos». Pedro le envió a su primo Enrique A. Henríquez una carta abierta, publicada en *La Cuna de América* de Santo Domingo, invitándole a visitar México: «Conocerías al grupo juvenil de intelectuales y artistas más brillante de la América española. Esta opinión no es mía, sino de alguien que personalmente y al dedillo conoce los principales centros literarios americanos: Darío Herrera». [22] Y después de informarle de sus actividades termina:

---

19 Cfr. HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: «Conferencias y tes» y «Julio Flores en México», en *OC* I, págs. 324-325 y 327-329 respectivamente (ambos artículos fueron escritos para *La Cuna de América* en julio de 1907). La *Revista Moderna* dio la bienvenida al escritor panameño en una nota «Darío Herrera» (mayo 1907, pág. 174). Según informa Max Henríquez Ureña, Herrera vivió durante unos meses con él y su hermano (cfr. HENRIQUEZ UREÑA, Pedro y REYES, Alfonso: *Epistotalitario íntimo, 1906-1949,* Tomo I, ed. cit., pág. 66, en nota).

20 Cfr. HENRIQUEZ UREÑA, Max: «Hermano y maestro», ed. cit., pág. XL.

21 El artículo se encuentra en recorte, sin fecha ni página, en la «Capilla Alfonsina», incluido en el «Album núm. 1. Comentarios y recortes de la prensa. Desde 1907».

22 «Conferencias y tes», en *OC* I, pág. 321.

«¿No crees que tengo razón al desear que vengas a respirar este ambiente de actividad intelectual y alegría juvenil? Pues ni esta actividad ni esta alegría prometen decaer. El éxito da nuevos entusiasmos, la juventud está dominando ya la atención pública y quiere, en lo porvenir, adueñarse de todo». [23]

Son palabras raras para la habitual sobriedad de Pedro Henríquez Ureña, pero indicativas del entusiasmo que entonces se vivía dentro del grupo y de la seguridad de sus componentes de que todo era posible. Y en realidad apenas habían comenzado. Su confianza se basaba más en lo que proyectaban que en lo que habían hecho. En noviembre, tres meses después de terminado el ciclo, Pedro Henríquez Ureña escribió un artículo para el periódico de su hermano, titulado «Las conferencias de los jóvenes». Según él, éstas habían revelado las cualidades propias de la nueva generación: el rigor y la independencia intelectual; la unión de la facultad artística con un espíritu crítico y, en su más amplio sentido, filosófico; y el amor a la antigüedad clásica. [24] ¿Filosofía y estudios clásicos? Las conferencias conservadas apenas demuestran tal cosa. Más que un balance, lo que Henríquez Ureña nos ofrece es un programa: la orientación que él mismo quería imprimir al grupo, la promesa de lo que éste iba a tratar de realizar durante los últimos meses de 1907 y todo 1908, el período decisivo de su formación. Desde septiembre al menos, los miembros más activos de la Sociedad preparaban una nueva serie de conferencias que superase la del verano y demostrase las cualidades señaladas por Henríquez Ureña. «Acaso por ser éste el primer ciclo —reconocía Henríquez Ureña en su artículo—, y sin que los autores pusieran en ello especial voluntad, las disertaciones abarcaron demasiado». [25] El nuevo ciclo habría de ceñirse a un tema único, pero ambicioso y con derivaciones amplísimas: la Grecia clásica.

---

23 *Ibídem*, pág. 325.

24 El artículo apareció en *Horas de estudio* (1910) con el título de «Conferencias», con el que se recoge en *OC* II, págs. 25-30.

25 *Ibídem*, pág. 28.

SEGUNDA PARTE

1908: LA VUELTA A LAS HUMANIDADES Y A LA FILOSOFIA

UN PROYECTO DE CONFERENCIAS SOBRE GRECIA

Después del verano de 1907, al terminar las conferencias y con la marcha de Max Henríquez Ureña a Guadalajara, las reuniones del grupo se suspendieron momentáneamente. «Pero entonces surgió un nuevo proyecto —dice Pedro Henríquez Ureña— que ha sido el verdadero definidor del grupo. Acevedo y yo propusimos una serie de conferencias sobre Grecia». [1] Y ¿por qué Grecia?, ¿por qué la antigüedad griega se convierte de pronto en el centro de atención de unos jóvenes aficionados a las letras, las artes y el pensamiento moderno? Habremos de terminar contestando que por su interés permanente, por ser la base firme de toda cultura, pero quisiéramos empezar siendo algo más concretos.

Veinte años después, Pedro Henríquez Ureña escribió: «En los tiempos en que descubríamos el mundo Alfonso Reyes y sus amigos, Grecia estaba en su apogeo: ¡nunca brilló mejor! ». [27] Las novedades que por aquellos tiempos le llegaban de Nueva York, y a través de ésta de Europa, parecían anunciar un redescubrimiento general de Grecia, lo que él llamó, en el título de una crónica de actualidad, «La moda griega»:

> «Desde el Renacimiento hasta nuestros días, es decir, desde el platonismo florentino hasta la resurrección del teatro al aire libre, no transcurre cuarto de siglo sin que en la Europa intelectual se suscite la cuestión helénica. En este momento —puede observarlo quienquiera que siga, aunque sea de lejos y a prisa, el movimiento mundial—, los grandes autores que están en moda son Homero y Goethe (...); el legendario padre la poesía europea

1 «Henríquez Ureña a Reyes. 29-10-1913», en *Correspondencia*, págs. 224-225.
2 «Alfonso Reyes», en *Obra crítica*, ed. cit., pág. 294.

goza ahora de popularidad inusitada, como lo muestran los cuentos de Lemaître, el *Ulises* de Stephen Phillips, los estudios del insigne Bréal y los no menos eruditos Terret y Bérard (entre otros tantos) y hasta el proyecto de erigirle un monumento en París. En los círculos de gentes leídas, la *Odisea* se comenta con fruición que no pudiera dar ninguna novela moderna (...). Dentro de pocos meses Sófocles será autor de tanta actualidad como Oscar Wilde, gracias a la música de Richard Straus. Aristófanes inspira a comediógrafos alemanes, Platón anda ya en lenguas de los nuevos pensadores. La musa campestre, el arte hesiódico y el arte bucólico, reaparecen en D'Annunzio, en Guido Verona, en Francis Jammes, en Abel Monnard...». [3]

La historia de la cultura occidental es una resurrección continua de la antigüedad griega. Lo más antiguo puede volverse también lo más moderno. En 1907 Grecia les parecía a Henríquez Ureña y Acevedo la última moda y por ello decidieron dedicarle un ciclo en la Sociedad de Conferencias. Se pensó que cada miembro del grupo estudiaría un aspecto particular de la cultura griega y todos juntos leerían lo central de su literatura y su pensamiento, así como de los comentadores. Pero esto fue sólo el comienzo.

De inmediato el tema les hizo ver las carencias de su formación. Desde la Independencia, los gobiernos liberales habían tratado de modernizar el país estableciendo una educación laica y científica. Como veremos, esto no se llevó realmente a cabo hasta 1867, con el triunfo definitivo de la Reforma y la aplicación pedagógica del positivismo. Durante el siguiente medio siglo las humanidades, que la mentalidad liberal solía identificar con el pasado colonial o sus defensores, desaparecieron prácticamente de la enseñanza oficial. En la Escuela Nacional Preparatoria, de educación secundaria, no se enseñaba filosofía, y apenas quedaba rastro de latín, griego y literatura. Entre las Escuelas Profesionales, que habían sustituido a la Universidad, no había ninguna dedicada a la filosofía y las letras. En 1908 sólo unos pocos maestros, viejos

3 «La moda griega», en *OC* II, pág. 34. Sobre el tema puede consultarse el libro clásico de HIGUET, Gilbert: *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, especialmente Tomo II, págs. 103-369.

y aislados, mantienen vivos los estudios clásicos: el arzobispo Ignacio Montes de Oca y el prócer liberal José María Vigil, traductores de literatura griega; el obispo Joaquín Arcadio Pagaza y Joaquín Diego Casasús, poetas y traductores de poetas latinos.[4] Los jóvenes de la Sociedad de Conferencias, que pertenecen o acaban de salir de centros oficiales, aunque no ponen en duda su organización laica y básicamente científica, sienten sus limitaciones. Desde este momento y al mismo tiempo que estudian por su cuenta las disciplinas humanísticas, defienden la necesidad de incorporarlas a la enseñanza.

Al menos Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, los que más consciente y tenazmente defienden el proyecto, lo entienden desde el principio como una restauración: el cultivo de las humanidades constituye una de las mejores tradiciones de la cultura mexicana, a través de la cual ésta se entronca con la cultura hispánica, negada a veces por el pasado inmediato, y más allá de ella, con la cultura universal. «Ayuna de Humanidades —dice Reyes— la juventud perdía el sabor de las tradiciones, y sin quererlo se iba descastando insensiblemente».[5] Creo que en su vuelta a las humanidades ambos tuvieron como guía fundamental a Marcelino Menéndez Pelayo, al que consideraban «el sumo e indiscutible maestro de todo humanismo español».[6] En su *Antología de poetas hispano-americanos* éste había definido a México como «país de arraigadas tradiciones clásicas, a las cuales por uno u otro camino vuelve siempre».[7]

Henríquez Ureña conocía desde niño la *Antología,* donde se habla de su madre. El y su hermano la tomaron como modelo para sus primeras antologías de poetas antillanos. Ahora, mientras piensa en las conferencias griegas, lee en profundidad otras obras de Menéndez Pelayo y encuentra en ellas, no en las juveniles y polé-

---

4 Cfr. TAPIA ZUÑIGA, José (ed.): *Cultura clásica y cultura mexicana. Conferencias,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1983.

5 «Pasado inmediato», en *OC* XII, pág. 193.

7 *Historia de la poesía hispano-americana,* ed. cit., pág. 120. Véase el capítulo de Anna Wayne Ashhurst «Marcelino Menéndez Pelayo y la 'Historia' y 'Antología' de la poesía hispanoamericana», en *La literatura hispanoamericana en la crítica española,* Madrid, Gredos, 1980, págs. 170-224. También el folleto de Francisco Monterde, *La literatura mexicana en la obra de Menéndez Pelayo,* México, UNAM, 1958, donde se resume la génesis de la *Antología,* la parte de ella referida a México y la colaboración y reacciones de algunos intelectuales mexicanos.

micas, sino en las de la madurez, una fuente inagotable de estímulo, información e ideas. Percibe especialmente un punto débil en su erudición: la literatura y la estética inglesas del siglo XIX; [8] reconoce que nunca perdió del todo sus prejuicios de patriota y católico ante la literatura, aunque lo hizo más de lo que se piensa, y que no acabó de interesarse por los escritores de su tiempo. Con todo, lo tiene por uno de los mayores eruditos y críticos, el guía más seguro para las letras hispánicas, y cree que «puede ser un aliado de los modernos, aunque parezca serlo de los antiguos». [9]

Menéndez Pelayo lo llevó a interesarse por la antigua literatura española, en especial la de los Siglos de Oro, y por sus expresiones americanas. Y al mismo tiempo reforzó en él una actitud estética general, pero que va a ayudarnos a comprender muchas opiniones concretas: la preferencia por «la literatura clásica» en sentido amplio, no sólo la que se basa en el estudio de los modelos griegos y latinos y de sus imitadores, sino la que se opone a la romántica y busca la claridad y la armonía. [10] Henríquez Ureña ve en ella la forma más perfecta de expresión, la más propia de México, la que los autores modernos deben continuar.

Aunque finalmente no llegaron a dar las conferencias, el estudio en común, largo y profundo a que les obligó, marcó la formación de estos jóvenes. Grecia fue toda una experiencia, en la que nació la amistad entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, tan decisiva para la vida de ambos, y el grupo se consolidó y encontró las líneas definitivas de su actuación.

---

8 Cfr. «La Inglaterra de Menéndez y Pelayo» en *OC* II, págs. 183-208. Este trabajo, leído en el Ateneo de México el 26 de abril de 1912, días antes de la muerte de Menéndez Pelayo, era, según el propio Henríquez Ureña, «un modestísimo auxilio» a su labor (*Ibidem*, pág. 183, nota 1), un intento de completar las lagunas que en lo tocante a la literatura y crítica inglesa decimonónica mostraba la *Historia de las ideas estéticas*.

9 «En torno a Azorín», en *OC* II, pág. 363. El artículo, de 1914, es una respuesta a los ataques contra Menéndez Pelayo formulados por Azorín en su obra *Los valores literarios*.

10 Al comienzo de su conferencia sobre Gabriel y Galán, publicada con el título de «Un clásico del siglo XX», trató de definir el concepto siguiendo a Menéndez Pelayo: además del escritor «clásico» como un grande de las letras, maestro y modelo para todas las épocas, por lo general inclasificable; está el escritor, grande o no, que es «clásico» por temperamento o por escuela. El temperamento clásico representa todo lo contrario al que vulgarmente se designa como romántico. El escritor clásico por educación es el que ha recibido la lección de los maestros griegos y romanos o de sus imitadores (*OC* I, págs. 252-253).

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA ORIENTA A ALFONSO REYES

«Desde 1906 me había vinculado al grupo de *Savia Moderna,* en cuya dirección conocí, entre otros, a Pedro Henríquez Ureña, que representa toda una etapa de mi formación juvenil», recordó Alfonso Reyes. [1] Desde entonces, junio de 1906 en que publica «Mercenario» en *Savia,* empieza a ser conocido como uno de los más prometedores escritores mexicanos. Asiste a las reuniones en casa de los Henríquez Ureña, con los que traba una íntima amistad; está presente en la «Protesta Literaria» y, como poeta, en el primer ciclo de la Sociedad de Conferencias. El más joven entre los jóvenes, goza en el grupo de la simpatía que inspiran los benjamines. Esto le da gran prestigio dentro de la Escuela Nacional Preparatoria, a la que aún pertenece. En 1907 la Secretaría de Instrucción Pública edita sus ejercicios literarios; [2] y colabora en el *Boletín de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria,* del que es director Martín Luis Guzmán, otro preparatoriano que no tardará en unirse al grupo y que, andando el tiempo, será también figura central de la literatura mexicana de este siglo. [3] Durante el mismo año la dirección de la Escuela le encarga

---

1 «El revés de un párrafo» ,en *La experiencia literaria, OC* XIV, 129.

2 «El hombre debe amar a la patria» y «Descripción del Bosque de Chapultepec», en *Composiciones presentadas en los exámenes de 1.º y 2.º curso de literatura en la Escuela N. Preparatoria por el alumno Alfonso Reyes,* México, Tipografía Económica, 1907 (el propio Reyes da noticia de este folleto en el «Apéndice bibliográfico» al tomo I de sus *OC,* pág. 349).

3 He podido localizar seis números de este *Boletín de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria,* que se publicó mensualmente entre febrero y julio de 1907. Entre sus colaboraciones figura un ensayito de Alfonso Reyes: «De una cuestión retórica a una sociológica», en Tomo I, núm. 2, marzo 1907, págs. 21-24 (no incluido en sus *OC,* pero citado en el «Apéndice bibliográfico» del

que dirija a sus compañeros dos discursos, auténticos sermones laicos representativos de la mentalidad de la época. El primero lo pronuncia en marzo, con motivo de la muerte del científico francés Henry Moissan, reciente premio Nobel por su contribución al progreso de la humanidad.[4] El segundo en julio, para celebrar el primer aniversario de la Sociedad de Alumnos, en un acto solemne presidido por el ministro Justo Sierra.

Con este discurso, publicado por la *Revista Moderna,* Alfonso Reyes se despide de la Escuela y se dirige a los que, como él, van a enfrentarse a la vida. Les pide que conservan la fe en los grandes ideales: «Sin ideales no viviera la humanidad, porque son el secreto de toda humana energía, la causa de todo empuje, la razón de toda lucha. Hace falta un ideal. Porfían los escépticos en demostrarnos cuán erróneas fueron siempre las causas que han empujado a los hombres y los pueblos. La humanidad necesita vivir, y pues necesita vivir, hace falta un ideal (...). Tened un ideal, tened una aspiración».[5] Y a continuación toca temas comunes a tales ocasiones: el esfuerzo, la educación integral, el equilibrio de lo material y de lo espiritual, del cuerpo y la mente, el amor a la vida. Entre los consejos morales, uno que es también estético: «Sed risueños, sed audaces, sed libres, y sobre todo, no seáis bohemios (...); yo he de apoyar mis convicciones, pese a los sentimentalismos seudo-románticos y pese a los que pretenden barnizar de poesía la tosca madera del abandono, de la ociosidad y del vicio».[6]

Tomo I, págs. 3-49); y otros dos de Martín Luis Guzmán, al parecer desconocidos y que posiblemente estén entre sus primeros trabajos literarios (no se incluyen en la reciente edición de sus *Obras completas,* 2 tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 1984). Sus títulos son: «Carácter» (vol. I, núm. 1, febrero 1907, páginas 4-5) y «Presunción» (vol. I, núm. 5, junio 1907, págs. 69-70).

4 *Discurso pronunciado por el alumno ALFONSO REYES en la Escuela Nacional Preparatoria en la velada en honor de H. Moissan, el día 22 de marzo de 1907,* México, s. e., 1907 (no incluido en *OC,* pero citado en «Apéndice bibliográfico», *OC* I, pág. 349). Entre los periódicos que informaron del acto, están *El País* («Velada en honor de Henri Moissán. En la Escuela Preparatoria. Discurso magistral del alumno Alfonso Reyes», 23 de marzo de 1907, pág. 1) y *El Diario* («Velada en la Preparatoria en honor de Moissan», 23 de marzo de 1907, pág. 7). En el «Album n.º 1» de la Capilla Alfonsina se encuentran, además, recortes de *El Imparcial, La Patria* y *La voz de Nuevo León.*

5 «Alocución en el aniversario de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria», *OC* I, págs. 315-316. Aquí aparece tan sólo fechada en febrero de 1907; en realidad fue pronunciada en julio y la *Revista Moderna* la publicó en su número del mes de agosto, págs. 340-344.

6 *OC* I, pág. 319.

Su mensaje final es de actitud positiva ante la vida, compendio de las actitudes inculcadas en la escuela oficial del porfirismo y en el seno familiar, de la mano imperiosa del general Bernardo Reyes. «Mi padre, primer director de mi conciencia —recordó años después—, creía en todas las mayúsculas de entonces: el Progreso, la Civilización, la Perfectibilidad moral de hombre, a la manera heroica de los liberales de su tiempo». [7] Sobre este fondo de ideas, muy siglos XIX y común a tantos jóvenes acomodados de la época, iba a emprender él su trayectoria personal e intelectual.

Pedro Henríquez Ureña lo seguía atentamente. Había leído sus poemas y asistido a todas sus actuaciones; del discurso a la Sociedad de Alumnos dejó una crónica, tan sólo una reseña elogiosa, su primera impresión sobre él: «Reyes está llamado a ser figura de altísimo relieve en la intelectualidad mexicana». [8] Y para que se cumpliese esa promesa, se volcó por entero, empleando en ello todas sus dotes de educador. Hubo de ser durante la primera mitad de 1907 cuando empezó la amistad, la aventura en común de Henríquez Ureña y Reyes.

En septiembre, Alfonso Reyes se fue de vacaciones al lago de Chapala. Era la primera separación de los nuevos amigos y el inicio de un epistolario que se mantuvo en tensión y brillo intelectual a lo largo de sus vidas, como continuación de sus conversaciones, cada vez que la distancia las interrumpía. Las de entonces tenían como tema principal Grecia. Reyes debía escuchar a Henríquez Ureña con veneración, absolutamente entregado a su capacidad y cultura. Al irse de vacaciones le dejó unos cuadernos con sus poemas, casi todos ellos sobre motivos griegos. Henríquez Ureña le había prometido enviarle una crítica detenida y tardaba. Con ironía, como quien se avergüenza de tomarse demasiado en serio, pero con el reconocimiento y el deseo de ser reconocido que

---

7 REYES, Alfonso: *Albores*, México, El Cerro de la Silla, 1960, pág. 85.

8 «Velada en la Preparatoria. Triunfo de Alfonso Reyes. Habla don Justo Sierra», en *El Diario*, julio 1907, pág. 11. El artículo no está firmado; en el recorte que he visto en la Capilla Alfonsina figura a pluma y de mano del propio Reyes: «Pedro HU». Aunque no aparece en sus *OC*, Speratti Piñero sí lo incluye entre sus artículos: «Crono-bibliografía...», en HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *ob. cit.*, pág. 761.

Reyes siempre mostró ante él, le escribía: «¿Qué se me espera? ¿Qué fallo malauguras? ¿Cuál será tu sentencia? ¿Cuál tu consejo?». [9]

A lo largo de toda su vida, Alfonso Reyes recurrió para expresarse a la Grecia clásica. [10] La primera imagen que nos dio fue la de una Grecia amable, sencilla, gozosa de vivir. La aprendió en *Los poemas rústicos* de Manuel José Othón y en uno de los modelos de éste: las *Bucoliques* de André Chénier. El joven Reyes daba rienda suelta a su añoranza por Grecia, apenas adivinada, pero ya verdadera patria de su espíritu:

> Las islas y los barcos, y el tesoro
> de aquel país de las cigarras de oro
> adonde son de mármol las montañas,
>
> las fuentes ninfas, dioses los torrentes,
> y narran los torrentes y las fuentes
> duelos y amores, fábulas y hazañas». [11]

Entre sus poemas de aquella hora: «Oración pastoral», «Mercenario», «Viñas paganas», «Lamentación bucólica», «La tumba de Manuel José Othón», «Sonetos ofrecidos a André Chénier», «A un poeta bucólico». Bajo la simbología clásica hablaba de sensaciones propias, de cosas actuales y presentes. [12]

---

9 «Reyes a Henríquez Ureña. 19-9-1907» en REYES, Alfonso y HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *Correspondencia*, pág. 49.

10 Todos los estudios sobre Reyes tocan, más o menos directamente, su afición por Grecia. Entre ellos, hay que citar uno específico, de un autor procedente de la filología clásica. DÜRING, Ingemar: *Alfonso Reyes helenista*, en DÜRING, Ingemar y GUTIERREZ GIRARDOT, Rafael: *Dos estudios sobre Alfonso Reyes*, Madrid, Insula, 1982. Muy orientativas, con gran cantidad de datos y bibliografía, son las introducciones de Ernesto Mejía Sánchez a los tomos de las *OC* de Reyes (XIII, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX) dedicados a aspectos diversos de la cultura griega.

11 «Sonetos ofrecidos a André Chénier, I», en *Repaso poético (1906-1958)*; *OC* X, pág. 24.

12 En un artículo de 1909, titulado «Las canciones del momento», Reyes proponía como la auténtica misión del poeta el traducir en verso las emociones de todos los días, despojándolas de lo accesorio y ofreciendo sólo lo que ellas tienen de universal y humano. Nadie como los antiguos han sabido recoger en una representación literaria los frutos del momento; expresar «de modo directo el amor intelectual hacia el momento presente: secreto del espíritu clásico» (*OC* I, pág. 152).

A mediados de septiembre, Pedro Henríquez Ureña le escribe que está a punto de terminar el trabajo, «disertación platónica» la llama, que ha comenzado sobre su producción poética. [13] De momento le adelanta el poema que debía servirle de presentación. Se titula «Imitación d'annunziana. A Alfonso Reyes, orillas de lago de Chapala, enviándole una ofrecida disertación platónica». Está escrito en el campo, donde acaba de pasar unos días con Jesús T. Acevedo, leyendo a Platón; y en él imita el soneto dedicado por su admirado D'Annunzio al poeta Giuseppe Cellini, «Quando ne la mia casa, ospite caro». [14]

«Cuando en mi humilde casa, huésped caro,
te torne a ver, si Cronos es propicio,
verás cómo el mundado maleficio
ahuyenta de mi espíritu, con raro,

sutil influjo y paternal amparo,
el sereno Platón. Tú, que el bullicio
urbano esquivas (¡Rústico Salicio
anhelas ser!) y bajo el cielo claro

junto a la clara onda, plena aspiras
¿la paz rural presientes, manso y quieto,
este hortus deliciarum de la idea?

Dime, ¿sorprendes música de liras
del lago y frondas en el gran secreto?
Va el tributo amistoso: ¡grato sea!». [15]

Alfonso Reyes debió recibir la disertación más tarde, ya a la vuelta de Chapala, y lo guardó entre sus papeles personales, donde permaneció olvidado. Recientemente José Emilio Pacheco lo encontró en una carpeta de la Capilla Alfonsina y lo editó: lleva el

13 «Henríquez Ureña a Reyes. 16/17-9-1907», en *Correspondencia*, pág. 45. Cfr., además, las notas 1 y 2 del editor, José Luis Martínez.

14 D'ANNUNZIO, Gabriele: «Epodo al poeta Giuseppe Cellini», en *La Chimera*, en *Versi d'amore e di gloria*, Milano, Arnoldo Mondadori, 1982, pág. 585.

15 *OC* I, pág. 62.

título «Genus Platonis».[16] Falta, sin embargo, interpretarlo a la luz del epistolario y de nuevos datos del archivo de Reyes y, sobre todo, al través de las lecturas e intereses de ambos jóvenes.

«Genus platonis» consta de una primera parte general, en la que se estudia el temperamento platónico y los puntos que con él tienen en común Oscar Wilde y D'Annunzio. La segunda parte, más extensa, está consagrada a su amigo. Henríquez Ureña no debió quedar muy contento con esta última, poco después prescindió de ella y publicó tan sólo las consideraciones generales con el título «El espíritu platónico».[17] ¿Cuál era, sin embargo, el primer juicio de Henríquez Ureña?, ¿qué le decía en «Genus platonis» a Reyes? Y también, ¿qué decía de sí mismo?

Henríquez Ureña estaba entonces dominado por la lectura de Platón, de la que partió para introducirse en el mundo griego. Debía ayudarse de los juicios dedicados al filósofo por Menéndez Pelayo en *Historia de las ideas estéticas* y en *De las vicisitudes de la filosofía platónica en España.* Pero también, como era en él habitual, de la crítica inglesa, y en concreto del libro *Plato and Platonism* de Walter Pater, ensayista inglés poco conocido en el ámbito hispánico, pero de gran influencia en muchos escritores europeos de fin de siglo, especialmente a través de Oscar Wilde, su discípulo «in partibus infidelium». Henríquez Ureña sentía gran admiración, que trataba de comunicar a sus amigos, por lo que llamaba «estilistas ingleses de filiación helénica, desde Ruskin a Walter Pater y Oscar Wilde».[18] Posiblemente fue este último quien lo llevó a leer a Pater y, como veremos, lo hizo asiduamente. Lo que me parece indudable es que su «Genus platonis» está basado en las ideas del libro citado, y más en concreto, en el capítulo «The Genius of Plato».

---

16 Cfr. PACHECO, José Emilio: «Primeros pasos de una generación literaria. Un ensayo inédito de Pedro Henríquez Ureña y dos cartas de Alfonso Reyes», en *Revista de la Universidad de México,* vol. XXXV, núms. 2-3, octubre-noviembre 1980, págs. 8-14.

17 Título con el que apareció en *Horas de estudio* (1910) y en OC II, páginas 21-24.

18 «Edith Warthon», en *Revista Moderna,* agosto 1906, pág. 386. «Menos visible para el público, pero más claro a los 'iniciados', Walter Pater, señor de un palacio hermético por perfección, por depuración incalculable, no por desdén alguno ni soberbia, representa para mí la más alta cima del arte de la apreciación literaria en Inglaterra. He aquí un espíritu clásico, sobre el que nunca se ciernen sombras» («La Inglaterra de Menéndez Pelayo», en *OC* II, pág. 205).

La forma habitual de los ensayos de Pater es el «retrato»; su método, buscar en cada una de las figuras sobre las que escribe, ya sea Leonardo, Winckelmann o Platón, la «virtud» o «principio activo» de su personalidad. En esta ocasión la virtud del «temperamento platónico», del que Pedro Henríquez Ureña hizo una curiosa transposición al caso de Reyes. «Ya tengo en la cartera mental —le decía mientras elaboraba su estudio— algunas ideas que me parecen verdaderas claves de tu espíritu». [19]

Se puede simplificar la teoría de Pater diciendo que el temperamento platónico es de carácter paradójico, surgido de la fusión de tendencias espirituales diversas y aun opuestas. Platón es un amante, un entusiasta en un doble sentido. De una parte y originariamente, es un enamorado de la belleza externa, un joven poeta de enormes posibilidades; de otra y a partir de su encuentro decisivo con Sócrates, un enamorado de la verdad, un filósofo. Por la influencia de su maestro y por su propio esfuerzo, como buen hombre de escuela, se eleva a la contemplación del mundo ideal, a la concepción de lo espiritual y abstracto. Pero su condición primera, su riqueza de imaginación y sensibilidad, permanece, pese a las exageraciones intelectualistas y éticas de su filosofía, haciendo de ésta un testimonio artístico, vívido, de lo invisible y lo desconocido.

Para el lector atento, señala Henríquez Ureña en su «Genus Platonis», los ejercicios clásicos de Alfonso Reyes no son arte frío, meramente escolar y retórico, sino que contienen indicios para determinar su personalidad en germen. Su dominio de la forma, la riqueza de imágenes y de sensaciones, su misma concepción de la existencia sencilla y armoniosa, que tan bien se aviene a los esbozos de la vida pagana, he aquí «la clave de su temperamento (...): Alfonso Reyes es un amante». [20] Esto es, una naturaleza entusiasta, despierta a todos los halagos de los sentidos y de la

---

19 «Henríquez Ureña a Reyes, 16/17-9-1907», en REYES, Alfonso y HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *Correspondencia*, pág. 46. Parece que Henríquez Ureña juega con el título «The Genius of Plato»: primero llama a su obra «Genus platonis», la estirpe platónica, refiriéndose a los poetas que de alguna forma proceden de Platón; más tarde, al publicarla, la titula «El espíritu platónico», que es la correcta traducción de Pater.

20 PACHECO, José Emilio (ed.): *art. cit.*, pág. 11.

imaginación, una poeta prometedor, como originariamente lo era Platón. Pero, como éste, necesita formarse, completarse.

«Cuando Alfonso Reyes surgió (...) —recordaba años más tarde Pedro Henríquez Ureña—, en adolescencia precoz, luminosa y explosiva, se le aclamó poeta en generosos y fervorosos cenáculos juveniles».[21] Como poeta lo reconocieron los Henríquez Ureña, que, sin embargo, esperaban algo más de él. Desde el comienzo lo veían desbordarse hacia la prosa, así debieron hablarlo entre ellos y decírselo a Reyes, animándolo a que, sin abandonar la poesía, ensayase este camino. En agosto, Max, que ya se encontraba en Guadalajara propagando desde la prensa las posibilidades de todo tipo de los jóvenes de las conferencias, escribió un artículo sobre Reyes: «Como los griegos, tiene el afán de cultivar toda noble manifestación del entendimiento, ansiando una ilustración vasta y múltiple, y sigue a Goethe cuando éste dice que 'el objeto de la vida es la propia cultura'. Como los griegos atesora en su espíritu el entusiasmo y la esperanza, ama el vigor y la alegría, adora la libertad».[22] Y añade:

> «... hoy por hoy, sería imposible predecir cuál ha de ser la faz más brillante del intelectualismo de Alfonso Reyes. Puede asegurarse, sin temor a yerro, que será poeta, porque ha demostrado un persistente amor a la forma rimada y ya posee verdadero dominio del verso. Pero ¿será solamente poeta? No: los que hemos podido apreciar sus dotes oratorias —reveladas en una conferencia sobre Moissan y en la alocución a los alumnos de la Preparatoria—, confiamos también en que podrá brillar muy alto como orador; los que nos hemos deleitado con su prosa, tenemos fe en que la gallardía de su estilo, y la consistencia de sus ideas le harán triunfar en cualquier género prósico que cultive».[23]

---

21 «Alfonso Reyes», en *Obra crítica*, ed. cit., pág. 292.

22 Henríquez Ureña, Max: «Los de la nueva hora. Alfonso Reyes», en *Crónica*, agosto 1907. El artículo está firmado por «René D'Orange»; en el recorte de la Capilla Alfonsina que he consultado, junto a este nombre aparece escrito a pluma por el mismo Reyes «Max Henríquez».

23 *Ibidem*.

Su hermano Pedro imaginó, además, la evolución que habría de seguir Alfonso Reyes, el joven poeta favorecido por la fortuna y el talento, tal y como Walter Pater describía la de Platón:

> «The rich young man, rich also in intellectual gifts, who might have become (we see this in the adroit management of his written work) the most brilliant and effective of Sophists; who might have developed dialogues into plays, tragedy, perhaps comedy, as he cared; whose sensuous or graphic capacity might have made him the poet of an *Odyssey*, a Sappho, or a Catallus, or, say! just such a poet as, just because he was so attractive, would have been disfranchised in the Perfect City; was become the creature of an inmense seriousness, of a fully adult sense». [24]

La facultad poética de Alfonso Reyes debía hermanarse con el amor a las ideas, para así lograr la evolución perfecta de Platón. Aunque su meta final (y aquí Henríquez Ureña rompe el paralelismo y acude a Menéndez Pelayo) no debía ser precisamente la filosofía ni el libro filosófico, sino el humanismo en un sentido amplio y el ensayo o estudio crítico:

> «El poeta adolescente que tan graves disquisiciones motiva —concluye la disertación— posee su principal virtud en su temperamento de amante, cuya explosión primareval, de amanecer lírico, va templándose con la serenidad del estudio. La educación estética levantada a tan hermoso grado por el cultivo de la poesía arcaica necesita completarse con el fecundo ejercicio del ensayo, estudio crítico. Entonces el hombre de escuela que existe en este platónico se convertirá en el verdadero humanista, es decir (habla Menéndez Pelayo) 'el hombre que toma las letras clásicas como educación humana, como base y fundamental de cultura, como luz y deleite del espíritu, poniendo el elemento estético muy por encima del elemento histórico y arqueológico y relegando a la

24 «The Genius of Plato», en *Plato and Platonism. A Series of Lectures*, London, MacMillan and Co., 1910, págs. 138-139.

categoría de andamiaje indispensable, aunque enojoso, el material lingüístico'». [25]

Aunque no lo dice, la cita de Menéndez Pelayo pertenece a *De las vicisitudes de la filosofía platónica en España,* [26] y expresa su propio ideal de humanista. Desde que se dieron a conocer, la crítica se ha venido refiriendo a él y a Reyes con el título de «humanistas». Y lo que hoy suena a retórica fue para ellos un sentimiento vivo. He aquí el momento en que trataban de encarnar esa figura. Como en un juego, pero un juego que en el fondo tomaban muy en serio, que regía sus actividades más íntimas y que, finalmente, decidió sus vidas. Por entonces su ideal de cultura y educación era un ideal humanista, que toma como modelo la antigüedad y trata de armonizar la tradición y la modernidad. Un ideal que une elementos enriquecedores que evidentes limitaciones. Ambos hacen gala de curiosidad e intereses universales, buscan el desarrollo de personalidades armoniosas y polifacéticas, pero no se interesan más allá de su propio círculo culto, viven en un segundo mundo, enormemente alejados de otras realidades. [27] Henríquez Ureña empezó a ser llamado por sus compañeros «Sócrates»; [28] Reyes, «Euforión», el hijo de Fausto y de la Belleza clásica, cuyo nombre significa «energía» y que simboliza el anhelo, la ambición del genio. [29] Tanta afectación y engreimiento no debió por menos de causar irritación y burlas entre otros jóvenes capitalinos. [30]

---

25 «Genus platonis», en PACHECO, José Emilio (ed.): *art. cit.*, pág. 12.

26 *Ensayos de crítica filosófica,* en *Obras completas,* ed. cit., Tomo XLIII, 1948, pág. 144.

27 Sigo aquí algunas de las ideas sobre el ideal humanista de cultura desarrolladas por Karl Mannheim en «La democratización de la cultura», *ob. cit.*, páginas 318-331.

28 Existen muchos testimonios sobre ello. Max Henríquez Ureña dice: «Pedro era calificado cariñosamente como el Sócrates del grupo» («Hermano y maestro», ed. cit., pág. XXXVIII); y Alfonso Reyes: «Que Pedro Henríquez Ureña siempre me haya parecido una reencarnación de Sócrates lo he dicho mil veces» («Encuentros con Pedro Henríquez Ureña», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, pág. 55).

29 «Euforión le llamábamos hace algunos años, porque como el hijo de Fausto y de la Belleza clásica, era apto y enérgico en todo noble ejercicio del alma» (VASCONCELOS, José: «El movimiento intelectual contemporáneo...», en CASO, Antonio y otros: *Conferencias del Ateneo...*, ed. cit., pág. 131).

30 En el Album 1.º de la Capilla Alfonsina he encontrado algunos recortes ilustrativos, aunque algo posteriores a este momento. Por ejemplo, el recorte de un artículo titulado «Conferencias», publicado al parecer en *Frivolidades,* el 21 de

«Sócrates» orientó a Reyes. Este siguió sus consejos. Años después recordó en pocas palabras el proceso que acabamos de reconstruir en detalle: «Un día Pedro Henríquez Ureña, educador desde la infancia y que había escuchado con interés mis discursos preparatorianos de 1907 —científico el uno y dedicado a la muerte de Moissan, literario el otro y dedicado a la Sociedad de Alumnos—, me aconsejó someterme con mayor frecuencia a las disciplinas de la prosa, como parte de mi aprendizaje y para habituarme a buscar la forma de mis expresiones no exclusivamente poéticas (...). Me puse, en efecto, a la prosa, con cierta asiduidad y afición, sin por eso abandonar los versos». [31] Que por su cuenta hubiera llegado igualmente lejos es posible, pero sin el encuentro con Henríquez Ureña en esos años decisivos su camino habría sido seguramente otro.

> «Born of a romantically ancient family, understood to be the descendant of Solon himself, Plato had been in early youth a writer of serve. That he turned to a more vigorous, though pedestrian mode of writing, was perhaps an effect of his corective intercourse with Socrates, through some of the most important years of his life». [32]

---

agosto de 1910, donde se tacha al Ateneo de la Juventud de agrupación de «pseudosabios pretenciosos», «pedante y sentenciosa», «núcleo de genios». Y otro del mismo cariz y publicado por la misma revista siete días después, titulado «La inmortalidad en solfa. El Ateneo infantil o no me haga usted reír. Diálogo callejero». En el titulado «Pedantismo literario» se habla del Ateneo de la Juventud como «una agrupación simpática, pero desgraciadamente orientada en el sentido del pedantismo literario y del elogio mutuo incondicional e hiperbólico» (*La Justicia*, 1 de agosto 1911, pág. 2).

31 «Historia documental...», *art. cit.*, pág. 3.

32 PATER, Walter: *ob. cit.*, pág. 147.

«NOSOTROS», LOS JOVENES DE PLATON

Si se recorre con orden y un poco de atención sus artículos, sus libros y sus cartas, se percibe de inmediato que Pedro Henríquez Ureña nunca estuvo tan entusiasmado y hasta puede que nunca fuera tan feliz como en este momento de su vida, que él siempre asoció con Grecia. A finales de 1907 el grupo había alcanzado algunos éxitos e iba consolidándose bajo su discreta pero imperiosa dirección. 1908 parecía venir a confirmar todas las promesas. Junto a los más íntimos amigos estudiaba con el más vivo interés la cultura griega. Sobre estas horas serenas y claras, dedicadas al estudio y la amistad en medio de las obligaciones enojosas, escribió «Días alcióneos», una página en prosa poética publicada por la *Revista Moderna* en enero de 1908. En ella imita el estilo ditirámbico de D'Annunzio, el autor de *Alcyone*. La imitación es aquí identificación provocada por el interno entusiasmo. Alción, el pájaro legendario de los griegos, representa la paz, y más allá de ésta, la irrenunciable alegría de vivir, el triunfo sobre la melancolía, el canto en medio de un tiempo frío y oscuro. «Días alcióneos» está dedicado a Alfonso Reyes, el poeta, y a Antonio Caso, el filósofo:

> «En mitad del invierno, tras el monótono imperio de la niebla, han llegado los días alcióneos. Una paz luminosa se derrama sobre el valle de la vieja Ilión lacustre, y en el clásico Bosque, prez de la rusticatio mexicana, la pugna de las estaciones se funde en una armonía de veneciano esplendor (...) ¡Esplendor fugaz de los días alcióneos! ¿No sorprendes, poeta, un ritmo jocundo en la gran palpitación de la fecunda madre? ¿No adviertes, filósofo, una súbita revelación de suprema armonía? La magia del ambiente despierta el ansia de erigir sobre el aéreo país sideral, el libérrimo,

el aristofánico olimpo de los pájaros. Es que anida el Alción, la doliente esposa de Ceix, a quien otorgaron los dioses el don de difundir tales beneficios en medio de la estación brumosa». [1]

Henríquez Ureña rebosa una aguda y gozosa sensación de luz: «Sweetness and Light», «intellectual light»; la dulzura y la luz que, según Matthew Arnold, nace de las cosas del espíritu; la luz intelectual que, según Walter Pater, es el rasgo distintivo del helenismo. [2]

En esos días se consolidó lo que Henríquez Ureña llamó el «grupo céntrico», el núcleo activo y verdaderamente representativo de la nueva generación, lo que en sus cartas aparece con el nombre de «nosotros». A partir de ahora nos encontraremos a menudo esta palabra, en la que conviene reparar, pues es como una seña constante de la evolución y las relaciones internas del grupo, un eco de sus conversaciones. Probablemente el término «nosotros» cobró un especial significado a partir del verano de las primeras conferencias. Según Max Henríquez Ureña surgió «por una frase de Pedro al brindar una noche por Gómez Robelo, que acababa de graduarse de abogado: 'Entre nosotros los discursos están de más'. De ahí surgió la cuestión: ¿Quiénes son 'nosotros'?». [3] ¿Quiénes

---

1 HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: «Días alcióneos», en *OC* I, pág. 177. El artículo fue publicado originariamente en *Revista Moderna*, enero 1907, págs. 269-270.

2 La famosa expresión de Matthew Arnald, «Sweetness and Light», da título al primer capítulo de su obra *Culture and Anarchy* (en *ob. cit.*, págs. 204-226). Por su parte, la expresión de Pater pertenece a su ensayo sobre «Winckelmann», del libro *The Renaissance. Studies in Art and Poetry* (Oxford, Basil Blackwell, 1973, pág. 229).

3 Nota a carta de «Reyes a Henríquez Ureña, 10-10-1914», en HENRIQUEZ UREÑA, Pedro y REYES, Alfonso: *Epistolario íntimo (1906-1946)*, ed. cit., Tomo II, pág. 72. He cortado a propósito la cita, que entera dice así: «Esta palabra, nosotros, designaba al grupo de *Savia Moderna*, por una frase de Pedro al brindar una noche por Gómez Robelo, que acababa de graduarse de abogado: «Entre nosotros los discursos están de más'. De aquí surgió la cuestión: 'quiénes son nosotros?, y ese título se dio poco después a la nueva revista que publicaron algunos afiliados al grupo de *Savia Moderna*, ampliado y renovado como estaba ya». Max Henríquez Ureña escribe desde la distancia de bastantes años y olvida o prescinde de los detalles. Efectivamente «nosotros» procede de *Savia* y de forma más inmediata, de la Sociedad de Conferencias, a través del proceso que estamos viendo. No designa «todos» *Savia*, sino algo más reducido: su núcleo activo o «céntrico». Por otra parte, la ocasión en la que surge el término, el brindis por Gómez Robelo, que acababa de graduarse, tiene lugar durante el verano de las conferencias y mientras se festejaba a los conferenciantes. Gómez Robelo se graduó el 20 de julio de 1907 («Expediente del alumno Ricardo Gómez Robelo», en Fondo de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, CESU-AHUNAM) y dictó su conferencia el 7 de agosto.

eran, efectivamente, los directores del grupo que se desprendió de la *Revista Moderna* y de *Savia Moderna,* los que promovieron la «Protesta literaria» y la Sociedad de Conferencias y animaron al resto de la juventud intelectual mexicana durante los años siguientes? Por lo pronto y de manera permanente: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Antonio Caso. Junto a ellos y por este orden: Jesús T. Acevedo, Alfonso Cravioto y Ricardo Gómez Robelo; en este momento también Rafael López y Rubén Valenti. Desde entonces cada cual desempeñó papeles diferentes según las circunstancias, algunos perdieron todo protagonismo, y se les fueron agregando otros, con distinto grado de importancia.

Todos los citados intervinieron en el primer ciclo de conferencias y comenzaron a preparar la nueva serie sobre Grecia. El mismo Alfonso Reyes recordó que «la afición de Grecia era común, si no a todo el grupo, a sus directores»,[4] a los que llamaba, entre bromas y veras, «caballeros del 'Sturm und Drang' mexicano».[5] Lo cierto es que así como se sentían: formando parte de las mayores tradiciones intelectuales, como una de esas famosas fraternidades que han constituido un impulso decisivo para la cultura. Pocos años después, Henríquez Ureña le expuso a Alfonso Reyes una idea arraigada en él desde sus años de Santo Domingo: «Ninguna grande obra intelectual es producto exclusivamente individual, ni tampoco social: es obra de un pequeño grupo que vive en alta tensión intelectual. Ese grupo —Pórtico, Academia, Liceo, Museo, Casa de Mecenas, Hotel Rambouillet, salones, Mermaid Tavern, cortes italianas, casa de Goethe— (...), el grupo muy unido que se ve todos los días por horas y trabaja en todo activamente, es lo que realizamos en México».[6] Y nunca mejor que en este momento.

A mediados de enero de 1908, Alfonso Reyes se fue a Monterrey, donde permaneció hasta mayo. En breve se le unió Max Henríquez Ureña, a quien el gobernador Bernardo Reyes le había conseguido el puesto de jefe de redacción de la sección española del

---

4 «Pasado inmediato», en *OC* XII, pág. 208. Pedro Henríquez Ureña le escribió a Reyes, refiriéndose a las conferencias sobre Grecia: «el grupo de conferencistas hubiera sido Caso, Acevedo, Gómez Robelo, Cravioto, no recuerdo si Valenti y Rafael López, tú y yo» («29-10-1913», en *Correspondencia,* pág. 225).

5 «Pasado inmediato», en *OC* XII, pág. 206.

6 «Henríquez Ureña a Reyes. 30-5-1914», en *Correspondencia,* págs. 344-345.

Monterrey News. [7] Juntos seguían las actividades de los amigos de la capital. Pedro Henríquez Ureña los mantenía continuamente informados y les pedía cuentas de sus estudios. [8] Ahora, acabado el bachillerato, Reyes debía decidir: seguir una segura carrera de abogado o marcharse a Nueva York, a estudiar humanidades. Pedro Henríquez Ureña no lo dudaba: «Te vas a Nueva Lork: convenido. Estudiarás en Colombia». [9] Podría volver en vacaciones, «Mejor dicho, *Tienes* que hacerlo para las conferencias griegas»; [10] así —trata de persuadirlo en otra carta—, traería impresiones directas sobre la actualidad teatral: «Grecia es la moda de este año en la 'metrópoli comercial'. Te recomiendo que leas *Las bacantes* de Eurípides y *Las aves* de Aristóteles. Leélas y cuéntame». [11] Y añade: «'Nosotros' hemos organizado al fin un programa de cuarenta lecturas que comprenden doce cantos épicos, seis tragedias, dos comedias, nueve diálogos, Hesiodo, himnos, odas, idilios y elegías, y otras cosas más, con sus correpondientes comentarios (Müller, Murray, Ouvré, Pater, Bréal, Ruskin, etc.) y lo vamos realizando por orden». [12] Utilizaban traducciones españolas, francesas e inglesas; sólo sabemos que se iniciara en el griego Alfonso Reyes, con alguno de los pocos profesores que entonces lo conocían en México. [13] El lugar principal de reunión era el estudio de arquitecto de Jesús T. Acevedo, en la céntrica calle de Plateros. Aquí «nosotros» iría estudiando temas griegos según el orden cronológico dispuesto por Henríquez Ureña para las confe-

---

7 Cfr. HENRIQUEZ UREÑA, Max: nota a carta de «14-1-1908», en HENRIQUEZ UREÑA, Pedro y REYES, Alfonso: *Epistolario íntimo*, Tomo I, ed. cit., pág. 17.

8 «Max y yo leemos de 6 a 8. Hoy acabamos el *Banquete* de Platón (...). Todas las tardes hago ejercicios de italiano de 4:30 a cuarto para las 6. En ese cuarto llegó al cuarto de Max (...) y leemos hasta las 8 p.m. Vuelvo, ceno y nos hallamos en las tandas. Dedicaré las mañanas a producir y las tardes a estudiar. ¿Está bien así» («Reyes a Henríquez Ureña, 21-2-1908», en *Correspondencia*, págs. 94 y 96).

9 «Henríquez Ureña a Reyes, 16-1-1908», en *Correspondencia*, pág. 52.

10 *Ibídem*, pág. 53.

11 «Henríquez Ureña a Reyes, 31-1-1908», en *Correspondencia*, pág. 74.

12 *Ibídem*, pág. 74. «Por lo que te convenga, ya que tal vez no emprendas la lectura íntegra de Platón —le dice Henríquez Ureña a Reyes—, te indico que los diálogos señalados como fundamentales y escogidos por nosotros (aparte *La república* y *Las leyes)* son: *Fedro, Fedón,* el *Simposio, Protágoras, Gorgias, Parménides, Timeo, Teeteo y Critias» (Ibídem,* pág. 75), y éstos fueron tal vez la lectura fundamental de las reuniones.

13 Cfr. «Reyes a Henríquez Ureña, 26-4-1911», en *Ibídem*, pág. 156.

rencias: la epopeya, la poesía lírica y la filosofía presocrática, el teatro, el Partenón, Platón y Aristóteles, entre otros. [14] Henríquez Ureña preparaba Platón y Alfonso Reyes, la poesía lírica; [15] posiblemente Caso se ocupara de Aristóteles [16] y Acevedo de la arquitectura. Pero lo realmente importante era el estudio en común, la comunicación y el intercambio intelectual, que suscitaba nuevos temas, el espíritu de discusión que animaba al grupo y que Henríquez Ureña consideraba característico de la civilización superior.

> «Lo nuestro propio, que es la actividad intelectual en el plano de una agilidad amena pero siempre en tensión, es el secreto de la felicidad —le escribió a Reyes—. Si pudiéramos mantener en ese punto las cosas —y lo hemos logrado meses y meses— seríamos felices siempre». [17]

Por entonces comenzaron a asistir a las reuniones del grupo José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán. Vasconcelos tenía veinticinco años y acababa de licenciarse en Jurisprudencia, donde conoció a Caso y otros compañeros con quienes compartía su afición por la filosofía. Años después dijo, refiriéndose a las reuniones: «Me llevó Pedro Henríquez Ureña, quien tenía ese espíritu social que a nosotros aún nos falta». [18] Pero no parece que sus visitas fueran de momento muy frecuentes ni que realmente se le considerase parte de «nosotros» hasta finales de 1909, en vísperas

---

14 El orden puede deducirse de las explicaciones que Henríquez Ureña le ofrece a Reyes en carta de 31-1-1908 (*Ibidem*, pág. 75).

15 *Ibidem*, pág. 75.

16 Pedro Henríquez Ureña le escribe a su hermano Max el 4-3-1908, que Caso ha escrito algunos ensayos filosóficos a instancia suya, entre ellos, uno sobre Aristóteles («Cartas de Pedro Henríquez Ureña a su hermano Max Henríquez Ureña durante los años 1907 a 1909», en HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *OC* I, pág. 358).

17 Henríquez Ureña a Reyes, 8-5-1914», en *Correspondencia*, pág. 309.

18 Entrevista de CARBALLO, Enmanuel: *ob. cit.*, pág. 25. Vasconcelos ha recordado su juventud en el primer tomo de sus famosas memorias, *Ulises criollo*, que utilizaremos ampliamente. Entre los muchos estudios que se le han dedicado empezaremos citando tan sólo, por su carácter específico, el de GOMEZ OROZCO, Alicia: *El joven Vasconcelos (Del Positivismo al Anti-intelectualismo)*. Tesis de Maestra en Filosofía, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965, donde se estudia la evolución del pensamiento de Vasconcelos desde su tesis profesional, *Teoría dinámica del Derecho* (1905), hasta su conferencia de 1910, «Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas», sobre la que trataremos largamente.

de la Revolución, cuando el grupo se constituyó en Ateneo. Veremos cómo entonces sí participó activamente en la tarea ahora iniciada, en la que vio todo el secreto de su irradiación posterior:

> «El grupo original, numeroso y distinguido sin excepción, fue quedando reducido a sólo cuatro o cinco, justamente porque esos cuatro o cinco realizaron la tarea que a mi juicio explica todo el efecto personal y social originado por el Ateneo. Consistió esa tarea en reuniones para leer y comentar (...). Se puede caracterizar lo que nos separó, en el Ateneo, del pasado literario inmediato, simplemente en esto: privaba con anterioridad a nosotros el hábito de las citas incompletas y vagas derivadas de lecturas de segunda mano. Restauramos nosotros, por reacción instintiva, la práctica de acudir a las fuentes. Se usaba poco antes de nosotros citar a los griegos, a través de Hugo de Saint Victor —la moda del momento—, o a través de manuales y compendios, y nosotros nos dedicamos a la sencillísima tarea de leer a Platón directamente en la traducción inglesa de Jewet o en la francesa de Victor Cousin». [19]

Y añade: «conviene al principio leer a los clásicos en compañía (...). En la lectura de un clásico hay más necesidad de criterios y saberes varios, que en el estudio de la naturaleza». [20]

Al comenzar 1908 Martín L. Guzmán tenía veinte años y acababa de dejar la Escuela Nacional Preparatoria. Había sido compañero de Alfonso Reyes, con quien participó en el *Boletín de la Sociedad de Alumnos*. Ese año dijo un discurso en los actos conmemorativos de la Independencia, que hizo que lo «descubriera» Jesús T. Acevedo. Este lo llevó a las reuniones y lo presentó al grupo. [21] Durante los meses siguientes Henríquez Ureña trató de hacer de él una mente «ordenada», poniéndolo a estudiar con

---

19 VASCONCELOS, José: «El secreto del Ateneo, en *Todo*, núm. 672, julio 1946, pág. 11.

20 *Ibídem*, pág. 11.

21 «Ese discurso permitió que me 'descubriera' Jesús T. Acevedo, quien me llevó al Ateneo de la Juventud» («Martín Luis Guzmán», en entrevista de CARBALLO, Enmanuel: *ob. cit.*, pág. 78). Martín L. Guzmán se refiere, sin duda, a la Sociedad de Conferencias y no al Ateneo, que no se había fundado aún.

los demás.[22] «Eramos grandísimos lectores, grandes conversadores —dice Martín Luis Guzmán—: nos comunicábamos impresiones y analizábamos nuestras ideas. Todo nos preocupaba. Eramos muy serios. Por entonces empecé a sentir una vaga aspiración de ser escritor, de dedicarme a las letras por las letras mismas».[23] A comienzos de 1909 entró en Jurisprudencia, y a los pocos meses se marchó a Estados Unidos, de donde no volvió hasta el estallido de la Revolución. Fue entonces cuando realmente se incorporó como parte activa a «nosotros».

Durante gran parte de 1908 «nosotros» se mantuvo en el frenesí de cultura y educación que para Henríquez Ureña era la felicidad. El mismo se encargaba de avivarlo. «Otra cosa excelente que he encontrado —le escribe un día a Reyes— es el artículo de Taine 'Los jóvenes de Platón', en los *Essais de critique et d'histoire*. Es de cuando Taine tenía veintiocho años —1855— y está escrito con *amore*».[24] La casa Hachette de París acababa de reeditarlo y puede que él lo llevase a alguna de las sesiones, mientras se comentaban los *Diálogos:* «Platon a pris plaisir à figurer aux yeux les plus jeunes, ceux en qui la pensée, pour la première fois, s'éveille et qui sont encore presque enfants».[25] «Nosotros» podrían reconocerse en estos discípulos de Sócrates, abiertos a toda novedad

---

22 Cuando ante la imposibilidad de dar las conferencias griegas la Sociedad preparó, como veremos, un nuevo ciclo para marzo, Henríquez Ureña le escribe a Reyes: «Me han encomendado que tantee al único joven que aparece por el horizonte, *id est*, Martín Guzmán; lo haré, a ver si es posible que en un mes y con una influencia ordenadora haga algo presentable» (*Correspondencia*, págs. 83-84). Martín L. Guzmán recordó sus conversaciones con Henríquez Ureña: «... en 1909 Pedro vivía en la calle de San Agustín, cerca de la Biblioteca Nacional. Mi casa estaba ubicada en Santa María, en la calle del Naranjo. Solía suceder lo siguiente: al finalizar una reunión, Pedro me acompañaba a casa. En el trayecto continuábamos charlando. Al llegar a los balcones de mi casa no habíamos concluido de exponer nuestras ideas. El camino lo recorríamos a la inversa (...). Ya en la casa de Pedro, éste me decía: 'Ahora sí yo te encamino y regreso solo'. Estas conversaciones peripatéticas se prolongaban de las ocho de la noche a las cuatro de la mañana» (en CARBALLO, Enmanuel: *ob. cit.*, pág. 79). Y añade: «En 1912, ya estaba casado. A Pedro (gran amigo, gran trabajador, hombre rigoroso, inflexible) se le metió en la cabeza que era imprescindible que aprendiera latín (...). Pedro llegaba a casa, todos los días, entre las nueve y las diez de la noche. En ocasiones, ya estaba acostado. Pedro me sacaba de la cama: 'No señor, es la hora de la clase de latín'» (*Ibídem*, pág. 79).

23 *Ibídem*, pág. 78.

24 «Henríquez Ureña a Reyes. 16-1-1908», en *Correspondencia*, pág. 58.

25 TAINE, Hippolyte: «Les jeunes gens de Platon», en *Essais de critique et d'histoire*, París, Hachette, 1908, pág. 50.

y entregados sin reservas a su propia educación: «... ils courent vers la science, qu'ils ont une fois goûtée, d'un élan impétueux et aveugle. Quand pour la première fois on désire, on désire de tout son coeur, sans seulement regarder si la chose est difficile ou impossible». [26] Y en sus discusiones oír un eco de los libres diálogos platónicos:

> «... un signe particulier de pénétration et de curiosité est qu'ils suivent sans se lasser les plus longues discussions sur les matières les plus abstraites, et se divertissent à des questions toutes viriles. Ils ne sentent pas les poids des idées; ils courent sous la lourde cuirasse de la dialectique». [27]

En otra ocasión Henríquez Ureña le copia a Alfonso Reyes una frase del escritor español Ramón Pérez de Ayala: «¿Podrá dudarse que la representación escénica del *Banquete* sería un exquisito y hondo placer para un público educado?». [28] De algún modo «nosotros» llevaron a cabo esta representación. Cuando se reunieron en el estudio de Acevedo para leer y comentar el *Banquete,* a cada cual le tocó hacer un personaje. Seis años después, Pedro Henríquez Ureña escribió:

> «Una vez nos citamos para releer en común el *Banquete* de Platón. Eramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien la seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea... La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del *mundo de la calle,* por más que esto ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad». [29]

---

26 *Ibídem,* pág. 56.

27 *Ibídem,* pág. 61.

28 «Henríquez Ureña a Reyes, 24-1-1908», en *Correspondencia,* pág. 65.

29 HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: «La cultura de las humanidades», *OC,* págs. 351-352.

Cuando la Revolución estalló, trayendo a primer término el mundo olvidado de la calle, y dispersó al grupo, el recuerdo de esa noche fue para «nosotros» el símbolo de toda una época.

Durante 1908 Rafael López tomó a Grecia como el principal motivo de inspiración de sus poemas. También la *Revista Moderna,* que en este momento se encontraba en manos de los jóvenes, se llenó de asuntos griegos: un estudio sobre la concepción social de Platón, un cuento de Jules Lemaître sobre la guerra de Troya, un poema de Nietzsche, en el que se emplea el lenguaje de la tragedia; el poema dramático de Eugenio de Castro «El anillo de Polícrates», poemas de la griega Catina Psyhca «inspirados en la tradición helénica y donde se hermanan —decía una nota editorial— el pensamiento antiguo y moderno».[30] Pedro Henríquez Ureña realizó entonces para la revista la primera traducción al español de una obra completa de Walter Pater: *Estudios griegos,* que salieron en cuadernillos entre octubre de 1908 y diciembre de 1909 y se reunieron en libro en 1910.[31]

Decía, siguiendo a Wilde, que Pater no sólo era «el más sorprendente estilista contemporáneo en lengua inglesa, sino también uno de los más profundos y sabios críticos— artistas modernos»,[32] y trató de poner en su traducción toda la devoción que sentía por él. Mientras la iba realizando, en especial la de los dos primeros ensayos, titulados «Dionisos (Forma espiritual del fuego y del rocío)» y «Las *Bacanales* de Eurípides», debió comenzar a

---

30 Presentación de PHYCHA, Catina: «Sueños paganos», en *Revista Moderna.* Octubre, 1908, pág. 67. Los otros trabajos de la revista citados son: RIO URRUTI, Francisco: «La concepción social de Platón», enero 1908, págs. 258-266; LEMAITRE, Jules: «La inocente diplomacia de Elena», junio 1908, págs. 233-236; NIETZSCHE, Federico: «Epodo», julio 1908, págs. 295-296; CASTRO, Eugenio de: «El anillo de Polícrates», enero 1909, págs. 298-304; febrero 1909, págs. 355-363; marzo 1909, págs. 46-54.

31 Debo aquí corregir mínimamente el excelente trabajo de Emma Susana Speratti Piñero, «Crono-bibliografía de Pedro Henríquez Ureña» (ed. cit., pág. 762), en el que se da como fecha de edición de *Estudias griegos* el año de 1908. La sigue José Luis Martínez (cfr. REYES, Alfonso y HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *Correspondencia,* pág. 63, nota 4 y pág. 124, nota 13). En realidad este es el año en que se inició la traducción. En la nota editorial «A nuestros lectores. *Salammbo. Estudios griegos»,* la *Revista Moderna* (octubre 1908, pág. 128) anuncia el último cuadernillo de la obra de Flaubert y el primero de la obra de Pater. No vuelve a dar noticias, pero Henríquez Ureña le escribe a Reyes que su publicación terminará en diciembre de 1909 («18-1-1909», en *Correspondencia,* pág. 124). El libro es: PATER, Walter: *Estudios griegos,* México, Revista Moderna de México, 1910.

32 «Preliminar» a PATER, Walter: *ob. cit.,* pág. 3.

obsesionarle el mito de Dionisos, y a ver en él un medio por el que expresar sentimientos propios. Conocía bien a los trágicos, que leyó en las versiones de Gilbert Murray, y había comentado largamente con Alfonso Reyes las teorías sobre lo dionisiaco y lo apolíneo expuestas por Nietzsche en *El origen de la tragedia.* [33] Estaba también preparando un trabajo sobre el humanista español Hernán Pérez de Oliva, a quien se deben algunas de las primeras versiones en idioma moderno de las tragedias de Sófocles y Eurípides. [34] Escribió entonces «El nacimiento de Dionisos», un ensayo de tragedia a la manera antigua. Como Menéndez Pelayo, creía «que es medio de acercarse a la comprensión de la antigüedad, el ensayar personalmente sus formas artísticas, tratando de colocarse en el punto de vista antiguo». [35] Su obra, en la que se unen erudición y creación, puede verse como un fruto del carácter estudioso y tradicionalista del modernismo, un ejemplo de la paradójica inspiración primitivista y arcaica que anima gran parte del arte moderno.

En «el nacimiento de Dionisos» Henríquez Ureña emplea las partes esenciales de la tragedia clásica, pero no el verso, por no encontrar metros castellanos que sugiriesen las formas poéticas de los griegos, sino una prosa concisa y rítmica, llena de reminiscencias clásicas y expresiones de los trágicos, de Pater y de Nietzsche. La acción presenta el doble nacimiento del dios y su aparición ante las mujeres de Tebas, anunciándoles la llegada de su reinado jubiloso. A lo largo de ella se van sugiriendo los varios simbolismos del mito, que Henríquez Ureña trasladó a aquel invierno de 1908. En algunas de las versiones, el dios dormía en invierno y desper-

---

33 Hay bastantes referencias a la obra en las cartas que cruzaron él y Reyes durante 1908 (véase especialmente la que le escribe «Reyes a Henríquez Ureña, 29-1-1908», en *Correspondencia,* págs. 67-70, exponiendo detalladamente sus opiniones sobre ella).

34 Como veremos, este trabajo, finalmente titulado «El maestro Hernán Pérez de Oliva», fue leído en 1910, con ocasión de la visita a México de Rafael Altamira, y tuvo diversas versiones y publicaciones.

35 «Justificación» a «El nacimiento de Dionisos (Esbozo trágico a la manera antigua)», en *Revista Moderna,* enero 1909, págs. 260-261. Posteriormente Henríquez Ureña suprimió bastantes fragmentos de esta «Justificación», muy interesantes para entender sus gustos y propósitos en ese momento (cfr. *OC* I, págs. 63-82). Citaré, pues, por esta primera versión. Sobre los trabajos que Henríquez Ureña dedicó al teatro a lo largo de su vida puede verse la exposición general de DAPAZ STROUT, Lilia: «Magisterio, erudición y afición: Grecia y el drama clásico y moderno en Pedro Henríquez Ureña», en *Aula,* núm. 24, enero-marzo 1978, págs. 33-48.

taba en primavera. Su liberación tras el prolongado frío, el verde vivo de la vid brotando sobre la oscuridad de la tierra, era el fruto de la purificación, de la victoria alcanzada por el dolor, el triunfo de la vida plena. «Anualmente, por el tiempo del día más corto —traducía Henríquez Ureña a Walter Pater—, cuando la luz principia a crecer y la esperanza de mejores días está aún trémula de ansiedad, las sacerdotisas de Dionisos se reunían, con la multitud de luces, en su altar, y allí, con cantos y danzas, despertaban al niño recién nacido, después de su sueño invernal». [36]

Según este rito, Dionisos nacía el veinticuatro de diciembre (una de las muchas semejanzas del mito con los elementos legendarios de la vida y el culto de Jesús) y Henríquez Ureña invitó a los más íntimos del grupo a celebrar una fiesta la noche de ese día. Durante este tiempo se nota en él no sólo el entusiasmo, también el buen humor: «El buen humor —dice Reyes— es el clima de la flor y del fruto; es la nodriza del alción de los griegos, que incuba las horas mejores». [37] Prometió a los amigos que en la fiesta les leería la obra que acababa de terminar:

> «DIONISOS (Epodo): ¡Io! ¡Io! Yo os guiaré a los bosques sacros, poblados de espíritus amables, vida del mundo verde; respiraréis los hondos aromas, y dominaréis los seres salvajes, y yo os daré el agua de mis fuentes y la miel de mis panales y la sangre de mi cuerpo.
>
> CORO: Te cantaré siempre, me uniré a tus cortejos, y me poseerá tu delirio, dios de mil nombres, dios de mil coronas. A Dionisos los himnos exaltados, las antorchas fulgurantes. ¡Io Peán, Io Peán! A Dionisos los sacrificios ardientes, las danzas vertiginosas. ¡Evohé, Evohé!». [38]

En buena parte por instancia de Henríquez Ureña, Alfonso Reyes estudiaba entonces la tragedia griega, en especial los problemas del coro, e iba elaborando su ensayo «Las tres *Electras*

36 PATER, Walter: «Dionisos (Forma espiritual del fuego y del rocío)», en *Estudios...*, ed. cit., pág. 40.
37 CARBALLO, Enmanuel: *ob. cit.*, pág. 145.
38 «El nacimiento de Dionisos», en *Revista Moderna*, enero 1909, pág. 269.

del teatro ateniense», que apareció en su primer libro *Cuestiones Estéticas*. Y debió también de ser Henríquez Ureña quien le pidió que escribiese para la fiesta de Navidad un poema imitando los movimientos corales; lo que, además, le serviría para comprender desde dentro su tema de estudio. Reyes compuso el «Coro de sátiros en el bosque», en estrofas, antiestrofas y épodos, como anuncio jubiloso del renacimiento próximo de la naturaleza:

«El vientre del mundo tiembla y se desgarra,
y surgen seres que viven de gozo y martirio.
¡Regocijaos! la tierra
aún guarda calor, y encierra
poderes para el delirio».[39]

La noche de Navidad nosotros escucharon «El nacimiento de Dionisos» y el «Coro de sátiros»; y con una fiesta pagana despidieron el año que los había unido.[40]

---

39 «Coro de sátiros en el bosque», en *Revista Moderna*, enero 1909, pág. 311. El poema está incluido, con leves retoques, en *OC* X, págs. 481-484.

40 «El afán por desentrañar la continuidad pagana que corre entre del mito antiguo a cristiano nos llevó —dice Alfonso Reyes— a celebrar una íntima fiesta literaria la noche de Navidad, fecha coincidente con la que se ha atribuido al nacimiento de Dionisos. Sobre este asunto escribió Pedro Henríquez Ureña una tragedia en prosa, según la manera del teatro ateniense, y yo cierto 'Coro de sátiros en el bosque' (...). Ambas piezas fueron leídas en aquella velada que, 'por encontrarse Grecia en poder de los turcos', según explicaba la invitación, buscó el refugio de un salón a la turca que nos brindó cierto pariente mío, entonces soltero rumboso» («El revés de un párrafo», en *La experiencia literaria*, *OC* XIV, pág. 30). El 11 de enero de 1909 Henríquez Ureña le escribe a Reyes: «Es necesario que me remitas ya el 'Coro de sátiros' (...). Se publica el Salón Turco» (*Correspondencia*, pág. 118), y José Luis Martínez anota: «No existe rastro de escrito o revista con este título. Puede tratarse de un nombre en broma» (*Ibidem*, nota 5); Se trata, en realidad, de una alusión a las obras editadas por la *Revista Moderna*. El 18 de enero siguiente Ureña vuelve a escribirle a Reyes, refiriéndose a Emilio Valenzuela: «Está bien el 'Coro de sátiros'. Creo que Emilio va publicar la fotografía del Salón Turco; va a publicar la tragedia y el coro, y no va a publicar la crónica de la fiesta» (*Ibidem*, pág. 123).

POSITIVISMO Y POLITICA EN MEXICO

Paralelamente al descubrimiento de Grecia y al nacimiento de las aspiraciones humanísticas, por el mismo afán de construirse unos fundamentos culturales sólidos, los jóvenes de la Sociedad de Conferencias se acercaron a la filosofía. También tenían que conquistarla a solas, empezando de cero. El positivismo, que se presentaba precisamente como una negación de la filosofía, era la única tradición filosófica viva en México desde hacía cincuenta años, tiempo en el que fue adquiriendo un especial significado político.

Después de la Revolución se le identificó como la ideología oficial del régimen de Porfirio Díaz. Esta interpretación encontró su más completa sistematización en la obra de Leopoldo Zea, cuyos esquemas han sido seguidos por la práctica totalidad de los historiadores de las ideas en México.[1] A partir de 1968, coincidiendo con la tendencia cada vez más general a la revisión de la historiografía tradicional sobre la Revolución, el norteamericano William D. Raat volvió a ocuparse del tema. Sus investigaciones, que siguen siendo tenidas poco en cuenta, revelan nuevos matices sobre las complejas relaciones entre la filosofía y la política de

---

1 Las dos obras más importantes de Leopoldo Zea son *El positivismo en México* (1944) y *Apogeo y decadencia del positivismo en México* (1944). Existe una edición conjunta de ambas, que es la que seguiremos aquí: *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975. Zea ha repetido sus conclusiones en otros trabajos posteriores, como *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*, México, El Colegio de México, 1949; o el artículo «El positivismo», en *Estudios de la historia de la filosofía en México*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1963, págs. 243-267. Entre los muchos historiadores que se basan en él pueden citarse a ROMANELL, Patrick: *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México, 1910-1950*, México, El Colegio de México, 1954, págs. 52-65; VILLEGAS, Abelardo: «Introducción» a *Positivismo y porfirismo. Textos*, México, Secretaría de Instrucción Pública, 1972, págs. 5-40.

la época.[2] A ellas me remito fundamentalmente, pues aquí tan sólo quiero destacar a grandes rasgos algunos momentos, aspectos y protagonistas del positivismo mexicano hasta la aparición del Ateneo, imprescindibles para comprender la actuación de éste.

El positivismo fue introducido en México por el médico Gabino Barreda, que había sido discípulo de Auguste Comte entre 1847 y 1851, mientras realizaba el doctorado en París. Durante la intervención francesa vivió en Guanajuato, donde se relacionó con los principales dirigentes liberales. Al final de la guerra, en 1867, pronunció en esa ciudad una célebre «Oración cívica», en la que interpretó el desarrollo histórico de México según la ley comteana de los «tres estados». La revolución de la independencia, que él comprende como un período ininterrumpido entre 1810 y 1867, había sido necesaria, pero no suficiente. México había superado el «estado religioso», encarnado en el dominio colonial y eclesiástico, pero aún se mantenía en el «estado metafísico», representado por ideas liberales utópicas. Era necesario emprender un período afirmativo o «positivo», caracterizado por el orden y el progreso. Al igual que Comte después de la Revolución Francesa, Barreda creía que la anarquía y desunión en que se hallaba su país no cesaría hasta que los mexicanos fueran educados en la filosofía positiva, una doctrina verdaderamente universal basada en la ciencia, ante cuyas verdades nadie podía discrepar.

Ese mismo año Benito Juárez lo designó miembro de la comisión encargada de organizar la instrucción pública según criterios laicos y científicos. Bajo su inspiración se creó la Escuela Nacional Preparatoria, por la que debían pasar todos los estudiantes que fueran a ingresar en las distintas Escuelas Profesionales en que estaba organizada la educación superior desde la supresión de la Universidad. Y organizó su programa de estudios de acuerdo con

---

2 William D. Raat analiza la obra de Zea en «Leopoldo Zea y el positivismo. Una revaluación», en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, número 2, 1969, págs. 171-189; y en «Ideas e historia en México. Un ensayo sobre metodología», publicado en la misma revista, núm. 3, 1970, págs. 175-186. La obra que recoge más ampliamente sus investigaciones es *El positivismo durante el Porfiriato: 1876-1910*, México, SepSetentas, 1975. Haremos referencia a él y a otros trabajos más concretos en las páginas que siguen.

la jerarquía comteana, que ordenaba las ciencias por orden de generalidad decreciente y de complicación creciente.[3]

Barreda dirigió la Escuela durante los doce primeros años. Desde el comienzo recibió las críticas de la opinión católica y de algunos liberales, como el humanista José María Vigil; y no siempre pudo poner en práctica sus ideas: el presupuesto era escaso y había pocos profesores preparados.[4] Con todo, la orientación fundamentalmente positivista de la Escuela se consolidó y se iba a mantener, por encima de continuos reajustes y recortes, durante casi medio siglo: las matemáticas, la física, la química, las ciencias naturales y la lógica fueron la base de la enseñanza; se suprimió la filosofía; el latín, el griego y la literatura ocuparon un lugar secundario.[5] El plan de Barreda fue adoptado por varios centros de enseñanza media de provincias. Al mismo tiempo, aunque no necesariamente como consecuencia de lo anterior, el progreso científico de la época se dejó sentir en México, especialmente en la medicina, la química y la ingeniería, y se crearon sociedades e institutos científicos y revistas especializadas.[6] En 1877 algunos estudiantes de las Escuelas Profesionales fundaron la «Asociación Metodófila 'Gabino Barreda'» para exponer y discutir temas científicos de actualidad de acuerdo con el método positivista.[7] El propio Barreda ocupó la presidencia. Entre sus miembros más activos estaba Porfirio Parra, futuro director de la Preparatoria. La lectura de los *Anales de la Asociación* provocó la conversión al positivismo del estudiante de ingeniera Agustín Aragón, que con el tiempo creará la rama mexicana del «comtismo ortodoxo».

---

3 Cfr. FUENTES MARES, José: «Prólogo» a BARREDA, Gabino: *Estudios*, México, UNAM, 1941, págs. XII-XVIII.

4 Cfr. RAAT, William D.: *El positivismo...*, ed. cit., págs. 16-19; LEMOINE, Ernesto: *La Escuela Nacional Preparatoria en el período de Gabino Barreda 1867-1878. Estudio histórico. Documentos*, México, UNAM, 1970, págs. 7-125.

5 Sobre las diversas reformas de la Preparatoria, véase VAZQUEZ DE KNAUTH, Josefina: *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1970, págs. 45-91.

6 Cfr. GORTARI, Eli de: *La ciencia en la historia de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, págs. 316-337. Gortari parece considerar el progreso científico logrado en México en ese momento como una consecuencia de la introducción del positivismo, si bien, como dice Raat, «es posible pensar lo contrario; es decir, que el pensamiento científico y un ambiente 'ciencista' prepararon los medios para difundir el positivismo» (*El positivismo...*, ed. cit., pág. 12).

7 Cfr. ZEA, Leopoldo: *El positivismo en México...*, cit., págs. 151-178.

Acababa de comenzar una nueva era en la historia de México. En 1876 el general Porfirio Díaz derrocó al sucesor de Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, que pretendía ser reelegido presidente. El lema de Díaz «sufragio efectivo, no reelección», fue el mismo que utilizaría Madero contra él treinta y cuatro años después. Justo Sierra, escritor y abogado de veintiocho años, tenía la sensación de estar al final de una etapa personal e histórica. Durante la Restauración fue poeta romántico y defensor estricto de la Constitución del 57. En las primeras discusiones sobre el positivismo y su aplicación a la enseñanza, trató de mantener una posición matizada, que no abandonó ni en los momentos de mayor acercamiento a esta filosofía: «Partidarios ardientes del método positivista en la enseñanza —dijo en 1874—, no lo somos en la filosofía de la escuela. Creemos en la existencia del espíritu, y hemos dicho y sostendremos toda la vida que en este sentido falta algo de muy interesante en el vasto plan de educación secundaria en México». [8] Durante la lucha entre Díaz y Lerdo, se declaró «constitucionalista», contrario a la solución armada y a favor de la presidencia de José María Iglesias, entonces presidente de la Corte Suprema. El abandono de éste y el triunfo de Díaz fue para él una gran decepción. Temía las represalias de Díaz, que sin embargo se mostró magnánimo con todos los que acataron su poder. Sierra decidió colaborar con él: lo reconoció como el hombre capaz de garantizar la paz, dejó de pensar en dedicarse seriamente a la literatura, ocupó un puesto de profesor de Historia en la Preparatoria y abandonó el «jacobismo romántico» por el «realismo político». La poesía de la juventud había dejado paso a la prosa de la madurez.

En 1878 fundó junto a otros antiguos «constitucionalistas» *La Libertad. Diario Liberal-Conservador.* Sus redactores apoyaban a Díaz en nombre de la razón de Estado y pedían la reforma de la Constitución para aumentar el poder del ejecutivo. Tomaban distancias respecto a los liberales «jacobinos, declamatorios, metafísicos y líricos», pero también frente a los conservadores o «reaccionarios», y decían basar sus tesis en las nuevas ideas científicas.

---

8 «Una fiesta íntima (Homenaje al doctor Gabino Barreda)», en *ob. cit.*, Tomo VIII, pág. 23.

Apelaban a la autoridad de Augusto Comte y su concepción de «orden y progreso», y sobre todo al evolucionismo de Herbert Spencer. Su posición era conocida como «positivismo político» y era un llamado y una justificación a la dictadura. [9]

A pesar de las incitaciones más o menos abiertas de *La Libertad* y otros partidarios, Díaz decidió respetar de momento el principio de «no reelección» que lo llevó al poder. En 1880 no lanzó su candidatura, pero impuso la de su compañero el general Manuel González. La pésima gestión de éste realzó aún más su figura. Díaz volvió a la presidencia en 1884 y comenzó la verdadera construcción de la dictadura. Concentró todo el poder en sus manos, atrayendo a los grupos y personalidades influyentes y eliminando prácticamente a la oposición. Logró reformar el principio constitucional de la no reelección; aunque siguió presentándose públicamente como el continuador de la tradición liberal. La economía comenzó a crecer, aunque sobre las bases de una gran dependencia y de grandes desequilibrios, que terminaron revelándose en la Revolución.

En 1892 Díaz preparó su cuarta reelección. Para darle cierta apariencia democrática, permitió la creación del partido «Unión Liberal», que lo aclamó como candidato. Justo Sierra redactó el manifiesto, donde presentó la continuidad de Díaz como imprescindible para la paz y el progreso, e insistió de nuevo: era necesario reorganizar el movimiento liberal sobre bases científicas. Esto hizo que a los firmantes del manifiesto se les llamara en tono de burla los «científicos». A partir de entonces el término se incorporó al lenguaje común de la política mexicana y fue adquiriendo un significado cada vez más peyorativo, pero también más amplia y difícil de precisar. Designaba fundamentalmente a la camarilla reunida en torno a José Ives Limantour, firmante del manifiesto, que ocupó el puesto clave del gobierno: la Secretaría de Hacienda, desde 1893 hasta el comienzo de la Revolución. Ligados por una impalpable y cambiante red de intereses y parentescos, los científicos aprovecharon la expansión económica y su influencia

9 Sobre *La Libertad* cfr. ZEA, Leopoldo: *El positivismo en México...*, cit., págs. 233-309; RAAT, William D.: *El positivismo...*, págs. 69-81; DUMAS, Claude: *ob. cit.*, Tomo I, págs. 163-205.

en la administración para enriquecerse extraordinariamente. Aunque muchos de sus contemporáneos se refirieron a ellos como un «partido», nunca lo fueron; y, lógicamente, nadie se reconoció como «científico». Constituyeron el grupo de oligarcas de más poder económico y político dentro del régimen.

Como la mayoría de los integrantes de la élite social y económica, los científicos habían pasado por la Preparatoria y habían recibido la formación propia de ese momento. Leopoldo Zea, basándose en una opinión generalizada de la época, dio por sentado que fueron «positivistas». William D. Raat ha vuelto a considerar la verdad y el origen de esta opinión, y ha demostrado que los científicos, como grupo, practicaron el más puro pragmatismo y no tuvieron ideología alguna. Los testimonios que se conservan de algunos científicos «reconocidos» sólo permite hablar de un vago cientifismo, común en la época y ajeno a cualquier filosofía de escuela. Fueron realmente los grupos políticos contrarios quienes identificaron a los científicos con el positivismo e hicieron de éste el blanco de sus ataques.

Durante el régimen de Díaz, no cesaron las luchas internas entre diversas facciones que pugnaban por un mayor control político, esperando, a medida que el dictador envejecía, sucederle en la presidencia. Díaz fue muy consciente de ellas e incluso las utilizó para perpetuarse. La lucha de mayor trascendencia y única que nos interesa aquí fue la que durante años enfrentó a «científicos» y «reyistas», partidarios respectivamente de Limantour y del general Bernardo Reyes. Este había logrado importantes éxitos como gobernador de Nuevo León cuando en 1900 fue nombrado secretario de Guerra. Parecía que al término de ese mandato Díaz dejaría el poder a alguno de los dos. El enfrentamiento no tardó en hacerse público.

Rodolfo Reyes, hermano mayor de Alfonso y popular profesor de la Escuela de Jurisprudencia, alentaba las ambiciones políticas de su padre. A finales de 1902 aparecieron en la prensa de la capital durísimos ataques contra Limantour y el grupo de los científicos. Se recordaba que Limantour no era mexicano de nacimiento y que, por lo tanto, no podría ocupar la presidencia a menos que alterase la Constitución. Y sobre todo, se llamaba ya

«positivistas» a los científicos y se consideraba al positivismo como sinónimo de materialismo, de ideología extranjera, justificación de intereses contrarios a los de México, falta de escrúpulos morales y corrupción. [10] Limantour denunció a Bernardo Reyes y a su hijo como instigadores de los ataques. Díaz invitó al general a dimitir y a volver al gobierno de Nuevo León. Y al llegar las lecciones de 1904, él «tuvo» que volver a presentarse a la reelección. Aunque con dos innovaciones significativas: se creó el cargo de vicepresidente, que recayó en Ramón del Corral, próximo al círculo de Limantour, y se prolongó el período presidencial a seis años. Las siguientes elecciones serían en 1910, fecha del Centenario de la Independencia. Muchos esperaban que para entonces el viejo dictador hubiese muerto. Durante ese período, y esta es la aportación más interesante de los estudios de Raat, la identificación entre científicos y positivistas fue generalizándose. Sus creadores, los reyistas, se cuidaban mucho de distinguir entre los científicos y el régimen y de no atacar a Díaz. La auténtica oposición liberal, ajena a la lucha de facciones, no hacía tantos distingos.

Al mismo tiempo que el concepto de «positivismo» fue adquiriendo para muchos mexicanos un significado político, vacío de contenido filosófico concreto, un reducido grupo de intelectuales trató de mantener vivo y difundir el «comtismo ortodoxo». En sus últimos años Comte abandonó la reflexión filosófica propiamente dicha para fundar una nueva religión: la Religión de la Humanidad. Pocos de sus discípulos lo siguieron por este camino. [11] Gabino Barreda nunca. Después de la muerte de Comte, en 1857, Pierre Laffitte asumió el pontificado de la nueva iglesia, que pronto se extendió a Inglaterra y algo después al Brasil. En 1898 Agustín Aragón, interesado por el positivismo desde los días de la «Asociación Metodófila», visitó París y entró en contacto con el grupo de Laffitte. Entre 1900 y 1901 fundó la «Sociedad Positivista»

---

10 Cfr. RAAT, William D.: *ob. cit.*, págs. 145-154. Del mismo, «Ideas and Society in Don Porfirio's Mexico», en *The Americas*, vol. XXX, number 1, July 1973, págs. 32-55.

11 La historia más completa del positivismo en Francia, Inglaterra y Alemania que conozco es la de SIMON, W. M.: *European Positivism in the Nineteenth Century. An Essay in Intellectual History*. New York, Cornell University Press, 1963. Sobre Comte, su evolución y sus discípulos directos, véanse las págs. 3-72.

y la *Revista Positiva,* con el objetivo de difundir en México el evangelio de Comte.[12] Aun cuando había ido más lejos que el propio Barreda, se consideraba su verdadero continuador, abogaba por reforzar el carácter comteano de la educación y se oponía a cualquier reforma en este sentido. Entre sus colaboradores estaba el hijo de Barreda, Horacio Barreda. En realidad, el movimiento había llegado a México tardíamente. En 1903 murió Laffitte y con él, el positivismo ortodoxo en Francia. Según Raat, Agustín Aragón tuvo poca influencia. Aun así, siguió publicando su revista hasta 1914 y durante este tiempo constituyó la única presencia viva de una concepción filosófica en México.

12 Cfr. RAAT, William D.: «Agustín Aragón and Mexico's Religion of Humanity», en *Journal of Inter-American Studies,* núm. 11, Julio 1969, págs. 441-457.

JUSTO SIERRA Y LOS JOVENES: LA CUESTION BARREDA Y LA SUCESION PRESIDENCIAL

Justo Sierra, autor en 1892 del manifiesto de la Unión Liberal, siguió manteniendo una actitud fiel pero independiente dentro del régimen, sin que se le pueda adscribir a ninguna de sus facciones. Cuando ocupó la Secretaría de Instrucción en 1905, su objetivo más ambicioso era reorganizar la educación superior, reimplantando la Universidad. Durante la primera mitad del siglo XIX la antigua Universidad Pontificia de México, atacada por los liberales y defendida por los conservadores, experimentó una larga serie de cierres y reaperturas, hasta su clausura definitiva en 1865. La mentalidad positivista vino a reforzar los prejuicios liberales contra la institución: se la consideraba un símbolo de oscurantismo colonial, se la identificaba con el saber metafísico, opuesto al positivo o científico.

> «A partir de la República —dice Edmundo O'Gorman—, la Universidad fue adquiriendo un significado de facción que la sujetó a las variaciones de nuestra historia política (...). De aquí la asombrosa llaneza con que lo más alejado, la metafísica por ejemplo, se prestó a transfiguraciones de consigna y bandería. Tener aficiones metafísicas, allá en los tiempos en el que el positivismo se apoderó de la conciencia oficial equivalía poco más o menos a no ser mexicano y lo mismo aconteció con lo universitario».[1]

---

1 «Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México, 1910», en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960, pág. 147.

Sierra luchó contra tales ideas desde que ocupó los primeros cargos de responsabilidad en la administración, cuando más fuertes eran sus convicciones positivistas, y siguió haciéndolo ahora, en que éstas se habían atenuado mucho. Si la erradicación del analfabetismo mediante la educación primaria era un deber prioritario, argumentaba, no lo era menos el de formar auténticos profesionales. Y para ello había que crear una Universidad mexicana, no como repetición de la antigua, desde luego, sino acorde con los tiempos, pero en la que también tuvieran cabida las humanidades. [2] Trataba de convencer a Díaz de que incluyese su proyecto entre los actos que se iban a organizar en 1910 para celebrar el Centenario de la Independencia.

A comienzos de 1907 nombró director de la Escuela Nacional Preparatoria a Porfirio Parra, antiguo discípulo de Barreda, pero al mismo tiempo introdujo reformas en los programas, para ir adaptándola a la futura Universidad. En el Consejo Superior de Educación tenía que enfrentarse de una parte a la oposición católica, representada por el médico Francisco Vázquez Gómez, contrario al laicismo de la Escuela, y de otra, al positivista ortodoxo Agustín Aragón, contrario a introducir más cambios en ella y que no quería oír hablar de la Universidad.

A finales de año Vázquez Gómez publicó un folleto titulado *La enseñanza secundaria o preparatoria en el Distrito Federal,* en el que atacaba la educación impartida en la Preparatoria y proponía dejar la enseñanza secundaria en manos de particulares, para dedicar así, decía, más dinero a la primaria. Inmediatamente se le adhirieron los periódicos católicos *El Tiempo* y *El País,* y le salieron al paso *El Imparcial* y *El Popular,* defensores del laicismo

---

2 Cfr. SIERRA, Justo: *La educación nacional,* Tomo VIII de las *Obras completas,* ed. cit., donde se recogen todos sus artículos, conferencias y documentos sobre el tema. Además del trabajo de O'Gorman que acabamos de citar, pueden verse HERNANDEZ LUNA, Juan (ed.): *La Universidad de Justo Sierra,* México, Secretaría de Educación Pública, 1948; GARCIA VERASTEGUI, Lía: *Del proyecto nacional para una Universidad en México (1867-1910),* México, UNAM, 1984. Entre otras muchas visiones panorámicas sobre la historia de la Universidad de México, puede citarse de momento la obra de GARCIA STAHL, Consuelo: *Síntesis histórica de la Universidad de México,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1975.

Entre ambas partes se desató un debate que fue creciendo en intensidad durante los dos primeros meses de 1908.[3]

Justo Sierra no quiso intervenir directamente. Su posición estaba muy cerca a la de la «juventud intelectual», cuya presencia pública en los dos últimos años no le había pasado desapercibida y a algunos de cuyos miembros conocía y amparaba desde antes. Decidió entonces recurrir a ellos para que, como representantes de toda la juventud mexicana, diesen una respuesta adecuada al nuevo ataque católico. «Lo que los positivistas hacen es malo —le escribía Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Rayes—; pero lo juzgamos así porque queremos progresar y no retrogradar. Mientras tanto, no debe dejarse paso a la reacción».[4] La defensa del laicismo era lo primero, pero el positivismo no iba a salir beneficiado. Justo Sierra proyectó con los jóvenes una manifestación en honor de Gabino Barreda, con intervenciones que sirviesen para criticar tanto a los que iban contra la enseñanza liberal y laica impulsada por él, como a quienes aún consideraban insuperable su filosofía: a católicos y positivistas de un solo golpe. El 31 de enero Henríquez Ureña le decía a Reyes: «Mucho me temo que esta primavera resulte tempestuosa, con la manifestación antipositivista en honra del introductor del positivismo, o con cualquier otra cosa».[5] Y así fue, más de lo que entonces podía suponer, pues la «cuestión Barreda», como él la llamaba, quedó momentáneamente desplazada y finalmente envuelta en otra, de mucho mayor alcance y repercusión para todo México: la sucesión presidencial.

A dos años de las elecciones y del Centenario la preocupación pública por el futuro de la República era grande. En marzo de 1908 Porfirio Díaz concedió una entrevista a James Creelman, periodista de un diario neoyorquino, en la que justificaba su larga permanencia en el poder como un período necesario de organización del país: éste se había desarrollado y ya estaba preparado para la democracia; él pensaba retirarse definitivamente en 1910

---

3 La polémica ha sido recogida en detalle por DIAZ Y DE OVANDO, Clementina: *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días, 1867-1910*, Tomo I, México, Universidad Nacional Autónoma, 1972, págs. 279-297; aunque su interpretación, «comprometida» en la defensa del laicismo preparatoriano, es a menudo parcial y desorientadora.

4 «Henríquez Ureña a Reyes, 17-2-1908», en *Correspondencia*, pág. 93.

5 «Henríquez Ureña a Reyes, 31-1-1908», *Ibíd.*, pág. 71.

y garantizar elecciones libres, por lo que vería con buenos ojos la organización de partidos políticos. En México estas declaraciones causaron verdadero impacto. [6] Hubo quien pidió alguna aclaración, algún compromiso, pero Díaz sólo contestó con evasivas o silencio. Y esta actitud, mantenida durante los meses siguientes, parecía indicar que terminaría desdiciéndose. Pero las aspiraciones o simples ambiciones ya se habían desatado, y la agitación política era imparable. Cuando finalmente volvió a «aceptar» su reelección y quiso controlar a la oposición, era demasiado tarde.

Por las cartas de Pedro Henríquez sabemos que a mediados de febrero Justo Sierra comunicó con gran alarma a los jóvenes que algunos grupos católicos intrigaban junto al general Díaz y que éste estaba tomando en consideración la propuesta de Vázquez Gómez de dejar la enseñanza preparatoria en manos de particulares. «En manos de particulares, es decir en manos de los curas; pues ¿qué particulares sino ellos, cuentan con medios de instalar colegios?». [7] La manifestación proyectada debía ponerse en marcha sin más pérdida de tiempo.

> «Necesitamos que vengas a México —le escribe a Reyes—. La cuestión fermentó inesperadamente y ya está en su punto. La manifestación está decidida para el 22 de marzo (...); será doble, como la anterior, no tomará parte ningún positivista y se dirán cosas sobre el positivismo. El trabajo preparatorio será una multitud de convocatorias para los estudiantes de toda la República, y proclamas que se fijarán en las esquinas de la capital». [8]

Para ello se nombró una Junta Organizadora, formada por José María Lozano, Antonio Caso y Jesús T. Acevedo. Los dos primeros eran abogados recientes, pero bien conocidos por sus dotes

---

6 Todas las historias del porfiriato y de la Revolución Mexicana hacen referencia final o inicial a la entrevista «Díaz-Creelman», ofreciendo diversas interpretaciones. Pueden verse, entre otros muchos, KRAUZE, Enrique: *Místico de la autoridad. Porfirio Díaz*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, págs. 127-133; GONZALEZ RAMIREZ, Manuel: *La revolución social de México*, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, págs. 31-33. La entrevista aparece reproducida en SILVA HERZOG, Jesús: *Breve historia de la Revolución Mexicana*, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, págs. 127-139.

7 «Henríquez Ureña a Reyes, 17-2-1908», en *Correspondencia*, pág. 93.

8 *Ibídem*, pág. 92.

oratorias desde sus años en la Escuela de Jurisprudencia —la «Escuela de los Tribunos» al decir de Alfonso Reyes—,[9] y por su proximidad a Justo Sierra. Desde su ingreso en la Escuela, Lozano se había unido al círculo de jóvenes que rodeaban a Rodolfo Reyes, profesor de Derecho Constitucional, y había participado en su campaña de 1902 contra Limantour y los científicos. Lo que le valió tres meses de cárcel y volver a las aulas convertido en leyenda. En este momento seguía unido a los reyistas, aunque no tardó en pasarse al bando contrario.[10] Desde uno y otro lado lo veremos siempre llevando la agitación política al grupo de jóvenes intelectuales.

Caso era hijo de un rico ingeniero de la capital. Siendo estudiante de Jurisprudencia, fue elegido para saludar en nombre de sus compañeros al recién nombrado ministro Sierra; desde entonces figuró junto a él en múltiples ceremonias oficiales, apoyando en todo momento su labor educativa.[11] Desde los tiempos de *Savia Moderna* formó parte activa del grupo de jóvenes, entre los que destacaba por sus aficiones filosóficas, y en buena parte sirvió de enlace entre ellos y el ministro. En lo sucesivo lo veremos como el principal representante público de «la juventud intelectual»,

---

9 «Pasado inmediato», en *OC* XII, pág. 194.

10 Cfr. GARCIA NARANJO, Nemesio: «Prólogo» a LOZANO, José María: *José María Lozano en la tribuna parlamentaria, 1910-1913*, México, Jus, 1956, págs. X-XXXII. Como veremos, Garcia Naranjo fue compañero inseparable de Lozano en sus aventuras políticas, por lo que también se encuentran continuas referencias a él en sus *Memorias*. Sobre el ambiente estudiantil de este momento y, en concreto, sobre los seguidores de Rodolfo Reyes hay bastante información en ALESSIO ROBLES, Miguel: *Mi generación y mi época*, México, Stylo, 1949, págs. 21-53.

11 Cfr. Gaos, José: «Las mocedades de Caso», en *Filosofía mexicana de nuestros días*, México, Imprenta Universitaria, 1954, págs. 63-93 (incluido en *Homenaje a Antonio Caso*, México, Centro de Estudios Filosóficos-Stylo, 1947, pág. 17-38). Sobre la oratoria de Caso véase también HERNANDEZ LUNA, Juan: *Antonio Caso. Embajador extraordinario de México*, México, Sociedad de Amigos del Libro Mexicano, 1963, págs. 17-29. Entre las muchas evocaciones de sus amigos de este período, véanse las de GARCIA NARANJO, Nemesio: *Memorias*, Tomo III, ed. cit., págs. 269-278; GONZALEZ PEÑA, Carlos: «Antonio Caso y la generación del Ateneo», en *Gente mía*, México, Stylo, 1946, págs. 183-185; HENRIQUEZ UREÑA, Max: «Mis recuerdos de Antonio Caso», en *Luminar*, vol. VIII, núms. 3-4, 1946, págs. 23-27; REYES, Alfonso: «En memoria de Antonio Caso» y «Honor a Caso», en *OC* XII, págs. 153-156 y 157-162, y FABELA, Isidro: «Antonio Caso», en *El trato con los escritores*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1961, págs. 11-18.

mientras que en lo privado la influencia de Henríquez Ureña siguió siendo decisiva.

Este no podía figurar en la Junta Organizadora por ser extranjero y Alfonso Reyes se encontraba en Monterrey y, sobre todo, no quería adherirse a un acto que consideraba en muchos aspectos ajeno al espíritu del grupo (como veremos, siempre se resistió a mezclarse en cualquier asunto de carácter más o menos político). [12] Así pues, el tercer miembro de la Junta fue Acevedo, otro destacado de «nosotros». Lozano, Caso y Acevedo elaboraron un programa que fue aprobado por el ministro y firmaron una proclama invitando «A los liberales y estudiantes de la República» a unirse al homenaje a Barreda el 22 de marzo. [13]

Pocos días antes, la Sociedad de Conferencias celebró un segundo ciclo. Como pasaba el tiempo y no acababan de ultimarse las conferencias sobre Grecia, los jóvenes decidieron volver a aparecer con una serie como la del año anterior, sobre pensamiento, arte y literatura moderna. Andaban buscando un local y Justo Sierra les cedió el Teatro del Conservatorio Nacional: «nos hemos hecho tan 'íntimos' de don Justo —le cuenta Henríquez Ureña a Reyes— que al fin se aceptó el Conservatorio». [14] Desde entonces todos sus actos contaron con la protección del ministerio. Antonio Caso habló sobre la filosofía de Max Stirner. Max Henríquez Ureña acudió de Monterrey para explicar, ilustrándola al piano, la influencia de Chopin en la música moderna, Luis Fernández Mac Gregor, un joven abogado, sobrino de Justo Sierra, que acababa de incorporarse al grupo, debutó con una conferencia titulada «Gabriel D'Annunzio», que Pedro Henríquez Ureña, censor de los trabajos, consideró excelente para responder al gran interés de los jóvenes por este escritor. [15] Isidro Fabela, relacionado con el

12 Sobre la negativa de Reyes a participar en el Homenaje a Barreda, véanse las cartas cruzadas con Henríquez Ureña durante el mes de febrero de 1908 (*Correspondencia*, págs. 94-103). Sin embargo, en «Pasado inmediato» recordó la importancia de este acto y en todas las crónicas sobre el grupo se da por supuesto que él fue uno de los participantes.

13 «A los liberales y a los estudiantes de la República», en *Revista Moderna*, febrero 1908, pág. 383. La convocatoria apareció también en toda la prensa diaria no católica (cfr. DIAZ Y DE OVANDO, Clementina: *ob. cit.*, Tomo I, págs. 298-299).

14 «Henríquez Ureña a Reyes, 17-2-1908», en *Correspondencia*, pág. 91.

15 *Ibídem*, pág. 93.

grupo desde *Savia Moderna* y autor de cuentos campesinos, habló sobre el novelista español José María de Pereda, muy popular en México. En estos actos ya no intervinieron los poetas. Las tres primeras conferencias fueron publicadas por la *Revista Moderna,* pero en su momento el ciclo no llamó, como el anterior, la atención del público, ocupado con las polémicas sobre la sucesión presidencial y sobre Barreda. [16] Ambas habían crecido juntas y terminaron mezclándose de modo inesperado.

El homenaje a Barreda comenzó la mañana del 22 en el Salón de la Preparatoria, con la presencia de Porfirio Parra y los miembros de la Junta Organizadora. Intervino, entre otros, Pedro Henríquez Ureña, con un discurso que expresa con claridad la posición del grupo y de Justo Sierra. Alabó a Barreda como fundador mexicano de la enseñanza racional y laica, reconoció la conveniencia de la filosofía positivista en su momento, pero dejó ver su insuficiencia ante las exigencias de los nuevos tiempos. «Esta juventud, que ensaya su vuelo orientándose hacia los nuevos rumbos del pensamiento, acude hoy a esta escuela, que le marcó sus directrices iniciales, a exultar la clásica memoria de su fundador». [17] Barreda está lejos de la talla intelectual de Andrés Bello o Eugenio María de Hostos, no produjo uno obra científica original y consis-

---

16 Las conferencias publicadas por la *Revista Moderna* fueron las siguientes: CASO, Antonio: «Max Stirner», abril 1908, págs. 80-89; FERNANDEZ MACGREGOR, Luis: «D'Annunzio (Fragmentos de una conferencia)», mayo 1908, págs. 141-150; HENRIQUEZ UREÑA, Max: «Influencia de Chopin en la música moderna», agosto 1908, págs. 345-356. En la prensa diaria yo sólo he podido localizar una crónica sobre la conferencia de Fabela: «La conferencia de anoche», en *El País,* 9 de abril de 1908, pág. 1. Basándose en «periódicos de la época», pero sin citar las fuentes exactas, Juan Hernández Luna dice: «El 14 de marzo de 1908, el presidente de la Sociedad, Jesús T. Acevedo, hizo circular una invitación para las 'conferencias-conciertos' que se celebrarían en el Teatro del Conservatorio Nacional a las 8.30 de acuerdo con el programa siguiente: Antonio Caso: *Max Stirner y el individualismo exclusivo* (miércoles 18 de marzo); Max Henríquez Ureña: *La influencia de Chopin en la música moderna* (martes 24 de marzo); Genaro Fernández MacGrégor: *Gabriel D'Annunzio* (miércoles 1 de abril); Isidro Fabela: *José María Pereda* (miércoles 8 de abril), y Rubén Valenti: *Arte, ciencia y filosofía* (miércoles 22 de abril)» («Prólogo» a CASO, Antonio y otros: *ob. cit.,* pág. 14). Hernández Luna da por supuesto que se dieron todas y en las fechas previstas (y lo siguen INNES, John Schwald: *ob. cit.,* págs. 121-122; y CAMACHO CAMACHO, Lidia: *ob. cit.,* págs. 58-59). Posiblemente así fue en el caso de las cuatro primeras, pero la de Valenti no llegó a darse (cfr. «Henríquez Ureña a Reyes. 29-10-1913», en *Correspondencia,* pág. 225).

17 «Alocución», en *OC* I, pág. 243.

tente; fue ante todo un maestro y su valor está en la labor de influencia directa, en la proclamación de la libertad intelectual y la instrucción científica.

> «No le reprochéis (me dirijo a vosotros, los espíritus nuevos) el haber abrazado como única filosofía el positivismo. Si la poderosa construcción de Comte, si la fecundísima labor de los pensadores ingleses, pertenece hoy al pasado, en tiempos de Barreda eran movimientos de vida y acción, y esos movimientos dieron a la pedagogía moderna extraordinario impulso». [18]

El discurso termina anunciando vagamente tres cambios que no tardaron en hacerse realidad, y en los que los jóvenes se empeñaron en los años siguientes: la renovación filosófica en México, la fundación de la Universidad y el papel activo que ésta reservaba a la nueva generación.

> «Y mañana, cuando los libres vientos del Norte agiten las tierras nuevas trayendo las saludables enseñanzas de la discusión filosófica contemporánea (...); cuando hayáis visto a la cultura superior fundar su asiento en la Universidad y trabajéis por redimir de su secular ignorancia a la ingente muchedumbre que debajo de vosotros pulula, no le olvidaréis». [19]

El homenaje así inaugurado duró todo el día, con actos de distinto cariz en la mañana que en la tarde. Los asistentes a la Preparatoria salieron en manifestación por las calles céntricas hasta llegar al Teatro Virginia Fábregas. Ocupó la presidencia José María Lozano, que había invitado a los demás destacados reyistas, capitaneados por Rodolfo Reyes y Diódoro Batalla. Ellos pusieron la nota fuerte del acto, con intervenciones fuera de programa que dejaron atónito, encendieron y dividieron al auditorio. Batalla arremetió contra los científicos, a quienes acusó de haber traicionado a Barreda, convirtiendo la filosofía positivista en una fórmula mercantil para acumular riqueza. Una prueba más de la

18 *Ibidem*, pág. 245.
19 *Ibidem*, pág. 246.

utilización polémica del concepto de positivismo y de su identificación con los científicos. Rodolfo Reyes fue más directo y más lejos: acusó al general Díaz de desdecirse de la solución que había dado al problema de la sucesión, y a los científicos de esconderle la verdadera situación de México y de convencerlo de que era inmortal. El escándalo fue enorme. [20]

Por la tarde todo transcurrió como estaba previsto. Al teatro oficial Arbeu asistieron Porfirio Díaz y sus ministros de Hacienda e Instrucción, José Ives Limantour y Justo Sierra. En nombre de la juventud, Antonio Caso pronunció un discurso sobre la obra de Barreda; y Rafael López, un poema escrito para la ocasión: «Juventud, fúlgida aurora de una patria grande y fuerte...». [21] Sierra clausuró la jornada con uno de sus discursos más conocidos, o al menos más citados, que hay que volver a leer en el contexto que estamos viendo.

En él trató de demostrar que Barreda no deseaba para su obra la inmovilidad en que querían mantenerla los positivistas, y que tampoco se debían a él los males que le achacaban los católicos. Ni unos ni otros habían comprendido su verdadera significación. A los positivistas está dirigido el primer reproche: «La paz en el mundo de las ideas no sólo es imposible, ¡es fatal, pensaba Barreda!». [22] Sierra se hace eco de una de las causas de la quiebra del positivismo: el mismo desarrollo y el rigor crítico cada vez mayor que fueron adquiriendo las investigaciones científicas durante el siglo XIX ponían en duda la ingenua fe positivista en la intocable verdad de las ciencias y su tendencia a las generalizaciones. «¿Qué gran verdad fundamental no se ha discutido en el

---

20 Cfr. DIAZ Y DE OVANDO, Clementina: *ob. cit.*, Tomo I, págs. 304-312; REYES, Rodolfo: *De mi vida*, Tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1929, págs. 86-87; GARCIA NARANJO, Nemesio: *Memorias*, Tomo IV, ed. cit., págs. 385-371. También intervinieron en el acto los reyistas Enrique Rodríguez Miramón e Hipólito Olea, y Rubén Valenti y Alfonso Cravioto. La *Revista Moderna*, que guardó silencio sobre las demás intervenciones, publicó la de este último, en la línea de la de Henríquez Ureña: «Alocución de Alfonso Cravioto pronunciada en el 'meeting' del Teatro Virginia Fábregas», marzo 1908, págs. 53-54.

21 No se conserva, que sepamos, el discurso de Caso. El poema de López fue publicado por la *Revista Moderna:* «Homenaje (A la memoria de Barreda)», abril 1908, págs. 77-79. Se recoge en LOPEZ, Rafael: *Poesía reunida*, ed. cit., pág. 24.

22 «Panegírico a Barreda. Discurso en el Teatro Arbeu, el 22 de marzo de 1908, en *ob. cit.*, Tomo V, pág. 387.

terreno científico, o no se discute en estos momentos?». [23] La principal actitud de los pensadores es la duda, que hace evolucionar la ciencia. Dudemos, concluye, que Barreda «haya sido un pacificador, pero pensemos siempre en que ha sido uno de los fundadores del tiempo nuevo». [24]

A continuación defiende el carácter laico de la Escuela frente a los argumentos de los católicos: «El crimen mental de nuestro santo laico, dicen los sofistas de todas las túnicas, consiste en haber intentado apagar la lámpara del altar que, encendida un día en el vaso de arcilla de las Catacumbas, no se ha extinguido hasta hoy; en haber apagado el cielo, en haber descoronado de Dios al Universo». [25] Un reproche injusto, responde Sierra: Barreda no negó la religión, simplemente negó que fuera materia de ciencia y, por tanto, de enseñanza.

Sierra concluye resumiendo la significación de Barreda, lo que había que defender y continuar de su obra:

> «He aquí toda su ambición: fundar la educación nacional; para ello creó un tipo de escuela laica; sólo la escuela laica puede realizar la educación nacional; sólo ella puede respetar todas las creencias; sólo ella puede ser neutral frente a todas las filosofías; sólo ella puede educar a la República en el respeto a la libertad suprema, la libertad de la conciencia; sólo ella puede fundar la única religión compatible con todas las religiones, porque no es trascendente, porque es únicamente humana: la religión cívica, el amor a las instituciones, el alma de la nación». [26]

El legado imperecedero de Barreda es la enseñanza racional y laica instaurada en la Escuela. Ella es la piedra fundamental de la mentalidad mexicana, el complemento mental de la Reforma, un órgano indispensable del Estado, que logra así la continuidad de la patria. Los que allí se forman están llamados a influir más de

---

23 *Ibídem*, pág. 387.
24 *Ibídem*, pág. 390.
25 *Ibídem*, pág. 393.
26 *Ibídem*, pág. 394

cerca en los destinos de México. Sierra y la clase dirigente a la que habla no dudan en identificarse con la esencia misma de la nación.

El giro inesperado y fundamentalmente político que tomó el homenaje llenó de comentarios los periódicos del día siguiente. La prensa católica, que había censurado la celebración, se desquitó a gusto: el homenaje había terminado siendo un oprobio para Barreda y el positivismo y, además, un insulto al gobierno. El resto de la prensa pasó por alto la primera cuestión y se centró en las intervenciones de los reyistas. Los periódicos controlados por los científicos, en especial *El Imparcial,* los criticó duramente: habían puesto en entredicho la obra del general Díaz. Los de tendencia reyista quitaron hierro al asunto y trataron de distinguir: no fueron discursos contra el presidente, sino contra un sector concreto de su gobierno.[27] Pero Bernardo Reyes creyó necesario explicar por escrito a Díaz que su hijo actuaba por cuenta propia; la única cosa que él le recomendaba es que no atacase nunca la figura del presidente.[28] El propio Rodolfo Reyes escribió en sus memorias:

> «Mi padre me reprendió; el general Díaz me llamó y me dijo algunas frases que él tenía para reprender alentando, de aquellas ambigüedades que él usaba para decir, como en el caso, que hacía yo mal en excitar a la opinión, pero que tenía razón en cuanto a los científicos, y que, en cuanto a él, seguía resuelto a retirarse. En fin, como de costumbre, me alentó al advertirme y no me dio la impresión de que me vedaba enfrentarme a los adversarios de mi padre».[29]

La ambigüedad de Díaz era el preámbulo de una nueva comedia electoral, a la que la agitación política iba a poner música de fondo: él o el caos; por lo que pocos dudaban ya que, «aun a su pesar», terminaría accediendo a la reelección. La duda estaba

---

27 Cfr. DIAZ Y DE OVANDO, Clementina: *ob. cit.,* Tomo I, págs. 305-311.
28 Cfr. NIEMEYER, E. V.: *ob. cit.,* pág. 148, donde se usa la correspondencia privada del Archivo de Bernardo Reyes.
29 *Ob. cit.,* Tomo II, pág. 87, nota 1.

en quién recaería la vicepresidencia: ¿en Bernardo Reyes o en un candidato «científico»? Y eso no se despejó hasta meses después.

Al igual que la manifestación contra la *Revista Azul* del año anterior, el homenaje a Barreda sirvió a los jóvenes de la Sociedad de Conferencias para afirmarse públicamente como la «nueva generación intelectual». Pero ahora habían avanzado algo más: en su defensa de las ideas modernas habían incluido el antipositivismo y habían entrado en contacto con Justo Sierra. Entre éste y los jóvenes no iba a darse una relación de maestro y discípulos, sino de coincidencia y colaboración en política educativa. Ambos defendían la tradición laica de la educación mexicana, pero no el positivismo; la necesidad de restaurar la universidad sobre bases nuevas, que diera cabida en ella a las humanidades.

ARIEL EN MEXICO

A juzgar por la *Revista Moderna,* José Enrique Rodó era prácticamente desconocido en México antes de 1907.[1] En el verano de este año los jóvenes de la Sociedad de Conferencias dieron su primer ciclo, con el que llamaron la atención de la prensa y empezaron a ser tenidos en cuenta por el mundo oficial. A medida que alcanzaban cierta estabilidad como grupo y aumentaba su reconocimiento, iban encontrando nuevas motivaciones y emprendiendo más proyectos. El descubrimiento de las humanidades y de la filosofía los llevó a interesarse en los asuntos educativos y a colaborar con Justo Sierra. No es casual que fuera en ese preciso momento cuando tuvieran la idea de publicar el *Ariel* de Rodó.

En *Ariel* Rodó aprovechó, dándole un tratamiento nuevo, la tradición de los «sermones laicos», fruto del proceso de secularización que durante el siglo XIX afectó a toda la sociedad y, en concreto, a la educación.[2] El objetivo del «sermón laico» era educar moralmente a los estudiantes de centros de enseñanza no religiosa,

---

1 Hasta entonces en la revista no se publica nada de él ni sobre él. Sólo se citan dos de sus obras en las notas bibliográficas que realizaba José Juan Tablada: *Rubén Darío,* en «Notas literarias y artísticas», mayo 1899, pág. 160; y *Ariel,* en «Notas bibliográficas», marzo 1900, págs. 101-102 (cfr. VALDES, Héctor: *ob. cit.,* pág. 271). Carlos Real de Azúa, al hablar de la difusión de *Ariel,* y basándose en el epistolario de Rodó, dice: «En 1903 no se leía aún en México (carta de J. Martínez Dolz de 7-VII-1903) y en 1907 no lo conocía allí todavía Enrique González (carta de 17-II-1907)» (en «Prólogo» a RODO, José Enrique: *Ariel. Motivos de Proteo,* ed. cit., pág. XXXIII, nota 19).

2 Muchos de sus contemporáneos se refirieron a *Ariel* como a un «sermón laico», y recientemente Carlos Real de Azúa volvió a adoptar el término, mucho más adecuado y expresivo que el genérico de «ensayo». *Ariel,* dice, debe relacionarse con las «oraciones rectorales de colación de grados y otras piezas de elocuencia académica que las diversas circunstancias del trámite universitario suelen reclamar» («Prólogo a *Ariel*», en RODO, José Enrique: *Ariel. Motivos de Proteo,* ed. cit., pág. IX), con el «sermón laïque» o los «discours aux jeunes gens» propios de la Universidad decimonónica, especialmente la francesa. Convendría seguir profundizando y perfilando esta idea.

difundiendo entre ellos los grandes ideales humanos y cívicos. En último extremo no es más que una expresión de fe en el Progreso, la nueva religión del mundo moderno, que se traduce en el culto a la ciencia y a la democracia. Por ello va dirigido fundamentalmente a la juventud, que desde el romanticismo comienza a ser considerada como la encarnación natural de ese Progreso, una auténtica fuerza social: el futuro en el presente. Muchos representantes de la educación liberal, empezando por sus más destacados impulsores: Jules Ferry en Francia, Francisco Giner de los Ríos en España, Eugenio María de Hostos en Santo Domingo o Justo Sierra en México, dejaron sermones, prédicas u oraciones laicas, y los consideraron parte fundamental de la educación.

Rodó adaptó el género a las preocupaciones y al lenguaje del momento. *Ariel* figura ser el discurso con el que un maestro llamado Próspero se despide de sus discípulos y les propone una serie de ideales que les ayudarán a enfrentarse a la vida. Es un momento solemne y de ahí el tono y el carácter de sus palabras. *Ariel* es un testamento, una síntesis final. Rodó lo escribió en la más exigente prosa modernista y lo publicó en 1900, una fecha casi simbólica, con esta dedicatoria: «A la juventud de América».

Si se lee atentamente no es difícil advertir que la principal intención de Rodó fue ofrecer una solución armónica al conflicto entre las concepciones idealista y positivista de la vida, entre las que veía debatirse el siglo XIX. Como muchos intelectuales de fin de siglo, Rodó reconoce que el Progreso, representado por la ciencia y la democracia, había traído una disminución de los valores espirituales y estéticos, un mundo más materialista y vulgar, y que en ese instante predominaba el más craso utilitarismo. Sin embargo, y esto es fundamental dentro de su pensamiento, se niega a condenar el Progreso, a adoptar, en nombre del idealismo, una postura reaccionaria o irracionalista. Está convencido de que el utilitarismo de su época es sólo transitorio y que la ciencia y la democracia son dos conquistas definitivas del siglo XIX, que sólo cabe perfeccionar y desarrollar. Y pone su esperanza en que las generaciones que se incorporan a la vida con el nuevo siglo sabrán hacerlo. Confía en que éstas lograrán conjugar la ciencia con el respeto a las necesidades espirituales del hombre, y reconocer en medio de la igualdad democrática a las verdaderas superio-

ridades, a la aristocracia espiritual. He aquí, dice, «las armonías que han de componer el siglo venidero».[3] Como muchos de sus contemporáneos, Rodó también cree que la tendencia predominante del cambio de siglo es el «renacimiento idealista», la vuelta a los valores espirituales y estéticos; pero está convencido de que el verdadero idealismo no puede negar los frutos del Progreso, de que el idealismo del nuevo siglo no puede ser igual al idealismo romántico, anterior al positivismo, sino otro, en el que éste ha dejado su huella: un «idealismo nuevo».[4]

A esta tesis central se subordinan los demás temas de su discurso, que suelen tomarse como principales: la necesidad de una educación integral, que no descuide el cultivo del sentimiento de lo bello; la lección de Grecia, con su plena humanidad, frente a Fenicia o Cartago; y, sobre todo, el juicio sobre la democracia norteamericana. Aun reconociendo sus cualidades, Rodó ve a Norteamérica como una democracia imperfecta, en la que ha triunfado el igualitarismo nivelador y el utilitarismo en detrimento de la vida espiritual y moral. Y advierte: este es el futuro de las repúblicas de América del Sur que, aquejadas de nordomanía, fascinadas por el éxito de los Estados Unidos, traten de imitarlos ciegamente y olviden sus raíces latinas. La actualidad de la guerra hispano-norteamericana en Cuba dio a esta parte de *Ariel* una resonancia que no tuvieron las otras, hasta el punto de que desde entonces se ha solido considerar la obra toda un simple alegato de la cultura latina frente a la sajona, encarnaciones históricas del espiritualismo y del materialismo, de la poesía y de la prosa del mundo respectivamente.

El mensaje de *Ariel* tuvo una especial resonancia entre las élites de jóvenes intelectuales europeístas y entre los círculos académicos en que éstos se educaban y donde a menudo oían sermones construidos sobre la misma retórica progresista, liberal y laica, halagadores de los de su edad y llenos de grandes ideales de difícil

---

3 *Ariel*, en *Obras completas*, ed. cit., pág. 227.

4 Rodó volvió a exponer con claridad su visión del cambio de siglo y su postura intelectual en el ensayo «Rumbos nuevos» (1911), donde proclama: «Somos los neoidealistas», su credo y el de quienes, después de la publicación de *Ariel*, eran considerados sus discípulos (*El mirador de Próspero*, en *Obras completas*, ed. cit., págs. 514-524).

traducción práctica. *Ariel* no fue, no pudo ser para ellos una obra original, inobjetable y definitiva, sino un símbolo: la expresión americana del renacimiento idealista contemporáneo; la representación y la justificación de la vida intelectual a que aspiraban. Además, Rodó ponía mucho cuidado en presentar el «nuevo idealismo» como una rectificación y una ampliación, no una negación, del positivismo anterior. De ahí que, aunque *Ariel* se dirigía expresamente a los jóvenes, muchos intelectuales de generaciones anteriores, que habían llegado a su madurez en el apogeo del positivismo, se identificaran con él. Para éstos simbolizaba la herencia que dejaban; para aquéllos, la herencia recibida. Para unos fue el punto de llegada; para otros, el de partida, del que se fueron alejando. Estas son las principales razones de que *Ariel* recibiera sus primeras y más entusiastas críticas de parte de Leopoldo Alas «Clarín» y Rafael Altamira, catedráticos de la Universidad de Oviedo, de formación krausopositivista; y que fuera editado por primera vez fuera del Uruguay en el círculo de normalistas dominicanos, seguidores del también krausopositivista Hostos. Y es lo que explica que en 1908 lo publicasen los miembros de la Sociedad de Conferencias e, inmediatamente después, la Escuela Nacional Preparatoria, de la que procedían. Por otra parte, no puede dejar de observarse que las Antillas, México y, en ese momento, España, eran zonas especialmente sensibles al intervencionismo estadounidense.

Es muy probable que fueran los Henríquez Ureña quienes dieran a conocer *Ariel* a sus compañeros y les propusieran que, como representantes de la juventud mexicana, editasen el libro, tal como habían hecho ellos en Cuba dos años antes. Sería la quinta edición, la tercera fuera del Uruguay. En noviembre de 1907 la *Revista Moderna* publicó «El sentimiento religioso y la crítica», apéndice del opúsculo de Rodó *Liberalismo y jacobinismo* (1906). Y en diciembre, una reseña de Pedro Henríquez Ureña, de la que enseguida diremos una palabra, en la que se anota: «Podemos anunciar que pronto se hará en México, como obsequio a la juventud, una edición de ARIEL».[5] Efectivamente, Alfonso Reyes

5 «Marginalia. José Enrique Rodó», en *Revista Moderna*, diciembre 1907, págs. 241, en nota.

había conseguido que su padre, el general Bernardo Reyes, se comprometiera a costear una edición del libro en Monterrey, para hacerla circular gratuitamente entre la juventud del país. Cuando en enero de 1908 visitó a su familia se ocupó personalmente del asunto, bastante atrasado: «¿Qué hay de *Ariel?* —le pregunta Henríquez Ureña—. No olvides enviarnos un ejemplar para firmarlo todos Nosotros y enviárselo a Rodó».[6] Ni siquiera habían pedido la autorización del autor. «Los motivos —aclaró Henríquez Ureña más tarde— eran el deseo de que no se retardara la publicación y la circunstancia de ser ella gratuita».[7] Pero problemas con la imprenta hicieron que no saliera hasta cinco meses después.

Se trata de una tirada de quinientos ejemplares, con el siguiente pie de imprenta: «Este libro se acabó de imprimir en los 'Talleres Modernos de Lozano' (Monterrey, Nuevo León), el día 14 de Mayo de 1908, por orden del Señor Gobernador del Estado». Por su interés y por no haber sido vuelta a reproducir, que sepamos, a continuación transcribo entera la «Nota de la edición mexicana», puesta al frente del libro. Consta de una parte general en la que se informa de la personalidad de Rodó, cuándo se publicó *Ariel,* su éxito y difusión en España y América; y una segunda parte, en la que conviene especialmente reparar, sobre los motivos de la edición.

> «El joven catedrático de la Universidad de Montevideo, José Enrique Rodó, inició en 1897 la publicación de una serie de folletos críticos y filosóficos intitulados VIDA NUEVA. ARIEL, el tercero de la serie, apareció en 1900.
>
> De entonces acá, las doctrinas que contiene esta prédica ideal, dirigida a la juventud de América, han ido difundiéndose por el mundo hispano y abarcando un radio cada vez más extenso; y el nombre de José Enrique Rodó ha llegado a constituir uno de los legítimos prestigios de la naciente intelectualidad novo-mundial.
>
> ARIEL tuvo inmediata resonancia en España, donde el espí-

6 «Henríquez Ureña a Reyes. 16/17-1-1908», en *Correspondencia,* pág. 58.
7 «Correspondencia con Pedro Henríquez Ureña», en RODO, José Enrique: *OC,* pág. 1.445, nota 2. Aunque la edición está preparada por E. Rodríguez Monegal, las notas de esta sección son del propio Henríquez Ureña.

ritu selecto de Leopoldo Alas lo acogió con entusiasmo. La *Revista Crítica* de Madrid hizo propaganda de la obra, publicándola íntegra. Hoy, las ideas de Rodó son tema obligado, cada vez que en España hablan de América, Rafael Altamira, Miguel de Unamuno, los González Blanco.

En la América española, la influencia de ARIEL ha sido mayor aún. Integro o en parte, lo han publicados en sus columnas *El Cojo Ilustrado* de Caracas, la *Revista literaria* de Santo Domingo, *Cuba literaria* de Santiago de Cuba. En los países del Plata ha alcanzado varias ediciones. Y por lo demás, ha dado asunto a multitud de estudios críticos y de conferencias e inspiración a nuevas obras: sirvan de ejemplo los trabajos de Tito V. Lisoni, en Chile, de Francisco García Calderón, en el Perú, de Alberto Nin Frías, en la Argentina, de Carlos Arturo Torres, en Colombia, y de tantos otros escritores hispanoamericanos.

Al dar a conocer ARIEL en México, donde hasta ahora sólo habían llegado ecos de su influencia, creemos hacer un servicio a la juventud mexicana. No pretendemos afirmar que Rodó ofrezca la única ni la más perfecta enseñanza que a la juventud conviene. En el terreno filosófico, podrán muchos discutirle; en el campo de la psicología social, podrán pedirle una concepción más profunda de la vida griega y una visión más amplia del espíritu norte-americano; pero nadie podrá negar, ni la virtud esencial de sus doctrinas, que en lo fundamental se ciñen a las más excelsas de los espíritus superiores de la humanidad, ni la enérgica virtud del estímulo y persuasión de su prédica, ni, en suma, que ARIEL sea la más poderosa inspiración de ideal y esfuerzo dirigida a la juventud de nuestra América en los tiempos que corren». [8]

---

8 «Nota de la edición mexicana», en RODO, José Enrique: *Ariel*, Nuevo León, Talleres Modernos Lozano, 1908, págs. 7-8. Dos observaciones importantes. En la nota se dice, al hablar de la difusión de *Ariel*, que «la *Revista Crítica* de Madrid hizo propaganda de la obra publicándola íntegra». Esta afirmación me llamó la atención, ya que nadie cita esta supuesta edición española, que de haber existido habría añadido un nuevo elemento al fenómeno del arielismo. Comprobé, pues, el dato. La *Revista Crítica* es, en realidad, la *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispanoamericana*, publicada en Madrid bajo la dirección de Rafael Altamira y Antonio Elías de Molins. Entre 1900 y diciembre de 1902, en que dejó de existir, no publicó *Ariel;* lo que sí publicó fue una famosa reseña de Altamira sobre el mismo (*«La Vida Nueva III. Ariel»*, vol. V, núm. 6-7,

Aunque no lleva firma, sabemos que fue escrita, al menos su último párrafo, por Pedro Henríquez Ureña.[9] La leemos y junto a los elogios no dejan de destacar las reservas. En la crítica con que acompañó la edición cubana de 1905 ya las hacía respecto al espíritu antinorteamericano del libro, cosa que repite ahora. Pero también hay otras. Sigue aceptando la orientación idealista de Rodó, pero encuentra constantes flaquezas en su formación y generalidad en sus opiniones, sobre todo a medida que él va fortaleciendo las suyas. Reconoce que *Ariel* es «la más poderosa inspiración de ideal y de esfuerzo dirigida a la juventud de nuestra América» y sin embargo... En el campo de la psicología social, ahora no sólo le exige un enfoque menos estrecho, más libre de prejuicios de los Estados Unidos, también «una concepción más profunda de la vida griega». A medida que descubría Grecia, Pedro Henríquez Ureña se iba separando de la visión que de ella dieron —«sonrisa de la historia», «milagro» de equilibrio y alegría— Rodó y tantos clasicistas. Cuando trataba de convencer a su hermano Max de la novedad que supondrían las conferencias sobre el tema, le escribe: «Sí se pueden decir mucho relativamente nuevo sobre Grecia, saliéndose de la pintura color de rosa de Renan, que es la que nos han repetido hasta la saciedad Rodó, Salvador Rueda, etc. La Grecia pesimista de Schopenhauer y Nietzsche, la serenísima de Walter Pater, la irónica y cumplidísima de Oscar Wilde, aparte de lo que sugiere leer las obras mismas, son puntos de vista muy nuevos en América».[10] Y otra reserva, aún sin precisar: «En el terreno filosófico, muchos podrán discutirle».

---

junio-julo 1900, págs. 306-308). Y esto es lo que debió confundir a los jóvenes mexicanos.

Por otra parte, Carlos Real de Azúa, en el sugerente prólogo a *Ariel* al que ya nos hemos referido, habla de esta edición mexicana y dice: «En su prólogo se hablaba ya de un lote de devociones militantes y se estampaba para designarlas el término de 'arielistas' que rápidamente hizo fortuna» (ed. cit., pág. XXIV). No sé si lo consultó directamente, pero el término «arielista», de tan buena fortuna, efectivamente, no nace aquí.

9 El 2 de diciembre de 1907, Pedro Henríquez Ureña le escribe a su hermano Max una carta con instrucciones para la edición. Entre otras cosas, le dice: «Al principio llevará una nota que dirá en sustancia: cuándo se publicó Ariel, como parte de la Vida Nueva; su éxito inmediato, sus ediciones y comentarios en España y América, con citas y nombres, y por último esto: 'Al dar a conocer *Ariel* en México (...)'», y así todo el último párrafo («Cartas de Pedro Henríquez Ureña a su hermano...», en *OC* I, págs. 356-357).

10 *Ibídem*, pág. 354.

Seis años después de *Ariel,* Rodó volvió a aparecer con una obrita, *Liberalismo y jacobinismo,* fruto de la polémica surgida en Montevideo por la disposición oficial de retirar los crucifijos de los hospitales. Aunque no se declara creyente, Rodó tacha tal actitud de «jacobina», contraria al verdadero liberalismo, a la moderna amplitud de ideas, y hace un estudio histórico de la caridad, cuya máxima representación es Cristo. Dijimos que la *Revista Moderna* publicó un fragmento del folleto; Henríquez Ureña, que se encargó de hacer la reseña, no encuentra «convincente» a Rodó: la medida que critica es consecuente con el laicismo estatal. Trata de alabarlo, pero le salen reproches: como intelectual, a Rodó le sobra espíritu conciliador y le falta vigor afirmativo, constancia, precisión, documentación. Finalmente resume en qué consiste para él su aportación: «... en su alta y secreta aspiración de dar a nuestra América un ideal constructivo. Podrá equivocarse a ratos, y de hecho se equivoca; podrá desanimarse, y por lo menos calla; pero suya será siempre la palabra animadora de ARIEL. Acaso, porque procede de la escuela de Renan, no entra de lleno en el espíritu del siglo XX». [11]

Con todo, fueron él y sus amigos los autores de aquella «elegante edición que —como dijo años después— inició el culto de *Ariel* en México». [12] Tan es así que inmediatamente después de salir la edición de Bernardo Reyes, Porfirio Parra, director de la Escuela Nacional Preparatoria, dispuso que ésta costease otra, también para distribuirla gratis.

Para Justo Sierra el ideal de la «educación nacional» no podía satisfacerse con la sola instrucción científica, sin desarrollar a un tiempo las facultades morales y estéticas de los jóvenes. Con este fin el ministerio debía fomentar, a través de sus diversas dependencias, las funciones dramáticas, las audiciones, las exposiciones, las visitas a lugares arqueológicos o museos, las celebraciones cívicas, etc.; y todo ello debía ir fortalecido por constantes «sermo-

---

11 «Marginalia, José Enrique Rodó», en *Revista Moderna,* diciembre 1907, pág. 241.

12 «Correspondencia con Pedro Henríquez Ureña», en RODO, José Enrique: *OC,* pág. 1.445, nota 1.

nes laicos». [13] Hemos visto a Alfonso Reyes pronunciar alguno mientras fue alumno de la Escuela Nacional Preparatoria. La prensa de la época está llena de ellos, y nunca faltan en el *Boletín de Instrucción Pública* o en el *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria.* Ninguno mejor que *Ariel.*

En 1909 el *Boletín de la Escuela* publicó las dos cartas que se cruzaron Porfirio Parra y José Enrique Rodó con motivo de la edición. Emir Rodríguez Monegal, en su excelente edición de las *Obras completas* de Rodó, publicó tan sólo un fragmento de la respuesta de éste, cuyo borrador —informa— se encuentra en su archivo. Nada dice de la carta de Parra y, aunque no puedo asegurarlo de forma absoluta, creo que no ha vuelto a mencionarse ni a ser publicada. Sin embargo, resulta de gran interés para nosotros, pues contiene ideas y algunos datos que nos acercan al modo en que *Ariel* fue recibido por sus contemporáneos.

«29 de septiembre de 1908.

Sr. D. José Enrique Rodó, Montevideo, Uruguay.

Eminente y admirado escritor:

Tengo la honra de ser Director de la Escuela Nacional Preparatoria de México, plantel de enseñanza secundaria, de la mayor importancia, pues en él por la primera vez, no sólo en América, sino en el mundo entero, se ha roto abiertamente con las tradiciones docentes que nos legó el pasado y se ha intentado, de una manera franca y resuelta, dar a la juventud una educación emancipada de toda preocupación teológica o metafísica y basada únicamente en las ciencias, manantial inagotable de verdad, modelo incomparable de método, y solemne y continuado acto de culto que el hombre tributa a la Naturaleza investigando sus inmutables leyes.

Aunque la educación que se imparte en la Escuela Nacional Preparatoria se funda en la ciencia, sólo mira a ésta como motivo

13 Cfr. LARROYO, Francisco: *Historia comparada de la educación en México,* México, Porrúa, 1970, pág. 299.

de ejercicio intelectual que desenvuelve por maravilloso modo las facultades discursivas del hombre.

Tampoco se propone la Escuela Nacional Preparatoria desenvolver sólo el intelecto, trocando a los jóvenes en máquinas de discurrir; quiere, sobre todo, desenvolver las facultades morales de los educandos y la parte estética de la inteligencia, a fin de que los espíritus juveniles cultiven un ideal amplio, generoso y apoyado además en cimientos reales.

Deseando con anhelo realizar hasta donde sea posible a mis modestas facultades el grandioso plan que sirve de base a la Escuela que tengo la honra de dirigir, hojeo sin cesar folletos y libros a fin de encontrar en sus páginas rayos de aquella luz que pedía Goethe moribundo, que pueda servirme para desarrollar mi ardua labor.

En esta infatigable pesquisa de altas ideas y profundos sentimientos, tuve un día venturoso la suerte de leer el folleto de Ud. titulado «Ariel», y cuadró tanto a mis propósitos que juzgué que en sus brillantes páginas se reflejaba con vivos matices el ideal que da vida a esta Escuela.

Dispuse que el eminente poeta D. Luis G. Urbina, profesor de Literatura de este plantel, diese lectura solemne en el Salón de Actos y en presencia de los alumnos al hermoso folleto de Ud. a que me refiero.

También me permití, violando acaso los sagrados derechos de la propiedad literaria, hacer de su folleto una edición modesta, de la cual remito a Ud. un ejemplar, ofreciéndoselo como humilde muestra de la admiración y simpatía que Ud., con sus brillantes y oportunas concepciones, ha sabido despertar en la intelectualidad mexicana.

Concluyo suscribiéndome de Ud., apasionado y entusiasta admirador.

P. PARRA.

Nota.—La edición que la Preparatoria hizo del folleto «Ariel» no fue para venderlo, mancillando así con un propósito de explo-

tación el sublime ideal que destella en sus páginas, sino para repartirlo gratuitamente entre alumnos, profesores, directores, y otras personas que descuellan en la intelectualidad mexicana. Vale». [14]

Porfirio Parra, fiel continuador de la obra de Barreda, trataba, sin renunciar a su educación positivista, de abrirse al nuevo espiri-

---

14 «Cartas cambiadas entre el Sr. Dr. D. Porfirio Parra y D. José Enrique Rodó, con motivo de la publicación que de 'Ariel' hizo la Escuela N. Preparatoria», en *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, vol. I, núms. 5-6, enero-febrero 1909, págs. 129-130. La respuesta de Rodó (*Ibídem*, págs. 130-131), de cuyo borrador Rodríguez Monegal ofrece, como he dicho, un fragmento («Prólogo a *Ariel*», en RODO, José Enrique: *OC*, pág. 201), dice entera así:

«Ateneo, Montevideo, 30 de noviembre de 1908.

Sr. Director de la Escuela Nacional Preparatoria, don P. Parra. México.

Muy distinguido señor mío:

He tenido la honra de recibir su atenta nota del 29 de septiembre, y junto con ella, los ejemplares que Ud. me envía de la edición de 'Ariel' hecha por la Escuela Nacional Preparatoria que Ud. dignamente dirige.

Es para mí motivo de honda satisfacción que las ideas y los sentimientos que infundí en las páginas de aquel libro mío concuerden con el espíritu que anima a esa noble y afamada institución hasta el punto que ella le haya considerado merecedor de tan alta prueba de estima como la que le ha dispensado. Conservaré el recuerdo de esto como el de una de las mejores recompensas que hubiera podido aspirar.

Dediqué 'Ariel' a la juventud de América y a la juventud de América pertenece. No sólo, pues, ha usado esa Escuela Nacional de un derecho plenísimo al reimprimir mi obra para difundirla entre la juventud, sino que con ello obliga mi agradecimiento, aun dejando aparte la distinción con que me honra, puesto que contribuye eficazmente a la realización del propósito que me movió a escribir el libro.

Lo mismo esas páginas mías que todas las que puedan salir de mi pluma, son y serán propiedad de la juventud que trabaje y combata por la civilización, por la cultura, por la elevación moral e intelectual de nuestra América.

Siempre me han inspirado vivo y afectuoso interés los progresos y el engrandecimiento de México, destinado a tan envidiable porvenir dentro de la unidad de nuestra gran patria hispano-americana. Las manifestaciones de benevolencia que recibo de ahí me satisfacen, pues, doblemente. Y aquel interés que todo lo de México me inspira, será aún mayor cuando se trata de una institución como la que Ud. tiene dignamente a su cargo. Seguiría con más perseverante atención el desenvolvimiento y la influencia de la Escuela Nacional Preparatoria, si Ud. llevase su amabilidad hasta proporcionarme en adelante las memorias y publicaciones de cualquiera especie, en que pueda enterarme de ello.

Reiterando a Ud. mis más expresivos agradecimientos, me es grato saludarle con mi mayor consideración.

José Enrique Rodó».

Me fue imposible localizar esta edición en México.

tualismo de la época, al que su ministro parecía tender.[15] Poco después de participar con los jóvenes en el homenaje a Barreda, éstos publicaron *Ariel*. Lo leyó entusiasmado. Este arquetipo de «sermón laico» se ajustaba al ideal de la Escuela. Lleno de «altas ideas y profundos sentimientos», era el mejor medio de desarrollar, sobre la base imprescindible de la instrucción científica, «las facultades morales de los educandos y la parte estética de la inteligencia». Hizo entonces que Luis G. Urbina lo leyese públicamente en el salón de actos de la Escuela. Urbina, poeta de la *Revista Moderna* desde su primera época, profesor de literatura en el centro y secretario particular de Sierra, llevó a menudo a su poesía la «retórica generacional» que caracteriza los sermones laicos. Como en estos versos, pronunciados durante una distribución de premios en 1906 y aparecidos, junto a los demás discursos, en el *Boletín de Instrucción*.

«Yo vengo a saludaros, ágiles almas nuevas,
Es un solemne instante, la multitud se inclina
hacia el horno encendido; hierve el bronce y fulgura;
cruje el molde y humea, y en la luz que fascina,
todos, fijos y atentos, quieren ver la divina
aparición gloriosa de la Patria Futura

.....

La escuela es el templo que alza su pórtico divino
a todos los que buscan Verdad, Bien y Belleza

.....

Yo vengo a saludaros; que tras las rudas pruebas
conservéis vuestro empuje como su luz la aurora.
¡Oh Juventud que vienes y al ideal te elevas,
que mis palabras caigan como estimuladora
caricia, suave y dulce, sobre las almas nuevas!».[16]

15 El escritor Francisco Monterde, alumno de la Preparatoria en 1908, recordó cómo en un acto público de la Escuela durante ese año, Justo Sierra se dirigió a Porfirio Parra con esta frase: «¿Verdad Porfirio que tú y yo somos espiritualistas?,» y verlo asentir (cit. en DIAZ Y DE OANDO, Clementina: *ob. cit.*, pág. 313).

16 La poesía a la que pertenecen estos versos apareció en el *Boletín de Instrucción Pública*, vol. VI, núm.2, junio 1906, págs. 854-857, con el encabezamiento «Poesía pronunciada por el C. Luis G. Urbina en la distribución de premios, efectuada entre los alumnos de 1906». Y figura con el título «La patria futura», en la sección «Arengas líricas» del libro *Puestas de sol* (1910), en *Poesías completas*, ed. de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1964, Tomo I, págs. 310-313. La misma

Seguidamente, Parra dispuso incluir *Ariel* entre las publicaciones de la Escuela. En realidad las instituciones de enseñanza eran su medio natural. [17] Durante el mes de enero de 1908 se había celebrado en Montevideo el Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, en el que se expresaron grandes aspiraciones: reforzar el papel de la juventud en la sociedad, devolver el idealismo al mundo contemporáneo y lograr la unidad espiritual del continente. *Ariel* fue término constante de referencia. Rodó le escribió a Rafael Altamira que allí pudo comprobar en vivo «cómo *Ariel* y su espíritu han calado en el corazón de la juventud a quien dediqué aquellas pobres páginas mías. Han llegado a ser una bandera». [18] A finales de ese mismo año la editorial española «Sempere», de las de mayor distribución en el ámbito hispánico, lo publicó también. Era la tercera edición en 1908 y el momento de más alta difusión y prestigio del «arielismo». [19]

Ariel, escrito en 1900, ensayo de conciliación entre los dos siglos, fue el último entusiasmo de muchos intelectuales hispánicos formados durante el XIX, y el primero de los jóvenes que buscaban una orientación para adentrarse en el XX, y del cual se fueron progresivamente alejando. Lo hemos podido comprobar en México Aquí, además, *Ariel* también cumplió otra misión esencial: poner en contacto a los intelectuales jóvenes con los del resto del continente.

---

sección contiene poemas muy similares: «En marcha el ideal», «Los sembradores», «A la juventud» o «A los estudiantes», que suponemos escritos para ocasiones como éstas. Sobre Urbina, como sobre la mayoría de los modernistas mexicanos, faltan ediciones críticas y estudios actualizados.

17 En 1914 «Le Groupement des Universités et Ecoles supérieures françaises» realizaron una traducción de *Ariel;* en el momento de la guerra franco-alemana, el «sentimiento latino» contenido en el libro cobró nueva actualidad entre los estamentos escolares franceses, que, además, lo relacionaban con la corriente de filosofía espiritualista francesa, ininterrumpida desde 1870 (cfr. SALOMON, Nöel: «L'auteur d'*Ariel* en France avant 1917», en *Bulletin Hispanique,* Tome LXXIII, núms. 1-2, Janvier-Juan, 1971, págs. 20-22). Y nada menos que en 1942, el Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Mario de la Cueva, mandó realizar una edición de doce mil ejemplares de *Ariel,* que fue regalada a los estudiantes (cfr. MARTINEZ DURAN, Carlos:: *José Enrique Rodó, en el espíritu de su tiempo y en la conciencia de América,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1974, pág. 90).

18 «Correspondencia con Rafael Altamira», carta de 29-1-1908, en *OC,,* pág. 1.363.

19 Cfr. REAL DE AZUA, Carlos: «Prólogo» y «Cronología» a RODO, José Enrique: *Ariel. Motivos de Proteo,* ed. cit., págs. XXXIV y 350.

> «La primera lectura de Rodó —dijo Alfonso Reyes— nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana (...). Porque la fraternidad americana no debe ser más que una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y comunicada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como una *alma*».[20]

A través de Rodó el grupo de la juventud intelectual mexicana entró en contacto con otros «pocos» jóvenes que en Perú, en Cuba y en distintas partes de Hispanoamérica, estaban realizando o iban a empezar a hacerlo, una labor similar a la suya.

---

20 «Rodó (Una página a mis amigos cubanos)», en *El cazador*, *OC* III, págs. 134-135.

FRANCISCO GARCIA CALDERON Y LA JUVENTUD MEXICANA: UNA LABOR DE MEDIACION DE RODO

Los hermanos Henríquez Ureña mantenían relación epistolar con Rodó desde que, a finales de 1904, le pidieron permiso para publicar *Ariel* en Cuba. Al cabo de un año, a punto de salir para México, Pedro le envió *Ensayos críticos,* que incluía su estudio sobre el libro. Rodó se lo agradeció con una carta de elogio: lo tenía por una promesa segura de la crítica, alababa la solidez de sus juicios y la precisión de su estilo; finalmente, le hacía esta recomendación concreta:

> «La lectura de su libro trajo inmediatamente a mi memoria un nombre que no sé si será conocido para usted; el nombre de un joven crítico peruano, Francisco García Calderón, muy semejante a usted en tendencias, méritos y caracteres de pensamiento y estilo, y en quien también veo una brillante promesa para la crítica hispanoamericana. Si no cultiva usted relación intelectual con él, entáblela, y comuníqueme sus impresiones, y trabajen juntos a través de la distancia material; porque es de la buena aproximación de espíritus tan bien dotados y orientados de donde puede surgir impulso de vida para la literatura de la América nueva». [1]

El consejo fue oportuno y surtió efecto: la figura de Francisco García Calderón empezó a contar para Henríquez Ureña, en seguida el interés fue mutuo y, como quería Rodó, entre ambos se entabló una relación intelectual, aunque breve, intensa y de interés, que trataremos de reconstruir.

---

1 «Correspondencia con Pedro Henríquez Ureña, carta de 20-2-1906», en *OC,* pág. 1.444.

Los dos pertenecían a familias influyentes y pudieron disfrutar de una formación amplia y moderna. García Calderón era casi un año mayor que Henríquez Ureña; había nacido en Valparaíso en 1883, mientras su padre, Francisco García Calderón, presidente provisional del Perú, permanecía como prisionero del gobierno de Chile a consecuencia de la Guerra del Pacífico.[2] La difícil situación política en que quedó su país después de firmarse la paz de Ancón obligó a la familia a trasladarse a París, en espera de que se aclarase el panorama. Allí nació en 1886 su hermano Ventura, futuro crítico y escritor y colaborador en todas sus empresas intelectuales. Poco después pudieron volver a Lima. Su padre se alejó de la política activa y se dedicó a reorganizar la Universidad Mayor de San Marcos, de la que fue nombrado Rector.

En 1901 Francisco y Ventura ingresaron en la Facultad de Letras, donde recibieron la influencia de Alejandro Deustua, catedrático de filosofía, inclinado al espiritualismo francés.[3] Francisco se doctoró en 1904 y comenzó a publicar en la prensa limeña artículos críticos sobre letras europeas contemporáneas. A final de año reunió unos pocos y publicó su primer libro, titulado *De Litteris (Crítica),* para el que solicitó y obtuvo un prólogo de Rodó, el único escritor americano del que se ocupa. García Calderón alaba el método crítico de Rodó y en el último artículo de su libro, «Hacia el porvenir», imita deliberadamente las ideas y el estilo de *Ariel.* Se trata de una oración dirigida por un maestro a los jóvenes, escrita, se dice, «con la poética unción de un sermón laico».[4] En ella se predica el entusiasmo, la solidaridad y la tolerancia. Por su parte, Rodó mostró su esperanza en el futuro intelectual de García Calderón, reconociéndolo, de hecho, como su

---

2 Cfr. BASADRE, Jorge: «Realce e infortunio de Francisco García Calderón», en GARCIA CALDERON, Francisco: *En torno al Perú y América. Páginas escogidas,* Lima, Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva, 1954, IX-XLV; SANCHEZ, Luis Alberto: *Balance y liquidación del 900,* ed. cit., págs. 100-103. Del mismo, «Francisco García Calderón», en *Escritores representativos de América,* Tomo I, Madrid, Gredos, 1976, y «Prólogo» y «Cronología» a GARCIA CALDERON, Francisco: *Las democracias latinas de América. La creación de un continente,* Caracas, Ayacucho, 1979, págs. IX-XX y 318-450.

3 Cfr. SANCHEZ, Luis Alberto: *La literatura peruana,* Tomo VI, Asunción, Guarania, 1951, págs. 201-203 y 257-264.

4 *Ibidem,* pág. 124. El resto de los artículos del libro tratan sobre temas afines y reflejan bien sus preferencias del momento: la crítica de Ferdinand Brunetière y de Marcelino Menéndez Pelayo, la novela de Rafael Altamira, la poesía de Núñez de Arce y la filosofía de Herbert Spencer.

primer «discípulo».[5] Así lo presentó Miguel de Unamuno al público hispánico cuando, por recomendación suya, se ocupó de él; y así ha seguido desde entonces considerándolo lo crítica.

> «La obra del meritísimo Rodó —dice Unamuno— empieza a rendir frutos en la América latina; los discípulos del admirable maestro uruguayo están realzando su labor. He aquí uno, el peruano García Calderón, que lleva a su trabajo la serena reflexión y la alta espiritualidad del maestro».[6]

A principios de 1905 Francisco García Calderón viajó a Chile, donde publicó, entre otros, el artículo «La nueva generación intelectual del Perú». Es un retrato de su propia generación, de la nacida después de la guerra, en cuyo nombre tiende la mano franca a la juventud chilena.

> «Hablar de una generación es vincular a un grupo de hombres por ideales, por esfuerzos (...). Nosotros los de la nueva generación, comprendida entre dos límites, diez y ocho y veintidós años, presentamos, como nota común, como tendencia espontánea, un optimismo sereno y confiado, o para decirlo con un neologismo inglés, un meliorismo fecundo».[7]

Esta nueva generación peruana —entre cuyos representantes cita a sus compañeros José de la Riva Agüero, Oscar Miró Quesada, José Gálvez, Leónidas Yerovi y Luis Fernán Cisneros, más o menos directamente influidos por Deustua— ha abandonado los

---

5 Véase la «Correspondencia con Francisco García Calderón», en RODO, José Enrique: *OC*, pág. 1.436. El «Prólogo» a *De Litteris* (págs. V-VIII), fue recogido por Rodó en *El mirador de Próspero* (OC, págs. 641-642).

6 UNAMUNO, Miguel de: «Un discípulo de Rodó, Francisco García Calderón Rey. 'De Litteris (Crítica)', con un prólogo de José Enrique Rodó. Lima, 1904», en *Letras de América y otras lecturas, Obras completas,* Tomo VIII, ed. cit., pág. 301. Como se indica en esta edición, el artículo apareció en *La Lectura* de Madrid, en junio de 1905. En México se conoció con el título «Literatura Hispanoamericana. Francisco García Calderón Rey *De Litteris (Crítica),* con un prólogo de José Enrique Rodó, Lima, 1904», en *Revista Moderna,* diciembre 1905, páginas 220-222.

7 GARCIA CALDERON, Francisco: «La nueva generación intelectual del Perú», en *Hombres e ideas de nuestro tiempo,* Valencia, F. Sempere y Cía. (1907), pág. 202. En nota de la pág. 201 se señala que el artículo fue publicado en *El Mercurio* de Santiago de Chile, en agosto de 1905.

extremos que suelen dominar a la juventud: el pesimismo prematuro y el optimismo, inclinándose por «un ideal reflexivo y sereno, sin utopías ni empirismos». [8] A la anterior generación modernista le une el espíritu moderno, pero no el decadentismo. «En la literatura joven de América, aun cuando se deleita en morbosos decadentismos, se nota savia nueva y energía abundante». [9]

A continuación expone los «factores sociológicos» que, en su opinión, explican el nacimiento y el carácter de esta generación. El Perú, dice, siguiendo muy de cerca las ideas sociológicas de Herbert Spencer, ha pasado del régimen militar al civil, de la anarquía al orden y, como consecuencia, al «industrialismo» y a una concepción material de la vida. Este régimen de paz y trabajo ha preparado el camino a una nueva juventud, en condiciones para lograr que «de la pugna material surjan perspectivas de esfuerzo desinteresado e ideal», [10] capaz de llegar a la armonía entre utilitarismo e idealismo a la que parece tender el mundo contemporáneo.

> «A las corrientes materiales en la vida, han correspondido direcciones positivas en el pensamiento. El positivismo entró en el Perú a través del derecho penal: Ferri trajo a Spencer y Lombroso reveló a Darwin. Después las tendencias se depuraron y vinieron las ideas de equilibrio intelectual, las filosofías abiertas y simpáticas de Feuillée, de Guyau, de Tarde. Y vino toda novedad fecunda y dominó Nietzsche. En pocos años, la ciencia moderna ha subyugado a los espíritus selectos. El positivismo produjo algunas veces una nueva retórica, pero nos libró generalmente de ergotismos (...). A la vez, la tendencia generosa de la raza encontró pábulo en otras lecturas, en Tolstoi, en el mismo Clarín (...); en Rodó, el admirable autor de *Ariel*, a quien muchos leen en el Perú». [11]

Francisco García Calderón parecía destinado a ocupar un puesto de relevancia en la vida universitaria y política peruana,

---

8 *Ibídem*, pág. 202.
9 *Ibídem*, pág. 204.
10 *Ibídem*, pág. 206.
11 *Ibídem*, pág. 208.

pero las circunstancias lo empujaron en otro sentido. La muerte de su padre lo obligó a volver precipitadamente de Chile. Su familia quedó en una difícil situación y él cayó en una grave depresión nerviosa. Meses después decidió aceptar el puesto de canciller en la legación peruana en París, adonde lo acompañó su hermano Ventura. Ambos se asimilaron rápida y completamente a la vida francesa y desarrollaron allí casi toda su obra de madurez, utilizando el francés en muchas ocasiones.

Su posición le permitió entrar en contacto directo con los protagonistas de la cultura europea del momento, especialmente con los filósofos espiritualistas franceses que se reunían en torno a la *Revue de Métaphisique et de Morale*. Intimó mucho con Emile Boutroux, su verdadero mentor en estos años, por cuya mediación conoció a Henri Bergson. La figura de Boutroux cruza, en un halo de veneración, por sus páginas de entonces. El es el «santo laico», cuya palabra le hace revivir «la escena de un diálogo platónico, noble y sereno, como aquellos que se realizaron bajo las sombras tutelares de Academo». [12]

Desde su llegada a Europa, comenzó a enviar a diversos periódicos americanos artículos críticos, que de cuando en cuando reunía en libros, sobre filosofía, también sobre sociología y, aunque cada vez menos, sobre literatura. Sus comentarios se combinaban o a menudo se convertían en crónicas amenas de la vida intelectual. Era dueño de un estilo suelto y brillante, que en ocasiones se elevaba a la solemnidad de Renan o Rodó. Como él mismo dijo de Alfred Fouillée: «Esa prosa, fluida y amplia, llena de ideas, penetrada de arte latino, parece destinada a la enseñanza, a ser oída por una élite intelectual, amorosa y penetrante». [13] Gonzalo Zaldumbide, un rico joven ecuatoriano, devoto de D'Annunzio y Rodó, dijo de él:

> «Era nuestro Adelantado. Sus libros, breves sumas precisas y urgentes, apretados haces de cosechas desbordantes, llegaban a América cargados de pensamiento de Europa. Como en la edad

12 «Dos filósofos franceses. Bergson y Boutroux», en *Profesores de idealismo*, París, Paul Ollendorf, 1909, pág. 42.

13 «La vida de Fouillée», en *Ibidem*, págs. 69-70.

colonial llegaban los galeones, así muchos esperaban la de sus libros para orientarse y saber por dónde iba el mundo pensante». [14]

De este modo fueron llegando cada uno de sus libros, llenos de novedades, con el aval de prestigiosas ediciones, a manos de Pedro Henríquez Ureña, que los iba pasando al resto del grupo, la «élite intelectual amorosa y penetrante» que García Calderón soñaba como público: *Hombres e ideas de nuestro tiempo,* con prólogo de Boutroux, publicado por la editorial Sempere de Valencia, en 1907; *Le Perou contemporain: étude sociale,* premio Fabien de la Academia Francesa, publicado ese mismo año por Ollendorf en París; *Profesores de idealismo,* también de Ollendorf, en 1909.

En enero de 1908 Pedro Henríquez Ureña le escribe a Alfonso Reyes:

> «Ya que no hay mejor asunto, hablemos de libros. Apenas despachada mi carta a García Calderón, llegó a las librerías su obra *Hombres e ideas de nuestro tiempo,* edición Sempere. No pude resistir la espera y compré el libro ¡Nunca hubiera esperado tanto! Para comenzar, el prólogo es de Boutroux, en francés, y todos los asuntos son filosóficos (...). ¡Qué nervio de estilo, mezcla de Renan y Taine o, en castellano, de Rodó y Sanín Cano! ¡Qué riqueza de ideas y qué modo tan personal de enfrentarse a los problemas! Por supuesto que allí no falta nada: el antiintelectualismo, Bergson, Boutroux, James, Myers, Cournot, todo pasa por allí, como cosa muy corriente y bien conocida». [15]

Ya le ha pasado el libro a Caso, a quien le está encantando. Le recomienda que lo compre y que lo lea en compañía de Max. Y, sobre todo, que no deje de fijarse en dos artículos sobre tema americano: «La nueva generación intelectual del Perú» y «Por ignoradas rutas».

---

14 «Semblanza de Francisco García Calderón», en *Mercurio Peruano,* volumen XXXIV, núm. 316, julio 1953, pág. 265. Igualmente, Benjamín Carrión escribió: «Para las juventudes de América, desde hace más de quince años, Francisco García Calderón es el Orientador» («Francisco García Calderón, en *Los creadores de la nueva América,* Madrid, Sociedad General de Librería, 1928, pág. 123).

15 «Henríquez Ureña a Reyes, 16/17-1-1908», en *Correspondencia,* pág. 57.

El primero de estos artículos ya lo conocemos. Henríquez Ureña sintió al leerlo la similitud que unía a su propio grupo con el peruano y, además, cierta sana envidia por el prestigio que éste parecía haber alcanzado ya:

> «Es interesante observar cómo se realizan en todos estos países los mismos fenómenos, no ya políticos, sino intelectuales; allí también llegó el positivismo (...) y ya comienza a ser barrido. Sólo que la juventud de allí ha logrado imponerse (son tan jóvenes como nosotros: diecinueve a veinticinco años, esta última la edad de García Calderón); ¡mientras que aquí!». [16]

«Por ignoradas rutas», con el que se cierra el libro, es un sermón laico dirigido a la juventud peruana, otro *Ariel*. Un filósofo anciano, arquetipo del sabio y el maestro, se dirige, ante la proximidad de la muerte, a su discípulo predilecto. Va cayendo la tarde mientras la habla, grave y sereno, sobre el misterio de la eternidad que lo llama. Quiere dejarle un mensaje final, sugerirle, «sembrar en su alma» diría la retórica del género, un ideal amplio para que él y otros como él puedan enfrentarse al nuevo siglo:

> «¿Sabemos adónde vamos? ¿Lo sabéis vosotros, en quienes va encerrado el misterio del porvenir? ¡Cuántos problemas va a resolver nuestro siglo en el continente nuevo! (...). Tal es la tarea vuestra, inmediata, severa y difícil: formular ese ideal, contra los exclusivismos del pasado, contra las abstracciones de los ideólogos (...). Yo os predico tres direcciones en vuestro ideal: la tolerancia, la solidaridad, la primacía de los valores morales». [17]

Sobre ellas va disertando hasta que ve brillar las estrellas. «Es hora ya de terminar —dijo— esta charla platónica, que hubiera sido bella y serena bajo los plátanos del Academo. Y hablando a los

---

16 *Ibidem*, pág. 57. Ya en julio de 1907, después de la «Protesta literaria» y mientras se daban las primeras conferencias, escribió: «... este grupo apenas comienza a hacerse conocer en América, mientras que el grupo del Perú —García Calderón, Riva Agüero, Oscar Miró—, tienen ya una reputación hecha. Pero de ello ha sido causa un cúmulo de circunstancias, que se eslabonan hasta en el orden político» («Conferencias y tes», en *OC* I, pág. 231). Las circunstancias de «orden político» a las que alude deben ser el boicot a que les sometió *El Imparcial* por la «Protesta», y la poca atención de las autoridades, sobre lo que también se queja en sus artículos de entonces. Ambas desaparecieron poco después.

17 «Por ignoradas rutas», en *Hombres e ideas...*, ed. cit., págs. 219-220.

jóvenes, todo sermón laico debe conducir a la acción y a la esperanza». [18] Reafirma entonces su fe en la educación racional, libre e integral, que debe hacer surgir en las sociedades americanas las verdaderas superioridades: «La democracia nacional exige una selección. Y renegariáis de vuestro pasado republicano si fundarais esa diferencia en prejuicios oligárquicos o en influencias de plutocracia. Haced la selección de la cultura, de la superioridad moral y el civismo, y tendréis las bases seguras de la grandeza nacional». [19] Y termina: «Tened siempre el culto de las grandes ideas (...). Y exaltad, con impulso indestructible, la vida». [20]

No es difícil ver en este filósofo innominado un trasunto de Deustua, de Rodó, de Boutroux, en general de todos los profesores de idealismo de fin de siglo; y en su fervoroso discípulo, al propio García Calderón, el encargado de trasmitir el mensaje a la juventud elegida de América. «Evangelista» lo llama Pedro Henríquez Ureña:

> «Los novísimos movimientos filosóficos no han encontrado mejor evangelista que él entre nosotros; y no es corta la ayuda que presta a la orientación libre y amplia de la juventud hispanoamericana de hoy, ansiosa de escapar a los viejos moldes, lo mismo escolásticos que positivistas, y entrar en una concepción viva y total del mundo». [21]

El no es un filósofo propiamente dicho, un pensador original, sino un expositor y un crítico, «el primer crítico de la filosofía que aparece en América». [22]

En septiembre de 1908 se celebró en Heidelberg el III Congreso Internacional de Filosofía, presidido por Wilheim Windelband. Asistieron, entre otras, una delegación de filósofos franceses presidida por Emile Boutroux, quien debió invitar a García Calderón; una italiana, con Benedetto Croce y otra norteamericana, con Josiah Royce. García Calderón dejó varias crónicas sobre los

---

18 *Ibídem*, págs. 223-224.
19 *Ibídem*, pág. 225.
20 *Ibídem*, pág. 226.
21 «Profesores de idealismo», en *OC* II, pág. 145.
22 «Carta de 4-3-1908», en «Cartas de Pedro Henríquez Ureña a su hermano Max...», en *OC* I, pág. 358.

participantes y actividades del Congreso que, según él, venía a poner de manifiesto el momento de transición en que se encontraba la filosofía en el mundo.

Durante el siglo XIX el hombre, asistido por la ciencia, dio un paso de gigante en la conquista de la naturaleza: la riqueza, el bienestar, el refinamiento, transformaron el mundo, crearon un brillante materialismo. El positivismo fue el pensamiento de esta edad que dominó la materia. «Contra los excesos de esa filosofía renace hoy, como en todas las épocas —dice García Calderón—, el idealismo. Pero, es un idealismo que se inspira en los nuevos resultados científicos, es un idealismo constructor, pero también crítico». [23] Esto es lo que parece reservar el porvenir: «El mundo marcha hacia el idealismo, no ya romántico, apriori, lógico, como el de los metafísicos de Ultra Rhin», [24] «Vamos a una vida más rica de contenido moral, a una filosofía que trate de conciliar estrechamente las necesidades lógicas del espíritu con las eternas afirmaciones del sentimiento». [25]

García Calderón también participó en las sesiones del Congreso con una memoria titulada «Les courants philosophiques dans l'Amerique latine», donde por primera vez se estudia el movimiento filosófico del continente en su desarrollo y en su conjunto. Inmediatamente fue publicada por la *Revue de Métaphysique et de Morale,* y García Calderón se la envió a Henríquez Ureña, que la leyó entusiasmado.

> «El breve y sintético estudio sobre *Las corrientes filosóficas en la América latina,* presentado al Congreso de Heildelberg —escribió—, es un ensayo sin precedentes, documentado de modo magistral, sobre la historia del pensamiento puro en nuestros países: historia que podría escribirse sobre la base de este ensayo, agregando relativamente poco a la documentación». [26]

---

23 «El Tercer Congreso Internacional de Filosofía», en *Profesores de idealismo,* ed. cit., pág. 148.
24 *Ibidem,* pág. 145.
25 *Ibidem,* pág. 148.
26 «Profesores de idealismo», en *OC* II, pág. 142.

Para Henríquez Ureña, García Calderón logró en su trabajo el fin supremo del crítico: la síntesis; realizar, en el campo de la filosofía, lo que él hizo para la literatura en su libro de madurez: *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (curiosamente aquél fue redactado originariamente en francés y éste, en inglés; expresión de la diferencia inicial más clara entre ambos críticos: la devoción constante por la cultura francesa e inglesa respectivamente).

Henríquez Ureña decidió de inmediato traducirlo y anotarlo para la *Revista Moderna,* donde salió en noviembre de 1908. García Calderón utilizó esta traducción en su siguiente libro, conservando todas las notas, que consideraba excelentes y que, en la mayoría de los casos, lo completaban y matizaban.

En su informe, García Calderón recorre el desarrollo de las ideas filosóficas en Hispanoamérica desde la Colonia hasta el momento mismo en que escribe, caracterizado por la crisis del positivismo. Esta última parte es la que nos interesa aquí. Al triunfo del positivismo en Hispanoamérica contribuyeron, según García Calderón, factores diversos: una reacción contra un modo de pensar verbal y difuso que había predominado hasta entonces; el laicismo, la supremacía de la razón y el culto a la ciencia; condiciones de progreso material y hasta de conveniencia política. La doctrina de Comte influyó como método, como reacción contra la teología y la metafísica y como dirección pedagógica; pero Spencer arraigó más profundamente y su «principio de evolución» se llegó a aplicar a todo. Bajo la dirección de Spencer se llega a la época científica y las más diversas influencias se mezclan confusamente para favorecer el triunfo del positivismo: las teorías políticas y sociales de Gustave Le Bon, la criminología de Lombroso y de Ferri, la biología y la sociología de Letournau, la crítica de Taine, los libros de Nordau. Fórmulas positivistas se encuentran en universidades y escuelas, en parlamentos y en periódicos. El positivismo se populariza, también se degenera.

> «Como doctrina, el positivismo ha ejercido grande influencia sobre las ideas y la dirección de la vida. Ha producido un racio-

nalismo algo estrecho, una metafísica dogmática, y, en la acción, el culto de la riqueza, la supremacía de lo práctico, el egoísmo». [27]

Este predominio del positivismo provoca lentamente «...una reacción idealista; y esta última corriente tiende a predominar ahora en la América latina». [28] Para García Calderón este movimiento es un reflejo de la evolución filosófica europea, imitación de las tendencias que se van imponiendo en Francia, Estados Unidos y Alemania; pero también es una tendencia innata. No se puede olvidar que existe lo que él llama «verdadero idealismo de raza y de cultura en la América latina», [29] y que, por lo general, «toda filosofía idealista tiene allí cierto porvenir. Esto explica —añade— la hegemonía francesa en las ideas de las Repúblicas latinoamericanas». [30] Henríquez Ureña hace algunas matizaciones al respecto. De una parte, considera «cosa no indiscutible» esa vaga tendencia al idealismo de los pueblos hispanoamericanos (término que usa de preferencia al de latinoamericano) y encuentra problemático lo de llamar «idealista» al nuevo movimiento filosófico francés: «... sólo forzando los hechos puede calificarse de francamente idealista el movimiento filosófico francés». [31] El prefiere reservar, como se hace corrientemente, la denominación de «idealistas» para los sistemas filosóficos alemanes del romanticismo y hablar ahora simplemente de tendencias «antiintelectualistas». De otra parte, señala, con sentido de la realidad, el papel de intermediario cumplido por España entre las ideas europeas e Hispanoamérica, especialmente a través de sus editoriales, asunto de gran interés para la historia intelectual del período modernista.

«... lo cierto es que en la América española, en gran parte, en lo que hace al público por lo menos, se guía realmente por España y no por Francia; si parece seguir a ésta en realidad lo

27 «Las corrientes filosóficas en la América Latina», en *Profesores de idealismo*, ed. cit., pág. 156. Se reproduce, como hemos dicho, la versión aparecida en la *Revista Moderna:* «Las corrientes filosóficas en la América latina (Memoria presentada al Congreso de Filosofía de Heidelberg, celebrado en Septiembre de 1908, y publicada en la *Revue de Métaphysique et de Morale de París*. Traducción anotada, para la «Revista Moderna», por P.H.U.)», noviembre 1908, págs. 150-156.

28 *Profesores de idealismo*, ed. cit., pág. 166.

29 *Ibídem*, pág. 157.

30 *Ibídem*, pág. 157.

31 *Ibídem*, págs. 157-158, nota 2.

hace a través de traducciones publicadas en Madrid y Barcelona (...). Hoy mismo, la mayoría lee a Spencer, a Renan, a Guyau, a Taine, a Nietzsche, en traducciones castellanas, y lo que, fuera de ciertos círculos, se conoce de Bergson, de Boutroux, de William James, de Ellen Key, se conoce por versiones editadas en España. Sin la divulgación realizada por la enorme actividad de las nuevas casas editoras de la Península, el público hispanoamericano estaría mucho más atrasado; a pesar de las traducciones francesas, Nietzsche seguiría siendo un famoso autor nunca leído». [32]

Entre las figuras que impulsaron inicialmente el movimiento idealista en Latinoamérica, continúa García Calderón, están Alfred Fouillée, cuya doctrina flexible y armoniosa ha influido sobre todo en los estudios jurídicos y sociales; el joven filósofo poeta Marie Jean Guyau y José Enrique Rodó, cuyo *Ariel* es «un símbolo de renacimiento y de idealismo generoso». [33] Ahora también comienza a estudiarse y a comentarse el pensamiento de Boutroux y de Bergson. He aquí sintetizados los nuevos aspectos de este movimiento filosófico:

«En psicología, la doctrina de las ideas-fuerzas, la primacía de la voluntad, la originalidad de la evolución psíquica; en metafísica, cierto indeterminismo, la condenación del mecanicismo; en ética, la autonomía del sujeto moral, el imperativo persuasivo, el valor del ideal». [34]

Este movimiento, que encuentra formulaciones en la filosofía, se expresa también, de distintas formas, en todos los ámbitos intelectuales. En las ciencias sociales, por ejemplo, a las soluciones generales y fáciles del positivismo suceden cuestiones más complejas, análisis más sutiles, menos exteriores y uniformes. Incluso en la literatura: «Se observa, aun en la poesía, un gran fondo de

32 *Ibídem*, pág. 154, nota 2. La influencia de las editoriales españolas, en especial de «La España Moderna» «Heinrich», «Maucci», «Sempere» y «Daniel Jorro», sobre la ideología novecentista hispanoamericana ha sido subrayada por Carlos Real de Azúa en su excelente artículo «Ambiente espiritual del 900», en *Número*, núms. 6, 7 y 8, junio 1950, págs. 15-36.

33 *Ibídem*, pág. 159.

34 *Ibídem*, pág. 159.

idealismo; en la novela, altas preocupaciones psicológicas, religiosas, sociales; así en la poesía de Silva, de Darío, de Lugones; en la novela, por ejemplo, *Redención,* del argentino Angel Estrada». [35] Todo ello no es más que la expresión de una nueva época: «Estamos en pleno renacimiento idealista». [36]

Las nuevas generaciones de casi todos los países hispanoamericanos tienden decididamente hacia estas concepciones. Entre otros ejemplos señala: «En México, donde dominaba el positivismo, se nota una transformación. El Ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, hablaba recientemente de la crisis filosófica; Bergson ha destronado a Spencer». [37] Lo que Henríquez Ureña se apresura a matizar: «Esta afirmación es todavía prematura y demasiado general, excepto si se toma el nombre de Bergson como ejemplo, sin primacía sobre los demás pensadores contemporáneos». [38] Hacía un año que los jóvenes de la Sociedad de Conferencias estaban interesados por las distintas corrientes filosóficas antipositivistas, algo menos que Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso habían emprendido juntos la lectura sistemática de Boutroux, Bergson y el pragmatista norteamericano William James. [39] A comienzos de 1908 Pedro le escribió a su hermano Max que había recibido algunos libros de García Calderón, sobre el que le decía: «Tiene no pocas semejanzas con el espíritu de Caso, que desde hace algún tiempo está escribiendo ensayos de crítica filosófica que reunirá en volumen, en gran parte por instancia mía». [40] En octubre de 1909 le envió

35 *Ibidem,* pág. 160.
36 *Ibidem,* pág. 160.
37 *Ibidem,* pág. 159.
39 En 1913 Henríquez Ureña le escribió a Reyes: «En 1907, junto con el estudio de Grecia, surgió el estudio de la filosofía y la destrucción del positivismo. Gómez Robelo ya la hacía, basándose en Schopenhauer; Valenti, basándose en libros italianos; Caso y yo emprendimos la lectura de Bergson y de James y de Boutroux. De ahí data la renovación filosófica de México» («México a París, 29-10-1913», en *Correspondencia,* ed. cit., pág. 225). Serge I. Zaïtzeff recoge la información de Henríquez Ureña sobre Gómez Robelo en su «Prólogo» a GOMEZ ROBELO, Ricardo y DIAZ DUFOO, Carlos J.: *ob. cit.,* pág. 9. García Naranjo da en sus *Memorias* bastante información sobre el, por otra parte, casi desconocido Valenti. Entre otras cosas dice, confirmando así el dato de Henríquez Ureña, que Valenti leía en italiano, la lengua de sus padres: «El pragmatismo de James tuvo desde el primer momento una repercusión muy ruidosa en Italia, habiéndose destacado como campeón de la Escuela Filosófica el brillante Giovanni Papini (...). Valenti se inspiraba en Papini» (Tomo III, ed. cit., pág. 283).
40 «Carta de 4-3-1908», en «Cartas de Pedro Henríquez Ureña a su hermano Max», en *OC,* I, pág. 358.

otra carta en la que le explica con precisión y brevedad el pragmatismo de James, la filosofía de la contingencia de Boutroux y la de la evolución creadora de Bergson, que creía ya comprender suficientemente:

> «El lazo de unión entre estos pensadores es la idea de que el universo no es sometible a las concepciones fijas a que le someten las concepciones 'intelectualistas'; que no hay que tratar de explicar el espíritu humano por las ciencias físicas y naturales; que acaso hay algo discordante en el universo y que esto se opone a que lo abarquemos y codifiquemos; y que el conocimiento debe ser cosa viva, no leyes muertas». [41]

Veremos cómo por entonces Bergson sí ocupaba ya la primacía entre los nuevos filósofos que conocían los jóvenes y cómo estos no pudieron escapar de la agitación pública y de las implicaciones políticas que el positivismo tenía en México.

41 «25-10-1909», en *Ibidem*, pág. 374.

TERCERA PARTE

EL ATENEO Y LA REVOLUCION

LA AGITACION PRERREVOLUCIONARIA Y EL NACIMIENTO DEL ATENEO DE LA JUVENTUD

En 1909, a un año de las elecciones, México vivía un ambiente de gran agitación. Hasta en las cartas de Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, el incesante comentario de libros, ideas y proyectos intelectuales del año anterior se vio desplazado por los acontecimientos políticos, que afectaban en buena medida a los jóvenes. «México —dice Martín Luis Guzmán— estaba generando un nuevo clima de alcance social y político, y a las consecuencias de ese clima no podían escapar los predispuestos: los señalados material o espiritualmente por la acción de la historia». [1]

En principio, las elecciones parecían sólo un motivo de disputa entre la facción científica y la reyista. Ninguna de las dos cuestionaba la presidencia de Díaz, simplemente ambicionaban la vicepresidencia. Para ello organizaron «partidos», esperando ambas que Díaz se decidiese a encabezarlos. El general Bernardo Reyes estaba entonces en la cima de su popularidad; lo apoyaban, sobre todo, pequeños funcionarios y gente de profesión liberal, la oficialidad del ejército y la masonería. [2] En enero de 1909 los reyistas fundaron el Partido Democrático. Se presentaba como el partido de la renovación y el futuro. Fue el primero que durante esa cam-

---

1 «Apunte sobre una personalidad», en *Academia, Obras completas*, Tomo I, ed. cit., pág. 941.

2 Cfr. NIEMEYER, E. V.: «Bernardo Reyes y el movimiento reyista de 1909», en *ob. cit.*, págs. 143-179, y ARELLANO, José Fina G. de: *ob. cit.*, págs. 91-108. Conviene citar aquí la excelente guía de William D. Raat, *The Mexican revolution, an annotated guide to recent scholarship*, Boston, G.K. Hall and Co., 1982, imprescindible para adentrarse sin perderse en el intrincadísima bibliografía sobre la Revolución Mexicana.

paña utilizó el argumento generacional. El régimen se había mantenido prácticamente sin cambiar sus hombres y estaba literalmente envejecido; era necesario dar entrada en él a gente joven.[3] Su fórmula era: Díaz para la presidencia y Reyes para la vicepresidencia. Al mes siguiente se fundó el Club Reeleccionista, promovido por «científicos» del gobierno, miembros de la alta burocracia y las finanzas. Abogaban por continuar con la fórmula entonces vigente: Díaz presidente y Ramón del Corral vicepresidente. Pronto se reveló que ésta era la opción preferida por el propio Díaz y por lo tanto, la virtualmente ganadora. El Club trató de contrarrestar la imagen de sus competidores invitando a formar parte de su Comisión de Propaganda a varios jóvenes conocidos, entre ellos a Antonio Caso, José María Lozano y Nemesio Naranjo, caracterizados «clientes», bajo la protección de alguna alta persona del gobierno. Se les aseguró, dice García Naranoj, que «la campaña política del año siguiente iba a brindarnos excelentes oportunidades de darnos a conocer en toda la República».[4]

La Convención Nacional Reeleccionista se reunió en la ciudad de México entre el 25 de marzo y el 2 de abril y en ella Porfirio Díaz y Ramón Corral fueron proclamados candidatos. En el acto de clausura, Antonio Caso habló en nombre de la juventud. Entre el público se encontraba Henríquez Ureña, y al día siguiente le escribió a Reyes: «... su discurso fue completamente teórico, sin mencionar a las personalidades en cuestión; habló en realidad de la democracia, manoseando el manoseado tema de la imposibilidad de implantarla de pronto en México; hizo alguna alusión al Club Democrático, que tal vez yo solo noté, al censurar a los ilusos que formulan planes irrealizables».[5] Todo su empeño estuvo en parecer lo suficientemente independiente. Y a continuación Henríquez

---

3 Cfr. RUIZ, Ramón Eduardo: *ob. cit.*, págs. 34-50; KRAUZE, Enrique: *ob. cit.*, págs. 132-133.

4 *Memorias*, Tomo V, ed. cit., pág. 25. Todo el tomo contiene muchísima información al respecto.

5 «Henríquez Ureña a Reyes, 3-4-1909», en *Correspondencia*, pág. 143. Tambiné habló Nemesio García Naranjo: su discurso de exaltación de Díaz se publicó en la *Revista Moderna*, cuyo director, devoto del presidente y amigo personal de Corral, la puso a disposición del reeleccionismo («Discurso del Sr. Lic. Nemesio García Naranjo, pronunciado en la fiesta que se dio a los delegados a la Convención Nacional, el 2 de abril de 1909», en el núm. de mayo de 1909, págs. 138-142). Cfr. GARCIA NARANJO, Nemesio: *Memorias*, Tomo V, ed. cit., págs. 37-43.

Ureña revela por qué: la noche antes Caso le había confesado su preocupación por la opinión adversa que varios de «nosotros» tenían de su intervención política. Estos creían que como intelectuales debían evitar el compromiso político directo, o en todo caso, no comprometerse con una opción tan inmovilista como la reeleccionista.

Caso, que vio en entredicho su autoridad moral entre los jóvenes, se apartó enseguida de la política activa. Aunque apareció como director de *Reelección,* órgano del Club Reeleccionista, apenas intervino en él. Se limitó a consentir que figurase su nombre. La revista resultó un fracaso y los reeleccionistas decidieron sustituirla por otra que respondiese de forma mucho más agresiva a la campaña reyista. Nació así *El Debate,* con Nemesio García Naranjo como jefe de redacción, entre cuyos colaboradores estaban José María Lozano, Emilio Valenzuela, Rubén Valenti y Ricardo Gómez Robelo.[6] En él se concentró uno de los núcleos más activos de jóvenes porfiristas: durante la campaña atacaron a Bernardo Reyes y tras el abandono de éste, a Francisco I. Madero, lo que continuaron haciendo después de la Revolución, incitando abiertamente a su derrocamiento.

Desde finales de febrero de 1909 Madero se encontraba en la capital buscando apoyo para organizar una opción más independiente y avanzada frente al porfirismo que la representada por el reyismo. Hacía poco más de un mes que había publicado *La sucesión presidencial de 1910,* con el que se dio a conocer en toda la República. Aunque pertenecía a una de las familias de terratenientes más importantes del norte de México, era un idealista liberal, convencido de la necesidad de aplicar efectivamente los principios democráticos y de mejorar la situación del pueblo. En su libro trataba con respeto la figura de Díaz, pero atacaba a sus colaboradores; reconocía los progresos materiales, pero denunciaba las concesiones económicas a los extranjeros, el analfabetismo y, sobre todo, el autoritarismo político. El poder absoluto ejercido

---

6 Sobre el fracaso de *Reelección* y la actuación de *El Debate,* cfr. GARCIA NARANJO, Nemesio: *Memorias,* Tomo V, ed. cit., págs. 45-68. También GONZALEZ GARZA, Federico: *La Revolución Mexicana. Mi contribución político-literaria,* México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, págs. 4-5; y CASASOLA, Gustavo: *Historia gráfica de la Revolución Mexicana (1900-1960),* Tomo I, México, F. Trillas, 1967, pág. 122.

durante años por un solo hombre, había llevado a México a una grave postración moral: se había terminado con el civismo; reinaba el interés particular y el desinterés por la vida pública, el desdén por la ley, la corrupción y el miedo. Este proceso había afectado a todos los mexicanos, incluso a los jóvenes ilustrados, que habían dejado de creer en el ideal democrático: «... esa juventud dorada está poseída del más desconsolador escepticismo, y las grandiosas palabras de Patria y Libertad, que conmueven tan profundamente a los hombres de corazón, los dejan a ellos indiferentes, fríos, imperturbables». [7]

En este momento Madero todavía aceptaba que Díaz siguiera en la presidencia por una legislatura más, siempre que se eligiera libremente al vicepresidente y se pusiera en marcha un proceso de apertura política. Pronto comprendió que esto era imposible. Tras la Convención Reeleccionista parecía seguro que el vicepresidente sería Corral. Decidió entonces oponerse a Díaz abiertamente, pero dentro de la legalidad, y fundar un Partido Antirreeleccionista.

Entre los jóvenes de clase media independientes del poder con quienes se puso en contacto para organizar su proyecto, estaba el abogado José Vasconcelos. A comienzos de año había asistido a algunas reuniones de reyistas, de los que se apartó enseguida, convencido de que no buscaban algo diferente a la dictadura. [8] Cuando conoció a Madero lo atrajo su franqueza, su encendido idealismo, su espiritualismo. En sus memorias escribió de él: «Lo sostenía la convicción de que es el ideal una fuerza que acelera el progreso si encarna en hombres despejados, resueltos y honestos (...). Creía en el poder del espíritu sobre las cosas y los sucesos»; [9] «el maderismo era una de las múltiples modalidades del heroísmo y casi una santidad; el porfirismo era la contumacia del mal. Por encima de la política, la ética preparaba sus ejércitos y se disponía a la batalla trascendental». [10]

---

7 MADERO, Francisco I.: *La sucesión presidencial en 1910*, en ALTAMIRANO, Graziella y VILLA, Guadalupe (eds.): *La Revolución Mexicana. Textos de su historia*, Tomo II, México, SEP, 1985, págs. 86-87.

8 Cfr. SKIRIUS, John: «Vasconcelos: el político y el educador», en MATUTE, Alvaro y DONIS, Martha (eds.): *José Vasconcelos: de su vida y de su obra*, México, UNAM, 1984, págs. 52-54.

9 *Ulises criollo, en Memorias I*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pág. 352.

10 *Ibídem*, pág. 354.

En mayo participó como secretario en la fundación del Centro Antirreeleccionista de México y, dos meses más tarde, comenzó a dirigir su órgano periodístico: *El Antirreeleccionista.* Henríquez Ureña colaboró en él con algún artículo de carácter literario. [11] Aunque no le interesaba la política militante, más aún siendo extranjero, tampoco ocultaba su simpatía por la causa maderista.

Hasta entonces los reeleccionistas habían visto en el reyismo su principal contrincante, y Bernardo Reyes comenzó a sufrir el hostigamiento cada vez menos encubierto del gobierno. Sus partidarios esperaban que anunciase públicamente su candidatura y adoptase, si fuera necesario, una actitud decidida frente a Díaz. Pero el gobernador, atrincherado en su hacienda de Nuevo León, no respondía a sus requerimientos. Su silencio le hacía perder popularidad día a día. Por fin, a finales de julio, declaró que no se opondría a la candidatura favorecida por Díaz. Los reyistas se habían quedado sin candidato. Decepcionados, comenzaron a dispersarse; un gran número se adhirió a la causa de Madero. [12]

Una vez eliminado Reyes, al que le hizo aceptar una misión en Europa, Díaz actuó con contundencia contra los organizaciones maderistas. El 30 de septiembre ordenó cerrar las oficinas de *El Antirreleccionista* y arrestar a sus redactores. Vasconcelos logró escapar, y por primera vez él y otros maderistas comenzaron a pensar en la revolución como única salida. [13] Durante los meses de aparente calma que siguieron, Antonio Caso trató de reunir de nuevo a los amigos y hacerles olvidar su actuación anterior. Pues su campaña por los reeleccionistas no había sido el único ni más grave motivo de decepción y crítica que provocó entonces entre «nosotros».

La Escuela Nacional Preparatoria le encargó para el verano de 1909 un curso de conferencias sobre la historia del positivismo. Aunque no se conservan en textos, han quedado bastantes testi-

---

11 Cfr. SPERATTI PIÑERO, Emma Susana: «Crono-bibliografía...», ed. cit., pág. 763.

12 Cfr. MEYER, Jean: *La revolución mejicana 1910-1940,* Barcelona, Dopesa, 1973, pág. 28.

13 Cfr. ROSS, Stanley R.: *Francisco I. Madero. Apóstol de la democracia mexicana,* México, Grijalbo, 1959, pág. 90, y CUMBERLAND, Charles C.: *Madero y la revolución mexicana,* México, Siglo XXI, 1977, págs. 103-104.

monios que suelen presentárnoslas como la clausura definitiva del positivismo en México. Según Alfonso Reyes, con ellas se «acaba de definir la actitud de la gente nueva frente a las doctrinas oficiales». [14] En realidad, los hechos fueron algo más complejos.

En el *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria* encontré un guión detalladísimo de las conferencias, que en parte puede suplir la falta del texto. Fueron siete, celebradas entre el 25 de junio y el 13 de agosto, por este orden: tres sobre Comte y sus precursores, otras tres sobre el positivismo independiente de Mill, Spencer y Taine y una última sobre el positivismo en ese momento. [15] Henríquez Ureña asistió a todas. Cuando terminaron las tres primeras, publicó en la *Revista Moderna* un artículo titulado «El positivismo de Comte», donde las critica con dureza y hace lo que, en su opinión, Caso no se atrevió a hacer. Dar conferencias sobre el positivismo, dice, podría parecer en Europa cosa de poca actualidad, no así en México, donde aún está vigente y el comtismo tiene hasta su órgano periodístico: la *Revista Positiva*. Pero algo está cambiando:

> «*Sotto voce*, una parte de la juventud sigue ya otros rumbos; pero la crítica de las ideas positivistas (no la crítica conservadora, la católica, sino la avanzada, la que se inspira en el movimiento intelectual contemporáneo) apenas si ha comenzado con el memorable discurso de don Justo Sierra en honor de Barreda (1908) y en uno que otro trabajo de la juvenil Sociedad de Conferencias» .[16]

De Antonio Caso, uno de los miembros más capacitados de esa juventud, cabía esperar ahora la crítica definitiva, libre de prejuicios positivistas y católicos, documentada en las opiniones más recientes. Sin duda él lo esperaba, pues tenía a Caso como la mayor promesa del grupo después de Reyes: a los dos, al «filósofo» y al «poeta», estaba dirigido sus «Días alcióneos». Y como a Reyes,

---

14 «Pasado inmediato», en OC XII, pág. 209. Esta opinión es generalmente aceptada y puede encontrarse en libros de tanta difusión como el de PAZ, Octavio: *El laberinto de la soledad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1983, pág. 126.

15 Véase el Anexo II incluido al final del libro.

16 *Ibidem*, pág. 279.

había tratado de someterlo a la disciplina del estudio, poniéndose con él a leer y a comentar las nuevas corrientes filosóficas, instándole a escribir. Pero he aquí que Caso lo defraudó, exponiendo la historia del positivismo con los mismos juicios encomiásticos que desde tiempo atrás lo presentaban sus partidarios, sin discutirla, pasando por alto sus limitaciones o sus errores. Y esto es lo que él trata de hacer: apoyado en las razones de la crítica independiente, discutir libremente la filosofía de Comte, situarla en el lugar que le corresponde.

Presenta a Comte como un pensador guiado por tendencias sociales antes que filosóficas; considera su *Política positiva* como una continuación lógica, no contradictoria, de la *Filosofía positiva;* reconoce su contribución a la teoría de la ciencia, lo que hay de válido en su clasificación enciclopédica y, entre otras, sus contribuciones a la pedagogía y a la sociología; pero al mismo tiempo, expone las opiniones de la crítica filosófica contemporánea, que ha descubierto en las concepciones comteanas toda una red de premisas metafísicas carentes de valor. «Antonio Caso —apostilla— no las desconoce, ni menos ignora su fuerza; y sin embargo, se ciñó a la rutina sectaria que hace aparecer al positivismo como el punto culminante de la evolución filosófica moderna».[17] Y ¿por qué esto?, debemos preguntarnos nosotros. ¿Qué es lo que hizo que Caso renunciara a la crítica?

En 1913 Henríquez Ureña le escribió a Reyes recordando las conferencias de Caso: «Esfuerzo formidable, pero al que no quiso dar él toda su significación, por miedo a atacar de frente la tradición de la Escuela (creo que así sería bien presentar la cosa) y no habló suficientemente de ideas nuevas ni censuró bastante el comtismo».[18] Parece que el peso de la autoridad de Comte o el respeto a la tradición preparatoriana no eran las únicas razones que le impidieron a Antonio Caso el libre examen; el paréntesis encierra la insinuación de que había algo más, no tan cómodo de explicar después del triunfo de la Revolución.

La identificación entre los científicos o reeleccionistas y, en general, entre el porfirismo y el positivismo se estaba afianzando

17 *Ibidem,* pág. 293.
18 «Henríquez Ureña a Reyes, 29-10-1913», en *Correspondencia,* págs. 225-226.

en la mente de muchos mexicanos.[19] Caso sabía cuánta simplificación, cuánta deformación había en todo esto, también su parte de verdad. Pero ¿cómo matizar en medio de la discusión acalorada? A fin de cuentas, él estaba en el lado reeleccionista y en ese momento atacar de cualquier forma al positivismo era favorecer al contrario. Optó por no levantar la mano. Y esto fue lo que irritó a Henríquez Ureña: que se hubiese dejado pasar la ocasión, que presiones extrañas hubieran impedido a uno de los miembros del grupo cumplir con su deber de divulgar el pensamiento moderno y, en último extremo, ejercer la crítica, clarificar las cosas, presentarlas como realmente son.

Los que conocieron a Henríquez Ureña hablaron de su sinceridad insobornable, que los años sólo fueron educando, y que no todos soportaban.[20] Caso la aceptó, atendió a sus reconvenciones y en las últimas conferencias explicó las figuras de Mill, Spencer y Taine con la novedad y la crítica que no aplicó a Comte. Expuso las aportaciones y los puntos débiles de cada uno, lo que les diferenciaba, pero también lo que anticipaban de las nuevas tendencias, del pragmatismo, la teoría de la contingencia y la evolución creadora. Henríquez Ureña valoró el cambio y escribió otra crítica mucho más positiva. Lo más importante, decía, era que

> «... la conferencia final de Caso fue un alegato en favor de la especulación filosófica. Entre los muros de la Preparatoria, la vieja escuela positivista, volvió a oírse la voz de la metafísica que reclama sus derechos inalienables. Si con esta reaparición

---

19 Durante la campaña el maderista Luis Cabrera lanzó en la prensa sus cargos contra los «científicos», que tuvieron gran repercusión (cfr. ALTAMIRANO, Graciela y VILLA, Guadalupe, eds.: *ob. cit.*, págs. 103-194).

20 Entre otros, Alfonso Reyes dice: «Aceptada la misión patética de enfrentar consigo mismo a cada hombre. Sólo los mejores soportaban la prueba. Los demás huían escandalizados, acaso para entregarse a espaldas suyas —¡como si así huyeran de sí mismos!— a mil conciliábulos de odio y de miseria» «Evocación de Pedro Henríquez Ureña», en *OC* XII, págs. 164-165). Por su parte, Jorge Luis Borges escribe: «Alfonso Reyes ha referido alguna inocente o distraída irregularidad de sus años mozos; cuando lo conocí, hacia 1925, ya procedía con cautela. Rara vez condescendía a la censura de hombres o de pareceres equivocados; yo le he oído afirmar que es innecesario fustigar el error porque éste por sí solo se desbarata. Le gustaba alabar» («Pedro Henríquez Ureña», prólogo a HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: *Obra crítica*, ed. cit., pág. VIII).

alcanzara ella algún influjo sobre la juventud mexicana que aspira a pensar, ese sería el mejor fruto de la labor de Caso». [21]

Después del verano de 1909, en medio del momentáneo desarme de la oposición política al gobierno y una vez libre de compromisos políticos, Caso emprendió decididamente una nueva etapa. Entre octubre y diciembre publicó en la *Revista Moderna* una serie de estudios bajo el título «Perennidad del pensamiento religioso y especulativo», denunciando el reduccionismo positivista: la religión, la metafísica y la ciencia, viene a decir, no son actividades sucesivas y sustituibles, sino manifestaciones necesarias de la mente, hechos perennes que, lejos de excluirse mutuamente, como quieren Comte y sus discípulos, coexisten en todas las épocas de la evolución. Todo conocimiento nace, como dicen los positivistas, de la experiencia, sí, pero de toda la experiencia. «El positivismo, en último análisis, es la selección arbitraria de la experiencia»; [22] y esto «ha prohijado el actual movimiento idealista de reacción, en el que las lucubraciones metafísicas vuelven a imponerse en el ánimo universal, como necesarias propensiones de la razón humana». [23] Las modernas corrientes de pensamiento tienden a declarar que no es la razón la que llega al fondo de los problemas, sino la intuición espiritual; la metafísica tiene que tomar en cuenta todo paso que de la ciencia, y la ciencia vive y progresa sostenida por un concepto general, metafísico, del mundo. Es significativo que Caso no publicase ninguna de sus conferencias de la Preparatoria y sí este estudio, declaración de abandono del positivismo y de aceptación de la filosofía de la intuición, en la que siguió profundizando durante los años siguientes. Con él se abre su primer libro, publicado en 1915: *Problemas filosóficos.* [24]

---

21 «El positivismo independiente», en *OC* I, pág. 306. Samuel Ramos, partidario siempre de conceder protagonismo a Henríquez Ureña, aludió a estas correcciones a las conferencias de Caso, pero sin hacer alusión al contexto político (*ob. cit.*, págs. 207-208).

22 «Perennidad del pensamiento religioso y especulativo», en *Problemas filosóficos, Obras completas*, Tomo II, ed. de Rosa Krauze de Kolteniuk, México, Universidad Nacional Autónoma, 1973, pág. 9 (apareció, como hemos dicho, en el número de la *Revista Moderna* correspondiente al mes de octubre).

23 *Ibídem*, pág. 21.

24 En el «Indice cronológico» final del Tomo II de las citadas *Obras* de Caso, en el que se incluye *Problemas filosóficos*, se da una información bastante completa sobre la procedencia y versiones anteriores de los trabajos. La editora, Rosa

Fue también en el mes de octubre cuando tuvo la idea de crear con otros miembros del grupo la institución por la que se recuerda a éste: el Ateneo de la Juventud, que después de tres años de actividades se transformó en el Ateneo de México. Sobre este proceso existe bastante confusión, debido a la naturaleza de los testimonios conservados y la forma en que nos han ido llegando. Trataremos de aclararlo paso a paso, comenzando aquí por la fundación y composición inicial de la institución.

Ya en 1937 Alejandro Quijano, el último secretario del Ateneo de México, publicó un artículo en el que informaba de la existencia de algunos documentos de la institución que permanecían en su poder.[25] Tras su muerte, el también ateneísta Jenaro Fernández Mac Gregor volvió a mencionarlos, señalando que habían quedado depositados en el Archivo de la Academia Mexicana de la Lengua.[26] Pero parece que tales indicaciones han pasado desapercibidas y nadie hace referencia a ellas. En 1970 el historiador John Shwald Innes descubrió por su cuenta algunos de los documentos de la Academia: los estatutos mecanografiados del Ateneo de México y el acta de una de sus sesiones; una breve nota anónima sobre sus actividades y otra de Quijano sobre lo mismo, que en realidad es el borrador del artículo mencionado. Esta fue la principal aportación de su tesis sobre el tema. Lo más importante: los estatutos del Ateneo de México. Hay que añadir que, sin tener noticia de lo anterior, Alicia Reyes volvió a encontrar estos estautos en el archivo de su abuelo, Alfonso Reyes, y los editó en 1976.[27] Tanto uno como otra dan por supuesto que son los mismos estatutos que los del primitivo Ateneo de la Juventud, del que en realidad no se conocía ningún documento. Yo he encontrado en el Archivo de la Academia el proyecto mecanografiado de los «Estatutos del Ateneo de la Juventud», que tuvo que ser aprobado con casi toda seguridad, pues es casi idén-

---

Krauze es también la autora del estudio más completo sobre la evolución filosófica de Caso: *La filosofía de Antonio Caso*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1961, que comienza precisamente analizando «Perennidad del pensamiento religioso y especulativo» (pág. 66-96).

25 «El verdadero Ateneo», en *Letras de México*, núm. 19, 16 de octubre de 1937, pág. 2.

26 «El Ateneo de la Juventud», en *El Universal*, 25 de septiembre de 1950, pág. 3.

27 Cfr. REYES, Alicia: *ob. cit.*, págs. 42-44.

tico a los posteriores del Ateneo de México. Está firmado el 3 de noviembre de 1909, por una comisión formada por Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Jesús T. Acevedo, Rafael López, Alfonso Cravioto y Alfonso Reyes, y mediante él se constituye «la asociación denominada 'ATENEO DE LA JUVENTUD', instalada el 27 de octubre de 1909».[28]

Los estatutos disponen que la asociación radicaría en la ciudad de México, aunque podría extender su acción dentro y fuera de la República mediante asociaciones o individuos correspondientes. Su objetivo es «trabajar en pro de la cultura intelectual y artística» y para ello se dedicaría, entre otras cosas, a celebrar reuniones públicas donde se dieran lecturas de trabajos literarios, científicos y filosóficos. De momento, se establecen tres secciones: de Literatura y Artes, de Ciencias Sociales e Historia y de Filosofía. También se prevé la creación de una revista. La asociación tiene cinco tipos de socios: fundadores y de número (que son los verdaderamente activos, con voz y voto), concurrentes, correspondientes y honorarios. La directiva está compuesta por un presidente, dos secretarios y un tesorero, y debe renovarse cada año.

Junto a los estatutos encontré también una lista encabezada con el título de «Socios fundadores del Ateneo», en la que figuran, numerados del 1 al 26, Jesús T. Acevedo, Evaristo Araiza, Roberto Argüelles Bringas, Carlos Barajas, Ignacio Bravo Betancourt, Antonio Caso, Luis Castillo Ledón, Francisco J. César, Eduardo Colín, Alfonso Cravioto, Marcelino Dávalos, Isidro Fabela, Jenaro Fernández MacGregor, Nemesio García Naranjo, Carlos González Peña, Pedro Henríquez Ureña, Rafael López, José María Lozano, Guillermo Novoa, Juan Palacios, Eduardo Pallares, Manuel de la Parra, Alfonso Reyes, Abel C. Salazar, José Vasconcelos y Emilio Valenzuela. La lista contiene la siguiente nota final: «Más tarde han renunciado los socios: Jenaro Fernández MacGregor, Nemesio García Naranjo y Emilio Valenzuela». Como veremos, la última de estas renuncias se produjo en 1912, y aunque el documento tal vez sea posterior a esa fecha (la nota puede ser añadida), estos

28 «Proyecto de Estatutos del 'Ateneo de la Juventud' que presenta la comisión nombrada para redactarlos» («Archivo de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente a la Española»). Véase el Anexo I, en el que se transcribe entero el documento.

parecen ser realmente las veintiséis personas que fundaron el Ateneo en 1909, a partir de los cuales podremos establecer las variaciones habidas en la institución.[29] Dos testimonios lo confirman.

El primero no ofrece lugar a dudas, pues se trata del mencionado artículo de Alejandro Quijano, en el que dice: «Tengo a la vista la lista de los fundadores del Ateneo, que fueron 26», y a continuación da los nombres anteriores.[30] El segundo es también bastante fiable: en una carta dirigida por Pedro Henríquez Ureña a su hermano Max, en el momento mismo de la fundación del Ateneo leemos:

> «Anoche se fundó, por idea de Caso, un 'Ateneo de la Juventud'. Se han escogido 30 socios. Invitamos Caso, Acevedo, Alfonso, Rafael Yópez y yo; concurrieron Carlos González, Luis Castillo, Parrita, Cravioto, Emilio Valenzuela, Juan Palacios, Jenaro Fernández, Fabela, Nacho Bravo Betancourt, Guillermo Novoa, Vasconcelos y Eduardo Pallares; además están invitados Rubén Valenti, Lozano, García Naranjo, Abel Salazar, Roberto Argüelles, Colín, Xicoy, Marcelino Dávalos, el Lic. César, el manco Escobar y Evaristo Araiza».[31]

---

29 No todos los estudios sobre el Ateneo han tratado de establecer su composición. Los que lo hacen siguen criterios diversos, y han ido acumulando bastante confusión. Juan Hernández Luna se basa en la enumeración de «compañeros de generación» que hizo Vasconcelos en 1916 en «El movimiento intelectual contemporáneo de México» («Prólogo» a CASO, Antonio y otros: *Conferencias del Ateneo...*, ed. cit., págs. 15-17). José Rojas Garcidueñas (*ob. cit.*, págs. 126-144) toma como base la lista de sesenta y tres miembros que envía Henríquez Ureña a Alfonso Reyes el 29-10-1913 (*Correspondencia*, ed. cit., págs. 227-228). Se trata de una lista correspondiente a un momento en el que, como veremos, el Ateneo, ya Ateneo de México, se amplió considerablemente para atender a la Universidad Popular. Alvaro Matute añade a esta lista seis posibles socios más («El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación», en *Mascarones*, núm. 2, Primavera 1983, págs. 16-26). Sigue a este último Lidia Camacho (*ob. cit.*, págs. 69-72).

30 «Art. cit.», pág. 2. Jenaro Fernández Mac Gregor se refirió a este artículo y repitió la lista de Quijano, aunque añadiendo algún recuerdo equivocado («art. cit.», pág. 3). Ya dije que John S. Innes encontró el original mecanografiado del artículo de Quijano y lo ofrece entre los documentos de su tesis (*ob. cit.*, páginas 134-135).

31 «México, 25-10-1909», en *OC* I, págs. 374-375. La carta encabezada con fecha de 25 de octubre y en ella se habla de la fundación del Ateneo (el día 27) como de la noche anterior. Se trata de una carta larga y densa y el dato aparece después de varias páginas; no es raro que Henríquez Ureña demorase dos días en escribirla. Hasta ahora los estudios sobre el Ateneo no habían tenido en cuenta la edición dominicana de las *Obras completas* de Henríquez Ureña, aunque resulta riquísima en información como estamos viendo, especialmente su primer tomo, donde se incluyen algunas cartas de esta etapa.

Aunque habla de treinta, sólo cita a veintiocho posibles socios. Una diferencia explicable en parte. Cuatro años más tarde, el propio Henríquez Ureña escribió: «No aceptaron Valenti y Xicoy. Borrado de la lista por no asistir: Enrique Escobar».[32] No nombra al médico Carlos Barajas.

La mesa directiva elegida para el primer año fue la siguiente: Antonio Caso, el padre de la idea, presidente; Pedro Henríquez Ureña, el socio con más contactos en el extranjero, secretario de correspondencia; Jenaro Fernández Mac Gregor, secretario de actas; e Ignacio Bravo Betancourt, tesorero.

De los veintiséis miembros, dieciséis formaron parte de *Savia Moderna;* once firmaron la «Protesta Literaria», y entre ellos están todos los participantes en los ciclos de la Sociedad de Conferencias, excepto Valenti. El mismo nombre de «Ateneo de la Juventud» es expresión de la conciencia generacional de sus fundadores: veintiuno de ellos habían nacido entre 1878 y 1885, es decir, tenían entre veinticuatro y treintaiún años. En los extremos estaban Marcelino Dávalos, con treinta y ocho, y Alfonso Reyes, con veinte. Excepto un arquitecto, un médico y un estudiante de ingeniería, de los diecinueve miembros que habían estudiado en Escuelas Profesionales, todos eran abogados, si bien Henríquez Ureña y Reyes aún no habían terminado la carrera.

No es, pues, extraño que el Ateneo de la Juventud tuviera en sus comienzos vínculos muy estrechos con la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Antonio Caso había sido nombrado profesor interino de Sociología del centro en el mes de agosto, y no tardó en lograr que su director, Pablo Macedo, apoyase su idea.[33] La constitución del Ateneo tuvo lugar en el salón de actos de Jurisprudencia, que siguió siendo el escenario de todas las reuniones durante su primer año de existencia.[34] Además, los estatutos establecían una sección de Ciencias Sociales e Historia; «se pensó —dice Hen-

32 «Henríquez Ureña a Reyes, 29-10-1913», en *Correspondencia,* págs. 228-229.

33 «Hoja de servicios de don Antonio Caso» (Fondo de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, CESU-AHUNAM).

34 «Nota anónima sobre la historia del Ateneo» (Archivo de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente a la Española).

35 «Henríquez Ureña a Reyes, 29-10-1913», en *Correspondencia,* ed. cit., pág. 226.

ríquez Ureña— que fuese un Ateneo en que se hablase de derecho y de todo. No se logró: el Ateneo ha sido al fin literario y filosófico (...), quiso organizar debates jurídicos y no pudo. Hizo lecturas literarias y filosóficas». [35] La literatura y la filosofía, las principales dedicaciones de «nosotros», fueron también las suyas.

Tampoco logró crear su propia revista, tal como se preveía en los estatutos, y la *Revista Moderna* siguió siendo su principal órgano de expresión. Emilio Valenzuela se la brindó desde el comienzo: «Camaradas, la *Revista Moderna* os abre sus puertas de par en par; que en ella quede la huella luminosa del momento más sagrado de vuestra vida: la juventud». [36] El Ateneo era la institución con que la juventud intelectual mexicana iba a verse representada durante el año, ya en puertas, del Centenario, y no hay que descartar que en parte se creara para ello. Aunque se presentaba exclusivamente como un reducto de vida espiritual en un medio de prosperidad material y actitudes prácticas, es natural que sus miembros encontraran allí, además de un lugar de formación, de intercambio y puesta en circulación de ideas, un instrumento de promoción e integración social.

36 «Una noble tentativa de cultura», en *Revista Moderna*, octubre, 1909, pág. 121.

LAS CONFERENCIAS DEL CENTENARIO: EL «CREDO DEL ATENEO»

En abril de 1910 la oposición a Díaz se reorganizó y volvió a cobrar fuerza. Durante ese mes se celebró en la ciudad de México la Convención del Partido Antirreeleccionista, de donde salieron elegidos Madero, como candidato a la presidencia, y Francisco Vázquez Gómez, para la vicepresidencia. Inmediatamente Madero inició una gira por los Estados, cosechando importantes éxitos. El gobierno respondió aumentando la represión. El 6 de junio Vasconcelos publicó un artículo desafiante: el Partido Antirreeleccionista ganaría las elecciones, porque era «dueño de un tesoro que no pueden arrebatar ancianos poderosos ni sicarios y favoritos: el porvenir». [1] Al día siguiente Madero fue apresado en Monterrey y trasladado a la prisión de San Luis Potosí. Vasconcelos salió para Nueva York.

Las elecciones se celebraron sin ningún tipo de garantía y el 12 de julio Díaz fue reelegido por otros seis años. En el Congreso entraron como diputados cuatro jóvenes ateneístas: Ignacio Bravo Betancourt, Nemesio García Naranjo, José María Lozano y Guillermo Novoa. Díaz concedió una amnistía, a la que se acogió Vasconcelos para regresar a México. En septiembre se iban a celebrar los actos del Centenario de la Independencia. Habían sido largamente preparados durante la pasada legislatura y ahora el gobierno se disponía a utilizar las fiestas y el sentimiento patriótico como un medio de disminución de las tensiones y de integración social. Díaz necesitaba más que nunca presentarse ante sus súbditos

---

1 Cit. en SKIRIUS, John: *ob. cit.*, pág. 66 (el artículo se titulaba «La enfermedad del presidente» y se publicó en *México Nuevo*, 6 de junio de 1910, pág. 3).

y ante el extranjero, como el legítimo heredero del liberalismo mexicano y exhibir los logros de su política de orden y progreso.

Jenaro García, director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, elaboró la *Crónica oficial de las fiestas*. Le ayudaron, entre otros subordinados suyos, García Naranjo y Rubén Valenti. [2] Salió a comienzos de 1911, cuando la Revolución ya había estallado, y en sus páginas podemos contemplar la última representación del porfiriato. La capital de la República se preparó cuidadosamente para celebrar los festejos y recibir a las delegaciones extranjeras: se decoraron e iluminaron profusamente las calles y avenidas, los parques, los monumentos y edificios públicos; y se inauguraron muchos nuevos, construidos para la ocasión. Por todas partes, inscripciones con «las fechas simbólicas de un siglo de luchas y de gloria: 1810-1910, y las palabras Independencia, Paz, Progreso». [3] Las innumerables ceremonias cívicas se cerraron con la del «Grito de Dolores» y la de los héroes de la Independencia, presididas por Díaz, el héroe de la Paz. El Centenario representaba, para decirlo con palabras de Ramón López Velarde, el descubridor del México post-revolucionario, «la idea de una patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado». [4]

Mientras tanto, los antirreeleccionistas presentaron ante la Cámara un memorial pidiendo la nulidad de los comicios. Era un gesto inútil, pero Madero quería agotar hasta la última posibilidad legal antes de lanzarse a una revolución que nunca deseó. Al mismo tiempo preparaba su fuga y se mantenía en contacto con sus correligionarios. En la capital, dice Vasconcelos, se vivía un ambiente de complot; había «bajo la capa de lujo de aquellos festejos del Centenario, una sorda, resuelta oposición que aguardaba su instante. Una convicción de que se estaba en vísperas del castigo final hacía tolerable el bullicio». [5]

La prensa oficial hizo un gran despliegue: todos los mexicanos

---

2 Cfr. GARCIA NARANJO, Nemesio: *Memorias,* Tomo V, ed. cit., páginas 217-251.

3 *Crónica oficial del primer Centenario de la Independencia,* en ALTAMIRANO, Graziela y VILLA, Guadalupe (eds.): *ob. cit.,* Tomo II, pág. 205.

4 «Novedad de la Patria», en *El minutero, Obras,* ed. de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, pág. 232.

5 VASCONCELOS, José: *Ulises criollo,* ed. cit., *pág. 351.*

superaban sus diferencias en torno al mismo ideal patriótico, el Centenario era un completo éxito. Se silenciaba o restaba importancia a los incidentes: en el Congreso Nacional de Estudiantes, celebrado bajo los auspicios de la Secretaría de Instrucción, los jóvenes rechazaron las intervenciones oficiales y hasta se atrevieron a pronunciar discursos contra el régimen; durante los actos en honor de los héroes de la Independencia, algunos grupos intentaron manifestarse frente a la residencia de Díaz y fueron duramente reprimidos.[6]

Otra causa imprevista de problemas fue la llegada de Rubén Darío, la visita más esperada por los círculos intelectuales. «Solíamos hablar entre nosotros —dice Alfonso Reyes— de atraer a Rubén Darío. Valenti, uno de los nuestros (...), nos oponía siempre esta advertencia profética: 'No, nunca vendrá a México Rubén Darío: no tiene tan mala suerte'. Rubén Darío fue a México por su mala suerte».[7] Se encontraba en París y había sido delegado por el gobierno nicaragüense para los festejos. Estando en alta mar, su amigo el presidente José Madriz cayó bajo las presiones de Washington. Díaz no quiso irritar a los Estados Unidos, con los que tenía relaciones bastante tirantes ya, y cuya embajada consideraba al autor de la desafiante «Oda a Roosevelt», «persona non grata». Cuando éste desembarca en Veracruz, le hace saber que no puede recibirlo oficialmente y encarga que lo retengan allí y lo distraigan. La prensa, los estudiantes y los intelectuales se dividen, y hay quien se atreve a acusar al gobierno de indignidad.

Sobre todo esto han quedado numerosos testimonios y han vuelto una y otra vez los biógrafos de Darío y los historiadores de la literatura mexicana.[8] Me interesa señalar sólo un detalle en el que no se ha reparado y que afecta al Ateneo. Los intelectuales jóvenes de la ciudad de México estaban divididos a causa de Darío desde antes de su llegada. Alfonso Reyes comentó con sorna: «algunos jóvenes escritores y poetas que, por no sentirse 'animales políticos' o por malos de sus pecados, no había querido hasta en-

6 Cfr. GONZALEZ RAMIREZ, Manuel: *ob. cit.*, Tomo I, págs. 188-190.

7 «Rubén Darío en México», en *Simpatías y diferencias IV*, *OC* IV, pág. 306.

8 Prácticamente todos los documentos y estudios sobre las relaciones de Darío y México, incluido el artículo citado de Alfonso Reyes, están recogidos en la primera parte de la obra de MEJIA SANCHEZ, Ernesto (ed.): *Estudios sobre Rubén Darío*, ed. cit., págs. 14-174.

tonces unirse al grupo central —concentrado en el Ateneo de la Juventud—, fundaron una sociedad, la 'Sociedad Rubén Darío', cuyo único objeto era recibir al poeta con honor; como si la llegada de un hombre hubiera de ser un hecho permanente». [9] En realidad, la Sociedad nació en el seno de la *Revista Moderna.* Sus fundadores fueron Emilio Valenzuela, director de hecho de la revista, y el poeta Rafael López, colaborador suyo desde antiguo: ambos, miembros del Ateneo. [10] Probablemente surgió por una cuestión de protagonismo. Valenzuela querría que el «anfitrión» de Darío fuese la *Revista Moderna,* que tantas veces había publicado sus versos, y junto a ellos, los de los modernistas mexicanos, hasta los más jóvenes; no el nuevo y ambicioso Ateneo de la Juventud. Al final, las órdenes del dictador evitaron la disputa. Delegados de ambas sociedades fueron por separado a saludar al poeta. Alfonso Cravioto lo hizo en nombre del Ateneo. A su vuelta trajo una anécdota que han repetido Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña: estando con Darío, un sacerdote se acercó a éste y le preguntó por su «escuela poética». A lo que Darío, aunque inclinado a la religión, le espetó: «Yo no tengo 'escuela', no sea usted 'pendejo'». [11] Versión poco respetuosa de su famosa fórmula «mi literatura es mía en mí». [12]

Al cabo de ocho días, Darío salió para Cuba. Meses después pudo continuar viaje a París gracias al dinero que desde allí le envió Bernardo Reyes (un gesto del protector de la cultura y del enemigo del gobierno «científico y vendido al extranjero»). [13] Valenzuela, fiel al régimen, sólo pudo escribir desde las páginas de

---

9 «Rubén Darío en México», en *OC* IV, pág. 307.

10 Ernesto Mejía Sánchez recogió los testimonios que sobre la «Sociedad Rubén Darío» aparecieron en la *Revista Moderna* entre septiembre y noviembre de 1910 (*Estudios sobre Rubén...*, ed. cit., págs. 50-56). Cabe añadir que la Sociedad ya estaba formada en agosto, pues al final del número correspondiente a este mes aparecía una foto con el siguiente pie: «El poeta Rubén Darío, en cuyo honor prepara la Sociedad Rubén Darío, formada por la juventud intelectual, expresamente para rendir homenaje al poeta, una recepción tan cordial como amplia y espontánea» (pág. 382).

11 REYES, Alfonso: «Rubén Darío en México», *OC* IV, págs. 309-310. HENRIQUEZ UREÑA, Pedro: «Rubén Darío», *OC* III, pág. 247.

12 «Palabras liminares» a *Prosas profanas,* en *Poesías completas,* ed. cit., pág. 545.

13 Cfr. MEJIA SANCHEZ, Ernesto: «Rubén Darío y los Reyes», en *La Cultura en México,* Suplemento de *Siempre, México,* núm. 70, 19 de junio de 1983, págs. VI-VIII.

Revista Moderna: «No nos queda más que esperar otros tiempos».[14] Abandonó el Ateneo. Poco antes lo había hecho Jenaro Fernández Mac Gregor, como protesta por el intento de García Naranjo y Lozano de politizar la institución.[15] Fueron las dos primeras bajas. Después de septiembre los ateneístas dejaron prácticamente de participar en la *Revista.*

Durante las fiestas del Centenario, la Secretaría de Instrucción organizó congresos, exposiciones, conferencias, concursos y otros innumerables actos culturales, que culminaron con la reapertura de la Universidad Nacional, sobre la que volveremos largamente.[16] Entre las publicaciones que patrocinó sobresale con mucho la *Antología del Centenario,* realizada por el poeta y subsecretario Luis G. Urbina, el historiador Nicolás Rangel y Pedro Henríquez Ureña.

En la «Advertencia» preliminar, escrita por este último, se aclara: el fin de la obra es ofrecer una selección y un estudio de la producción literaria de México, prosa y verso, durante el siglo de independencia. Pero el criterio histórico es el que prevalece sobre el rigurosamente estético. De lo contrario la selección habría quedado reducida a nada. «No en todas las épocas ha producido flores nuestra literatura».[17] No es exagerado decir, añade, que constituye el estudio más documentado y completo del período. Lo hecho sobre historia de la literatura mexicana es poquísimo. La obra de mayor alcance: la parte dedicada a México en la *Antología de poetas hispano-americanos* de Menéndez Pelayo, debía completarse con la historia de los demás géneros, con nuevos datos e interpretaciones. Cuando se publicó el primer tomo Alfonso Re-

---

14 «Rubén Darío a la juventud mexicana», en *Revista Moderna,* septiembre 1910, pág. 55 (el artículo aparece reproducido Ernesto Mejía Sánchez en *Estudios sobre Rubén...,* ed. cit., pág. 51).

15 Cfr. FERNANDEZ MAC GREGOR, Jenaro: *art. cit.*, pág. 3.

16 Véase la sección «Centenario de la Independencia», en SIERRA, Justo: *ob. cit.*, Tomo VIII, págs. 431-436, donde se recogen, entre otros documentos, los programas de fiestas y publicaciones organizadas por la Secretaría.

17 «Advertencia», en URBINA, Luis G., HENRIQUEZ UREÑA, Pedro y RANGEL, Nicolás: *Antología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia,* Tomo I, México, Manuel León Sánchez, 1910. En 1915 dirá, refiriéndose sin duda a su propio grupo: «... la opinión de los cenáculos declara —y con razón— que México no tuvo poetas de calidad entre las dos centurias transcurridas desde Sor Juana Inés de la Cruz hasta Manuel Gutiérrez Nájera» («Enrique González Martínez», en *OC* III, pág. 257).

yes escribió una reseña: era «la primera manifestación vasta, orientada y congruente de la crítica nacional». [18] A continuación salió un segundo. Ambos formaban la primera parte de la obra, que abarcaba de 1800 a 1821. La Revolución impidió, desgraciadamente, su continuación.

El Ateneo, como institución, estuvo presente en las fiestas del Centenario con una serie de conferencias pronunciadas en la Escuela de Jurisprudencia entre los meses de agosto y septiembre por el siguiente orden: «La filosofía moral de don Eugenio María de Hostos», por Antonio Caso; «Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón», por Alfonso Reyes; «La obra de José Enrique Rodó», por Pedro Henríquez Ureña; «El *Pensador Mexicano* y su tiempo», por Carlos González Peña; «Sor Juana Inés de la Cruz», por José Escofet; y «Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas», por José Vasconcelos. Justo Sierra presidió la conferencia inaugural y Pablo Macedo, el director de la Escuela, las siguientes. Hay en ellas literatura y filosofía: tres escritores y tres pensadores hispanoamericanos, de los que los jóvenes trataron de ofrecer una visión crítica, y con ella, su actitud ante la propia tradición intelectual.

Las conferencias del novelista González Peña y de José Escofet, un periodista catalán fugazmente incorporado al grupo, son de carácter divulgativo y general. [19] La de Reyes tiene más interés. Este estaba preparando un trabajo titulado «El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX», para representar al Ateneo en el Concurso Artístico y Científico del Centenario. En él trató de desarrollar la famosa afirmación de Menéndez Pelayo que hacía del paisaje el fundamento de la originalidad poética americana: «lo más original de la poesía americana es, en primer lugar, la poesía descriptiva, y en segundo lugar, la política». [20] Algo que, según Reyes, se cumple en el caso mexicano, sobre el que añade: «lo ha dicho

---

18 «La Antología del Centenario», en *OC* I, pág. 282.

19 De Escofet se conocen pocos datos: nació en 1884, pasó por México entre 1909 y 1911 y llegó a ser director de *La Vanguardia* de Barcelona antes de su muerte en 1939 (cfr. MATUTE, Alvaro y DIEZ CANEDO, Aurora: «Un ateneísta catalán», en *Mascarones*, núm. 3, invierno 1983-1984, pág. 27).

20 MENENDEZ PELAYO, Marcelino: *Historia de la poesía hispanoamericana*, ed. cit., pág. 10.

también el ilustre humanista y crítico: México es 'país de arraigadas tradiciones clásicas, a las cuales por uno y otro camino vuelve siempre'. Lo puedo yo afirmar; siquiera porque el trato continuo con la generación que ahora nace da a mis palabras el positivo valor de un testimonio». [21] Las mismas consideraciones lo llevaron a estudiar los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón: poesía basada en el sentimiento de la naturaleza, clásica y moderna a un tiempo, ejemplo de «rejuvenecimiento y adaptación de la lengua poética del siglo de oro». [22]

Las conferencias sobre los pensadores tuvieron más unidad. Caso expuso el racionalismo armónico de Hostos; Henríquez Ureña, el recién publicado *Motivos de Proteo* de Rodó; y Vasconcelos, el positivismo introducido en México por Barreda. Los tres pusieron su tema en relación con el espiritualismo francés, y más concretamente con la teoría de la evolución creadora de Henri Bergson. La afirmación realizada dos años antes por Francisco García Calderón de que en México «Bergson ha destronado a Spencer», [23] ya no es, como decía entonces Henríquez Ureña, «prematura y demasiado general». [24] Bergson es para los ateneístas la encarnación de la nueva filosofía, con la que se sienten identificados; y su obra *L'évolution créatrice* (1907), el término constante de referencia de sus conferencias.

La de Henríquez Ureña, aunque titulada «La obra de José Enrique Rodó», se centra casi exclusivamente en la última obra de éste, *Motivos de Proteo,* publicada después de un silencio de nueve años, interrumpido apenas por el folleto ocasional *Liberalismo y jacobinismo.* Tan larga gestación se debió a la dedicación política de Rodó y sobre todo, a las exigencias que le imponía su propio prestigio: quería un libro que superase en todo a *Ariel.* El resultado fue un libro extenso, que Rodó presentó como simple proyecto de una obra aún mayor, titulada *Proteo,* en continua preparación: «un libro en perpetuo 'devenir', un libro abierto

---

21 «El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX», en *OC* I, pág. 216.
22 «Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón», en *OC* I, pág. 184.
23 «Las corrientes filosóficas en la América Latina», en *Profesores de idealismo,* ed. cit., pág. 40.
24 *Ibidem,* pág. 159, nota 1.

sobre una perspectiva indefinida».[25] Proteo es el símbolo de la presonalidad humana, caracterizada por la virtualidad, el movimiento y el cambio. En torno a este motivo central se organiza el libro, y de él van surgiendo todos los demás, en continuas digresiones.

La expectación con que se esperaba el libro provocó una respuesta de público más inmediata que la que tuvo *Ariel,* pero también menos intensa y prolongada. Para los lectores poco preparados resultaba de más difícil lectura; para los enterados de las novedades europeas, algo inconsistente y desfasado. Era, en suma, menos oportuno. La primera edición de dos mil ejemplares, publicada en Montevideo en abril de 1909, se agotó en dos meses, y Rodó comenzó a preparar una segunda, que salió al año siguiente.[26] Mientras tanto les fue llegando a sus corresponsales de todo el ámbito hispánico. En México se conoció pronto. Pedro Henríquez Ureña recibió algunos ejemplares, que repartió entre los amigos, y le prometió a Rodó dedicarle un estudio, lo que cumplió con su conferencia.[27] Yo he podido localizar dos ediciones parciales del libro. En septiembre la *Revista Moderna* comenzó a publicarlo en capítulos y siguió haciéndolo hasta noviembre de 1910, poco antes de desaparecer, cuando la Revolución había estallado. En total dio a conocer los treinta primeros capítulos, de los ciento cuarenta y ocho que componen el libro.[28] El *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria* realizó una labor paralela: de enero a diciembre de 1910 publicó los treinta primeros capí-

---

25 *Motivos de Proteo*, en *OC*, pág. 309.

28 Sobre las ediciones y recepción del libro cfr. REAL DE AZUA, Carlos «Prólogo» a RODO, José Enrique: *Ariel. Motivos de Proteo,* ed. cit., págs. LXXXVIII-XCI. Yo sólo me ocuparé de la recepción en México, de la que Azúa da sólo algún dato no del todo exacto.

27 Alfonso Reyes le escribió a Rodó en noviembre de 1909: «Recibí, señor, por conducto de Pedro Henríquez Ureña, un ejemplar de los *Motivos de Proteo* para mí, y otro para mi padre» («Correspondencia con Alfonso Reyes», en RODO, José Enrique: *OC,* pág. 1.464). Por su parte, Rodó le escribe a Henríquez Ureña, en mayo de 1910: «Mucho me interesa y complace cuanto usted me dice de la buena acogida que *Proteo* ha logrado en México, y no necesito agregar que, entre las manifestaciones que más alto valoro de esa buena acogida, cuento muy principalmente la atención que usted se propone dedicarle» («Correspondencia con Pedro Henríquez Ureña», en *Ibidem,* pág. 1.446).

28 Los capítulos salieron en los siguientes números: septiembre de 1909 (págs. 190-192); febrero de 1910 (págs. 351-354); marzo de 1910 (págs. 29-35); noviembre de 1910 (págs. 153-154).

tulos.[29] Y al mismo tiempo comenzó a divulgar la filosofía de la contingencia y el pragmatismo, prueba de la vitalidad con que las nuevas corrientes filosóficas se extendían por todos los ámbitos cultos de México, hasta en los más respetuosos a la tradición positivista.

En su estudio, Henríquez Ureña puso por primera vez en relación el contenido y la forma de *Motivos de Proteo* con la teoría de la evolución de Bergson. La fórmula de la evolución de Spencer, estrictamente determinista, viene a decir, ha sido refutada por la crítica de la ciencia. Boutroux ha opuesto su análisis, no a las teorías de la evolución directamente, sino a la propia noción de determinismo. Bergson, atento a esta crítica, pero atraído también por la inmortal idea del devenir, ha formulado una fórmula original: la «evolución creadora». La evolución, en el sistema de Bergson, parece reemplazar a la necesidad: el devenir hace aparecer constantemente hechos imprevistos, contingencias. La evolución crea; el universo se desarrolla sobre una pespectiva indefinida.

> «Y este nuevo concepto de evolución, esta visión de una perspectiva indefinida, preside el libro *Motivos de Proteo*, de José Enrique Rodó. El pensador uruguayo trae esa nueva inspiración filosófica al campo de la psicología y de la ética (...). La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la evolución creadora con el ideal de una norma de acción para la vida. Puesto que vivimos transformándonos, y no podemos impedirlo, es un deber vigilar nuestra propia transformación constante, dirigirla y orientarla. La 'persistencia indefinida de la educación': he ahí la verdad que no debe olvidarse».[30]

En la última conferencia del ciclo, «Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas», Vasconcelos abrazó públicamente el

---

29 Carlos Real de Azúa, que se basa en datos de la correspondencia de Rodó, no conoce la edición parcial de la *Revista Moderna* y cree que la del *Boletín* se prolongó hasta 1911 y que fue competa. En realidad sólo salieron treinta capítulos, como hemos dicho, distribuidos en los siguientes números: vol. II, núms. 6 y 7, diciembre de 1909-enero de 1910, págs. 7-11; vol. II, núm. 8, febrero 1910, págs. 133-138; vol. II, núm. 10, abril 1910, págs. 186-192; vol. II, núm. 11, mayo 1910, págs. 195-págs. 44-54; vol. III, núm. 6, diciembre 1910, págs. 98-102.

30 «La obra de José Enrique Rodó», en *OC*.

bergsonismo como filosofía del grupo, cerrando la etapa positivista del pensamiento mexicano. Henríquez Ureña la llamaba el «credo del Ateneo». [31]

Vasconcelos estudió la figura de Barreda no como reformador de la educación, sino como introductor en México de la filosofía de su tiempo, el positivismo, para demostrar, por contraste, la distancia que lo separaba de la nueva generación. Empieza exponiendo las teorías del positivismo difundido en México acerca de los cuatro grandes problemas filosóficos: el del conocimiento, el cosmológico, el moral y el psicológico de las relaciones entre el alma y el cuerpo. En cuanto al problema de conocimiento, para el positivismo los sentidos dan la única regla invariable de verdad: la observación de los hechos, la anotación de sus relaciones constantes. Desde el punto de vista cosmológico, el mundo aparece en el positivismo como «fenomenalidad» que se desenvuelve siguiendo una marcha que va de lo particular a lo general, de lo simple a lo complejo. En lo que toca a la moral, Barreda importó tres ideas comteanas: la solidaridad, el altruismo y, como premio al servicio a la Humanidad, la inmortalidad que se alcanza en la memoria de las generaciones venideras. Por lo que se refiere al problema psicológico, el positivismo creyó en la subordinación radical de lo psíquico a lo biológico, de lo mental a lo orgánico; puso al determinismo por encima del libre albedrío.

Con la difusión de tales ideas Barreda orientó a México en la dirección del pensamiento moderno, capacitándolo para las conquistas prácticas de orden económico e industrial. Gracias a la educación positivista las nuevas generaciones han podido evitar «reacciones interiores que pudieron llevarnos a viejos conceptos (...), si Barreda y el positivismo no nos dieron cuanto anhelábamos, sí impidieron que retrocediésemos en el camino del mejoramiento». [32] Pero sus limitaciones también les obligaron a explorar por su cuenta:

---

31 «Henríquez Ureña a Reyes, 29-10-1913», en *Correspondencia*, pág. 226.

32 «Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas», en CASO, Antonio y otros: *Conferencias...*, ed. cit., pág. 102.

«... entre las ideas de entonces y las de hoy media un abismo (...). Creo que nuestra generación tiene derecho a afirmar que debe a sí misma casi todo su adelanto; no es en la escuela donde hemos podido cultivar lo más alto de nuestro espíritu. No es allí, donde aún se enseña la moral positivista, donde podríamos recibir las inspiraciones luminosas, el rumor de la música honda, el misterio con voz, que llena de vitalidad renovada y profusa el sentimiento contemporáneo. El nuevo sentir nos lo trajo nuestra propia desesperación; el dolor callado de contemplar la vida sin nobleza ni esperanza». [33]

Los jóvenes buscaban nuevos ideales, leyendo, casi instintivamente, los autores desechados por los positivistas: empezaron por el antiintelectualista Schopenhauer y siguieron por los representantes del pragmatismo sajón y del espiritualismo francés. Dentro de esta última corriente, más concretamente en su culminación: Bergson, han encontrado sintetizada una nueva concepción filosófica, expresión de su tiempo y superadora de las limitaciones positivistas.

Al problema del conocimiento, insoluble dentro de los límites de la razón, se contesta afirmando que la solución debe buscarse en el empleo de la intuición. La ciencia contemporánea también ha modificado profundamente el concepto cosmológico de la época positivista: «La materia es, como afirma Bergson, un movimiento de descenso, de caída; la vida es una reacción, un movimiento contrariante de descenso; impulso que tiende a desprenderse del dominio de las leyes materiales». [34] Este principio de la *evolución creadora,* continúa Vasconcelos, nos hace ver nuestra propia vida como continua autocreación. El afán por llegar a ser nosotros mismos, y «la fe en un mejoramiento indefinido, son los rasgos predominantes del ideal moral de nuestros tiempos, y asentada en esta actitud de lucha y de confianza, surge en nosotros la certidumbre creciente de un ideal en que ha triunfado el espíritu». [35] Con-

33 *Ibídem,* pág. 102.
34 *Ibídem,* pág. 106.
35 *Ibídem,* pág. 107.

secuentemente, «la nueva psicología afirma sin vacilaciones la libertad como fundamento del espíritu». [36]

La nueva generación, continúa Vasconcelos, no se ha identificado con Bergson arrastrada por la moda o seducida por su autoridad mundial, sino porque se ve que su filosofía no está en desacuerdo con las leyes científicas, no infringe las leyes formales de la lógica y sus consecuencias morales son una comprobación de su vitalidad. «En nombre de estos criterios supremos —concluye—, *aceptamos la nueva filosofía francesa,* digna de figurar junto con las más altas especulaciones de todos los tiempos». [37] Y para terminar añade:

> «El positivismo de Comte y de Spencer nunca pudo contener nuestras aspiraciones; hoy que, por estar en desacuerdo con los datos de la ciencia misma, se halla sin vitalidad y sin razón, parece que nos liberamos de un peso en la conciencia y que la vida se ha ampliado. El anhelo renovador que nos llena ha comenzado ya a vaciar su indeterminada potencia en los espacios sin confín, donde todo aparece como posible. ¡El mundo que una filosofía bien intencionada, pero estrecha, quiso cerrar, está abierto, pensadores!». [38]

Vasconcelos parece insinuar ya su convencimiento de que la renovación filosófica llevada a cabo por el Ateneo y la renovación política predicada por Madero respondían a un mismo espíritu y a una misma generación. Algo que sólo pudo expresar abiertamente después del triunfo de la Revolución.

---

36 *Ibídem,* pág. 109.

37 *Ibídem,* págs. 111 (el subrayado es mío). La huella de Bergson en el pensamiento de Vasconcelos ha sido estudiada de forma general por GUY, Alain: «José Vasconcelos et Bergson», en *Revista Mexicana de Filosofía,* vol. II, núm. 3, 1959, págs. 63-70. Sus conclusiones se incluyen en un contexto más amplio en su artículo «Le bergsonisme en Amérique latine», en *Cahiers du monde Hispanique et Luso-Bresilien,* núm. 1, 1963, págs. 121-139. El mismo tema es tratado de forma más minuciosa por ROMANELL, Patrick: «Bergson no México: um tributo a José Vasconcelos», en *Revista Brasileira de Filosofía,* vol. X, núm. 3, julio-septiembre 1960, págs. 373-383.

LA SOCIEDAD DE CONFERENCIAS DE LA HABANA Y OTROS ECOS DEL ATENEO

Las seis conferencias del Centenario fueron publicadas a finales de 1910 en el tomo *Conferencias del Ateneo de la Juventud,* patrocinado por la Escuela de Jurisprudencia, donde se habían realizado. Fue el único libro que el Ateneo publicó conjuntamente, como institución, y sus ecos traspasaron las fronteras de México. Pedro Henríquez Ureña se encargó de enviarlo, como una carta de presentación del grupo, a intelectuales de Hispanoamérica, Estados Unidos y Europa.[1] Su compatriota Federico García Godoy lo reseñó para el público americano;[2] Francisco García Calderón lo recibió en febrero de 1911 y debió ser él quien lo dio a conocer en París, como una prueba más de la difusión de las nuevas ideas, y en especial del espiritualismo francés, entre la juventud intelectual americana.[3] La *Revue de Métaphisique et de Morale,* órgano de esta corriente filosófica, le dedicó un artículo: «Todas las conferencias —se decía en él— revelan un serio esfuerzo para ir más

---

1 «Ecos de las conferencias del Ateneo», *El Imparcial,* 6 de diciembre de 1913, pág. 6. Lidia Camacho Camacho reprodujo algunos fragmentos de este artículo (*ob. cit.,* págs. 81-83), sin dar el nombre de su autor, ya que los escritos de *El Imparcial* son anónimos. Henríquez Ureña revela en una carta de 1913 que el autor fue Antonio Castro Leal, que, como veremos, estaba por entonces muy próximo a él (carta a Alfonso Reyes, 7-12-1913, en *Correspondencia,* pág. 260).

2 «Conferencias del Ateneo de la Juventud», en *La literatura americana de nuestros días (Páginas efímeras),* Madrid, Sociedad Española de Librería, s. f., págs. 119-139.

3 En una carta inédita de García Calderón a Alfonso Reyes, firmada en París el 16 de febrero de 1911, le dice: «Acabo de recibir las brillantes conferencias de Uds. La de Ud. me gusta mucho. Haga extensivas mis felicitaciones a Henríquez Ureña —a quien pronto escribiré— por su brillante conferencia sobre Rodó» («Epistolario de Francisco García Calderón», Archivo de Alfonso Reyes, Capilla Alfonsina).

allá del criterio positivista que domina en México desde 1865».[4] El propio Emile Boutroux le escribió a los ateneístas, agradeciéndoles la promoción de su obra en México: «Es para mí un gran motivo de confianza en el método que he seguido, comprobar que existe un acuerdo entre mis ideas y las de los pensadores distinguidos de ese país, donde hoy la inteligencia es tan viva y tan apasionada por las cosas grandes».[5]

En el tomo de conferencias apareció la nómina actualizada de socios y la nueva mesa directiva del Ateneo, que dejan ver los cambios habidos en la institución durante su primer año de existencia.[6] De acuerdo con sus estatutos, el Ateneo debió renovar sus cargos en octubre. Antonio Caso dejó la presidencia, que pasó a ocuparla Alfonso Cravioto, y se creó el cargo de vicepresidente, que recayó en Jesús T. Acevedo. La lista de «socios numerarios» difiere de la que tomamos como lista de fundadores. Frente a las bajas ya comentadas de Fernández Mac Gregor y Valenzuela; hay ocho incorporaciones. Aparte de Juan A. Velázquez y del español José Escofet, conferenciante durante el Centenario; todos los nuevos son abogados: Ricardo Gómez Robelo, que había participado con el grupo en *Savia Moderna* y la «Protesta literaria», Erasmo Castellanos Quinto, subdirector de la Preparatoria, Juan Palacios, profesor de la misma, Alfonso Teja Zabre, secretario del Museo Nacional, y Fernando González. O bien, estudiantes de Derecho: Mariano Silva y Aceves y Julio Torri, sin duda las dos incorporaciones más importantes.

Ambos procedían de provincias. Silva había nacido en el estado de Michoacán en 1887, Torri en el Cohauila en 1889. Ingresaron juntos en la Escuela de Jurisprudencia en 1908.[7] Pero no parece que fueran «descubiertos» por sus compañeros Henríquez Ureña

---

4 Cit. en «Ecos de las conferencias...», art. cit., pág. 6.

5 Cit. en *Ibídem*, pág. 6. La carta está dirigida a Antonio Caso, con fecha de 17 de febrero de 1911. Castro Leal reproduce otra de Boutroux dirigida a todo el grupo y fechada el día antes. Informa, además, que también se recibieron cartas elogiosas de Benedetto Croce, Archer M. Huntington, Miguel Asín Palacios, Rafael Altamira, Enrique José Varona, José Enrique Rodó, etc.

6 *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Imprenta Lacaud, 1910. Nosotros hemos seguido la edición de Juan Hernández Luna, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, 1984.

7 Expedientes académicos de Mariano Silva y Aceves y Julio Torri, en «Fondo de Escuela Nacional de Jurisprudencia», CESU-AHUNAM.

y Reyes, hasta casi dos años después. [8] Estos cazadores de talentos apreciaron en Silva su dominio del latín, excepcional entonces en México y adquirido en un colegio católico; decidieron fomentarlo, poniéndolo a traducir por escrito la poesía de Prudencio. Veremos que pocos años después Silva colaboró con ellos para llevar las humanidades a la Universidad; su iniciación literaria fue más tardía y su obra se incluye fundamentalmente en el «colonialismo». [9] Torri era un lector voraz y desordenado, autor ya de algún cuento fantástico. Decidieron dirigirlo hacia las letras inglesas: Oscal Wilde sobre todo, del que entregaba traducciones a Henríquez Ureña, y después Charles Lamb, Thomas de Quincey, Bernard Shaw... Esta lecturas le ayudaron a encontrar su propio camino: la prosa sin tacha, breve e imaginativa, humorística y poética. [10] Puede decirse que Torri es un producto acabado de la cultura de fin de siglo y del ambiente del Ateneo. Desde 1910 ocupó un lugar preferente en la amistad severa de Henríquez Ureña y en la más íntima y afectuosa de Reyes. Su propensión a la sutileza y al humorismo no hacen sino llevar al extremo el intelectualismo de ambos.

Junto a la lista de «socios numerarios» del Ateneo hay otra de ocho «socios correspondientes», esto es, residentes fuera de la ciudad de México. En ella figuran los pintores Diego Rivera y Angel Zárraga, que vivían en París; y cuatro poetas: Efrén Re-

---

8 En una carta dirigida por Reyes a Torri desde Río de Janeiro en 1933, le dice: «Te conocí escondido bajo una mesa de lectura, en la biblioteca de la Escuela de Derecho, cuando cursábamos el primer año y tú llegabas apenas del Torreón. Unos cuantos muchachos, todos paisanos tuyos, te asediaban y te lanzaban libros a la cabeza, porque acababas de declararles, con un valor más fuerte que tú, que Vargas Vila era un escritor pésimo (...). Tú apelaste a mi testimonio como a un recurso desesperado (..). Desde entonces fuimos amigos» (en CARBALLO, Enmanuel: *ob. cit.*, pág. 167). Pero Torri no aparece citado en los actos del grupo hasta 1910. A comienzos de este año comienza su epistolario con Reyes, que ha sido incluido en su obra *Diálogo de los libros*, ed. de Serge I. Zaïtzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1980. El mismo recordó cómo ese año fue en comisión junto a otros ateneístas para invitar a Justo Sierra a las Conferencias del Centenario («Semblanza de don Justo Sierra», en *Prosas dispersas, Tres libros*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pág. 179).

9 Serge I. Zaïtzeff ha realizado recientemente la edición más completa de su obra: *Un reino lejano (Narraciones / Crónicas / Poemas)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

10 Véase ZAITZEFF, Serge I.: *El arte de Julio Torri*, México, Oasis, 1983, el estudio más completo que conozco. Zaïtzeff es también el editor de la recopilación de artículos *Julio Torri y la crítica*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1981.

bolledo, perteneciente a la primera época de la *Revista Moderna,* entonces diplomático en el Japón; el colombiano Ricardo Arenales, más conocido como «Porfirio Barba Jacob», que vivía en Monterrey, donde debió entrar en contacto con Reyes; y los jóvenes de Puebla, Alfonso G. Alarcón y Rafael Cabrera, que habían firmado la «contraprotesta» a favor de la *Revista Azul*, pero que se unieron al Ateneo durante el Centenario. Faltan dos: Max Henríquez Ureña y Jesús Castellanos, promotores en Cuba de otra sociedad en cuya vinculación con el Ateneo no se ha reparado.

A finales de 1908, después de participar en el segundo ciclo de la Sociedad de Conferencias y mientras seguía trabajando en *The Monterrey News,* Max Henríquez Ureña contrajo una grave enfermedad, que le hizo regresar a Cuba para recibir los cuidados médicos de su padre. [11] Al cabo de un año quedó restablecido y entró en *La Discusión,* del que era redactor jefe el escritor Jesús Castellanos. Este conocía bien los asuntos de México, donde había pasado buena parte de sus treinta años. [12] Ambos hablaron de la necesidad de promover en La Habana un movimiento similar al que llevaban a cabo los jóvenes de la capital mexicana y decidieron organizar una Sociedad de Conferencias siguiendo su ejemplo.

El 6 de noviembre de 1910 Castellanos inauguró la Sociedad de Conferencias de La Habana con una exposición de propósitos y una disertación titulada «Rodó y su *Proteo*».

> «Es hora ya de que se toque a la puerta de nuestros intelectuales y se les exija el cumplimiento de su misión social de enseñar y aun de padecer por la enseñanza (...). El intelectual de los grandes centros de población es un hombre que reparte lo mayor y lo mejor de su actividad en el refinamiento constante de sus ideas, pero se distingue especialmente por su apostolado perenne e indirecto, escribiendo libros, organizando academias, entrando en las polémicas ideológicas, contestando 'enquetes' de los perió-

11 Cfr. «Hermano y maestro», ed. cit., pág. XLII.

12 Cfr. HENRIQUEZ UREÑA, Max: «La vida y la obra de Jesús Castellanos», en CASTELLANOS, Jesús: *Los optimistas. Lecturas y opiniones. Crítica de arte,* La Habana, El Avisador Comercial, 1914, págs. 11-70. También de Max Henríquez, *Panorama histórico de la literatura cubana (1492-1952),* Puerto Rico, Mirador, 1963, Tomo II, págs. 317 y 340-341.

dicos, viviendo una vida que, ayudada quizá por un poco de exhibicionismo, trasciende a la conciencia pública y contribuye a su más recta dirección». [13]

La Sociedad de Conferencias quiere dar a los intelectuales cubanos la oportunidad de cumplir con este deber de enseñanza y paliar en algo las deficiencias editoriales propias de los países americanos: las conferencias son «uno de los más fáciles y expeditivos sistemas de comunicación de ideas que el moderno espíritu de propaganda ha combinado». [14] Las que se dicten en esa tribuna quieren ser verdadera comunicación y para ello han de contar en primer lugar con los oyentes, respondiendo a sus necesidades: «Al través de los siglos se renueva el diálogo socrático como expresión natural del trabajo mental en común (...); nos proponemos que nuestras conferencias se parezcan lo más posible a una conversación». [15]

La nueva Sociedad se dirige fundamentalmente a las clases dirigentes, con la intención de fomentar en ellas un ideal desinteresado. Propósito idéntico al que guió la campaña de Matthew Arnold en el mundo anglosajón y la de José Enrique Rodó en el hispánico. Los Henríquez Ureña habían publicado *Ariel* en Cuba hacía cinco años. Ahora la Sociedad iba a abrir sus sesiones con una conferencia sobre *Motivos de Proteo,* desconocida en la isla.

> «Entre nosotros es una necesidad espiritual la lectura de *Ariel* y la de estos *Motivos de Proteo,* y es más necesaria aún la práctica de sus doctrinas (...). En Cuba, notablemente después de lograda nuestra independencia política —porque otra cosa dice la obra de las viejas generaciones—, un triste exclusivismo utilitario ha domi-

---

13 CASTELLANOS, Jesús: «Rodó y su *Proteo*. Conferencia pronunciada el día 6 de noviembre de 1910, en la inauguración de la 'Sociedad de Conferencias'», en *ob. cit.*, págs. 90-91. Esta semblanza del intelectual que participa con todos los medios a su alcance en la educación de su país, que asume su «misión social de enseñar y aun de padecer por la enseñanza» debió ser muy del gusto de los Henríquez Ureña. Refiriéndose a Pedro, decía Alfonso Reyes: «No se ha dado educador más legítimo. De él recogí esta máxima: 'No basta vivir para la educación, hay que sufrir por la educación'. No sólo predicaba, no: ¡eso era lo de menos! Sino intervenía y colaboraba» («Evocación de Pedro Henríquez Ureña», en *Grata compañía, OC* XII, pág. 165).

14 *Ibídem,* pág. 86.

15 *Ibídem,* pág. 93.

nado en nuestras aspiraciones sociales, en nuestros planes educativos, en nuestras combinaciones económicas». [16]

Este utilitarismo ha llevado al desprecio de todos los intereses ideales, de la inteligencia y del arte:

> «Tened presente, señores que aquí representáis las altas clases sociales de Cuba, estas observaciones de quien para ello no tiene otro título que la fe de sus dogmas. Hora es ya de que se cese de desdeñar a los poetas, a los filósofos, a los hombres de gabinete, como partículas inútiles del conglomerado social (...). En su obra de idealismo, lenta y persistente, está la señal de nuestra transformación social y política». [17]

Castellanos desea difundir en Cuba el idealismo constructivo que caracteriza el «espíritu nuevo» y que ya se extiende por otras partes de América. Frente al pesimismo que acabó dominando el siglo XIX, el nuevo siglo trae una corriente cada vez más firme de optimismo. «Sólo que el optimismo de esta nueva etapa —a la cual se puede acusar de todo menos de cándida— se asienta en más firmes y probadas bases. Y es que el nuevo optimismo se llama más propiamente 'meliorismo', fundamentado en una concepción de la perfectibilidad de la vida». [18] «Meliorismo» que era, según Francisco Calderón, la nota característica de la joven generación intelectual del Perú; «el consorcio fecundo del sentido de lo ideal y de lo real» que constituye, según Rodó, el neoidealismo característico de los nuevos tiempos. [19]

Con ocasión de la inauguración de la Sociedad de Conferencias, Rodó envió al director del periódico *El Fígaro* de La Habana, una carta abierta titulada «La orientación de la nueva literatura hispanoamericana»: «El pensamiento generador de esta institución, que yo quisiera ver imitada en todas aquellas partes de América donde no existe alguna análoga (como existe en México), me

---

16 *Ibidem*, págs. 122-123.
17 *Ibidem*, pág. 126.
18 «La alborada del optimismo», en *ob. cit.*, pág. 80.
19 «Rumbos nuevos», en *Motivos de Proteo*, *Obras completas*, ed. cit., pág. 521.

parece, hoy más que nunca oportunísimo». [20] Según Rodó, este tipo de instituciones era una expresión más de la tendencia general de la época, consistente en «la manifestación del sentido idealista de la vida; en la reacción contra el concepto puramente material y utilitario de la civilización y la cultura; en el interés devuelto a las cuestiones de orden espiritual, que es, universalmente, uno de los signos del espíritu nuevo que ha sucedido al auge del positivismo». [21]

La Sociedad de Conferencias, pensada originariamente como institución juvenil, abrió sus puertas a todos los intelectuales cubanos. Durante 1910 y 1911 se dieron conferencias de temas diversos: literatura cubana y extranjera, música y pintura contemporánea, arquitectura y arte decorativo, ciencias sociales, etc. El éxito de público llevó a los directores a organizar en 1912 «series especiales, dotadas de íntima y fuerte unidad, que habían de constituir, cada una de ellas, algo así como un curso de estudios libres». [22] Ese mismo año la muerte repentina truncó la prometedora carrera de Jesús Castellanos. Las actividades de la Sociedad continuaron siendo muy intensas hasta 1915. Su ejemplo se difundió por la isla, constituyéndose instituciones de igual nombre y propósitos en Santiago, Matanzas y Santa Clara. [23]

Por los mismos días en que salieron las *Conferencias del Ateneo,* Pedro Henríquez Ureña publicó su segundo libro: *Horas de estudio,* y Alfonso Reyes se estrenó con *Cuestiones estéticas.* Seguramente los dos amigos habían pensado que sus obras tendrían más efecto sacándolas al mismo tiempo y en una misma editorial de prestigio internacional. Henríquez Ureña se había puesto en contacto con su compatriota Lucas T. Gibbes, encargado de las relaciones con los países hispanoamericanos de «Paul Ollendorf», la principal editorial francesa de libros en español, que aceptó publicarlos. [24]

---

21 *Ibídem,* pág. 1.008.

22 HENRIQUEZ UREÑA, Max: «La vida y la obra de Jesús Castellanos», ed. cit., pág. 43. Entre los ciclos de conferencias de 1912 figuran: «Poetas extranjeros contemporáneos», «Figuras intelectuales de Cuba», «Historia de Cuba», etc.

23 *Ibídem,* págs. 42-43; y del mismo Henríquez Ureña, *Panorama histórico...,* cit., págs. 272-273.

24 Cfr. REYES, Alfonso: «Historia documental...», art. cit., pág. 4. Hay bastantes referencias a Gibbes en el epistolario entre Henríquez Ureña y Reyes.

Horas de estudio salió algo antes, a finales de 1910. Estaba precedido de «Días alcióneos», un símbolo de lo mejor de la etapa mexicana de Henríquez Ureña, y de una dedicatoria a Leonor M. Feltz, guía de sus lecturas de adolescente en Santo Domingo. Casi todos los artículos eran conocidos: algunos figuraban en su primer libro o habían ido apareciendo en la prensa, fundamentalmente en la *Revista Moderna,* y hemos hecho alusiones puntuales a la mayoría de ellos. En conjunto, el libro muestra la misma amplitud de intereses culturales y literarios, y el mismo estilo sintético de *Ensayos críticos,* también algunas diferencias, síntomas de una orientación cada vez más firme. De sus ensayos sobre música u ópera, fruto de sus años neoyorquinos, apenas queda un breve ejemplo; en cambio aparecen otros dedicados a asuntos griegos y filosóficos, consecuencia de su experiencia mexicana. Ninguno de estos temas desapareció de sus libros posteriores; continúan, pero subordinados a otro mucho más amplio. Henríquez Ureña los integró en el tema que desde este momento fue centrando su producción: la historia de la cultura hispanoamericana en todos sus aspectos, en especial el literario, y en relación con el resto de Occidente, sobre todo con España. En *Horas de estudio* merecen destacarse, por su trascendencia en este sentido, dos artículos: «El verso endecasílabo» y «Vida intelectual de Santo Domingo».

«El verso endecasílabo» iba precedido de «Rubén Darío», escrito en 1905 y procedente de *Ensayos críticos.* Allí, entre otras observaciones muy precisas sobre la revolución métrica de Darío, se decía: «Con su última radical innovación, este gran revolucionario ataca precisamente el óptimo tesoro de nuestra métrica: el endecasílabo. Ya, en el espléndido 'Pórtico' al libro *En tropel* de Salvador Rueda, había resucitado el endecasílabo anapéstico del período preclásico, acentuado en las sílabas cuarta y séptima». [25] El nuevo artículo profundiza en la historia de esta variante del endecasílabo, desarrollando las sugerencias que Menéndez Pelayo acababa de hacer en el último tomo de la *Antología de poetas líricos castellanos,* dedicado a Juan Boscán, y ofreciendo ejemplos de su utilización en poetas españoles y americanos desde el siglo XVI hasta el final del XIX. Henríquez Ureña modificó y pu-

25 «Rubén Darío», en *OC* I, pág. 213.

blicó en varias ocasiones este trabajo, al tiempo que se ocupaba de otros aspectos de la evolución de la versificación española. [26]

«Vida intelectual de Santo Domingo» fue el único ensayo que Henríquez Ureña no había publicado antes. Pero si se leen los demás que dedica a escritores dominicanos contemporáneos, se observa qué es lo que le interesaba desde el principio. En el titulado «Literatura histórica», de 1909, termina pidiéndole a su compatriota García Godoy que emprendiese una labor de importancia: «la historia sintética de la cultura dominicana, comprendiendo la evolución de las tendencias políticas y de las ideas sociales, así como la vida religiosa y la intelectual y artística». [27] Que fue exactamente lo que él hizo. El trabajo, que sufrió con el tiempo varias ampliaciones y modificaciones, [28] adelanta a pequeña escala sus síntesis finales: *Las corrientes literarias en la América Hispánica* e *Historia de la cultura en la América Hispánica.*

Henríquez Ureña ha unido a su atención inicial por la cultura moderna el interés por la tradición. En *Horas de estudio* apunta, además, su concepción sobre la originalidad literaria hispanoamericana que desarrollará en la madurez: «Hemos llegado a la convicción de que la originalidad artística la alcanzaremos con la evolución de nuestra cultura y no mediante procedimientos artificiaels». [29] La independencia literaria es función de la calidad y no de fórmulas como el paisajismo, el indigenismo o el criollismo. «Nuestra América —dirá años más tarde— se expresará plenamente en formas modernas cuando haya entre nosotros densidad de cultura moderna. Y cuando hayamos acertado a conservar la memoria de los esfuerzos del pasado, dándole solidez de tradición». [30]

Tradición y modernidad se unen en los ensayos de *Cuestiones estéticas,* realizados por Alfonso Reyes entre 1908 y 1910, en gran parte a instancias de Henríquez Ureña. Reyes escribe en una prosa abundante y oratoria, deudora de la de Menéndez Pelayo, de la

---

26 Cfr. LARA, Juan Jacobo de: *ob. cit.*, págs. 197-201.

27 «Desde México para la *La Cuna de América.* Carta a Federico García Godoy», en *OC* I, pág. 335. El artículo fue incluido en *Horas de estudio* con el título de «Literatura histórica. Carta a Federico García Godoy».

28 LARA, Juan Jacobo: *ob. cit.*, págs. 187-191.

29 «La leyenda de Rudel», en *OC*, II, pág. 15.

30 «La América española y su originalidad», en *OC*, VII, pág. 169.

que se librará enseguida, sobre diferentes temas de la literatura occidental: el teatro griego, Goethe, Mallarmé..., a los que volverá a lo largo de su extensa obra.[31] En todo momento trata de ofrecer una visión personal, como es propio del ensayismo, revelando aspectos nuevos de cada uno de los asuntos. El trabajo «Sobre la estética de Góngora» es significativo en este sentido. En él adelanta con enorme perspicacia las líneas fundamentales de la revalorización crítica de Góngora que tendrá lugar en la década de los veinte: denuncia el descuido y la rutina con que se le ha juzgado; ve en «el anhelo de aristocrática perfección»[32] su cualidad perdurable; nota «la tendencia gongorina de huir hasta de los nombres de los objetos y de envolverlos en perífrasis»[33] y la «tendencia, o mejor obsesión, por ir caminando sobre las puras cualidades de color y de sonoridad que tienen las cosas»;[34] denuncia la separación tajante entre una primera y una segunda manera en su obra, pues «de muy atrás se venían ya revelando las cualidades definitivas de Góngora»[35] y en él no hay «desviación ni contradicción, sino superación».[36]

Francisco García Calderón, que había publicado dos obras en «Ollendorf», se encargó de corregir las pruebas de *Cuestiones estéticas* y de otros detalles de edición. En una carta inédita de 22 de noviembre de 1910, le escribe a Reyes:

> «He leído parcialmente su libro (las tres Electras, la Estética de Góngora, etc.) y créame que me gusta mucho. Nada hay en él de mediocre, de vulgar. Es Ud. ya un crítico de firme talento. No se analizan las tres Electras como lo hace Ud. sin grandes estudios y mente clara. Como tengo las mismas aficiones que Ud. lo releo con vivísima simpatía. No creo que sean muchos en América los que a la edad de Ud. escriben así de cosas finas y complejas. El estilo me ha parecido trabajado y algo helénico. Tiene

31 Entre los estudios de conjunto sobre la obra de Reyes puede citarse el de OLGUIN, Manuel: *Alfonso Reyes, ensayista. Vida y pensamiento*, México, Ediciones de Andrea, 1956, donde se hace bastante hincapié en la continuidad de sus ensayos desde los iniciales de *Cuestiones estéticas*.

32 «Sobre la estética de Góngora», en *Cuestiones estéticas*, OC, I, pág. 70.

33 *Ibidem*, pág. 74.

34 *Ibidem*, pág. 74.

35 *Ibidem*, pág. 75.

36 *Ibidem*, pág. 80.

una simplicidad precisa que alguna vez me ha sorprendido. En fin, es mi voto que continúe Ud. estudiando y publicando, que de ello sacarán provecho y gloria las letras americanas y Ud. Sin pedirle autorización y como testimonio de simpatía espontáena, he pedido en la casa Ollendorf el escribir en el libro de Ud. un prólogo brevísimo o presentación sin pretensiones. Sabrá Ud. excusar esta iniciativa que le dirá la sinceridad de mi aprecio». [37]

Cuestiones estéticas salió a comienzos de 1911, con el prólogo prometido de García Calderón. [38] Es éste la presentación al público internacional no sólo de Alfonso Reyes, «crítico artista» y «humanista», [39] sino de todo el grupo de ateneístas mexicanos:

«Pertenece Alfonso Reyes a un simpático grupo de escritores, pequeña academia mexicana, de libres discusiones platónicas. En la majestuosa ciudad del Anáhuac, severa, imperial, discuten gravemente estos mancebos apasionados. Pedro Henríquez Ureña, hijo de Salomé Ureña, la admirable poetisa dominicana, es el Sócrates de este grupo fraternal, me escribe Reyes. Será una de las glorias más ciertas del pensamiento americano. Crítico, filósofo, alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas, profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas, renueva los asuntos que estudia. Cuando escribe sobre Nietzsche y el pragmatismo, se adelanta al filósofo francés René Berthelot; cuando analiza el verso endecasílabo, completa a Menéndez Pelayo. Junto a Henríquez Ureña y Alfonso Reyes están Antonio

37 «Epistolario de Francisco García Calderón», Archivo de Alfonso Reyes, Capilla Alfonsina.

38 Según el propio Alfonso Reyes, «el colofón dice: 'Chartres.—Imprenta Ed. Garnier.—28.10.10'. Lo que alguna vez me ha hecho incurrir en confusión. Pero consta por cierta carta que la obra no salía aún de los talleres el 16 de febrero de 1911; los más antiguos acuses de recibo que he conservado datan de junio y del siguiente mes de julio las primeras críticas de la prensa» («Historia documental...» cit., pág. 4). Esa «cierta carta» debe ser, con toda seguridad, la carta de Francisco García Calderón, de esa misma fecha, en la que le dice: «Con mucho atraso contesto su carta de 22 de diciembre. Quería darle buenas noticias de su libro y sólo ahora sé bien que saldrá dentro de pocos días. Me he permitido, movido por sincera simpatía a Ud., poner cuatro páginas —o menos— a guisa de prefacio. No es una crítica, sino una simple presentación» («Epistolario de Francisco García Calderón», Archivo de Alfonso Reyes, Capilla Alfonsina).

39 GARCIA CALDERON, Francisco: «Prólogo» a *Cuestiones estéticas*, en REYES, Alfonso: *OC* I, pág. 11.

Caso, filósofo que ha estudiado robustamente a Nietzsche y Augusto Comte, enflaquecido por las meditaciones, elocuente, creador de bellas síntesis; Jesús T. Acevedo, arquitecto pródigo en ideas, distante y melancólico, perdido en la contemplación de sus visiones; Max Henríquez Ureña, hermano de Pedro, artista, periodista, brillante crítico de ideas pictóricas; otros varios, en fin, cuyas aficiones de noble idealismo se armonizan dentro de la más rica variedad de especialidades científicas». [40]

García Calderón pintó en este cuadro no sólo a «nosotros» de México, también a su propia generación peruana, al público cubano de la Sociedad de Conferencias y, en general, a todas las élites juveniles representantes del idealismo, de la selección por la cultura, en las que se encarnaban las imaginaciones de Rodó y volvían a cobrar vida los «simposios» platónicos.

«Comentan estos jóvenes libremente todas las ideas, un día las *Memorias* de Goethe, otro la arquitectura gótica, después la música de Strauss. Preside a sus escarceos, perdurable sugestión, el ideal griego. Conocen la Grecia artística y filosófica, y algo del espíritu platónico llega a la ciudad colonial donde un grupo ardiente escucha la música de las esferas y desempeña un magisterio armonioso». [41]

García Calderón termina con un curioso homenaje al padre de Alfonso Reyes, entonces en misión forzosa en París, a través del cual pudo conocer la situación política de México:

«Su padre es el general Bernardo Reyes, gobernador ateniense de un estado mexicano, rival de Porfirio Díaz, el presidente imperator. Anciano de noble perfil quijotesco, de larga actividad política y moral, protegió siempre las letras y publicó, en una nueva edición, el evangelio laico del gran crítico uruguayo. Al-

40 *Ibídem*, págs. 11-12.
41 *Ibídem*, pág. 12.

fonso Reyes es también paladín del 'arielismo' en América. Defiende el ideal español, la armonía griega, el legado latino, en un país amenazado de turbias plutocracias». [42]

Cuestiones estéticas llegó a México a mediados de 1911. Pero como vamos a ver inmediatamente, para entonces la situación de Reyes y su grupo había cambiado radicalmente. La Revolución había estallado. En medio de los «simposios» irrumpieron los gritos de la calle. Henríquez Ureña estaba en Cuba con su hermano. Sólo Julio Torri le edicó una nota al libro del amigo: «En estos tiempos de agitación política, ha pasado casi inadvertida la aparición del libro de Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas*». [43] Y sin embargo, dice, «es uno de los mejores frutos —y de los mejor sazonados, por cierto— de una vigorosa generación intelectual (...); revelación de lo que junto a nosotros, a nuestra vista, pueden realizar el trato cotidiano de los mejores libros y una singular disposición para los trabajos del espíritu». [44]

---

42 *Ibídem*, pág. 12. Repárese en el uso que García Calderón hace del término «arielismo» como movimiento.

43 «*Cuestiones estéticas*, de Alfonso Reyes», en *Diálogo de los libros*, ed. cit., pág. 44. Según informa el editor Serge I. Zaïtzeff, la reseña salió en *Revista de Revistas* el 16 de julio de 1911.

44 *Ibídem*, pág. 44.

LOS ATENEISTAS ANTE EL ESTALLIDO DE LA REVOLUCION

Desde junio de 1910 Madero permanecía preso en San Luis Potosí, dudando entre la necesidad de una revolución y el deseo de mantener la paz. Mientras el Congreso no desestimase la solicitud antirreeleccionistas de declarar nulas las elecciones aún quedaba esta posibilidad. El 27 de septiembre es rechazado el recurso; el 6 de octubre Madero huye a San Antonio, Texas, y lanza el Plan de San Luis, por el que asume la presidencia provisional y convoca a los mexicanos a levantarse en armas. Durante los meses siguientes se le van uniendo facciones de procedencia e intereses muy distintos, pero con el propósito inmediato de derrocar a Díaz. La Revolución se convierte en un gran movimiento nacional, que envuelve a todo el país. «La Revolución —dice Pedro Henríquez Ureña— iba a llamar a todas las puertas y marcar en la frente a todos los hombres».[1] Muy pronto a algunos de los ateneístas, tan cercanos a los centros de poder y de disputa.

Los primeros enfrentamientos de importancia entre revolucionarios y federales tuvieron lugar en el Norte. En Cerro Prieto cayó herido de muerte el coronel del ejército federal Martín Luis Guzmán. Su hijo, recién llegado de los Estados Unidos, lo acompañó en la agonía. Muchos años después, ya autor de algunas de las más célebres novelas de la Revolución, recordó las últimas palabras de su padre:

> «Dispuso el general que saliera yo a batir a los alzados, sin tomar en cuenta que mi batallón, deshecho en el desastre ferroviario de Sayula, casi no tenía más que reclutas. Para que me

1 «Alfonso Reyes», en *Obra crítica*, ed. cit., pág. 292.

entiendas: en el tren íbamos enseñando a la tropa el manejo del fusil. No obstante, tan fácil parecía la victoria de mis pobres soldados, que algunos señores chihuahuenses —son de los más ricos— me trajeron fotografías de los jefes rebeldes. 'Así —me decían al dármelas— sabrá usted si estos están entre los prisioneros que coja y los mandará fusilar, pues la mala yerba hay que arrancarla de cuajo'. Y añadió en seguida. 'A propósito. ¿Dónde dejé esas fotografías? ¡Ah, sí! en el cofre aquel. Cógelas y guárdalas tú... Y oye: no creo que sea ésa la maya yerba...». [2]

No importa cuánto haya aquí de realidad y cuánto de ficción. Como la mayoría de los primeros novelistas de la Revolución, Martín Luis Guzmán participó en ella, sus relatos tienden a la autobiografía y son, por tanto, interesados y parciales. Pero la anécdota que cuenta es significativa. La Revolución lo marcó a él personalmente, determinó su adhesión a la causa maderista y condicionó su vocación literaria. Además, refleja bien la situación inicial de la guerra: Díaz pagaba las consecuencias de haber debilitado el ejército, del que siempre temió un golpe.

Frente a la resistencia del gobierno a reconocer la gravedad de la situación, entre la población se iba extendiendo la desconfianza en su capacidad para hacerle frente. Las noticias que llegaban a la capital eran cada vez más graves y el descontento mayor. A comienzos de 1911 los acontecimientos se precipitaron. Limantour fue llamado urgentemente de Europa. Durante su escala en Nueva York mantuvo negociaciones infructuosas con los dirigentes rebeldes. A su llegada a México aconsejó al presidente renovar el gabinete, sacrificando a todas aquellas personalidades con fama de «científicos», y emprender un plan de reformas electorales, judiciales e incluso agrarias. Díaz aceptó. Pero los rebeldes no se contentaban ya sino con su renuncia.

La Revolución obtuvo importantes victorias en toda la República y hasta se atrevía a llegar a la capital. José Vasconcelos había decidido unirse a ella:

---

2 «Apunte para una personalidad», en *Obras completas,* Tomo I, ed. cit., pág. 944.

«Por fin, una tarde llegó el mensajero a mi despacho de los altos del Banco. Debía alistarme; antes de dos semanas cruzaba Madero la frontera y yo debería presentarme en San Antonio para recibir órdenes. Antes de que el enviado acabara de exponer su embajada, yo sentí que mi destino cambiaba de rumbo. Comprendí que obedecería aquellas órdenes cualesquiera que fuesen. Esa misma noche, en el círculo de lectura de la casa de Antonio Caso, conté lo que ocurría. Procuraban todos disuadirme haciendo ver lo improbable del triunfo, lo terrible de las consecuencias de un destierro sin esperanzas. Sólo Caso comprendió, y dijo:

—Es inútil cuanto digamos, porque ni él mismo puede oponerse. Si ya sintió ese soplo que dice, no tendrá más que seguirlo».[3]

Antes de salir de México participó en otra aventura. Durante el mes de marzo planeó junto a algunos correligionarios de la capital el asalto a la guarnición federal de Tacubaya, para precipitar la caída de Díaz. El complot fue traicionado y él tuvo que huir por segunda vez a los Estados Unidos.[4] Alfonso Reyes recordó las reuniones de aquellos días, en casa de Antonio Caso: «Pasábamos las noches de claro en claro, entre estudios y discusiones. Vasconcelos estaba francamente comprometido con los conspiradores. Entre burlas y veras, pedí a Vasconcelos que, cuando partiera a la revolución, me dejara en prenda su magnífica *Encycoplaedia Britannica* para, en su ausencia, disfrutarla. Una mañana, al abrir los ojos, me encontré con los volúmenes alineados sobre mi mesa: Vasconcelos había partido».[5]

En Washington, Vasconcelos actuó como agente confidencial de Madero. Desde allí le escribió a Max Henríquez Ureña para que hiciera propaganda de su causa en la prensa cubana. Por esos días estaba en casa de Max su hermano Pedro, de visita por las Antillas. En Santo Domingo volvió a ver a Leonor M. Feltz, a la que encontró sin perder brillo; en La Habana conoció la Sociedad

3 VASCONCELOS, José: *Ulises criollo*, ed. cit., pág. 356.
4 *Ibidem*, págs. 356-370. Véase también SKIRIUS, John: *ob. cit.*, pág. 68.
5 *«Pasado inmediato»*, en OC XII, pág. 212.

de Conferencias, mucho más activa que el Ateneo de la Juventud.[6] Todos le preguntaban por la situación de México y él no ocultaba su simpatía por Madero. El 2 de mayo le escribió a Alfonso Reyes: «Hoy recibió Max, además, carta de Vasconcelos. Está en Washington, en la agencia confidencial del gobierno provisional de Madero. Quiere que se le haga aquí propaganda pero no es necesario: aquí toda la prensa y todo el mundo simpatiza con la revolución».[7]

La victoria de Madero era inminente. El 10 de mayo las fuerzas revolucionarias tomaron Ciudad Juárez, el 25 Porfirio Díaz presentó su renuncia. Un gobierno interino presidido por Francisco León de la Barra asumió el poder hasta que se convocasen nuevas elecciones. Madero respetó íntegramente el antiguo aparato estatal, pero éste no respondió con la misma lealtad y pronto se volvió contra él.

Entre la caída de Ciudad Juárez y la renuncia de Díaz llegó a Cuba Bernardo Reyes. Había sido requerido a última hora para que se hiciera cargo del Ministerio de Guerra, lo que aceptó con la condición de que se eliminasen a los científicos de la administración y se otorgasen ciertas concesiones a los revolucionarios. La situación era más desesperada de lo que él suponía y sus hijos le telegrafiaron, tratando inútilmente de disuadirlo.[8] Cuando atracó en La Habana todo había terminado y recibió la orden de parmanecer en la isla. Su hijo Rodolfo fue a ponerlo al corriente de la situación: los hechos eran irreversibles y sólo cabía aceptar el nuevo régimen; pero las próximas elecciones iban a ofrecerle la oportunidad que no tuvo con Díaz. Ninguno de los dos quiso comprender que su momento había pasado, que el reyismo ya no existía. Sus actuaciones posteriores fueron desafortunadas y terminaron trágicamente.

---

6 Durante su visita a las Antillas Henríquez Ureña escribió unas «Notas de viaje», que fueron dadas a conocer por Alfredo A. Roggiano en *Revista Iberoamericana*, vol. LI, núms. 130-131, enero-junio, 1985, págs. 321-343.

7 «Henríquez Ureña a Reyes, 2-5-1911», en *Correspondencia*, pág. 61.

8 Cfr. NIEMEYER, E. V.: *ob. cit.*, págs. 184-185; ARELLANO, Josefina G. de: *ob. cit.*, págs. 117-118.

La vuelta de su padre tenía profundamente preocupado a Alfonso Reyes. Sus cartas a Henríquez Ureña están llenas de negros presagios, que finalmente habrían de cumplirse: veía amenazada la vida de su padre, la suerte de su familia y su propia vocación intelectual. Su mundo, la Grecia mexicana, se derrumbaba y él comenzaba ya a pensar en reconstruirlo en otra parte:

> «Por la pintura que me haces y la impresión que me dejan los recortes que me envías he llegado a formarme la opinión de que en La Habana se vive como en Grecia: en un ambiente de salud, de vida y de alegría (...). Aquí la vida se hace dura, insoportable, somos un pueblo trágico; ya verás las noticias políticas. Quizás mi padre va a tener que quedarse en La Habana (de lo que yo me alegraré)».[9] «Estoy triste: me aflige mucho la situación de mi padre y veo que se desvanece la esperanza que tenía, que he tenido desde hace mucho, de vivir a su lado cómoda y felizmente, siquiera dos años. No sé ya lo que será de nosotros. Me parece que voy a tener que perder mucho tiempo de mi vida en resolver cosas inferiores y volveré a *sacar la cabeza* dentro de varios años. Quisiera salirme de México para siempre: aquí corro riesgo de hacer lo que no debe ser el objeto de mi vida. Como no tengo entusiasmos juveniles por las cosas épicas y políticas, ni la intervención *yankee,* ni los conflictos me seducen gran cosa, preferiría escribir y leer en paz y con desahogo. Sin embargo, me temo que mi situación familiar me orille a pasar dificultades que yo no buscaré y a pagar culpas que no son mías».[10]

La noche del 6 de junio de 1911, Alfonso Reyes se encontraba en casa de Antonio Caso, que acababa de recibir amenazas por su pasado porfirista. Desde allí le escribe a Henríquez Ureña. Su tono irónico, intencionadamente literario, le sirve para distanciarse de su preocupación y desconcierto: «Estamos solos Caso y yo, nos parece que se ha derrumbado el mundo y los dos nos hemos hallado sentados en la cúspide de la pirámide de escombros

9 «Reyes a Henríquez Ureña, 6-5-1911», en *Correspondencia,* pág. 168.
10 *Ibidem,* pág. 169.

(...); vuelve junto a nosotros».[11] Le insiste: debe volver. El Ateneo apenas trabaja, a sus miembros, atentos a la política, no les une ningún otro interés; sólo él puede sacarlos de la atonía, orientarlos en la nueva situación. He dicho que la carta está escrita la noche del 6 de junio. Los cronistas de la Revolución señalan que durante la madrugada un fortísimo terremoto sacudió la ciudad de México; horas después hizo su entrada triunfal en ella Francisco I. Madero.[12]

11 «Reyes a Henríquez Ureña, 6-6-1911», *Ibídem*, pág. 183.
12 Cfr. KRAUZE, Enrique: *Místico de la libertad...*, ed. cit., pág. 65.

EL ATENEO EN DEFENSA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

El acto de mayor trascendencia celebrado con ocasión del Centenario de 1910 fue el restablecimiento de la Universidad por Justo Sierra. Los ateneístas habían apoyado el proyecto desde el comenzo, pues respondía a lo que consideraban una imperiosa exigencia educativa y, además, les brindaba la oportunidad de hacer de su vocación una profesión. En febrero de 1908, mientras preparaban las conferencias sobre Grecia, Henríquez Ureña trató de convencer a Reyes para que fuese a Estados Unidos a estudiar humanidades: «... hasta por la parte práctica los estudios de humanidades te servirán aquí, pues dentro de cinco años tendrá que haberse fundado la Universidad, cuyos profesores se pagarán decentemente (porque si no no los tendrán: fíjate que para entonces se habrán muerto todos los viejos que saben griego y latín, y habrá que traerlos de Alemania): a fin de cuentas si no la fundaN, la la fundaMOS».[1] Al mes siguiente, en la manifestación en honor a Barreda, cuando el grupo ya había entrado en contacto con el ministro, habló a los jóvenes de un mañana muy próximo, en el que se vería a «la cultura superior fundar su asiento en la Universidad» y ellos trabajarían «por redimir de su secular ignorancia a la ingente muchedumbre que debajo de vosotros pulula».[2] En medio de la Revolución, el Ateneo iba a librar su propio y decisivo combate en defensa de la Universidad, apenas nacida y ya a punto de sucumbir ante las dificultades del país, la desorganización interna, los ataques y la incomprensión general.

Sierra quiso que en la estructura de la Universidad quedasen

---

1 «Henríquez Ureña a Reyes, 3-2-1908», en *Correspondencia*, págs. 80-81.
2 «Alocución», en *OC* I, pág. 246.

integradas la Escuela Nacional Preparatoria y las cuatro Escuelas profesionales existentes: Jurisprudencia, Medicina, Ingenieros y la sección de arquitectura de la de Bellas Artes. Y, además, añadir como pieza indispensable una Escuela de Altos Estudios, de nueva creación. Para ello encargó diversos planes a partir de 1908, que fue rechazando. Finalmente y con el tiempo encima, él y su subsecretario, Ezequiel A. Chávez, elaboraron un proyecto de ley, que se aprobó en abril de 1910.[3] Sobre el papel y de forma poco concreta, las funciones de la Escuela Nacional de Altos Estudios eran lograr la especialización de los estudios preparatorios y profesionales, fomentar la investigación científica y formar profesores para las escuelas secundarias y profesionales. Constaba de tres secciones: la de ciencias exactas, físicas y naturales, la de ciencias sociales, políticas y jurídicas y la de humanidades. Esta última era la mayor innovación de la ley, pues volvía a implantar oficialmente los estudios humanísticos en México. Comprendía lenguas clásicas y vivas, literaturas, filología, pedagogía, lógica, psicología, ética, estética, filosofía e historia de las doctrinas filosóficas. Basta esta enumeración para comprender lo ambicioso del proyecto. Se cumplía el Centenario y en la Secretaría de Instrucción prevaleció el deseo de atribuirse una creación prestigiosa, aunque después hubiera de llevar, como lo hizo, una existencia meramente nominal o, en el mejor de los casos, improvisada.

La inauguración de la Escuela tuvo lugar el 18 de septiembre y en ella tomó posesión como director Porfirio Parra, que hasta entonces lo era de la Nacional Preparatoria. Cuatro días después se celebró la solemne fiesta de apertura de la Universidad Nacional de México, en la que Justo Sierra pronunció un célebre discurso.[4] Comenzó señalando, entre grandiosas imágenes, la misión de la

---

3 Cfr. SIERRA, Justo: «Ley constitutiva de la Escuela Nacional de Altos Estudios», en *ob. cit.*, Tomo VIII, págs. 410-413; RUIZ GAYTAN, Beatriz: *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, 1954, págs. 21-104; ALVARADO, María de Loudes: «La Escuela Nacional de Altos Estudios. Sus orígenes», en *Memorias del primer Encuentro de Historia sobre la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1984, págs. 57-75.

4 La Secretaría de Instrucción editó en 1910 un libro conmemorativo en el que se da cuenta detallada de los festejos, y que ha vuelto a ser publicado en facsímil: *La Universidad Nacional de México, 1910*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1985. Gran parte de los documentos que se contienen en él figuran en SIERRA, Justo: *ob. cit.*, Tomo VIII, págs. 413-430.

nueva institución: contribuir al progreso de México, afirmando su identidad, y al de la Humanidad, haciendo avanzar la ciencia. Y siguió con una historia de la antigua Universidad, para marcar sus diferencias con la actual:

> «Los fundadores de la Universidad de antaño decían: 'la verdad está definida, enseñadla'; nosotros decimos a los universitarios de hoy: 'la verdad se va definiendo, buscadla'. Aquéllos decían: 'sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en estas palabras: Dios y Rey'. Nosotros decimos: 'sois un grupo en perpetua selección dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: 'democracia y libertad'». [5]

Finalmente trazó un panorama de la organización educativa mexicana, coronada ahora de forma natural por la Universidd y, dentro de ella, por la Escuela de Altos Estudios. En ésta volvería a tener un sitio la filosofía, desterrada durante años de la enseñanza oficial: «Nosotros abriremos allí cursos de Historia de la Filosofía, empezando por la de las doctrinas modernas y de los sistemas nuevos o renovados, desde la aparición del positivismo hasta nuestros días, hasta los días de Bergson y W. James». [6] Sierra compendió en una última imagen la «fe laica» que había inspirado su creación: la Universidad como templo donde se adora a la ciencia y a la patria, hacia el que peregrinan los jóvenes elegidos: «queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atenea *promakos,* a la ciencia que defiende la Patria». [7]

Los primeros ataques a la Universidad estuvieron dirigidos por Agustín Aragón desde las páginas de su *Revista Positiva.* En una serie de artículos aparecidos entre noviembre de 1910 y abril de 1911, denunció las contradicciones ideológicas de Justo Sierra, «metafísico que quiere a ratos seguir los senderos de la ciencia

---

5 «Inauguración de la Universidad Nacional», en *Discursos, ob. cit.,* Tomo V, págs. 456-457.
6 *Ibídem,* pág. 460.
7 *Ibídem,* pág. 460.

y a ratos sonríe a la teología», [8] que han culminado con la creación de la Universidad: «La creación de la Universidad Nacional es contraria a las saludables reformas educativas de 1876 y, por lo mismo, es un retroceso». [9] Sierra guardó silencio, pero contestó su protegido Antonio Caso, que acababa de dejar la dirección del Ateneo y ocupaba la Secretaría del Nuevo Consejo Universitario:

> «Don Agustín Aragón combate a la Universidad porque teme una resurrección de las especulaciones metafísicas en las cátedras nuevas; teme la instalación definitiva en la Escuela Nacional de Altos Estudios del solio reservado al verdadero remate dignísimo de las viejas especulaciones independientes, teme oír tronar cerca de las cátedras apolilladas que han reposado durante largos años en la quietud dogmática de un comtismo desnaturalizado, la voz de los profesores de filosofía que armados con la dialéctica irrefutable de la historia y los resultados ostensibles de la elaboración científica contemporánea, demuestren la perennidad del pensamiento filosófico concomitante a todas las épocas de la civilización. Teme, en fin, ver desmoronarse ante una generación nueva, ávida de ciencia y de libertad y cansada ya, por ventura, de la misérrima escolástica positivista, tan inferior como otra cualquiera, la catedral comtiana de los «tres estados», el pensamiento de Turgot, la construcción sintética del positivismo ortodoxo, herida de muerte por los embates firmísimos de las nuevas tendencias que empiezan a llamar serenamente a las puertas de algunas de nuestras cátedras». [10]

La reacción de los positivistas era esperable y no debió sorprender ni hacer temer a Justo Sierra tanto como los acontecimientos políticos que se desarrollaron entonces. En un último in-

---

8 ARAGON, Agustín: «Dos discursos universitarios del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes», en CASO, Antonio: «La polémica sobre la fundación de la Universidad Nacional de México. Antonio Caso vs. Agustín Aragón», *Polémicas, ob. cit.*, Tomo I, pág. 16. Los prólogos de este tomo son de Juan Hernández Luna, que ofrece algunos datos sobre la polémica (cfr. págs. 1-3). Esta ha sido también estudiada por VILLEGAS MORENO, Gloria: «La Universidad de Justo Sierra y la Revolución», en *Memorias del primer Encuentro de Historia sobre la Universidad*, ed. cit., págs. 87-94.

9 ARAGON, Agustín: *art. cit.*, pág. 22.

10 «La Universidad y la capilla o el fetichismo comtista en solfa», en *ob. cit.*, Tomo I, pág. 7.

tento de apaciguar a los rebeldes, Díaz anunció reformas, entre ellas la electoral, y sacrificó a su gabinete. Lleno de amargura, Sierra tuvo que presentar la dimisión el 24 de marzo. [11] El cambio no fue bien acogido por la mayoría de los empleados de la Secretaría, directamente vinculados a él y entre los que se contaban tantos intelectuales y artistas, pues temían los imprevisibles cambios administrativos que se avecinaban. [12] Pero era la orientación general dada a la educación durante su ministerio lo más amenazado por la nueva situación.

El nuevo ministro, Jorge Vera Estañol, se apresuró a presentar ante la Cámara un proyecto de Escuelas Rudimentarias, cuyo propósito fundamental era enseñar a leer y a contar a las clases más deprimidas, especialmente a los indígenas.

> «Nació —dice Martín Luis Guzmán— al calor de los primeros movimientos revolucionarios del Norte —al mismo tiempo que las Cámaras votaban la ley de no reelección—, y con visible destino a hacer ruidoso contrapeso a la Escuela de Altos Estudios, creada meses antes por Justo Sierra en medio de una protesta tan general como disimulada. ¿Quién no pronunció entonces en México las sagradas palabras: 'No son altos sino bajos, los estudios que necesitamos'? ¡La pobre escuela!». [13]

Se aprobó el mismo día en que Porfirio Díaz embarcó para Europa. Llegaba algo tarde y, sin embargo, veremos que siguió su curso. [14]

La Secretaría de Instrucción del gobierno provisional la ocupó el maderista Francisco Vázquez Gómez, viejo enemigo de la política educativa de Justo Sierra. Nosotros lo conocemos como representante de la opinión católica en el antiguo Consejo Superior de Educación, autor de los ataques a la Nacional Preparatoria que provocaron en 1908 la «cuestión Barreda», y también

---

11 Sierra explicó su dimisión en un documento, cargado de pesadumbre, titulado «Pro domo mea» (*ob. cit.*, Tomo VIII, págs. 487-491).

12 Cfr. DUMAS, Claude: *ob. cit.*, Tomo II, págs. 459-461.

13 *La querella de México*, en *ob. cit.*, Tomo I, pág. 21.

14 Cfr. GOMEZ NAVAS, Leonardo: «La Revolución Mexicana y la educación popular», en SOLANA, Fernando y otros: *ob. cit.*, págs. 127-132.

como el candidato maderista a la vicepresidencia en las elecciones de 1910. Su nombramiento fue bien acogido por la prensa católica, que aprovechó para lanzar una campaña contra Sierra y la Escuela de Altos Estudios, el símbolo de su gestión, una institución irreal en medio del analfabetismo general de la nación.[15] Y los ateneístas se prepararon de nuevo contra su antiguo adversario. El 6 de junio, Alfonso Reyes le escribió a Henríquez Ureña:

> «Nada se sabe aún de sus propósitos. Sin embargo, son incompatibles para Vázquez Gómez las ideas de Altos Estudios y Universidad Nacional; no ha podido entender lo que es una persona jurídica; quiere la refundición de la Escuela de Altos Estudios en la Universidad o de ésta en aquélla (...) *Nosotros* estaremos a la defensa de la cultura. Vasconcelos *predispuesto (antepuesto,* dice Caso) a la posición contra el dicho ministro».[16]

Inmediatamente después de tomar posesión, Vázquez Gómez ordenó suspender los estudios del Consejo de Universidad sobre el siguiente año escolar y anular la aprobación de un programa de la Escuela de Altos Estudios. La medida provocó airadas protestas del Consejo, que consideró invadidas sus competencias.[17] El 17 de junio, Antonio Caso presentó la dimisión como Secretario.[18] Y el mismo día José Vasconcelos pronunció un discurso importante ante el Ateneo de la Juventud, que hay que volver a leer en este contexto.

---

15 Cfr. DUMAS, Claude: *ob. cit.*, Tomo II, págs. 467-468.

16 «Reyes e Henríquez Ureña, 6-6-1911», en *Correspondencia*, pág. 180.

17 Cfr. EGUIA LIS, Joaquín: *Informe que el Rector de la Universidad Nacional de México eleva a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, acerca de las labores de la misma Universidad durante el período de septiembre de 1910 a septiembre de 1912*, México, Imprenta Escalante, 1913, págs. 14-15.

18 Su carta de dimisión, que he encontrado en su expediente universitario, es un renocimiento de la labor de su maestro Sierra y un desaire al nuevo ministro: «Tengo el honor de decir a usted que renuncio formalmente al cargo que desempeño en la actualidad como Secretario de la Universidad Nacional de México, el cual me fue conferido durante la ilustrada gestión administrativa del señor licenciado Justo Sierra como Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, por nombramiento de señor Presidente de la República. México, 17 de Junio de 1911» («Hoja de servicios de don Antonio Caso», en Fondo de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, AHUNAM-CESU).

Claude Dumas también refiere el incidente, basándose en informaciones de la prensa (cfr. *ob. cit.*, Tomo II, pág. 475).

Desde primeros de junio la ciudad de México agasajaba a los revolucionarios que iban llegando de todas partes de la República y del exilio. El día 7 hizo su entrada Madero. En algunas de las fotografías más famosas de la Revolución lo vemos a caballo, menudo, sin escolta, entre la multitud entusiasta. [19] México-Tenochtitlán recibía a un caudillo nuevo: un caudillo civil.

> «Por una vez en tanto tiempo, caía destronado Huitzilopoxtli, el sanguinario (...). Por primera vez, la vieja Anáhuac —recordaba embelesado Vasconcelos— aclamaba un héroe cuyo signo de victoria era la libertad, y su propósito no la venganza, sino la unión». [20]

El 11 de junio el presidente del Ateneo de la Juventud, Alfonso Cravioto, desempolvó su pasado liberal y ofreció una cena en nombre de la institución para festejar el triunfo de la Revolución. [21] El día 17 organizó otra cena en honor del ateneísta revolucionario Vasconcelos, que vivía momentos de gran popularidad. [22] Fue aquí donde éste pronunció su discurso, publicado días después con el título «La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestros país».

Vasconcelos, portavoz algunos meses antes del «credo del Ateneo», planteó aquí, por primera vez, el paralelismo entre la «revolución política» iniciada por Madero y la «revolución intelectual» emprendida por el Ateneo. Y lo opuso a otro paralelismo, forjado desde hacía años: el existente entre el positivismo y el porfirismo.Todo un esquema de interpretación de la vida intelectual de México que aún perdura, lleno a veces de la misma valoración moral con el que fue formulado.

---

19 Véase el excelente archivo fotográfico de CASASOLA, Gustavo: *ob. cit.*, Tomo I, págs. 322-333.

20 *Ulises criollo*, ed. cit., pág. 376.

21 Cuando presentamos a Alfonso Cravioto, fundador de *Savia Moderna*, hablamos de su pasado liberal, que le valió algunos meses de condena en la cárcel de Belem. En su brindis del 11 de junio expresó las esperanzas puestas en el futuro por la nueva generación, la misma del Ateneo y de la Revolución, e instó a los revolucionarios a lograr un gobierno que hiciera realidad sus promesas (cfr. GRANADOS CHAPA, Miguel Angel: *ob. cit.*, págs. 70-71).

22 Cfr. VASCONCELOS, José: *Ulises criollo*, ed. cit., págs. 380-381.

«Las grandes transformaciones de los pueblos determinan un violento impulso hacia adelante en que coinciden el despertar moral, la rebelión política y la renovación de las ideas.

Nadie que haya observado las manifestaciones recientes de nuestra mentalidad nacional, dejará de reconocer el espíritu de autonomía, el garbo de juventud que deshizo la niebla de aquella dogmatización seudocientífica, que fue la enseñanza de las escuelas y la doctrina del periodismo durante la época de la tiranía y de la injusticia políticas.

Se desprestigiaron ante las conciencias las teorías conformistas de ese especial positivismo mexicano, o podría decirse: positivismo porfirista, y desde ese instante, casi sin esfuerzo, quedó consumada la revolución intelectual». [23]

El Ateneo fue el refugio de las nuevas doctrinas, que no encontraban acomodo entre quienes defendían el liberalismo jacobino, el catolicismo conservador y el positivismo porfirista:

«Este Ateneo, lo recordáis todos, fue organizado para dar forma social a una nueva era de pensamiento; aun sin saberlo con certeza, porque la voluntad marcha aunque no perciba claro su fin, los organizadores de esta sociedad se propusieron crear una institución para el cultivo del saber nuevo que habían encontrado, y para el cual no hallaban asilo ni en las arcaicas agrupaciones donde se recuerda la ideología superficial de la época de la Reforma, ni en las que se discuten el rancio saber escolástico del catolicismo, ni en aquellas donde se ostentaban ruidosamente las pueriles argumentaciones del sentido común con que al amparo del despotismo oficial, los positivistas dominaban en las escuelas y academias». [24]

---

23 «La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país», en CASO, Antonio y otros: *Conferencias*, ed. cit., pág. 135. Según informa el editor, Juan Hernández Luna, el discurso apareció en *Revista de Revistas* el 25 de junio de 1911. Aquí se informaba: «A la fiesta asistieron a más del obsequiado, los señores Alfonso Cravioto, presidente de la agrupación; licenciados Antonio Caso, Isidro Fabela, Eduardo Colín, Marcelino Dávalos, Erasmo Castellanos Quinto, Eduardo Xico y los literatos José Escofet, Carlos González Peña y Luis Castillo Ledón» (*Ibidem*, pág. 134). Repárese en la ausencia de Alfonso Reyes y de los porfiristas Nemesio García Naranjo y José María Lozano.

24 *Ibidem*, págs. 135-136.

De ahí que el Ateneo representase un esfuerzo original respecto al medio intelectual de México y una vuelta a las fuentes de la cultura occidental: «Tuvimos que reunirnos solos, y como rompiendo un lazo demasiado opresor, cortamos nuestras relaciones con lo que empezamos a mirar como el pasado y comenzamos a procurar beber en las fuentes abundantes del saber de los pueblos completos». [25]

Vasconcelos reconoce el temor de los ateneístas a que la violencia de la Revolución pudiera echar por tierra su labor intelectual: sus «rugidos —dice—, escuchados desde este interior de congregados para la meditación, sonaron amenazantes y quizá os sacudió el espanto de la ráfaga de viento que penetra el santuario amenazando apagar la lámpara sagrada que vela la contemplación». [26] Pero, lejos de eso, la Revolución venía a realizar los ideales de cultura del Ateneo. Tanto una como otro eran obra de los jóvenes y debían marchar unidos:

> «Y ahora que también se ha operado la transformación política, venimos a prestar nuevo juramento al ideal de nuestra generación (...). He aquí, pues, la unión que os propongo que reafirméis en defensa de la cultura superior que comienza a iniciarse, contra las reacciones y cegueras que los cambios políticos pudieran determinar». [27]

¿Cuáles son estas reacciones y cegueras, los peligros externos e internos que la Revolución y el Ateneo deben vencer unidos? En primer lugar, Vasconcelos deja entrever su impaciencia y descontento ante el gobierno provisional, con tan escasa representación de jóvenes revolucionarios. Desde Washington había aconsejado no acceder al pacto de Ciudad Juárez. Pensaba que en unas semanas más de lucha, el porfirismo habría sido barrido sin condiciones y Madero exaltado directamente a la presidencia: «Todos sentíamos —escribió años después— que la parte material del

25 *Ibidem*, pág. 136.
26 *Ibidem*, pág. 136.
27 *Ibidem*, pág. 136.

triunfo se nos escurría de las manos». [28] Pero Madero estaba decidido a respetar los acuerdos, confiar en los antiguos porfiristas y llegar a la presidencia con el respaldo de las urnas. No cabía más que esperar. De ahí que Vasconcelos, resignado pero confiado, diga a los ateneístas:

> «Muchos de nosotros hemos creído que por fin llegaba la época en que habían de tomar las ideas de los jóvenes todo el impulso que una larga espera precipita; pensábamos que se nos debía, por nuestra lucha contra el pasado, un reconocimiento de vitalidad y un puesto de avanzada; pero si todavía hemos de luchar (...) comenzará ahora la batalla y triunfaremos al fin». [29]

En segundo lugar, Vasconcelos muestra su recelo ante Vázquez Gómez, encargado provisionalmente de la cuestión educativa. La Revolución no debía dar marcha atrás en el desarrollo de la cultura superior que Justo Sierra había iniciado en las postrimerías de la dictadura y con la que el Ateneo se sentía identificado: «Esperemos que el nuevo régimen sea prudente para reformar, meditando en que es difícil todo cambio porque no existe liga común entre la edad más que madura, ya del pasado, que va a gobernar, por lo que parece, en materias educativas, y la juventud inspirada en ideales muy diversos». [30] Y termina: «Debemos estar seguros de que la última revolución, que es obra de los hombres de menos de cuarenta años, encaminará la cultura mexicana en el deseo que desea la juventud». [31]

Pese a las intenciones con las que pareció llegar al ministerio, lo cierto es que Vázquez Gómez no actuó contra la Universidad y la Escuela de Altos Estudios. La actitud de Caso, antiguo porfirista, y del maderista Vasconcelos eran representativas de una opinión bastante generalizada entre los círculos intelectuales. Profesores y alumnos de distintas Escuelas profesionales dieron muestras de simpatía a Sierra y de rechazo a Vázquez Gómez. [32]

---

28 *Ulises criollo*, ed. cit., pág. 373.
29 «La juventud intelectual mexicana...», ed. cit., págs. 136-137.
30 *Ibídem*, pág. 137.
31 *Ibídem*, pág. 137.
32 Cfr. DUMAS, Claude: *ob. cit.*, Tomo II, pág. 475.

El 7 de agosto éste asistió a la apertura del Consejo Universitario y declaró que, en contra de algunas interpretaciones dadas a su actitud respecto a la Universidad, estaba dispuesto a sostenerla y a reconocer el papel del Consejo.[33] También visitó personalmente a Sierra, en un gesto de reconocimiento público a su labor.[34] Probablemente consideró que no merecía la pena ganarse la animadversión de los intelectuales y estudiantes durante los pocos meses del interinato. Más aún cuando su verdadero interés estaba en ser de nuevo el candidato a la vicepresidencia junto a Madero. Pero éste cambió de opinión y se inclinó por la candidatura de José María Pino Suárez, con quien obtuvo una aplastante victoria en las elecciones de octubre. Pocos días antes de que ocupase la presidencia, Francisco Vázquez Gómez y otros antiguos correligionarios descontentos promovieron un intento de rebelión, anticipo de las muchas con las que Madero se iba a tener que enfrentar, tanto fuera como dentro de sus propias filas.

33 Cfr. EGUIA LIS, Joaquín: *ob. cit.*, págs. 15-16.

34 Cfr. VAZQUEZ GOMEZ, Francisco: *Memorias políticas (1909-1913)*, México, Universidad Iberoamericana, 1982, pág. 286.

VASCONCELOS, PRESIDENTE DEL ATENEO. DEL ATENEO DE LA JUVENTUD AL ATENEO DE MEXICO

Madero se hizo cargo de la presidencia el 6 de noviembre de 1911, y casi al mismo tiempo Vasconcelos fue elegido presidente del Ateneo: «Los amigos del Ateneo me nombraron su presidente para el primer año maderista. No por homenaje, sino en provecho de la institución, cuya vida económica precaria yo podría aliviar. Además, podría asegurarle cierta atención del nuevo gobierno». [1] Su gestión le dejó un recuerdo amargo, íntimamente unido al del fracaso de Madero, a lo que para los intelectuales liberales como él, fue la gran oportunidad perdida por México. En sus dieciséis meses de gobierno, Madero tuvo que hacer frente a rebeliones continuas: Bernardo Reyes, Félix Díaz, Emilio Vázquez Gómez, de una parte; Emiliano Zapata y Pascual Orozco, de otra, mantuvieron al país al borde de la anarquía. La agitación favorecida por una prensa y una oposición nada respetuosas del juego democrático, la falta de un programa social y agrario concreto, las dificultades financieras, fueron algunas de las condiciones que provocaron su trágico final. «No había ambiente para un trabajo sistemático de estadista, y menos —se lamenta Vasconcelos— para un florecimiento de la vida intelectual que hubiese dado al Ateneo un papel en nuestra vida pública, tan necesitada de elevados incentivos». [2] La institución, sometida a los vaivenes de la política, apenas realizó nada durante su mandato.

El cambio que vivía México atrajo a algunos escritores extranjeros, como el argentino Manuel Ugarte, el peruano José Santos

---

1 *Ulises criollo*, ed. cit., pág. 396.
2 *Ibídem*, pág. 399.

Chocano y el español Pedro González Blanco. Los tres compartían un mismo ideal hispanoamericanista y fueron invitados a participar en el Ateneo: «Nosotros iniciábamos en el Ateneo la rehabilitación del pensamiento de la raza», escribió Vasconcelos en 1935, diez años después de haber escrito *La raza cósmica* e *Ideología.* [3] Y aunque el acercamiento a los países hispánicos había sido enunciado en alguna ocasión por los antirreeleccionistas como objetivo de gobierno, puede que Vasconcelos exagerase algo la intencionalidad de su actuación, buscando antecedentes a su propio pensamiento. Lo cierto es que mientras Chocano y González Blanco acabaron incorporándose al Ateneo y, finalmente, a la Revolución, la visita de Ugarte provocó un grave incidente, que pone de manifiesto la extremada politización del ambiente y las presiones en medio de las que tuvo que desenvolverse el gobierno.

Manuel Ugarte llegó a México en enero de 1912, precedido por la fama de su libro *El porvenir de la América española,* publicado dos años antes, con ocasión del Centenario. En él advertía a las repúblicas balcanizadas de la América hispánica contra la América sajona, cohesionada y en continuo crecimiento: la unificación era el único remedio a la fácil conquista. Logró una amplia repercusión en la prensa de Hispanoamérica y, al cabo de un año, decidió emprender una «campaña» para llevar personalmente su mensaje a cada uno de sus países. La primera etapa fue Santo Domingo y Cuba, la cuna de la América española, la zona más sensibilizada con el problema; la siguiente, México.

Aunque el gobierno norteamericano aceptó de buen grado el nuevo régimen mexicano, su embajador Henry Lane Wilson no tardó en adoptar una actitud declaramente hostil. Cada vez eran más alarmantes los informes que enviaba a Washington, acusando al gobierno de Madero de no ofrecer suficientes garantías a los intereses norteamericanos y de favorecer el sentimiento contra su país. La visita de Manuel Ugarte habría de darle, de seguro, nuevos argumentos.

Desde su llegada, Ugarte tropezó con contratiempos que, de tan continuos, hacían dudar que fueran casuales. El 22 de enero

3 *Ibidem,* pág. 397.

debía hablar en el Ateneo de la Juventud sobre el nada comprometedor tema «La poesía y la mujer»; el acto se suspendió a última hora. Al día siguiente aparecieron en *El Imparcial,* ahora en la oposición, unas declaraciones de Ugarte denunciando que era víctima de las intrigas del ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Calero, quien trataba de obstaculizar por todos los medios su campaña, por temor a que ésta pudiera molestar a los Estados Unidos. El ministro estaba detrás de la decisión de José Vasconcelos de suspender su actuación en el Ateneo. En cuanto a la conferencia que debía pronunciar el 3 de febrero ante los estudiantes, ésta sí de carácter político, con el tajante título «Ellos y Nosotros», ya habían surgido las primeras dificultades: Justo Sierra, que acababa de ser nombrado embajador en España, había retirado su ofrecimiento inicial de presentarla. Sin duda obedecía al ministro, del que era suegro y dependía por su nueva situación de diplomático. En tales condiciones, él había resuelto hacer público el caso: correspondía a la prensa, los intelectuales y la juventud mexicana, decir si podía o no hablar libremente.

Las declaraciones provocaron reacciones inmediatas. El 24 de enero los estudiantes decidieron convocar para dos días después una manifestación en apoyo a Manuel Ugarte, cuya campaña se había convertido en una cuestión de honor nacional. Los políticos y la prensa de la oposición hicieron causa común con ellos. El mismo día 24, el diputado Nemesio García Naranjo renunció a seguir siendo miembro del Ateneo de la Juventud. [4]

En medio del embarazo oficial, sólo Vasconcelos se mostró resuelto a acusar y no a dar excusas. [5] El 25 publicó en el periódico

---

4 Alejandro Quijano dice: «La renuncia de García Naranjo fue, según dice el escrito que tengo en mi poder, 'por no estar conforme con la conducta seguida por el Ateneo de la Juventud para con el ilustre huésped de la República, Señor Don Manuel Ugarte'» (*art. cit.*, pág. 2).

5 Justo Sierra hizo algunas puntualizaciones en *El Imparcial* del día 24: en principio aceptó la invitación que le hizo una delegación de estudiantes para presentar una conferencia de Manuel Ugarte sobre el porvenir de la raza latina, pues también él simpatizaba en términos generales con el proyecto de acercamiento entre los países latinoamericanos. Cuando supo el título concreto: «Ellos y Nosotros» se entrevistó con Ugarte para saber si podía presentarla, teniendo en cuenta su condición de diplomático. Fue el mismo Ugarte quien le aconsejó que mejor no lo hiciera. Ugarte replicó insistiendo de nuevo en sus anteriores declaraciones (Cfr. DUMAS, Claude: *ob. cit.*, Tomo II, págs. 490-493).

maderista *Nueva Era* un violento artículo, atacando a los estudiantes por dejarse utilizar por la reacción. Estos se enfervorizaron aún más y al día siguiente llevaron su manifestación hasta las puertas del Palacio Nacional. Madero en persona salió a explicarse: su gobierno no se identificaba con las declaraciones de Vasconcelos y tampoco tenía intención de prohibir la conferencia de Ugarte. Aunque no habría representantes oficiales, podría hablar libremente el 3 de febrero. Así fue y el Teatro Virginia Fábregas se llenó para escuchar su prédica por la «unificación latinoamerinada» frente a los Estados Unidos, menos excepcional de lo esperado. Dos semanas más tarde abandonó México, rumbo a Centroamérica. Años después Vasconcelos todavía escribía con despecho: «En vano recordábamos al público que Porfirio Díaz no dejó llegar a la capital ni al propio Darío, por temor a que el recuerdo de su *Oda a Roosevelt* provocase un gesto adverso en los Estados Unidos. Aquellos porfiristas que tomaban a Ugarte por bandera contra nosotros sabían de sobre que su antiguo jefe no le hubiera dejado desembarcar».[6] Pero también reconocía que el incidente no dejó en buen lugar al gobierno: fue «el único fracaso de la nueva política hispanizante».[7] La llegada de José Santos Chocano dio la oportunidad de paliar algo su efecto en la opinión pública.

Chocano compartía con Darío el título de «poeta de la raza» o «poeta de América» desde que en 1906 publicó en Madrid el libro *Alma América*. Estaba en la cima de su éxito cuando se vio envuelto en un asunto turbio y tuvo que salir precipitadamente de España. Anduvo por las Antillas y los Estados Unidos hasta que se instaló en Guatemala, bajo la protección del dictador Estrada Cabrera. En el verano de 1912 el «Señor Presidente» le encargó una misión confidencial cerca de Madero.

Su obra era bien conocida en México desde la época de la *Revista Azul*. Los diarios de la capital anunciaron su llegada y se hicieron eco de los actos en los que intervino. Fue recibido por Madero. El 10 de septiembre el Ateneo de la Juventud organizó una velada en su honor, en la que recitó sus nuevos poemas. Pero

---

6 *Ulises criollo*, ed. cit., pág. 398.
7 *Ibidem*, pág. 398.

la polémica, que siempre le acompañó, no tardó en aparecer.[8] El 16 de septiembre participó junto a Antonio Caso en los actos de las Fiestas Patrias, donde recitó un poema épico titulado «La campana de Dolores», que apareció reproducido al día siguiente en *El País*. El 18 este mismo periódico publicó una carta de un tal Carlos Toro, en la que se acusaba a Chocano de haber plagiado el famoso poema «Las campanas» de Edgar Allan Poe.[9] La prensa recogió las reacciones a favor y en contra, con el título, sin duda periodístico, de «la polémica Toro-Santos Chocano». Finalmente, el día 25, *El País* reprodujo el dictamen de David Cerna, en cuya traducción de «The Bells» basó Carlos Toro su acusación: «una imitación de forma literaria —decía— no es un plagio»;[10] y una nota del mismo Chocano en la que aducía las cartas de adhesión que le habían enviado algunos de los más importantes escritores mexicanos.[11] Con esto dio por zanjado el asunto. Sin embargo, el día 29 envió a *El País* una carta más, que pidió la publicasen sin comentarios. Estaba fechada el día anterior e iba dirigida al secretario del «Ateneo de México»:

> «Méjico, 28 de septiembre de 1912.
> Señor Secretario del Ateneo de Méjico. Ciudad.
>
> Señor Secretario:
>
> He recibido la atenta nota en que se digna comunicarme que el Ateneo de Méjico, en su sesión del 25 del presente mes, me ha distinguido, por unanimidad de votos, con el nombramiento de socio. Al aceptar el nombramiento y dar las gracias, hágole presente que estimo tan señalada distinción como un desagravio espontáneo que la juventud intelectual de Méjico me hace por la

---

8 La completísima biografía literaria escrita por Luis Alberto Sánchez *Aladino o vida y obra de José Santos Chocano*, México, Costa Amic, 1960, págs. 265-285, ofrece bastante información sobre la estancia del poeta en México. No añade mucho más ROMERO DEL VALLE, Emilia: «Chocano en la Revolución Mexicana», en *Letras*, núms. 78-79, 1967, págs. 77-91. Yo tan sólo daré algún dato nuevo sobre la «polémica Toro-Chocano» y sobre éste y el Ateneo.

9 «Los versos de Santos Chocano. Carta al director de Carlos Toro», en *El País*, 18 de septiembre de 1912, pág. 5.

10 «La polémica Toro-Santos Chocano. Una opinión discreta», en *El País*, 25 de septiembre de 1912, pág. 5.

11 «La polémica Toro-Santos Chocano, Casasús, Díaz Mirón, Urbina y Urueta dictaminaron en el asunto», en *El País*, 25 de septiembre de 1912, págs. 4 y 5.

peregrina y mal intencionada acusación de 'plagiario' que contra mí se sigue sosteniendo desde las columnas de un diario serio de esta capital». [12]

Efectivamente, en la sesión del 25 de septiembre de 1912 el Ateneo de la Juventud había cambiado su nombre por el de Ateneo de México. La conciencia generacional que había animado la fundación de aquél se había disipado en gran parte. Después del Centenario y de la Revolución, parecía haberse cumplido una etapa. Por lo general, los ateneístas ocupaban cargos en la política o la educación y poseían cierto reconocimiento intelectual. El cambio de nombre no respondió tanto a una reorganización, puesto que los estatutos permanecieron prácticamente idénticos, como a un deseo de ampliación: abrir la institución a todos los intelectuales del país, no importaba de qué edad. Desde ese momento fueron entrando en el Ateneo de México bastantes nuevos socios. Además de Chocano y González Blanco, varios escritores mexicanos de prestigio: entre ellos, Luis G. Urbina y Jesús Uruea, bien conocidos en el Ateneo de la Juventud, y Enrique González Martínez, que acababa de llegar de la provincia y se había convertido en el nuevo ídolo de los jóvenes.

12 «Una carta de Chocano sin comentarios», en *El País*, 29 de septiembre de 1912, pág. 7.

GONZALEZ MARTINEZ, EL POETA DE ATENEO

En la sesión del 25 de septiembre de 1912, en la que el Ateneo de la Juventud se transformó en Ateneo de México, Enrique González Martínez fue elegido presidente de la asociación y Rafael López, vicepresidente.[1] La elección parece simbólica. En 1911, poco antes de establecerse en la capital, González Martínez había publicado su cuarto libro de poemas: *Los senderos ocultos*. En 1912 Rafael López publicó, gracias a la generosidad de Vasconcelos, el primero de los suyos: *Con los ojos abiertos,* en realidad una selección de toda su poesía anterior. Ambos poetas aparecían claramente definidos. Puede decirse de forma general que, desde los mismos títulos, sus obras eran como dos caras del modernismo: una introvertida y otra extravertida, una que parecía mirar hacia el futuro y otra hacia el pasado.

Cuando los Henríquez Ureña llegaron a México y se unieron a *Savia Moderna,* Rafael López era el «poeta del grupo», el mayor y el más formado. A finales de 1907 Max publicó en la prensa de Guadalajara varios artículos en los que hacía propaganda de sus compañeros. Conocemos el que le dedicó a Alfonso Reyes, animándolo a ejercitarse en la prosa y a profundizar en los estudios clásicos. Escribió otro, muy parecido, sobre Rafael López: «Fuera del grupo de consagrados que se llaman Díaz Mirón, Nervo, Valen-

1 «En la última sesión celebrada en el Ateneo de México se eligió la nueva mesa directiva, recayendo los nombramientos en las siguientes personas: presidente, doctor Enrique González Martínez; vicepresidente, Rafael López; secretario, señor licenciado Alejandro Quijano; tesorero, señor ingeniero Federico Mariscal; revisor de filosofía, señor licenciado Vasconcelos; revisor de Literatura y Arte, señor ingeniero Jesús T. Acevedo; revisor de Literatura y Arte, señor don Alfonso Reyes; revisor de Ciencias Sociales, señor licenciado Antonio Caso» («Nueva directiva del Ateneo de la Juventud», en *El Diario,* 27 de septiembre de 1912, pág. 7). Aunque en el artículo ya se habla de «Ateneo de México», en el título todavía aparece el antiguo nombre de «Ateneo de la Juventud».

zuela, Urbina y Tablada, es difícil encontrar en México poetas —jóvenes o viejos— que superen a Rafael López en la elegancia de la factura y la sabia aristocracia de la expresión».[2] El es el único entre los jóvenes de «la nueva hora» —dice— que «ha hecho 'obra' de poeta».[3] Ahí están sus muchas composiciones dispersas en revistas, esperando ser recogidas en libro. El artículo termina con una alusión a su prosa, de la que había dado muestra en unas pocas crónicas publicadas en *Revista Moderna* y *Savia Moderna*.

> «La prosa de Rafael López es nerviosa y dúctil. Fáltale dominarla como sabe dominar su verso. En verdad, no creo que esté llamado a sobresalir en prosa, aunque sí estoy seguro de que sabrá darle plasticidad y gallardía. No es aventurado asegurarlo, si se tiene en cuenta que Rafael López es un ardiente devoto de la antigua Grecia y vive consagrado a leer a los clásicos. Yo tengo fe ciega en los que, como él, se esfuerzan por tener una sólida cultura clásica, que es lo único que, unido a una sobria y selecta erudición moderna, puede dotar a un escritor de alas poderosas con que remontarse por encima de la vulgaridad ambiente».[4]

Los Henríquez Ureña animaban a Rafael López porque veían en él condiciones de escritor: sobre todo dominio técnico del verso característico de los modernistas, también afición por Grecia y cierta soltura en la prosa. Condiciones necesarias, pero no suficientes. Ambos creían que su modernismo, en el que hay que incluir su helenismo, era ya para entonces demasiado «francés» y externo. Y esperaban que se abriese a otras influencias y se despojase de su esteticismo. No lo hizo. No se dejó guiar como Alfonso Reyes. No profundizó en la cultura clásica y en la literatura española. Su poesía permaneció idéntica, como demuestra su libro de 1912. Después de esta fecha se dedicó fundamentalmente a la prosa, desoyendo también en esto los consejos de Max Henríquez Ureña, y ni siquiera se encaminó hacia el «ensayo crítico», sino

2 «Rafael López», *Revista Moderna*, enero 1908, pág. 277 (el artículo apareció con el seudónimo de René d'Orange en el periódico de Guadalajara *Crónica*, 1 de diciembre de 1907).
3 *Ibídem*, pág. 278.
4 *Ibídem*, pág. 278.

hacia la «crónica» artística de actualidad, siguiendo las huellas de Nájera y Urbina.[5]

Cuando se publicó *Con los ojos abiertos,* Alfonso Reyes escribió: «Rafael López es el último poeta de la *Revista Moderna* —heredera de los timbres de la *Revista Azul* y que popularizó entre nosotros la poesía *post-romántica*».[6] De ahí sus características: su dominio técnico, la maestría en el color y el ritmo, y su actitud decadente, lo que Reyes llama «el diabolismo literario», que parece unir a los escritores de la revista con su dibujante Julio Ruelas.[7] «Su helenismo es meramente exterior y 'retórico' y sigue las interpretaciones de la moderna poesía francesa. Las principales fuentes de su educación espiritual son todas modernas: su término más lejano es, quizás, el parnasianismo francés. Como literato adora a Francia y reniega de España, sobre todo de su tradición».[8] La influencia más persistente en su obra es la de Rubén Darío o, mejor, la del «rubendarismo» de *Prosas profanas.* Por todo esto, vaticina Reyes:

> «Rafael López será muy pronto un poeta de ayer. No se tome a censura: yo no haga crítica dogmática; señalo, hasta donde puedo, un carácter poético y dejo al tiempo que decida. Rafael López, por su mismo vigor, por la abundancia del color y el regocijo de la forma, por la pulsación de sus versos, su 'parnasianismo', su constante evocación de la viña y del mármol, su alusión a la fábula griega y al país de Ofir, se halla en un plano especial de la poesía que no es precisamente el contemporáneo».[9]

---

5 Cfr. ZAITZEFF, Serge I.: *Rafael López, poeta y prosista,* ed. cit., páginas 80-104, donde se estudian sus crónicas. También el «Prólogo» del mismo Zaïtzeff a LOPEZ, Rafael: *Crónicas escogidas,* ed. cit., págs. 7-24.

6 «La poesía de Rafael López. Notas sobre el libro de Rafael López *Con los ojos abiertos*», en *Capítulos de literatura mexicana, OC* I, pág. 290 (según se informa en esta edición, el artículo apareció en marzo de 1913).

7 *Ibidem,* págs. 290-295. Alfonso Reyes volvió a utilizar los mismos conceptos en *Pasado inmediato, OC* XII, págs. 200-202. Sobre el excelente dibujante Julio Ruelas, cuyas ilustraciones llenaron la primera época de la *Revista Moderna,* a través de la cual alcanzó gran fama y llegó a inspirar a bastantes escritores de la época, véase, entre otros, a MARTINEZ PEÑALOZA, Porfirio: «Julio Ruelas y su ambiente literario», en *Algunos epílogos del modernismo y otros notas,* México, Cameliana, 1966, págs. 35-45.

8 «La poesía de Rafael López. Notas sobre...», en *OC* I, pág. 292.

9 «La poesía de Rafael López. Dos versos de Rafael López», en *Capítulos de literatura mexicana, OC* I, pág. 298.

Su hora, la hora de la primera *Revista Moderna* y en general del primer modernismo había pasado ya.

Enrique González Martínez también pertenecía a la *Revista Moderna*. Sus dos primeros libros: *Preludios* (1903) y *Lirismos* (1907), entraban en parte dentro del primer modernismo. Pero al contrario de Rafael López, él sí reaccionó a tiempo. Cuando los volvió a recoger lo hizo con el título común de *La hora inútil*. A partir de entonces se inclina a una poesía intimista y meditativa dentro de su modernismo esencial. En 1909 publica *Silenter* y dos años después, *Los senderos ocultos*, el libro que lo dio realmente a conocer en México y provocó el entusiasmo de la juventud intelectual.

> «González Martínez —dice Max Henríquez Ureña— traía otro mensaje. Sólo de manera esporádica se habían escuchado acentos semejantes en Gutiérrez Nájera o en algunas manifestaciones de poesía introspectiva de otros modernistas. Este nuevo mensaje de serenidad meditativa encontró su síntesis en el soneto *Tuércele el cuello al cisne...*, escrito en 1910 e incluido al año siguiente en *Los senderos ocultos*». [10]

La fama de González Martínez depende de ese soneto, motivo de discusión literaria durante años y referencia obligada en la historia del modernismo. En él se aconseja huir de la exterioridad poética representada por el cisne modernista:

> «Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje
> que da su nota blanca al azul de la fuente;
> él pasea su gracia no más, pero no siente
> el alma de las cosas ni la voz del paisaje». [11]

Y a cambio propone una poesía vuelta a las realidades profundas y misteriosas de la existencia, que simboliza en la figura del búho:

---

10 *Breve historia del modernismo*, ed. cit., pág. 494. El estudio general más importante sobre el poeta es el de BRUSHWOOD, John S.: *Enrique González Martínez*, New York, Twayne Publishers, 1969.

11 «Tuércele el cuello al cisne...», en *Los senderos ocultos, Obras completas*, ed. de Antonio Castro Leal, México, El Colegio Nacional, 1971, pág. 116.

«El no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
pupila, que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno». [12]

Aquí no vamos a analizar el poema ni a ver en detalle las reacciones que provocó. Sólo nos interesa señalar que la celebridad que alcanzó, primero en México y luego en el resto de Hispanoamérica, tiene su origen en la acogida que le dieron los ateneístas, y en especial Pedro Henríquez Ureña.

Desde 1909 éste seguía con gran admiración los poemas del nuevo libro de González Martínez que iba adelantando la prensa. Y él era un hombre de compartir sus entusiasmos y casi de imponerlos. Así lo hizo con Alfonso Reyes, que los leyó por recomendación suya. [13] Cuando se publicó *Los senderos ocultos,* Reyes le dedicó un pequeño artículo: González Martínez representa —dice— un saludable retorno a «las evidencias primeras del espíritu»; [14] hace de sus emociones humildes y de sus meditaciones trascendentales el tema de su poesía. Por eso es «clásico a su manera». [15] He aquí lo que sin duda atrajo a Reyes y a Henríquez Ureña de la poesía de González Martínez: su «espíritu clásico». En un estudio un poco posterior, sobre el que volveremos, Henríquez Ureña definió al dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón como «artista de espíritu clásico (entendida esta designación en el sentido de artista sobrio y reflexivo)», [16] representante del carácter peculiar de la literatura mexicana: la discreción, la mesura. Un carácter cuya última manifestación son «las emociones delicadas y la solemne meditación de nuestros más amados poetas de hoy, Nervo, Urbina, González Martínez». [17]

---

12 *Ibidem,* pág. 116.

13 Como veremos, en sus cartas de 1909 a Alfonso Reyes ya empieza a hablar con entusiasmo de los poemas que González Martínez publica en la *Revista Moderna.* La mejor edición de las obras de éste es la Castro Leal, que seguimos aquí. Pero no existe una edición crítica, que dé cuenta de la fecha de aparición de sus poemas y ayude a comprender con más exactitud su evolución.

14 *«Los senderos ocultos»,* en *Dos tributos a Enrique González Martínez, OC* I, pág. 307 (el artículo está fechado en octubre de 1911).

15 *Ibidem,* págs. 308.

16 «Don Juan Ruiz de Alarcón», en *Nosotros,* núm. 9, marzo 1914, ed. cit., pág. 599. Este trabajo fue editado posteriormente en varios libros y aparece en las *Obras completas,* pero muy retocado. Seguiremos pues, la versión original.

17 *Ibidem,* pág. 591.

En 1915 González Martínez publicó tres libros: una nueva edición de *Los senderos ocultos,* para la que utilizó como prólogo el artículo de Reyes; *La muerte del cisne,* que aprovechaba la fama del anterior y lo continuaba; y finalmente, *Jardines de Francia,* una colección de traducciones de poemas de los simbolistas que tanto habían influido en él: Francis Jammes sobre todo, también Emile Verhaeren, Henri de Régnier, Georges Rodenbach y Francis Vielé-Griffin.[18] En esta ocasión fue Henríquez Ureña quien le escribió expresamente el prólogo. Se titula «La poesía de Enrique González Martínez» y es todavía hoy uno de los ensayos más penetrantes sobre el tema. Entre otras cosas dice: «Raras veces conocerá las tablas de valores literarios de México quien no visite el país; porque la crítica se ejerce mucho más en el cenáculo que en el libro o en el periódico».[19] Algo que nosotros podemos entender ahora: quien dictaba entonces las tablas de valores literarios era su grupo, él mismo. Y añade, en lo que se refiere a la poesía moderna mexicana:

> «Seis dioses mayores proclama la voz de los cenáculos: Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, muertos ya; Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, Luis G. Urbina y Enrique González Martínez. Cada uno de los poetas anteriores tuvo su hora de influencia. González Martínez es el de la hora presente, el amado y preferido por los jóvenes que se inician».[20]

El representa en México lo más avanzado del modernismo, su última evolución.

> «¿Qué significan las *Prosas profanas,* de Rubén Darío, cuyos senderos comienzan en el jardín florido de las *Fiestas galantes* y acaban en la sala escultórica de *Los trofeos?* Diversión momentánea, juvenil divagación en que reposó el espíritu fuerte antes de entonar *Cantos de vida y esperanza.*

---

18 Sobre este aspecto véase el trabajo de GUZZY Y DE LA MORA, Luisa: *Enrique González Martínez frente al simbolismo francés,* Tesis para el grado de maestra, Universidad Nacional Autónoma de México, 1954, en especial las páginas 22-40, que son las que responden realmente al tema.

19 «Enrique González Martínez» en *OC* III, pág. 257.

20 *Ibidem,* pág. 257.

La juventud de hoy piensa que eran aquellos 'demasiados cisnes'; quiere más completa interpretación artística de la vida, más devoto respeto a la necesidad de interrogación, al deseo de ordenar y construir. El arte no es halago pasajero destinado al olvido, sino esfuerzo que ayuda a la construcción espiritual del mundo». [21]

Y concluye, poniendo como ejemplo el soneto «Tuércele el cuello al cisne»: «Enrique González Martínez da voz a la nueva aspiración estética». [22]

Desde entonces la fama del poema creció, y hasta llegó a interpretársele como manifiesto de una estética diferente a la modernista y una condenación de Rubén Darío. Basta leerlo para advertir que en él sólo se estaba manifestando la reacción, cada vez más general dentro del mismo modernismo e impulsada, entre otros, por el propio Darío, contra los temas frívolos o exóticos. Puede que González Martínez contribuyese bastante al equívoco, aunque en el segundo tomo de sus memorias, no por casualidad tituladas *El hombre del búho,* y publicadas en 1951, un año antes de su muerte, aclarase:

«... entre los poemas de este cuarto libro estaba el soneto *Tuércele el cuello al cisne* que Pedro Henríquez Ureña, a mi segundo arribo a México con el volumen debajo del brazo, habría de considerar como intencionado manifiesto literario o como síntesis de una doctrina estética. En realidad el poema no era, como definido propósito, ni una ni otra cosa, sino la expresión reactiva contra ciertos tópicos modernistas arrancados al opulento bagaje lírico de Rubén Darío, el Darío de *Prosas profanas* y no de *Cantos de vida y esperanza.* Dejando a un lado lo esencial en la poesía del gran nicaragüense, se prolongaba en sus imitadores lo que podríamos llamar exterioridad y procedimiento (...). Contra aquella moda inquietante, aunque efímera, iban los versos míos que tomaban el cisne como símbolo de la gracia intrascendente, y el

21 *Ibídem,* pág. 261.
22 *Ibídem,* pág. 261.

búho como paradigma de la contemplación meditativa que ahonda en los abismos de la vida interior. Nada contra Darío».[23]

Y por las mismas fechas, le escribía al crítico de su obra Manuel Topete: «Pedro Henríquez Ureña, en conversación y por escrito, afirmó que mi soneto era una norma estética, y de allí el querer dar mayor alcance y aun malas intenciones a mis versos».[24]

Pero queda claro que Henríquez Ureña entendía su soneto como síntesis de una tendencia nueva dentro del modernismo, no contraria a él. Ni, por supuesto, contraria a Darío. Es lo que dijo en su artículo de 1915, donde reiteraba su admiración por *Cantos de vida y esperanza.* Y lo que debía decir en privado. En 1909 le escribía a Reyes recomendándole los poemas de González Martínez: «se parecen a los más sencillos de Darío».[25]

Poco después de la muerte de González Martínez, Reyes y Max Henríquez Ureña volvieron a recordar su soneto. Para Reyes «representa entonces, en nuestro país, y pronto más allá de nuestras fronteras, la llamada oportuna, la voz de alarma, la invitación a una poesía de sobriedad y castidad mayores, y más orientada hacia la dimensión subjetiva. No por eso olvida ninguna de las anteriores conquistas».[26] Max Henríquez Ureña hizo uso del término «posmodernismo», acuñado por Federico de Onís para englobar las diversas tendencias en las que se disolvió el modernismo. En México, dice, González Martínez «fue el último modernista y el primer posmodernista, pues con él se inicia un modernismo refrenado que tiende a una mayor diafanidad lírica y desecha todo empeño preciosista».[27] Y añade: «González Martínez recogía en su soneto una tendencia que, por lo menos desde la publicación

---

23 *La apacible locura* (Segunda parte de *El hombre del búho),* en *Obras completas,* ed. cit., págs. 705-706. El libro es del año 1951.

24 La carta está fechada el 4 de abril de 1948 y ha sido reproducida por José Manuel Topete en *El mundo poético de Enrique González Martínez,* Guadalajara, Fénix, 1967, pág. 161.

25 «11-1-1909», en *Correspondencia,* pág. 119.

26 «Homenaje fúnebre del Colegio Nacional» en *Dos tributos a Enrique González Martínez,* en *OC* I, pág. 310. El artículo está escrito en 1953; González Martínez había muerto el año anterior.

27 *Breve historia del modernismo,* ed. cit., pág. 492 (la primera edición de este libro es de 1954, dos años posterior a la muerte de González Martínez).

de *Cantos de vida y esperanza,* ya se había infiltrado en el modernismo. No por eso dejaba de ser una síntesis de un credo estético y, bueno es tenerlo en cuenta, nadie la había formulado antes de manera concreta». [28]

Desde los tiempos de la Sociedad de Conferencias, Pedro Henríquez Ureña y sus compañeros habían defendido la tradición inaugurada en México por Gutiérrez Nájera, la tradición de la poesía moderna, del «arte libre». Llevaron su defensa hasta la calle. En 1912 pusieron un nuevo nombre a su cenáculo: Ateneo de México. Y al frente de él, al poeta con el que, en su opinión, esa tradición proseguía renovándose. Fue un nombramiento honorífico. Como presidente del Ateneo González Martínez no tuvo una actuación destacada. [29] Como escritor prácticamente no evolucionó, aunque fue el poeta representativo de México, el más influyente entre los jóvenes, al menos hasta la década de los veinte.

Puede añadirse que Henríquez Ureña siguió difundiendo su poesía durante ese tiempo, ya fuera de México. Al volver a Cuba en 1914 aún insistía, como en *Ensayos críticos,* en que sus escritores debían orientarse a un «modernismo americano bien entendido». [30] Trató entonces de realizar allí un «pequeño grupo», como el que él había dirigido en México y que la Revolución acababa de destruir. Entre sus elegidos estaban el prosista José María Chacón («el que con más facilidad, con un poco más de barnices clásicos y sajones y un mucho de modernismo, podría sumarse a nosotros», le dice a Reyes [31]) y el poeta Mariano Brull («realmente modernista, cosa rara y muy necesaria en Cuba» [32]). Tomó a éste

28 *Ibídem,* pág. 496.

29 El mismo mencionó algo vagamente este hecho en sus memorias: «El primitivo *Ateneo de la Juventud* se llamaba ya, a secas, *El Ateneo.* Sus socios se habían dado cuenta de que el mote juvenil habría de ser borrado poco a poco por el correr implacable de los años. Tengo de mi ingreso en el Ateneo los más gratos recuerdos. Apenas me había sacudido el polvo del camino, cuando recibí cordial invitación para incorporarme al grupo ateneísta, que entonces presidía Antonio Caso; y fue Alfonso Reyes quien me dio la bienvenida con palabras elocuentes y cálidas (...). Cuando terminó el período presidencial de Caso, la presidencia fue puesta en mis manos, tal vez como gentil homenaje a la provincia» *(ob. cit.,* pág. 721). En realidad el presidente saliente no era Caso, como él dice y repiten algunos de sus biógrafos, sino Vasconcelos.

30 «El modernismo en la poesía cubana», *OC* I, pág. 170.

31 «8-5-1914», en *Correspondencia,* pág. 313.

32 *Ibídem,* pág. 314, en nota.

a su cargo, le propuso como modelo a González Martínez y comenzó a seguir, exigente como siempre, su formación. El primer libro de Brull, *La casa del silencio,* es un caso sorprendente de asimilación del estilo de *Los senderos ocultos.* [33] Mientras tanto él, que había dirigido a Alfonso Reyes hacia la prosa, le insistía en que no abandonase la poesía: «En verso, estoy seguro de que tú debes ser quien sustituya a González Martínez». [34] Pero la poesía de Reyes, personalísima y realizada en gran parte fuera de México, apenas tuvo resonancia aquí. En 1916 apareció *La sangre devota* de Ramón López Velarde. Julio Torri acertó a ver: «López Velarde es nuestro poeta de mañana, como lo es González Martínez de hoy». [35] Henríquez Ureña regresó a México en 1921. Reconoce entonces que González Martínez «ya no tiene nada nuevo que enseñar». [36] Su lugar lo ocupa López Velarde, que muere ese mismo año, pero deja una poesía renovadora y todavía viva. Tras él comienza en México la poesía contemporánea.

---

33 He estudiado en detalle este caso en mi Tesis de Licenciatura inédita *La obra de Mariano Brull. Medio siglo de poesía cubana (1902-1956),* presentada en la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla en enero de 1985, págs. 34-46.

34 «Henríquez Ureña a Reyes, 6/7-8-1914», en *Correspondencia,* pág. 426.

35 «La sangre devota», en *Diálogo de los libros,* ed. cit., pág. 69.

36 «Apostilla a 'Enrique González Martínez'», en *Obra crítica,* ed. cit., pág. 290.

EL ATENEO CREA LA UNIVERSIDAD POPULAR

El 13 de septiembre de 1912 murió en Madrid Justo Sierra. La noticia causó un gran impacto en México. Inmediatamente el Ateneo de la Juventud anunció su intención de celebrar una velada en su honor. En la sesión del día 25, en la que se realizó su transformación en Ateneo de México, se nombraron las comisiones que habían de acudir al solemne recibimiento del cadáver en Veracruz y al entierro en México. Martín Luis Guzmán fue designado para pronunciar una alocución en el Panteón de la capital, que constituye la mejor declaración de los vínculos por los que la institución se sentía unida a la obra de Sierra.

La joven generación, la representada por los ateneístas, dice, admira en Sierra su idealismo y su pasión por la educación, el medio de llevar a la práctica las grandes ideas. Y se identifica con su obra, coronada por la creación de la Escuela de Altos Estudios y la restauración de la Universidad, que había venido a completar lo realizado en su día por Gabino Barreda:

> «Si el concepto pedagógico (demasiado exclusivista, como hijo de las condiciones políticas del momento) que produjo la Escuela Preparatoria hizo de ésta una obra irreprochable en su origen, como acción sabiamente encaminada a sus fines, ese concepto, trunco a la luz de la superior cultura, no podía conservar inalterable su valor. La vida intelectual de un pueblo tenía que sentirse ahogada en límites tan angostos, tanto porque tal sistema había de producir una anemia cada día mayor en nuestras escuelas superiores, destinadas hasta ahora a crear hombres de profesión, pero no maestros ni hombres de ciencia, cuanto porque, aparte de aquella función vital y utilitaria, tenían que hacerse sentir los motivos desinteresados: la necesidad de la especulación

y la investigación, que lleva siempre a las sociedades, a través de un grupo de individuos, a mantener encendido el fuego de la sabiduría. A este afán, por nadie mejor ni más intensamente sentido que por el Maestro, respondieron la creación de la Escuela de Altos Estudios y la resurrección de la Universidad de México». [1]

Martín Luis Guzmán termina denunciando como falso el dilema que los enemigos de la Universidad planteaban entre educación primaria y superior. Ambas responden a necesidades distintas y complementarias. La alfabetización es sólo una parte, la mayor y más ardua sin duda, pero una parte al fin, de la educación nacional. Mientras se avanza en este sentido, lo que él llama la parte «civilizada» de México, «consciente de lo que quiere, de lo que puede y de lo que debe; de lo que exige su vida, como de lo que constituye su misión de perfeccionarse a sí misma y a los demás, nunca consentirá en pactar con la incultura ambiente un estancamiento que además de inútil para los otros, le sería perjudicial». [2]

La velada organizada por el Ateneo en honor de Sierra tuvo lugar el 22 de octubre, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria: «extraño y conmevedor funeral, al cual llama Vasconcelos, con acierto raro —recordó Henríquez Ureña—, el acto culminante en la vida espiritual del país». [3] Sierra pasaba a ocupar un sitio entre los forjadores del espíritu americano de que hablan Henríquez Ureña y Reyes.

---

1 «Justo Sierra», en *Otras páginas, Obras completas,* Tomo I, ed. cit., pág. 109.

2 *Ibidem,* pág. 110. Martín Luis Guzmán adelanta aquí la idea central de su primer libro, el ensayo *La querella de México,* escrito tras la caída de Madero y anterior a su serie de novelas de la Revolución: la necesidad de educar a las clases dirigentes mexicanas.

3 «El amigo argentino», en *Obra crítica,* ed. cit., pág. 300. Volvió a recordar esta frase en *Las corrientes literarias en la América Hispánica, OC* X, pág. 205. Anunció e hizo propaganda del acto *El Diario* (14 de octubre de 1914, págs. 1 y 4; 18 de octubre de 1912, pág. 5; 22 de octubre de 1912, pág. 5). En él Alejandro Quijano leyó versos de Justo Sierra; Luis G. Urbina, un estudio sobre su obra literaria; José Santos Chocano, un poema expresamente escrito para la ocasión, que debe ser seguramente «La agonía socrática»; Antonio Caso, una conferencia titulada «Justo Sierra: el amante, el escéptico, el historiador», que recogió tres años después en la sección «Moralistas americanos», de su libro *Filósofos y doctrinas morales,* junto a la de 1910 sobre Hostos (*op. cit.,* Tomo II, págs. 172-180).

«Su lugar está entre los creadores de la tradición hispanoamericana: Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Rodó. En ellos pensar y escribir fue una forma del bien social, y la belleza una manera de educación para el pueblo. Claros varones de acción y pensamiento (...). Tales son los clásicos de América, vates y pastores de gentes, apóstoles y educadores a un tiempo, desbravadores de la selva y padres del Alfabeto». [4]

Esto es lo que simbolizaba Sierra en ese momento de transformación de México: «El tendía entre el antiguo y el nuevo régimen la continuidad del espíritu, lo que importaba salvar a toda costa, en medio del general derrumbe y de las transformaciones venideras». [5] En este sentido fue un maestro para los ateneístas. Ellos lograron mantener viva su obra educativa en medio de graves dificultades, defendiendo la Universidad y poniendo en marcha dos de sus proyectos: la extensión universitaria y enseguida, aunque venían trabajando en ello desde antes, la sección de Humanidades en la Escuela de Altos Estudios. Terminaremos viendo cómo ambas realizaciones son en buena medida paralelas y se condicionan entre sí, pero resulta más claro exponerlas por separado.

Entre los propósitos de Sierra estaba el que la Universidad Nacional de México organizase su propia extensión universitaria, tal como a lo largo del último cuarto del siglo XIX habían ido haciendo diversas universidades, primero en Inglaterra y, a continuación, en los Estados Unidos, Alemania, Francia, Austria y España. Fue concretamente Rafael Altamira, promotor de esta experiencia pedagógica en la Universidad de Oviedo, de la que era catedrático, quien trasmitió la idea a los responsables de la educación mexicana.

En su tesis de 1914 sobre «La Universidad», a la que volveremos, Pedro Henríquez Ureña escribió: «El ejemplo y la palabra viva de don Rafael Altamira, cuyo viaje se realizó meses antes de la fundación del nuevo plantel, suscitaron entre los círculos oficiales grande entusiasmo por la 'extensión'». [6] Y apuntó, además,

---

4 REYES, Alfonso: «Justo Sierra y la historia patria», en *Pasado inmediato, OC XII*, pág. 242.
5 *Ibídem*, pág. 245.
6 «La Universidad», *OC* II, pág. 331.

el origen del viaje americano de Altamira y de su campaña por la extensión: el gran florecimiento de la Universidad de Oviedo a finales del siglo XIX, cuando se establecieron en ella profesores como Leopoldo Alas, Rafael Altamira o Adolfo Posada, lo que llamó más tarde «la viva herencia ética y pedagógica de Giner».[7] Todos ellos, continuadores del espíritu innovador del krausismo y vinculados a la Institución Libre de Enseñanza en que éste quedó encarnado, creían firmemente en la educación como el instrumento principal de la «regeneración española».[8] Tomada en un sentido amplio, la «regeneración» en España venía a significar lo que la «civilización» en Hispanoamérica. Como dice Henríquez Ureña en su reseña de *Ariel:* «El problema de la civilización es idéntico en nuestros pueblos americanos y semejantes al problema de la renovación en España».[9] Y ambos fueron sentidos con la misma urgencia por los intelectuales de uno y otro lado.

Altamira se incorporó a la Universidad de Oviedo en 1898, el año del Desastre. Su primera tarea fue pronunciar la lección inaugural del curso. La tituló «Universidad y patriotismo» y en ella propuso algunas medidas para convertir la universidad en un instrumento de regeneración nacional. De las que nos interesan dos: el acercamiento al pueblo mediante la Extensión Universitaria y el acercamiento a Hispanoamérica mediante el intercambio cultural. Ambas ideas respondían a aspiraciones compartidas por sus compañeros y fueron inmediatamente llevadas a la práctica.

Es evidente que la preocupación patriótica que inspiró la Extensión incluía la preocupación por la «cuestión obrera», cada vez más general entre la burguesía. Muchos intelectuales reformistas vieron en ésta y otras formas de educación popular un antídoto contra la lucha de clases, un medio de alcanzar la armonía y la paz social. Fue Leopoldo Alas, comprometido durante toda su vida con estas ideas, quien propuso oficialmente al Claustro ovetense la creación de la Extensión Universitaria, que se inauguró

---

7 «El espíritu y las máquinas», en *OC* III, pág. 307.

8 Cfr. MELON FERNANDEZ, Santiago: «La Extensión Universitaria. Antecedentes y características», en *Clarín y 'La Regenta' en su tiempo. Actas del Simposio Internacional. Oviedo, 26 al 30 de Noviembre de 1984,* Oviedo, Universidad, 1987, págs. 93-110.

9 «*Ariel*», en *OC* I, pág. 147.

en noviembre de 1898.[10] Por otra parte, desde este año se intensificaron los esfuerzos de España por hacer sentir en América una implantación espiritual que viniera a sustituir la antigua presencia física. Aunque nació al mismo tiempo que la Independencia, el concepto de «hispanismo» o «hispanoamericanismo» no cobró auge hasta entonces. Lo sostenía la fe en la existencia de una comunidad transatlántica, de una familia o «raza», entendida no como una realidad étnica, sino como una tradición histórica común. El acercamiento por parte de España fue en buena medida correspondido en América, donde la tradición española se asumió como una seña de identidad frente al expansionismo estadounidense.[11] 1900 fue un año importante en este sentido. Altamira publicó entonces *Cuestiones hispanoamericanas,* al que siguieron una larga serie de libros sobre el tema. En él incluyó fragmentos de su discurso «Universidad y patriotismo» y su reseña de *Ariel.* En noviembre del mismo año acudió al Congreso Social y Económico Iberoamericano de Madrid, llevando algunas propuestas en nombre de la Universidad de Oviedo: creación en España de cátedras de geografía e historia de Portugal y América, intercambio de publicaciones entre universidades españolas y americanas, reciprocidad de títulos profesionales y establecimiento de una educación superior internacional iberoamericana. Allí conoció a Justo Sierra, quien lo apo-

---

10 Cfr. GUEREÑA, Juan Luis: «'Clarín' en la 'Extensión Universitaria' ovetense (1898-1901)», en *Clarín y 'La Regenta' en su tiempo,* Oviedo, Universidad, 1987, págs. 155-176.

11 Cfr. PIKE, Frederick B.: *Hispanism (1898-1936). Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish America,* Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1971, que es el estudio sobre el tema más completo que conozco, aunque varios de sus supuestos teóricos sean, cuando menos, discutibles. Para los años posteriores a la Guerra Civil española puede completarse con DIFFIIE, Bailey W.: «The Ideology of Hispanidad», en *The Hispanic American Historical Review,* agosto 1943, págs. 457-483. Cfr. también el capítulo de RIPPY, J. Fred: «The Pan-Hispanic Movement», en *Historical Evolution of Hispanic America,* New York, Crofts and Co., 1932, págs. 461-478; y los trabajos de MORALES PADRON, Francisco: «La imagen de Hispanoamérica en la España de los siglos XIX y XX», en *Estudios Latinoamericanos,* vol. I, núm. 6, 1980, págs. 199-236, y RAMA, Carlos M.: *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1982. Especialmente interesante y útil para nosotros resulta el artículo de MAINER, José Carlos: «Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1823)», en TUÑON DE LARA, Manuel y otros: *VII Coloquio de Pau. De la crisis del antiguo régimen al Franquismo. Ideología y sociedad en la España contemporánea. Por un análisis del Franquismo,* Madrid, Edicusa, 1977, págs. 149-203.

yó en sus peticiones en la comisión de enseñanza.[12] Los buenos propósitos no se llevaron a la práctica, pero el Congreso fue un hito del hispanoamericanismo y un antecedente de la campaña emprendida por la Universidad asturiana pocos años después.

El mismo Rafael Altamira recordó cómo nació la idea de su viaje.[13] En 1908, durante las fiestas del tercer Centenario de la Universidad de Oviedo y a instancias de la delegación cubana, el rectorado prometió iniciar un intercambio de profesores con la isla, que podría extenderse a otros países americanos. En diciembre de 1908 dirigió una circular a los ministros de Instrucción Pública, corporaciones docentes y centros de las colonias españolas de todo el Continente, proponiéndoles enviar a Rafael Altamira en «misión intelectual» con motivo del próximo Centenario de la Independencia. Aceptaron la idea Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba, que fueron, por este orden, los países visitados por Altamira entre julio de 1909 y febrero de 1910.

Altamira dio cuenta detallada de sus actividades en cada uno de ellos en varios informes dirigidos al rectorado ovetense. La estancia en México se dividió en dos etapas: del 12 al 20 de diciembre de 1909, en que se trasladó a Nueva York para dar unas conferencias, y del 12 de enero al 12 de febrero.[14] Nada más llegar se entrevistó con Justo Sierra para decidir las conferencias que debía dar en los centros de enseñanza oficial. La mayoría tocaron temas educativos: «La organización universitaria», «La Extensión Universitaria» «El ideal estético en la educación», «Educación profesional y educación científica del jurista», «La educación

---

12 Para una crónica detallada del viaje de Sierra a Europa y de su intervención en el Congreso Iberoamericano, cfr. DUMAS, Claude: *ob. cit.*, Tomo II, págs. 15-56.

13 *Mi viaje a América (Libro de documentos)*, Madrid, Victoriano Suárez, 1911, págs. 3-36.

14 Cfr. ALTAMIRA, Rafael: «Informe sobre los trabajos realizados en la República de Méjico por el delegado de la Universidad de Oviedo», en *ob. cit.*, págs. 341-358. Javier Malagón en «Altamira en México», *Historia Mexicana*, vol. I, núm. 4, abril-junio, 1952, págs. 590-602, sigue fundamentalmente este informe y añade algunos datos sobre el exilio de Altamira en México a partir de 1945. De carácter más general es el trabajo de Silvio Zavala «El americanismo de Altamira», en *Cuadernos americanos*, núm. 5, septiembre-octubre, 1951, págs. 35-39. La prensa de México capital ofrece mucha información sobre su estancia, que ha sido aprovechada en parte por DUMAS, Claude: *ob. cit.*, Tomo II, págs. 388-399. Aquí sólo atenderemos brevemente a los aspectos del viaje relacionados con la extensión universitaria y el Ateneo, proporcionando algún dato nuevo.

integral y la educación utilitaria», et. También visitó varias asociaciones privadas, en especial emigrantes españoles: la iniciativa privada y el emigrante como fuerzas de progreso fueron, precisamente, dos de los temas preferidos por el regeneracionismo español, y en concreto por el regeneracionismo americanista. [15] Una de las conferencias que pronunció en el Casino Español «tuvo por objeto la exposición del *Peer Gynt* de Ibsen, con la música de Grieg (ejecutada en orquesta) como tipo de conferencia artística de Extensión Universitaria». [16]

Entre los muchos homenajes que se le tributaron, destaca el que organizó el entonces recién fundado Ateneo de la Juventud. Henríquez Ureña escribió una crónica del mismo:

> «Mejor que ningún otro español, debía ser Altamira quien iniciara esta nueva etapa de las relaciones entre España y América: relaciones intelectuales activas, intercambio internacional de hombres e ideas. Porque él es quien (si se exceptúa a Unamuno) mejor conoce a América en España. Unamuno, con su espíritu combativo y paradójico, no creo que hubiera llevado a buen término una campaña semejante. Altamira, en cambio, se ha mostrado siempre severo y sereno, evitando todo exceso, toda apariencia de atrevimiento innecesario». [17]

El acto tuvo lugar en la Escuela Nacional Prepartoria y asistieron Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez y Porfirio Parra. Antonio Caso, presidente de la asociación, dio la bienvenida en nombre de la juventud mexicana al «embajador intelectual de España», «apóstol de la Extensión Universitaria» y «profesor de idealismo». [18] Era el momento en que los ateneístas, en especial Henríquez Ureña y Reyes, descubrían la antigua literatura española. Este leyó su estudio «Sobre la estética de Góngora» y aquél, «El maestro Hernán Pérez de Oliva». Por su parte Rafael López recitó una

---

15 Cfr. MAINER, José Carlos: *art. cit.*, págs. 188-196.
16 *Ibídem*, pág. 346.
17 «Altamira en México», en *OC* II, pág. 103.
18 *Ibídem*, pág. 105. Un artículo de *El Imparcial* titulado «Sesión del Ateneo de la Juventud en honor del señor Altamira» (del que sólo he podido ver un recorte sin fecha ni página en la Capilla Alfonsina) da cuenta del acto y reproduce parte del discurso de Caso.

«Elegía a Campoamor».[19] En el mismo sentido, el ateneísta y profesor de la Preparatoria Juan Palacios publicó en el *Boletín* de la Escuela un estudio general sobre «Leopoldo Alas (Clarín)», dedicado a Altamira.[20]

Paralelamente a los actos públicos, recepciones y visitas de todo tipo, Altamira intercambió ideas con los máximos responsables de la educación mexicana, ocupados en la próxima reapertura de la Universidad, en la fundación de la Escuela de Altos Estudios y en la inclusión en esta última de disciplinas humanísticas.[21] Además, ha adquirido, le escribe al rector, varios compromisos de colaboración con la Universidad mexicana para después de 1910, que la Revolución iba a frustrar. Con ello da por cumplido el propósito fundamental de su viaje: «... establecimiento del intercambio y de relaciones espirituales, singularmente referidas al campo de la enseñanza».[22] Y añade: «Por último, debemos tener la esperanza de que pronto se organice en aquel país la Extensión Universitaria, conforme a las líneas generales de la que en Oviedo se viene practicando desde 1898».[23]

Efectivamente, la ley constitutiva de la Universidad Nacional de México contempló entre las atribuciones del Consejo Universitario la de «organizar la extensión universitaria, mediante la apro-

---

19 El poema de Rafael López apareció con el título «Campoamor» en el libro *Con los ojos abiertos (Poesía reunida,* ed. cit., pág. 43). El ensayo de Alfonso Reyes apareció ,como quedó dicho, en *Cuestiones estéticas;* el de Henríquez Ureña conoció varias versiones hasta su publicación en la sección «El Renacimiento español» de *En la orilla, mi España,* de 1922 (cfr. SPERATTI PIÑERO, Emma Susana: *ob. cit.,* págs. 764-788).

20 *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria,* Tomo II, núm. 10, abril 1910, págs. 175-185.

21 «Solicitado por el señor Ministro y su subsecretario, tuve con ambas autoridades largas conversaciones acerca de diferentes extremos de organización y procedimientos escolares. Recordaré tan sólo los referentes al intercambio de profesores; a la tutela y vigilancia de los pensionados en el extranjero (en Europa, por lo que toca a los mejicanos), a cuyo propósito di conocimiento de las reglas establecidas por nuestra Junta para ampliación de estudios; a los libros elementales de texto; al plan de la futura Universidad Mejicana y, especialmente, de la Facultad o grupo de estudios de Letras o Humanidades; a las investigaciones de Historia del Derecho y de Sociología mejicana; a la Extensión universitaria y a los programas y métodos de las escuelas primarias. El señor Ministro tuvo la atención de comunicarme una copia del proyecto de ley constitutiva de la Universidad Nacional, sobre el que emití dictamen privado» (ALTAMIRA, Rafael: *ob. cit.,* págs. 349-350).

22 *Ibídem,* pág. 350.

23 *Ibídem,* págs. 353-354.

bación de Instrucción Pública y Bellas Artes». [24] Y desde que inauguró sus sesiones, el Consejo comenzó a estudiar la forma de llevarla a cabo. El consejero Miguel F. Martínez, encargado de presentar un proyecto, declaró a la prensa en diciembre de 1910 que estaba tomando como base el plan dado a conocer por Altamira en toda América. Su objetivo era «popularizar la enseñanza superior hasta donde sea posible. De los obreros que tenemos ya apartados del analfabetismo podríamos hacer personas cultas proporcionándoles conocimientos científicos, históricos y literarios». [25] También sería útil para la clase media y acomodada y permitiría desarrollar el sentimiento de la patria y el concepto de civismo. Su proyecto fue discutido, modificado y aprobado, pero a finales de 1912 aún no había empezado a ponerse en práctica. [26]

El fracaso de los planes oficiales de Extensión fue una consecuencia más de las graves dificultades por las que atravesaba la Universidad, y éstas, del caos general del país. Discutida por los positivistas antes de la caída de Díaz, amenazada por el Secretario de Instrucción del interinato, la Universidad fue finalmente asumida por el gobierno de Madero. La reacción inmediata de algunos antiguos porfiristas, que la habían apoyado en su fundación, fue retirarle su apoyo. Como la antigua Universidad durante los conflictos de liberales y conservadores del siglo XIX, la Universidad Nacional se convirtió en un símbolo político: se la favorecía o atacaba menos por razones académicas que de bandería. A mediados de 1912 varios hechos vinieron a ponerlo de manifiesto.

Hasta septiembre y en virtud de los acuerdos de Ciudad Juárez siguieron funcionando las Cámaras elegidas durante el régimen porfirista, lo que evidentemente supuso una dificultad más, y grave, para Madero. Durante el debate sobre los presupuestos celebrado el mes de mayo, un grupo de diputados «reeleccionistas», entre los que se contaba el ateneísta José María Lozano, pidió la supresión de la exigua partida destinada a la Universidad: cuarenta y cuatro mil pesos, poco más de la mitad de lo que acababa de

---

24 «Ley constitutiva de la Universidad Nacional de México», en SIERRA, Justo: *ob. cit.*, Tomo VIII, pág. 419.

25 *El Imparcial*, 24 de diciembre de 1910, pág. 3. Cita este artículo DUMAS, Claude: *ob. cit.*, Tomo II, pág. 588, nota 706.

26 Cfr. EGUIA LIS, Joaquín: *ob. cit.*, págs. 17 y 20.

aprobarse para los jardines de Balbuena y Chapultepec. Después de algunos días de debate, la asignación salió adelante. [27]

En mayo empezó también a rumorearse que los alumnos de la Escuela de Jurisprudencia preparaban una huelga para protestar por el sistema de exámenes impuesto por el nuevo director, Luis Cabrera, revolucionario muy próximo a Madero. A pesar de la intervención personal de éste, las posturas se radicalizaron en las siguientes semanas. El 29 de junio los estudiantes se declararon en huelga y la Secretaría de Instrucción ordenó cerrar la Escuela. Los huelguistas respondieron organizando una «Escuela Libre de Derecho», que se inauguró el 19 de julio. [28] Aunque Antonio Caso declaró a la prensa que la Escuela Libre contribuía a desarrollar la autonomía de la Universidad independizándola de la política, lo cierto es que tanto él como el resto del profesorado que se brindó a colaborar en ella, eran reconocidos simpatizantes del régimen anterior. Los diputados Nemesio García Naranjo y José María Lozano llegaron a pedir a la Cámara una asignación para la Escuela Libre de cincuenta mil pesos, más de lo que le habían negado a la Universidad. José Vasconcelos denunció públicamente y con su habitual dureza lo que le parecía una muestra de cinismo y una manipulación de los estudiantes. Las manifestaciones en su contra hicieron recordar la reciente visita de Manuel Ugarte. [29]

La huelga de Jurisprudencia, la más numerosa e importante de las Escuelas profesionales, empeoró aún más la precaria situación de la Universidad. Vista en una perspectiva amplia hay que relacionarse con la ola de conflictos de todo tipo que, alentada por el clima de libertad política, sacudió al país entre 1911 y 1912. Las huelgas de la minería y la industria destacaron por su número e importancia. Revelaban la existencia de un movimiento obrero muy incipiente, pero que se desarrollaba con rapidez en las principales ciudades, y ante el cual la burguesía y los políticos liberales, ya estuviesen en el gobierno o en la oposición, reaccionaron con sorpresa y cautela, buscando fórmulas de acercamiento y concilia-

---

27 Para una crónica detallada de este debate cfr. VILLEGAS MORENO, Gloria: *ob. cit.*, págs. 97-106.

28 Sobre la Escuela Libre de Derecho cfr. MENDIETA Y NUÑEZ, Lucio: *ob. cit.*, págs. 205-218.

29 Para la particular versión de Vasconcelos sobre los hechos, véase *Ulises criollo*, ed. cit., págs. 402-403.

ción. La creación de la Universidad Popular por el Ateneo hay que entenderla en este contexto. Además, no fue un hecho aislado.

En marzo de 1912 se presentó en la ciudad de México el «Club Honor y Patria», con la finalidad de impartir conferencias a los trabajadores sobre cuestiones políticas, sociales y económicas y «encauzar la opinión pública en el sentido del progreso de las clases obreras». [30] Sus organizadores se definían como «elementos independientes», dispuestos a mantener contactos con las agrupaciones obreras de todo el país y servir de «mediadores desinteresados» en los conflictos entre empresarios y trabajadores. Pero basta leer la lista de sus miembros para advertir que no eran tan independientes ni desinteresados. Lo formaban conocidos simpatizantes del régimen anterior, ahora en la oposición a Madero, algunos en el Congreso: Nemesio García Naranjo, José María Lozano, Francisco M. de Olaguibel, Carlos Pereyra, Santiago J. Sierra, etc. La primera serie de conferencias, sobre la organización obrera, se celebró el 24 de marzo: «Pereyra invitó a no creer en líderes malévolos que buscan un interés particular», [31] y Santiago J. Sierra «defendió el derecho de huelga, pero usado con cautela y previsión». [32] Al parecer alguien reventó el acto, que resultó un fracaso. El Club anunció nuevas conferencias, pero en un teatro y no al aire libre, para evitar que, como la vez anterior, hablasen «agitadores mal aconsejando a los obreros». [33] No tenemos noticia de ninguna más.

Por su parte, Madero había subido al poder con una programa liberal, que apenas pudo llevar a la práctica y en el que se contenía la vaga promesa de mejorar la condición material, intelectual y moral de los obreros. [34]

---

30 *El Imparcial*, 10 de marzo de 1912, pág. 1. Debo esta noticia sobre el «Club Honor y Patria» a la generosidad de la historiadora mexicana Gabriela Urquiza.

31 *El Imparcial*, 25 de marzo de 1912, pág. 1.

32 *Ibidem*, pág. 1.

33 *El Imparcial*, 26 de marzo de 1912, pág. 4.

34 Entre 1912 y 1913 se organizó en la capital la Casa del Obrero Mundial, de orientación anarcosindicalista y gran protagonismo durante los cinco años siguientes. Sus dirigentes tenían como primer objetivo crear en los trabajadores una conciencia de clase, difundiendo entre ellos doctrinas sociales. Aconsejaron a los trabajadores mantenerse al margen de la política nacional y no escuchar los llamados de la oposición ni del gobierno. Madero creó un Departamento de Trabajo para actuar de mediador entre patronos y trabajadores, y una Confederación Mexicana del Trabajo, sindicato controlado con el que buscaba contrarrestar la influencia

La Secretaría de Instrucción estaba ocupada por el vicepresidente Pino Suárez, pero su dirección efectiva recaía en el subsecretario Alberto J. Pani. Este había entrado en el Ateneo durante la presidencia de Vasconcelos; «desde entonces fue nuestro aliado más eminente en el Gobierno», dice Alfonso Reyes.[35] Como subsecretario defendió personalmente en la Cámara la concesión del presupuesto a la Universidad y dirigió su gestión a impulsar la educación popular. Tomó como base el decreto de Escuelas Rudimentarias improvisado en el postrer gabinete de Díaz, y redactó un proyecto de reformas para hacerlo practicable y útil. Lo tenía prácticamente ultimado cuando, en agosto de 1912, ciertas desavenencias con el ministro le hicieron presentar la dimisión. El pasó a ocupar otro puesto en la administración y su proyecto no prosperó.[36] Mientras estuvo en el ministerio apoyó una iniciativa privada en este sentido: las Academias de Artes Industriales, creadas por un grupo de arquitectos para impartir enseñanzas nocturnas a los diversos gremios de artesanos de la ciudad de México.[37] Dos meses después de su dimisión, el Ateneo de México creó la Universidad Popular Mexicana y lo eligió a él como rector.

Para las circunstancias concretas de este hecho, seguimos el informe anónimo titulado «Fundación de la Universidad Popular Mexicana e historia de sus trabajos hasta el día 31 de enero de 1913», publicado poco después de esta fecha:

> «En sesión del Ateneo de México, celebrada el día 9 de octubre de 1912, al hacer el socio D. José Vasconcelos la proposición de que se organizara una nueva serie de conferencias, como la que el mismo Ateneo llevó a cabo en 1910, el socio D. Pedro González Blanco manifestó que, en su opinión, esas conferencias debían ser populares, de modo que contribuyeran a difundir

---

de la Casa del Obrero y que no cuajó. Con ello dejó esbozada una política dirigida a la neutralización de la clase obrera, mediante el control de sus organizaciones y dirigentes, que fue haciéndose realidad en las siguientes administraciones revolucionarias (sobre todo ello véase RUIZ, Ramón Eduardo: *México: la gran rebelión. 1905-1924*, México, Era, *1980*, págs. 241-270).

35 «Pasado inmediato», *OC XII*, pág. 213.

36 Cfr. PANI, Alberto J.: *Apuntes autobiográficos*, México, 1951, Tomo I, págs. 120-138.

37 *Ibidem*, pág. 129.

la cultura en clases sociales más numerosas que aquellas a quienes habían interesado hasta ahora las labores públicas del Ateneo.

El socio D. Pedro Henríquez Ureña manifestó que siempre había creído conveniente que el Ateneo emprendiese una labor de difusión de cultura más extensa que la realizada hasta ahora, y que precisamente esa noche llevaba la intención de proponer, al dar cuenta de la revisión de los Estatutos del Ateneo que le habían encomendado, se emprendiera una labor de extensión universitaria, toda vez que la proyectada por la Universidad Nacional, desde años atrás, no había llegado a iniciarse siquiera: que, por lo demás, esta labor no tenía para qué confundirse con la de las conferencias destinadas a públicos cultos, la cual podía continuar paralelamente a aquélla».[38]

La idea surgió, pues, en octubre de 1912. No durante la presidencia de Vasconcelos ni por sugerencia directa suya, como sostienen generalmente sus biógrafos e historiadores del Ateneo, extremando los paralelismos con la gran labor de educación popular que llevó a cabo a partir de 1921.[39] La propusieron, conjuntamente, González Blanco y Henríquez Ureña.[40] Convendría añadir que aquél había tomado parte no hacía mucho en una experiencia similar en España: la Extensión Universitaria organizada por el

38 En la miscelánea de documentos *La Universidad Popular y sus primeras labores*, México, Imprenta Escalante, 1913, pág. 11. Este informe fue utilizado por primera vez por John S. Innes: *ob. cit.*, págs. 163-175. Estas fueron aprovechadas en su artículo «The Universidad Popular Mexicana», *The Americas*, vol. XXX, núm. 1, July 1973, págs. 110-122, único trabajo concreto sobre nuestro tema, aunque en él no se tiene en cuenta los orígenes de la Universidad, su relación con el momento histórico en que surgió y con las demás actuaciones educativas del Ateneo. Innes atribuye a Alfonso Reyes la autoría del informe. En realidad es anónimo; en él sólo hay dos papeles de Reyes: el prólogo «Misión y propósitos de la Universidad Popular» y un resumen de su primera conferencia (cfr. REYES, Alfonso: «Apéndice bibliográfico», en *OC* I, pág. 350).

39 El propio John S. Innes, a pesar de tomar el informe citado como fuente fundamental, sigue situando la creación de la Universidad Popular durante la presidencia de Vasconcelos (*ob. cit.*, pág. 163 y *art. cit.*, pág. 111). Entre los estudiosos de Vasconcelos, el siempre abundante y cuidadoso en los datos John Skirius también le atribuye la idea (*art. cit.*, pág. 70).

40 Henríquez Ureña lo confirma en varias ocasiones: «En 1910, por iniciativa mía y de Pedro González Blanco, se fundó la Universidad Popular» («Carta a Alfonso Reyes, 29-10-1913», en *Correspondencia*, págs. 227). «El Ateneo de México fundó en 1912 la Universidad Popular Mexicana. El distinguido escritor Pedro González Blanco y yo propusimos la idea» («La Universidad», en *OC* II, pág. 331).

Ateneo de Madrid entre 1904 y 1907.[41] A la que sin duda debió poner como un punto de referencia.

> «El socio González Blanco —continúa el informe— hizo nuevamente uso de la palabra para exponer los resultados de cultura social que en otros países habían producido las Universidades Populares, e insistió en la conveniencia de que el Ateneo emprendiese una labor de esa especie».[42]

Después de discutirse el asunto, se decidió que el Ateneo emprendería, a la vez que las conferencias destinadas a su público habitual, otras de carácter popular, y se nombró para estudiar este proyecto una comisión formada por los socios Alberto J. Pani, Alfonso Pruneda y Pedro González Blanco. La comisión redactó unos estatutos, que fueron aprobados en la siguiente sesión, celebrada el 16 de octubre; y organizó tres conferencias. El 24 de octubre Pedro González Blanco realizó una exposición de los propósitos de la nueva institución en el anfiteatro de la Preparatoria, «a la que fueron especialmente invitados los directores de los planteles de instrucción pública, los directores y patronos de fábricas y talleres, la prensa y algunos capitalistas».[43] El 16 de noviembre tuvo lugar un ensayo general ante los obreros de la fábrica de calzado «Excelsior», de Tacubaya: Alfonso Pruneda habló sobre los microbios y el modo de defenderse de ellos, Martín Luis Guzmán recitó y comentó un poema de Gutiérrez Nájera y Alba Herrera y Ogazón tocó el piano. El 19 del mismo mes Gon-

---

41 Cfr. VILLACORTA BAÑOS, Francisco: *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985, págs. 180-185 y 319-322. Aquí se nos informa que concretamente González Blanco participó con dos conferencias: «La unión de los intelectuales para la acción moral sobre los proletarios» (26-II-1905) y «Literatura y ciencia» (6-I-1907). Paralelamente colaboró en la Escuela de Estudios Especiales del mismo Ateneo. Conviene recordar que Pedro González Blanco participó junto a su hermano Andrés, el poeta y el crítico, en muchas de las empresas culturales de la España de comienzos de siglo (entre ellas en *Helios*, la revista más representativa del modernismo español) y que fue un destacado difusor de la nueva literatura extranjera, muy especialmente hispanoamericana, razones que explican su incorporación al Ateneo mexicano.

42 «Fundación de la Universidad Popular Mexicana», ed. cit., pág. 11.

43 *Ibidem*, pág. 12.

zález Blanco disertó sobre la cultura en la Sociedad de Empleados de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas.[44]

La comisión dio por acabados sus trabajos el día 22 de noviembre, en que Alberto Pani fue elegido Rector de la Universidad Popular, Alfonso Pruneda, Vicerrector, y Martín Luis Guzmán, Secretario. La Universidad Popular se constituyó legalmente el 3 de diciembre. En el informe citado se reproduce el acta notarial, gracias a la cual conocemos los estatutos de la fundación:

> «I. La Universidad Popular Mexicana es una institución dependiente del Ateneo de México.
>
> II. La Universidad Popular Mexicana se propone fomentar y desarrollar la cultura del pueblo de México, especialmente de los gremios obreros.
>
> III. Esta obra se llevará a cabo por medio de conferencias aisladas, cursos, lecturas comentadas, visitas a museos y galerías de arte, excursiones a lugares históricos, arqueológicos, artísticos o pintorescos, y, en general, por los medios que parezcan más adecuados al fin que se persigue.
>
> IV. Las conferencias versarán sobre ciencias, artes, industrias y, en general, sobre cuanto tienda a acrecentar la cultura popular; pero de modo que no se repita la labor de las escuelas de obreros ya existentes. Quedan excluidas terminantemente del programa de la Universidad las cuestiones políticas y religiosas.
>
> V. Las conferencias, las lecturas y los cursos, se harán en las fábricas, centros de obreros o de empleados, domicilios de sociedades obreras y otros sitios semejantes. La Universidad, acudirá, igualmente, al llamado de las corporaciones que lo soliciten».[45]

Las clásulas restantes se refieren a la organización interna de la institución. Los fondos procederán de una cuota aportada por

---

44 *Ibidem*, págs. 12-13. Aquí se nos informa del número de asistentes a las conferencias: 180 a la primera, 600 a la segunda y 80 a la tercera. En la pág. 14 se ofrece, además, un guión de la conferencia de Pruneda.

45 «Acta constitutiva de la Universidad Popular Mexicana. Cláusula pirmera», *Ibidem*, pág. 6.

los ateneístas y subvenciones de corporaciones y particulares.[46] El Rector, Vicerrector y Secretario se elegirán anualmente entre los socios del Ateneo. Los profesores, que no recibirán remuneración, serán también socios o gente de formación que desee colaborar. De esta forma el Ateneo fue ampliándose y al cabo de un año, poco antes de su disolución, llegó a contar con sesenta miembros, entre antiguos socios, escritores, profesionales o estudiantes incorporados para prestar su colaboración en la Univeridad Popular.[47]

Esta prosiguió sus trabajos el 29 de noviembre con dos conferencias dadas en el Orfeón Popular por Pedro Henríquez Ureña, que habló sobre «Wagner y su papel en la historia de la ópera», y Erasmo Castellanos Quinto, que lo hizo sobre «Manuel Gutiérrez Nájera». El 24 de enero de 1913, Alba Herrera y Ogazón volvió a hablar en el mismo sitio sobre «La música y sus condiciones en México». Cuatro días después Alfonso Reyes intervino en el Casino-Escuela de la Gendarmería con una conferencia titulada «El papel de la policía».[48] Con ella se cerró la etapa inicial de la Universidad, que fue también la etapa inicial de la Revolución.

---

46 La Universidad contaba cuando se fundó con contribuciones mensuales de las siguientes empresas: Compañía de Ferrocarriles Nacionales de México, Compañía de Tranvías de México, S. Pearson & Son Ltd., Compañía Bancaria de Fomento y Bienes Raíces de México, Fábrica de Calzado «Excelsior» y Compañía Mexicana de Gas Nacional («Fundación de la Universidad Popular Mexicana», *Ibidem*, pág. 13).

47 El 29 de octubre de 1913 Henríquez Ureña le escribió a Reyes una carta en la que da la última lista de miembros del Ateneo de la que tenemos noticia. «Ampliación del Ateneo uara fines como el de la Universidad. Sus actuales miembros son sesenta. María Enriqueta, Alba Herrera Araiza, Acevedo, Alarcón, Arenales, Argüelles (Roberto), Caso, Barajas, Bravo Betancourt, Rafael Cabrera, Quinto, Ledón, Paco César, Colín, Cravioto, Chocano, Dávalos, Escofet, Fabela, González Peña, Enciso, Martín Luis, Herrán, Jiménez Domínguez, los dos Henríquez Ureña, Rafael López, Carlos Lozano, José María Lozano, los dos Mariscal, Méndez Rivas, Mediz Bolio, Novoa, Juan Palacios, Eduardo Pallares, Parrita, Pani, Manuel Ponce, Pruneda, Quijano, Rebolledo, Rivera, Leopoldo de la Rosa, Reyes, Salazar, Silva Aceves, Teja Zabre, Torri, Francisco de la Torre, Urueta, Urbina, Vasconcelos, Velázquez (Miguel A.), Angel Zárraga. Unico muerto: Jesús Castellanos. Renunciados: Jenaro Fernández, Emilio Valenzuela, Nemesio. No aceptaron: Valenti y Xicoy. Borrado de la lista por no asistir: Enrique Escobar» (*Correspondencia*, págs. 228-229). Como ya dijimos al hablar de la composición inicial del Ateneo, los estudios de José Rojas Garcidueñas y Alvaro Matute se basan en esta lista, que no me parece del todo representativa y que es necesario situar en la evolución general del grupo.

48 Según se indica en el informe, a las dos primeras asistieron 140 personas; a la tercera, 100; y a la cuarta, 300. De todas ellas se ofrecen resúmenes (*Ibidem*, págs. 13-22).

El Ateneo se había acercado tímidamente al mundo obrero, de forma paralela a lo que había hecho el gobierno de Madero y como compensación al que me parece que fue su verdadero objetivo: la puesta en marcha de la Escuela de Altos Estudios, que vamos a ver en seguida. El mundo obrero, el mundo de la calle y en general la realidad social de México era para estos jóvenes algo extraño, «otro mundo». Por los mismos días en que preparaba su actuación en la Universidad Popular, Alfonso Reyes escribió un ensayo titulado «El hombre desnudo», en el que se lee: «El vulgo, pues, ni en su vida ni en sus palabras es sencillo. El vulgo es el conservador de la naturaleza fantástica, la vestal del misterio. El plebeyo es el hombre desnudo; representa la existencia en su crudo aspecto de problema, de asombro, de guerra y de símbolo confuso». [49]

Por entonces Reyes estaba lleno de ansiedad y rodeado de peligros reales. Su padre permanecía preso desde Navidad, por haberse levantado contra Madero. Su casa estaba convertida en una fortaleza y él mismo tenía que ir armado. [50] «El hombre desnudo» está fechado el siete de febrero de 1913. Dos días después llegó el golpe de estado definitivo y la violencia se adueñó del país. Los ateneístas se dispersaron, el Ateneo se disolvió, pero la Universidad Popular logró sobrevivirle.

---

49 *Nosotros*, núm. 3, febrero 1913, ed. cit., pág. 444. El ensayo fue incluido, con bastantes cambios, en *El cazador* (1921), *OC* III, págs. 168-170.

50 *Diario, 1911-1930*, ed. cit., págs. 23-31.

EL ATENEO DURANTE LA PRESIDENCIA DE HUERTA. ULTIMAS ACTIVIDADES Y BALANCE

A finales de 1912 la caída de Madero, sólo en medio del caos general, parecía inminente. Pero hasta el momento las sublevaciones emprendidas en zonas alejadas de la capital habían fracasado. Sólo un golpe de estado en la ciudad de México podría triunfar, y los elementos para llevarlo a cabo se concentraron en ella a comienzos de 1913. En enero Félix Díaz fue trasladado a la penitenciaría del Distrito; Bernardo Reyes seguía allí, en la prisión militar. No tardaron en ponerse en contacto y con otros militares descontentos prepararon un levantamiento. La mañana del 9 de febrero fueron liberados por tropas rebeldes y se dirigieron al Palacio Nacional, que creían ya en manos de sus partidarios. Reyes cayó acribillado a sus puertas y Díaz se refugió en la Ciudadela, donde se hizo fuerte. La capital vivió días sangrientos. Madero le confió el mando militar de la plaza al general Victoriano Huerta, con lo que consumó su caída. Mientras fingía atacar la Ciudadela, sacrificando a sus tropas y errando cuidadosamente el blanco, Huerta mantenía conversaciones secretas con los sublevados. En la embajada norteamericana se firmó el «pacto de la Ciudadela», por el que Huerta debía ser nombrado presidente provisional y garantizar la elección de Félix Díaz. Madero fue asesinado el día 22. Venustiano Carranza, gobernador de Cohauila, no reconoció a Huerta y asumió la defensa de la Constitución. Se le unieron diversas facciones rebeldes y la Revolución entró en su fase más violenta.

La muerte presentida y trágica de su padre causó en Alfonso Reyes una profunda herida, que nunca se cerró. Al frente de su *Diario,* antes de las anotaciones de 1914, escribió: «Cuando vi caer a aquel Atlas, creí que se derrumbaría el mundo. Hay, desde

entonces, una ruina en mi corazón». [1] Este hecho alimentó secretamente gran parte de su obra, especialmente su poesía, y condicionó su vida. Temía que muchos lo asociaran injustamente con el golpe contra Madero. Su hermano Rodolfo entró en el gabinete salido del «pacto de la Ciudadela», esperando que Huerta dejaría paso a Félix Díaz, el «sucesor» de su padre. [2]

> «¿Podía soportar tanta sangre y tantos errores? Mi dolor fue tan despiadado que ni siquiera quiso ofuscarme. Mi hermano aceptó en mala hora un sitio en el gobierno, y no pudo emanciparse a tiempo, como tanto se lo pedí. (...). Huerta me convidó a ser su Secretario particular. Le dije que ése no era mi destino. Mi actitud me hacía indeseable». [3]

Durante los meses siguientes se apresuró en terminar su tesis para recibir el título de abogado y poder salir de México.

Pronto se hizo evidente que Huerta no estaba dispuesto a abandonar el poder. Los «felicistas» fueron gradualmente eliminados. Los cambios que sufrió el gobierno durante su presidencia son incontables. [4] La división y el caos del país eran cada vez más profundos; el momento exigía graves decisiones: apoyar a Huerta o sumarse a la Revolución. El nuevo gobierno intentó controlar de alguna forma al Ateneo, como habían hecho antes las administraciones porfiristas y maderista. A su presidente Enrique González Martínez le fue ofrecida la Subsecretaría de Instrucción, cargo que aceptó. [5] Vasconcelos optó por el exilio. Había sido detenido después del asesinato de Madero y el propio Huerta le ofreció la libertad a cambio de su silencio. Aprovechó para huir a los Estados Unidos y ponerse a las órdenes de Carranza. [6] Durante los meses siguientes casi todos los ateneístas tuvieron que ir de-

---

1 *Diario*, ed. cit., pág. 31.
2 Cfr. REYES, Rodolfo: *ob. cit.*, Tomo I, págs. 56-71.
3 *Ibidem*, págs. 31-32.
4 Para una visión actualizada de la figura de Huerta cfr. MEYER, Michael C.: *Huerta: A Political Portrait*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972. En uno de sus apéndices documentales (págs. 237-238) pueden verse los constantes cambios de su gabinete.
5 Gran parte de sus memorias están dedicadas a justificar su apoyo a Huerta: «Cien días de grave culpa no han podido borrarse con cuarenta años de sincera contricción» (*La apacible locura*, ed. cit., pág. 735).
6 Cfr. VASCONCELOS, José: *La tormenta*, ed. cit., págs. 45-510.

cidiendo. Y entre tanto todavía lograron realizar algo juntos: poner efectivamente en marcha las humanidades en la Escuela Nacional de Altos Estudios.

Altos Estudios llevaba más de dos años establecida y todavía no había alcanzado vida regular, ni siquiera había definido qué clase de profesores saldrían de sus aulas y qué formación especial debía dárseles.

> «Malos tiempos soplaron para este plantel, apenas hubo nacido —escribió Pedro Henríquez Ureña—. Tras el generoso empeño que presidió a su creación —uno de los incompletos beneficios que debemos a Justo Sierra—, no vino la organización previsora que fijase claramente los derroteros por seguir, los fines y los resultados próximos, argumentos necesarios en sociedades que, como las nuestras, no poseen reservas de energía intelectual para concederlas a la alta cultura desinteresada». [7]

Su director Porfirio Parra había luchado contra mil dificultades y sólo había logrado poner en marcha unos pocos cursos sueltos sobre materias de la sección de Ciencias y de Ciencias Sociales. En junio de 1912, pocas semanas antes de morir, presidió la apertura del primer curso correspondiente a la sección de Humanidades: «Introducción a los estudios filosóficos», impartido sin retribución por Antonio Caso durante los cinco meses siguientes. El éxito de público fue grande. [8] Al fin, dice Pedro Henríquez Ureña, «la libre investigación filosófica, la discusión de los problemas metafísicos, hizo su entrada de victoria en la Universidad».. [9] Caso había hecho realidad la promesa de Sierra. Al mismo tiempo inauguró el «profesorado libre», sin carga para el Estado, gracias al cual la Escuela iba a poder sobrevivir.

---

7 «La cultura de la humanidades», en *OC* II, pág. 347.

8 En el «Informe rendido a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes por el Director de la Escuela Nacional de Altos Estudios. Porfirio Parra, acerca de la marcha de este establecimiento en el año escolar de 1910-1911» (Fondo de la Escuela Nacional de Altos Estudios, CESU-AHUNAM), se dice que a los cursos de Caso asistían 81 alumnos y se anota: «Dado que este profesor es de una competencia indiscutible y que los alumnos acuden con verdadero entusiasmo a escuchar tan útiles y galanas lecciones, es de suponer que será la cátedra que mejores resultados ofrezca en el presente año escolar».

9 «La cultura de las Humanidades», *OC* II, pág. 348.

Los ateneístas pensaban que la Escuela sólo podría salvarse definiendo concretamente sus objetivos y empezando a trabajar para su consecución gradual. Su propuesta era que cada una de sus tres secciones se constituyera en Facultad o Escuela, donde se organizasen carreras completas, con doctorado incluido, mediante el cual se pudiera acceder al profesorado. Ellos se brindaban a colaborar con Porfirio Parra para empezar a construir una verdadera Facultad de Humanidades o de Filosofía y Letras. Pero este antiguo positivista, pese a su postrero interés por el espiritualismo y su acercamiento a los jóvenes, que le hizo editar *Ariel* en 1908, no se decidía a dar a la Escuela un impulso claro y decidido. «Solitario en medio de este torbellino de absurdo, el primer director, don Porfirio Parra —dice Henríquez Ureña—, no lograba, aun contando con el cariño y el respeto de la juventud, reunir en torno suyo esfuerzos ni entusiasmos. Representante de la tradición comtista, heredero principal de Barreda, le tocó morir aislado entre la bulliciosa actividad de la nueva generación enemiga del positivismo». [10] Tras su muerte, fue nombrado director el médico Alfonso Pruneda, que ocupaba el cargo de Jefe de la Sección Universitaria de la Secretaría de Instrucción y que había entrado en el Ateneo durante la presidencia de Vasconcelos. Pruneda llevó a la Secretaría de Altos Estudios a Alfonso Reyes. Los ateneístas estaban en posición para intentar llevar a cabo sus ideas.

De la documentación que he consultado se deduce que durante los ocho meses que Pruneda estuvo al frente de la Escuela, ésta vio reducido drásticamente su presupuesto y se mantuvo desarrollando el sistema de «cursos libres» iniciado por Caso, de los que se abrieron cuatro más. Y lo que es más importante, a pesar de la penuria económica, formuló planes completos para constituir una Facultad de Humanidades. [11] En septiembre de 1912 el rector Eguía Lis se mostraba públicamente de acuerdo con la idea de Pruneda de organizar carreras en las secciones de la Escuela y añadía:

---

10 «La cultura de las Humanidades», *OC* II, pág. 348.

11 «Informe de los trabajos de la Escuela Nacional de Altos Estudios durante el año escolar de 1912, elevado por el director, Alfonso Pruneda, al Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes» y «Proyectos de creación de la Facultad de Humanidades en la Escuela de Altos Estudios» (Fondo de la Escuela Nacional de Altos Estudios, CESU-AHUNAM).

«... la de Humanidades, por su parte, merece especial atención. Toda Universidad importante tiene Facultad o Escuela de Humanidades, y en todo país culto es indispensable la enseñanza seria de la Filosofía y de las Literaturas. En México se han cultivado estas disciplinas brillantemente, y la ruptura de esa tradición se ha hecho sentir de modo nocivo en la cultura general. Hoy día, los que deseen cultivar la Filosofía y las Letras en toda su amplitud, necesitan hacer esfuerzos inauditos para orientarse. Y esta situación no debe persistir en un país que tuvo humanistas como Francisco Javier Alegre y Diego José Abad, como Benito Díaz de Gamarra, y José Antonio Alzate, que todavía ayer se ufanaba con los nombres de Joaquín García Icazbalceta y de Alejandro Arango y Escandón. La Escuela de Altos Estudios, con su sección de Humanidades, es la llamada a llenar este vacío». [12]

En este momento todo parecía indicar que la Facultad de Humanidades se haría realidad, a pesar de la inestable situación del país, y que los ateneístas serían los encargados principales de ella. Como hemos visto, fue inmediatamente después, en octubre, cuando estos decidieron crear la Universidad Popular, de la que Pruneda fue nombrado vicerrector. En cierta forma, podía servirles de contrapeso a su actuación en la criticada Escuela de Altos Estudios.

Tras el golpe de estado, Pruneda y Reyes tuvieron que dejar sus cargos. Pero su proyecto no se abandonó del todo. Accedió a la dirección de Altos Estudios Ezequiel A. Chávez, subsecretario de Instrucción y protector de los ateneístas con Justo Sierra, e incansable defensor de la Escuela desde su fundación. No consiguió que le aumentasen el presupuesto, pero comprendió que había que hacer algo, demostrar a los críticos de la Escuela que ésta podía hacer algo o de lo contrario tendría que cerrarla. Decidió entonces llevar a la práctica los planes de los ateneístas, reduciéndolos a unos objetivos modestos y a corto plazo. Les propuso que organizasen con él simplemente una subsección de Humanidades, para formar a profesores de Literatura y Lengua. Meses más

12 EGUIA LIS, Joaquín: *ob. cit.*, págs. 67-68.

tarde, cuando ésta era ya una realidad, escribió en su informe al ministerio:

> «... se reunieron conmigo, estudiamos juntos un proyecto de organización del que varios de los principales lineamientos fueron debidos al Profesor Don Alfonso Reyes y al Profesor Don Pedro Henríquez Ureña y luego hube madurado el plan relativo pedí a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes que (...) creara la Subsección de estudios destinados a formar profesores idóneos de literatura y lengua nacional». [13]

La «Subsección de Estudios Literarios», como se llamó finalmente, empezó a funcionar el 21 de abril de 1912 con las siguientes asignaturas y profesores: «Lengua y literatura latina», por Mariano Silva y Aceves; «Lengua y literatura castellanas», por Alfonso Reyes; «Lengua y literatura inglesa», por Pedro Henríquez Ureña; «Filosofía y estética», por Antonio Caso; «Historia del arte», por Carlos Lazo, Federico Mariscal y Jesús Acevedo; «Literatura mexicana», por Luis G. Urbina; y «Ciencia y arte de la educación, psicología y metodología general», por Ezequiel A. Chávez. Todos trabajaron gratuitamente, pero no en calidad de «profesores libres», sino de «profesores titulares». Alguna vez, esperaban, la subsección crecería hasta formar una verdadera Facultad de Humanidades.

En julio de 1913 Alfonso Reyes presentó su tesis para recibir el título de abogado y en agosto se marchó a París, de cuya Legación —escribió— «me dejé nombrar secretario». [14] Durante los meses siguientes varios ateneístas fueron saliendo de México para unirse a la revolución constitucionalista. Alberto J. Pani y Martín L. Guzmán, rector y secretario respectivamente de la Universidad Popular, se fueron juntos, en octubre. La Universidad quedó, pues, en manos de Pruneda, quien logró mantenerla viva a duras penas hasta 1922, aunque no parece que funcionara efectivamente sino

13 «Informe de la marcha de la Escuela Nacional de Altos Estudios desde septiembre de 1912 hasta julio de 1913, presentado por el director Ezequiel A. Chávez al Rector de la Universidad Nacional de México, Joaquín Eguía Lis», Fondo de la Escuela Nacional de Altos Estudios, CESU-AHUNAM.

14 *Diario*, ed. cit., pág. 32.

entre 1915 y 1916.[15] En su primera novela, *El Aguila y la Serpiente* (1928), Martín L. Guzmán narró su participación en el movimiento armado. Entre los muchos personajes que hace aparecer, todos históricos, figuran varios compañeros del Ateneo. En La Habana, Pani y él se encontraron a González Blanco, haciendo propaganda de la Revolución; en San Antonio, a Vasconcelos, recién vuelto de Europa y entusiasmado por las victorias de Pancho Villa; en el cuartel general de Carranza, a Isidro Fabela. «Fabela me llevó a un rincón para hacerme, sin trabas, preguntas sobre nuestros amigos, los ateneístas, que quedaban en México: '¿Y Carlos González Peña? ¿Y Antonio Caso? ¿Y Julio Torri? ¿Y Pedro?».[16]

Desde octubre Pedro Henríquez Ureña estaba preparando su marcha a Europa, donde debía reunirse con Reyes, pero los estudios de Derecho y las dificultades económicas lo retuvieron medio año más. Siguió dando clases en Altos Estudios, donde también se hizo cargo de los cursos dejados por Reyes, y de Literatura española en la Nacional Preparatoria. Aquí intervino en una última y casi simbólica batalla contra el positivismo.

En el mismo mes de octubre, Nemesio García Naranjo fue nombrado secretario de Instrucción Pública. Llevó a su lado, como subsecretario, a Rubén Valenti. Su política estuvo dirigida, de una parte, a garantizar la continuidad de la Universidad de Sierra, para lo cual hizo que Ezequiel A. Chávez pasara a ocupar el cargo de rector y Antonio Caso, la dirección de Altos Estudios. De otra

---

15 Entre mayo de 1915 y septiembre de 1916 se publicó un *Boletín de la Universidad Popular Mexicana,* en el que se da cuenta de sus actividades. John S. Innes resumió su contenido (art. cit., págs. 115-117). Falta, sin embargo, investigar más a fondo la verdadera actuación y circunstancias de la Universidad en estos agitados años.

16 *El Aguila y la Serpiente,* en *Obras completas,* ed. cit., Tomo I, pág. 233. Es curioso comparar cómo se reflejan algunos hechos y personajes en esta autobiografía novelada y en la de Vasconcelos, por ejemplo. Este, en la parte final de *Ulises criollo* y en *La tormenta,* ataca durísimamente a Pani y a Fabela, con los que tuvo enfrentamientos políticos posteriores a los hechos que narra, además de desmentir, sin nombrarlo, a Martín L. Guzmán. Algunas de las primeras novelas de la Revolución, escritas por partícipes en los hechos, son relatos interesados, que sirven de autovaloración o justificación de determinadas actuaciones. En esto se pueden comparar a las crónicas de Indias. Al igual que éstas, resultaría interesante enfocarlas como un entramado polémico de reacciones, ataques y defensas.

y fundamentalmente, a reformar el plan de estudios de la Preparatoria.[17]

García Naranjo, pese a haber abandonado el Ateneo por motivos políticos en 1912, se identificaba con la renovación filosófica emprendida por éste. Allí, en 1910, junto a los compañeros que preparaban las conferencias del Centenario, había leído a Bergson.

> «En 1910 —escribió— leí el formidable libro de Henri Bergson *La evolución creadora* y dejó tal impacto en mi cerebro que procedí a buscar algunas otras de sus obras. Y fue entonces cuando me enteré de sus maravillosas colaboraciones en el *Boletín de la Sociedad Francesa de Filosofía* y de los artículos estupendos que había publicado en la *Revista de Metafísica y Moral*. Estas nuevas fuentes de cultura hicieron revolucionar mi pensamiento; y como a ellas se agregaron las contribuciones espléndidas de William James y de Boutroux, sentí la impresión libertadora de que se ensanchaban mis horizontes y llegué al convencimiento pleno de que se habían quedado muy atrás todos aquellos que estaban enclaustrados en la Filosofía positivista». [18]

Cuando accedió al ministerio consideró que era el momento de acabar definitivamente con la organización positivista implantada por Barreda en la Preparatoria. Le ayudaron a perfilar su reforma Chávez, Caso y Henríquez Ureña. Las humanidades adquirieron tanta importancia como las ciencias, se extendieron las enseñanzas de historia y literatura y se introdujo la filosofía.

Henríquez Ureña animó a tres de sus alumnos más aventajados del último curso de la Preparatoria: Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Manuel Toussaint y Ritter, a asistir a sus clases en Altos Estudios. Ellos fueron los primeros frutos de la subsección de Estudios Literarios: cuando en 1914 se puso en vigor el nuevo plan de la Preparatoria pudieron incorporarse a ella como profesores de lengua y literatura. Durante los años siguientes tuvieron una actuación destacada en la vida intelectual

---

17 Cfr. FARIAS, Héctor: *Nemesio García Naranjo: Mexico's Minister of Education, 1913-1914*, Ph. D., Northwestern University, 1971.

18 *Memorias*, ed. cit., Tomo VII, pág. 181.

de México, especialmente en el terreno de la crítica literaria y artística. [19]

Paralelamente a la labor de Henríquez Ureña en la Preparatoria y Altos Estudios, Rafael López había reunido en la Escuela Normal, donde era profesor, a un grupo de poetas jóvenes. Entre ellos destacaban Gregorio López y Fuentes, Rodrigo Torres Hernández y Francisco González Guerrero, que, sin embargo, escribían una poesía intimista y meditativa mucho más cercana a la de González Martínez que a la suya propia. Los tres comenzaron a publicar en diciembre de 1912 una revista mensual sobre literatura y educación titulada *Nosotros.* [20] Después del golpe de Huerta, Rafael López fue nombrado diputado y secretario particular de José María Lozano, ministro de Instrucción y de Comunicaciones sucesivamente. Desde ambos ministerios pudo financiar la publicación de las obras de estos poetas y garantizar la continuidad de *Nosotros,* cada vez más exclusivamente literaria, que se convirtió en el principal refugio de los escritores de la capital durante el régimen huertista. En ella publicaron, junto a los poetas de la Normal, los ateneístas Henríquez Ureña y Torri, Martín Luis Guzmán, hasta su exilio, y Reyes, aún después de éste. Allí hicieron su aparición Castro Leal y Toussaint.

A comienzos de 1914 y a instancias de su maestro, Castro Leal, Vázquez del Mercado y Toussaint fundaron la Sociedad Hispánica de México, con el fin de promover los estudios literarios. Probablemente fue creada a imitación de su homónima neoyorquina y refleje lo que entonces quería Henríquez Ureña: continuar la obra del Ateneo a favor de las humanidades, pero más exclu-

---

19 Los tres pertenecen o están relacionados con la llamada «generación mexicana de 1915» o «generación de los Siete Sabios», que ha sido minuciosamente estudiada por Enrique Krauze en su libro *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana,* México, Siglo XXI Editores, 1976 (sobre la influencia que ejerció en ellos el Ateneo véanse especialmente las págs. 45-56). El mismo Krauze vuelve a tratar el tema en «Note a propos des intellectuels de la generation de 1915», en MEYER, Jean André (ed.): *Intellectuels et état au Mexique au XX siècle.* París, C.N.R.S., 1979, págs. 29-31, y en *Daniel Cosío Villegas: Una biografía intelectual,* México, Joaquín Mortiz, 1980. Anterior y de menor interés es la obra de CALDERON VEGA, Luis: *Los 7 sabios de México,* México, JUS, 9172.

20 Como ya quedó indicado, *Nosotros* ha sido reeditada en facsímil junto a *Savia Moderna: Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna (1906). Nosotros (1912-1914),* ed. cit., págs. 387-659. Véase la breve nota que le dedica MONTERDE, Francisco: art. cit., págs. 118-121.

siva y profesionalmente, sin elementos ni intereses extraños. «Eso está mejor hecho que el Ateneo», le escribe Henríquez Ureña a Reyes.[21] «Pondrán muchas exigencias para el ingreso: ayudarán a la Universidad Popular y tendrán local en Altos Estudios».[22] De momento también pertenecían a ella los poetas normalistas López y Fuentes, González Guerrero y Torres Hernández, y, como miembros facultativos, el propio Henríquez Ureña, Caso, Reyes y Torri, el núcleo irreductible de «nosotros». Pero su duración fue corta: hasta la caída de Huerta, y sus frutos escasos: sólo la antología *Las cien mejores poesía (líricas) mexicanas,* realizada por los tres discípulos de Henríquez Ureña bajo su dirección. Creo que éste la planteó como complemento, a pequeña escala, de la inconclusa *Antología del Centenario* y también como una versión autóctona de las *Cien mejores poesías de la lengua castellana,* publicada por Menéndez Pelayo en 1907, ante la imposibilidad de terminar su monumental *Antología de poetas líricos castellanos.*[23] Apareció como el primer tomo de una proyectada «Biblioteca de la Sociedad Hispánica de Méjico», que no tuvo continuidad, pero con ella la casa Porrúa inició su labor editorial y sobre todo fue el punto de partida de numerosísimas antologías sobre poesía mexicana moderna, que han ido configurando en buena medida la historia de ésta y a través de las cuales las distintas promociones han ido señalando su lugar en la tradición.[24]

La fundación de la Sociedad Hispánica demuestra que el Ateneo casi había dejado de existir en la práctica. Sus miembros apenas se veían ni realizaban nada juntos. Durante el invierno de 1914 el librero español Francisco Gamoneda organizó en la «Librería General Biblos» una serie de conferencias en la que

---

21 «28-1-1914», en *Correspondencia,* pág. 264.

22 *Ibidem,* pág. 266.

23 Precisamente Henríquez Ureña publicó por entonces una razonada y durísima crítica a la *Antología de los mejores poetas castellanos,* de Rafael Mesa y López, donde se pretendía corregir la pequeña colección de Menéndez Pelayo. Lleva como título «Las audacias de don Hermógenes» y fue publicada en *Nosotros,* ed. cit., núm. 5, septiembre de 1913, págs. 106-111.

24 Cfr. MARTINEZ, José Luis: *Guías bibliográficas,* en *Literatura mexicana siglo XX, 1910-1949,* Tomo II, México, Antigua Librería Robledo, 1950, págs. 131-141, donde se detallan las principales antologías mexicanas de esta época. Son también interesantes las observaciones que sobre este tema hace Guillermo Sheridan en la «Presentación» a CUESTA, Jorge: *Antología de la poesía mexicana moderna,* México, Fondo de Cultura Económica, 1985, págs. 7-31.

intervinieron algunos ateneístas profesores en Altos Estudios.[25] Entre ellas destacan dos, de temas muy significativos, publicadas en *Nosotros*.

El 29 de noviembre Antonio Caso habló sobre «La filosofía de la intuición», exposición del movimiento antiintelectualista de fin de siglo, que culmina en Bergson: «Es, en suma, el movimiento, una reivindicación de la vida espiritual autónoma e irreductible, de lo propio y genuinamente humano. No es idealismo, como suele decirse, sino humanismo».[26] Reyes estaba al tanto gracias a las cartas que ininterrumpidamente le enviaba Henríquez Ureña a París. Poco después tuvo ocasión de comentarle a Bergson la atención que suscitaba entre los jóvenes de su país: «Y esto, ¡en qué momento de desorientación y luto! 'Es un testimonio —me decía Bergson asombrado— no poco consolador sobre las posibilidades del espíritu ante las fuerzas oscuras del desorden'».[27]

El 7 de diciembre Henríquez Ureña dictó la conferencia titulada «Juan Ruiz de Alarcón», donde lanzó una tesis, en realidad dos, llamadas a tener gran trascendencia y a provocar polémicas. Simplificadamente pueden enunciarse así: la existencia de un carácter peculiar que distingue la literatura mexicana de las demás literaturas en español y que está representado por «el sentimiento discreto, el tono velado, el matiz crepuscular»;[28] y el «mexicanismo» como uno de los factores que explican la singularidad del teatro de Alarcón.[29]

---

25 *El Imparcial* ofreció abundante información sobre estas conferencias: «Conferencia sobre la literatura mexicana» (23 de noviembre de 1913, págs. 1 y 8), «Conferencia literaria» (6 de diciembre de 1913, pág. 9), «La conferencia del Sr. Henríquez Ureña» (8 de diciembre de 1913, pág. 9), «Conferencias literarias» (12 de diciembre de 1913, pág. 8). Pero las crónicas más detalladas y vivas son las cartas que sobre ellas le escribe Henríquez Ureña a Reyes entre el 22 de noviembre y el 7 de diciembre de 1913 (*Correspondencia*, págs. 246-262).

26 «La filosofía de la intuición», en *Nosotros*, ed. cit., núm. 8, enero 1914, págs. 548-549.

27 «Pasado inmediato», *OC* XII, pág. 215.

28 «Don Juan Ruiz de Alarcón», en *Nosotros*, ed. cit., núm. 9, marzo 1914, pág. 591.

29 Gran parte de la bibliografía posterior sobre Alarcón se ha ocupado de este tema. Sólo citaré aquí el panorama presentado por el discípulo de Henríquez Ureña, Antonio Castro Leal: «Sobre la mexicanidad de don Juan Ruiz de Alarcón», en *Repasos y defensas. Antología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, págs. 56-99. Entre las discusiones sobre si la sobriedad y la mesura constituyen o no características propias de la literatura mexicana, pueden verse las reflexiones de Octavio Paz en «Emula de la llama», en *Generaciones y semblanzas*, vol. 2, ed. cit., págs. 66-74.

No es este el momento de discutirlas ni de seguir sus repercusiones, pero sí el de subrayar finalmente y como explicación de ellas, algo que se ha venido diciendo en los capítulos anteriores. Lo «clásico» en un sentido amplio fue para Henríquez Ureña el paradigma de la expresión literaria y lo que definía el verdadero carácter de la literatura mexicana: la sobriedad, la mesura. Lo utilizó para juzgar tanto la literatura antigua (a Ruiz de Alarcón, «clásico» dentro de su barroquismo) como actual (a González Martínez, «clásico» en su modernismo). En buena medida con ello no hace sino desarrollar y matizar algunos juicios de Menéndez Pelayo sobre la literatura mexicana y sobre el propio Alarcón. Menéndez Pelayo definió a México como «país de arraigadas tradiciones clásicas, a las cuales por uno u otro camino vuelve siempre»; [30] y a Alarcón como «el clásico de un teatro romántico». [31]

> «Artista de espíritu clásico (entendida esta designación en el sentido de artista sobrio y reflexivo), Alarcón —dice Henríquez Ureña— revela en su orientación misma su carácter nacional. Acaso parezca exageración desmedida atribuir tales tendencias clásicas a un país, como México, que nunca ha podido, como ninguno de sus hermanos de América, formarse una cultura propia, disciplinada y superior, única que con absoluto derecho puede llamarse clásica. Pero dentro de las imperfecciones inherentes a la vida colonial, México fue el más clásico solar de la cultura española en el Nuevo Mundo: fue aquí donde se extendió más y dio mayor caudal de frutos. ¿Qué otro pueblo de América —ni el Perú siquiera— recibió falange de humanistas comparable con la que vino a México a seguidas de la conquista, los que desde luego trajeron la imprenta, la Universidad, las letras latinas y castellana? ¿Qué otro pueblo de América sería capaz de ostentar un esplendor de cultura autóctona, por igual científica y artística, como el de México del siglo XVIII? Y dentro de esa cultura, el espíritu mexicano se orientó siempre hacia las aficiones clásicas». [32]

---

30 *Historia de la poesía hispano-americana*, ed. cit., pág. 120.

31 *Ibidem*, pág. 58.

32 «Don Juan Ruiz de Alarcón», en *Nosotros*, ed. cit., núm. 9, marzo 1914, pág. 599.

33 «14-12-1913», en «Del Archivo de Alfonso Reyes. Correspondencia inédita. Selección y notas de Alicia Reyes», *Plural*, México, núm. 10, julio 1972, pág. 24.

Bergson y Ruiz de Alarcón, el espiritualismo y el Siglo de Oro, la filosofía y las humanidades están presentes en lo que puede considerarse la última actuación del Ateneo. El 14 de diciembre, Caso le escribe a Reyes:

> «Nuestro grupo se ha disuelto: usted en París, Martín en la revolución, Pani en la revolución, Vasconcelos en la revolución, Pedro en vísperas de marchar a Londres, Acevedo y Julio Torri dirigiendo la administración postal, yo, solo, completamente solo. Hube de vender mi biblioteca, parte de mis libros para poder comer (...), y extraño sobremanera nuestros días de largas charlas fáciles, nuestros bellos días de la dictadura porfiriana 'a mil leguas de la política', como dice Renan, aquellos días de pláticas deliciosas y 'libres discusiones platónicas'». [33]

En todos los miembros del grupo está la conciencia de final, la lamentación por la generación destrozada, el mismo sentimiento de soledad y de nostalgia por el tiempo pasado. La víspera de Navidad, Torres se dirige a Reyes:

> «Mi querido Alfonso: Te escribo ésta pensando en lo que ha cambiado nuestro mundo desde que partiste a Europa. Como oí decir en sueños anoche a Rafael López, en el naufragio de nuestro grupo, todos nos hemos salvado en tablas distintas. ¡Cómo echo de menos nuestras pláticas, que por lo distantes me parecen de 1867!». [34]

Pero todavía el 24 de enero de 1914 el Ateneo se reunió para elegir nuevos cargos. Salió de presidente Antonio Caso, que lo había sido durante el primer año del Ateneo de la Juventud, y de vicepresidente, Luis G. Urbina; de secretarios, Julio Torri y Carlos Peña. Fue la cuarta y última elección, pero probablemente esta directiva ya no llegó a funcionar y aunque no se disolvió formalmente, el Ateneo dejó de existir en la práctica. A partir de este momento ya no se encuentran más noticias sobre sus actividades. Además, esto explicaría que Alejandro Quijano, secre-

34 «24-12-1913», en «Epistolario Julio Torri-Alfonso Reyes», en TORRI, Julio: *Diálogo de los libros*, ed. cit., pág. 184.

tario desde septiembre, en cuyas manos quedó el pequeño archivo de la institución, hable de sí mismo como el «último secretario».[35]

A su llegada a París Alfonso Reyes se fue directamente a ver a Francisco García Calderón, que por entonces dirigía *La Revista de América:* «Yo esperaba hallar al lado de Francisco aquel ambiente de lecturas y libres discusiones hasta altas horas de la madrugada: lo que había sido, en México, mi vida con Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos (...). Pero las circunstancias eran muy diferentes». Francisco García Calderón y sus hermanos eran distantes y de trato difícil, y su revista no era un cenáculo, el grupo de amigos en el que Reyes pudiera sentirse a refugio del exilio, como en el México de antes del desastre familiar. «Veo que sigues quejándote de soledad. Es ya monstruoso ese sistema de quejas —le reprende Henríquez Ureña, intentando sacudirlo de su depresión— ¿Para qué te fuiste, si sabías que en París no estábamos nosotros?».[36]

Por entonces Reyes le habló de su intención de escribir un artículo sobre «nosotros» para *La Revista de América.* El 29 de octubre Henríquez Ureña le mandó, para que le sirviese de guía, una extensa carta, citada muy a menudo a lo largo de este trabajo, en la que le recordaba la historia del grupo desde su llegada hasta ese momento: «Según parece, llegué yo a México en el momento mismo en que se definía la nueva juventud ...».[37] Después de casi siete años podían señalarse sintéticamente sus logros: de una parte, «influencia de la juventud en la difusión de nuevas ideas. Desaparición de la filosofía positivista. Influencia de Caso y P.H.U. en el orden filosófico»;[38] de otra, «influencia en favor del gusto literario»,[39] especialmente mediante la difusión del modernismo, que él considera beneficiosa, pues «somos pueblos ignorantes y necesitamos escuelas sabias y exigentes que nos obliguen a aprender».[40] En resumen: «Crítica y filosofía —comprendiendo crítica y erudición de literatura y arte— lo característico (¿quizá con la poesía?, para que no se enojen los poetas: creo que así convendrá) de

35 Art. cit., pág. 2.
36 «7-12-1913», en *Correspondencia,* pág. 259.
37 «29-10-1913», en *Correspondencia,* pág. 220.
38 *Ibídem,* pág. 228.
39 *Ibídem,* pág. 228.
40 *Ibídem,* pág. 229.

esta generación. Difusión de ideas nuevas y de cultura standar». [41] En cuanto a la presencia de los ateneístas en la vida pública, escribe: «La juventud ha llegado muy aprisa a desempeñar papeles principales. Ahora está en los ministerios. Pero lo más significativo es su entrada al profesorado de la Escuela de Altos Estudios». [42] Y sobre la Universidad Popular: «Esta obra será la mejor del Ateneo». [43]

Alfonso Reyes publicó su artículo en el número de enero de 1914 de *La Revista de América,* con el título «Nosotros». Dos meses después lo reprodujo la revista *Nosotros* de México. Reyes presentó a su grupo como al representante de la generación intelectual que sustituye a la propiamente modernista. «La verdadera literatura mexicana comienza con Gutiérrez Nájera (...), todo lo que viniera más tarde podría libremente impregnarse del nuevo espíritu. Así vivió el modernismo». [44] Los jóvenes heredan de los escritores de la *Revista Moderna* el secreto de la renovación literaria, pero van más allá.

> «La renovación no podía, naturalmente, limitarse a lo literario. La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, se desvanece ante la voz elocuente de Antonio Caso, quien difunde por las aulas las nuevas verdades filosóficas (...). Como representante de la filosofía *anti-occidental,* de la *filosofía molesta,* —que mezcla ingeniosamente a las enseñanzas extraídas de Bergson—, José Vasconcelos, en los instantes que la cólera civil le deja libres, combate también por su verdad. De sus dones de creación filosófica y estética, de sus sinceros arrebatos de pensador surgirá, si ha de surgir algún día, una corriente filosófica en el pensamiento mexicano». [45]

La reacción contra el positivismo fue una reacción contra un ambiente general de empobrecimiento espiritual, en el que toda cultura fundamental, todo humanismo se había perdido:

---

41 *Ibídem,* pág. 230.
42 *Ibídem,* pág. 229.
43 *Ibídem,* pág. 227.
44 «Nosotros», en *Nosotros,* núm. 9, marzo 1914, pág. 220.
45 *Ibídem,* págs. 219-220.

«El triunfo del anti-intelectualismo en México está casi consumado. El positivismo que lo precedió, si fue útil para la restauración social, vino a ser a la larga, pernicioso para el desarrollo no sólo de la literatura o de la filosofía, mas del espíritu mismo. Era como una falsa, angosta perspectiva del mundo que no podía bastarnos ya (...). Y cuando el tiempo dio la señal de la transición, la nueva Universidad se fundó (sin ninguna liga con la antigua) y la nueva generación penetró en la Escuela de Altos Estudios a resucitar el humanismo. Ya era tiempo. Ya era tiempo de volver un poco al latín y un mucho al castellano». [46]

Reyes termina señalando la importancia que en esta renovación cultural tuvo el magisterio de Henríquez Ureña:

«Lo que en el desarrollo del humanismo clásico, en el cultivo de la buena tradición española y en la formación del sentido crítico se debe a Pedro Henríquez Ureña, es incalculable. Educador por temperamento, despierta el espíritu de aquellos con quienes dialoga. Enseña a oír, a ver y a pensar. El ha suscitado una tendencia de cultura y un anhelo de seriedad y trabajo que es el mejor premio de quienes le siguen». [47]

Bajo su dirección se formaron en buena medida los ateneístas. Después de ellos vendrán más. Reyes no los nombrá. El propio Henríquez Ureña lo hizo en su carta: «Los que vienen: los Castros Leal, Vázquez del Mercado y Manuel Toussaint y Ritter. Sólo Castro se ha dado a conocer. Estos nuevos no tienen prisa, y no se sabe quiénes pueden 'resultar'». [48] Mientras el régimen de Huerta se desmoronaba bajo la presión creciente de la revolución constitucionalista y de la nueva administración norteamericana de Woodrow Wilson, los ateneístas seguían haciendo recapitulación y balance. Henríquez Ureña se apresuró a terminar su «tesis profesional», que tenía por tema «La Universidad». Era el requisito indispensable para obtener el título de abogado, pero también su último alegato a favor de la Universidad Nacional,

46 *Ibídem*, pág. 220.
47 *Ibídem*, págs. 220-221.
48 «Henríquez Ureña a Reyes, 29-10-1913», en *Correspondencia*, págs. 231-232.

que vivía su cuarto año de dura prueba. Se la dedicó al fundador Justo Sierra y a Chávez, Caso, Pani, Pruneda..., sus constantes defensores. En ella venía a sostener la necesidad de esta institución dedicada a la alta cultura y a la cultura técnica, depositaria de las mejores tradiciones, centro de perfeccionamiento, coordinación y difusión intelectual, lugar de libre discusión e investigación. Y a defender su aplicación en México: la Universidad Nacional no es un lujo, «en una necesidad de civilización para el país». [49] «Sin los maestros dueños de alta cultura, no tendría un país buenos hombres de profesión ni de enseñanza; vegetarán sus empresas, sus construcciones, sus leyes, sus escuelas. Las escuelas elementales son imperiosa necesidad social; pero no pueden prosperar si no son la base de una pirámide cuya cima es la Universidad». [50] Termina con un alegato jurídico a favor de su efectiva autonomía, que la ponga a salvo de las tormentas políticas.

Henríquez Ureña presentó la tesis el 21 de febrero de 1914. Ya podía salir de México, pero algo lo retuvo un mes más. El 20 de marzo la Escuela de Altos Estudios emprendía su cuarto año, el segundo de la subsección de Estudios Literarios. El se había comprometido a pronunciar el discurso de apertura, al que quería dar un significado especial. «El 20 se abre la Escuela de Altos Estudios. Digo el discurso y después me voy. Espérame en abril», le dice a Reyes. [51] El acto se celebró el día señalado y el discurso se publicó poco después con el título «La cultura de las humanidades». Es el fruto de los siete años de experiencia mexicana de Henríquez Ureña y la mejor exposición de su ideal humanista de cultura y educación.

Comienza con una breve historia de la Escuela y de su sección de Humanidades, en la que Henríquez Ureña sentía vivo el espíritu de «nosotros»:

> «La Sección de Estudios Literarios, única que ha completado su primer año y única, además, de que personalmente puedo hablar con certidumbre, tiene para sí una significación que no dejaré de

49 «La Universidad», en *OC* II, pág. 337.
50 *Ibídem*, pág. 337.
51 «8-3-1914», en *Correspondencia*, pág. 290.

explicar. Yo la enlazo con el movimiento, de aspiraciones filosóficas y humanísticas, en que me tocó participar a poco de mi llegada desde tierras extrañas». [52]

El, que había dirigido e historiado paso a paso este movimiento vuelve a mencionar sus hitos fundamentales: *Savia Moderna,* la Sociedad de Conferencias, el homenaje a Barreda..., el proyecto de conferencias sobre Grecia. «No llegaron a darse las conferencias sobre Grecia; pero con esas lecturas renació el espíritu de las humanidades clásicas en México. Allí empiezan los estudios merced a los cuales hemos podido prestar ayuda cuando don Ezequiel A. Chávez nos llamó a colaborar en esta audaz empresa suya». [53]

Sigue con una síntesis de la cultura griega: Grecia trae al mundo la inquietud del progreso. Sabe que el hombre puede ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de como vive, y busca afanosamente el secreto de toda mejora. Es el pueblo que inventa la discusión y la crítica, el pensamiento libre y la investigación sistemática. Desde entonces no cesa la evolución filosófica y científica en Occidente. Grecia mira atrás y crea la historia; mira hacia adelante y crea las utopías, modelos de perfección, que exigen su realización al esfuerzo humano.

Henríquez Ureña acude a las ideas Menéndez Pelayo y Matthew Arnold sobre la educación humanística y a través de ellas al ideal de «Bildung» formulado por los representantes del renacimiento alemán de finales del XVIII y comienzos del XIX: la cultura de las humanidades, que se basa necesariamente en el estudio del modelo de perfección realizado en Grecia, no solamente es fuente de enseñanza espiritual y placer estético («sweetness and light»), sino fuente de fortaleza, de disciplina moral. No es académica y limitada, busca la completa realización de las potencialidades humanas a través del esfuerzo y bajo la guía de la razón.

A continuación hace una sintética exposición de la historia de las humanidades clásicas, basándose fundamentalmente en el famoso libro de John Edwin Sandys *A History of Classical Scho-*

52 «La cultura de las humanidades», *OC* II, pág. 350.
53 *Ibídem,* pág. 352.

larship. [54] Se detiene sobre todo en la Alemania de comienzos del XIX. «De ese período, que abre una nueva era en filosofía y en arte y que funda el criterio histórico de nuestros días, data la interpretación crítica de la antigüedad». [55] Esta aparece con Winckelman y Lessing y es mantenida por una legión de pensadores y de investigadores. Henríquez Ureña recuerda con especial intensidad a Otfried Müller, «héroe juvenil consagrado por la muerte prematura», [56] en quien ve el mejor ejemplo de los dones que ha de poseer un humanista, aquellos que él y Alfonso Reyes trataban de realizar:

> «... la acendrada erudición no se encoge en la nota escueta y en el árido comentario, sino que iluminada por sus mismos temas luminosos, se enriquece de ideas sintéticas y de opiniones críticas, y se vuelve útil y amable para todos expresándose en estilo elocuente». [57]

Del nuevo humanismo alemán parte la renovación de la crítica literaria en general, cuyos métodos se aplicaron a todas las literaturas. De allí salieron los métodos filológicos de Manuel Milá y Fontanals, Marcelino Menéndez Pelayo y Ramón Menéndez Pidal. La literatura española de los Siglos de Oro, incluyendo las expresiones americanas, señala Henríquez Ureña, es en ese momento el estudio preferido por él y sus compañeros: «Al amor de Grecia y Roma hubo de sumarse el de las antiguas letras castellanas; su culto, poco después reanimado, es hoy el más fecundo de nuestros estudios de erudición». [58]

Y termina: los profesores de la Escuela, conscientes de sus limitaciones y de las dificultades de su país, sólo han querido comenzar a propagar aquí «esta inmensa labor humanística, que no cede en heroísmo intelectual a ninguna de los tiempos modernos». [59]

---

54 El propio Henríquez Ureña revela su fuente a Reyes en carta de 25-3-1914 (*Correspondencia*, pág. 293).
55 «La cultura de las humanidades», *OC*, II, pág. 356.
56 *Ibídem*, pág. 357.
57 *Ibídem*, pág. 357.
58 *Ibídem*, pág. 352.
59 *Ibídem*, pág. 359.

«Ni se pretendió ni se pudo encontrar en nosotros, jóvenes la gran mayoría, maestros indiscutibles, dueños ya de todos los secretos que se adquieren en la experiencias científica y pedagógica de largos años (...). Pero todos somos trabajadores constantes, fidelísimos devotos de la alta cultura, más o menos afortunado en aproximarnos al secreto de la perfección en el saber». [60]

Con su discurso Henríquez Ureña se despide de México. Al mes siguiente se trasladó a La Habana, con la intención de continuar rumbo a Europa, pero el comienzo de la Primera Guerra Mundial lo retuvo allí. Con algunos jóvenes escritores, continuadores de la Sociedad de Conferencias de La Habana, trató de reconstruir «nosotros», de salvar, como sus compañeros dispersos, la «Grecia mexicana». Antonio Caso luchaba por mantener abierta Altos Estudios. La Guerra Mundial llevó a Reyes a España. Tras varios meses aquí le escribe a Henríquez Ureña: «Conocí a Menéndez Pidal. Soy ya miembro del Centro de Estudios Históricos (...). Esta gente es nuestro grupo. No estábamos solos en México. En Perú, en Cuba, en Madrid, existíamos también». [61] Mientras trabajaba en el Centro fue escribiendo algunas páginas íntimas, que reunió en 1917 con el título de *El suicida*. La dedicatoria final es un recuerdo melancólico de los días pasados con sus amigos ateneístas:

«Aquella generación de jóvenes se educaba —como en Plutarco— entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México, el año del Centenario, fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó, y todas fueron cayendo una tras otras. Cada cual, asido a su tabla, se ha salvado como ha podido; y ahora los amigos dispersos, en Cuba o Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires —y otros desde la misma México— renuevan las aventuras de Eneas, salvando en el seno los dioses de la patria. ¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable o en la biblio-

60 *Ibidem*, pág. 350.
61 «24-12-1914», en *Epistolario íntimo*, Tomo II, ed. cit., pág. 115.

teca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un enorme busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato Salvaje*, no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor mental; y cuando —a las tres de la mañana— Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones de Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega entre el general escándalo— 'apenas comienza a ponerse interesante'.

A esa hora de la vida dedicamos hoy copiosos recuerdos, seguros de que fue la mejor». [62]

62 «Dedicatoria», en *El suicida*, *OC* III, págs. 302-303.

BIBLIOGRAFIA

La presente bibliografía sólo pretende ser exhaustiva en lo referente al Ateneo como grupo, sin embargo, se incluyen en ella bastantes títulos utilizados a lo largo del trabajo y que si bien no tratan específicamente de él, contribuyen a comprender algunos de sus aspectos. Consta de dos secciones. La primera está dedicada a las fuentes y se divide, a su vez, en dos apartados: uno de publicaciones periódicas de la ciudad de México, con la indicación entre paréntesis de los años que he revisado; otro de las obras de los ateneístas consultadas. La segunda sección incluye los estudios críticos y se divide en seis apartados. El primero es el que contiene los trabajos específicos sobre nuestro tema. En los dos siguientes he recogido estudios que se ocupan de los ateneístas individualmente y que se refieren a la etapa considerada o que hacen referencias de interés a ella. El protagonismo que a lo largo de las páginas anteriores he concedido a Henríquez Ureña me ha llevado también aquí a separar su bibliografía de la de sus compañeros. El cuarto apartado está dedicados a los aspectos de la política, el pensamiento y la educación mexicana que afectaron al Ateneo.

1. FUENTES

1.1. Publicaciones periódicas de la ciudad de México

Boletín de Instrucción Pública (1906-1913).

Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria (1907-1913).

Boletín de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria (1907).

El Imparcial (1907-1914).
El Diario (1907-1912).
El País (1907-1914).
El Popular (1907).
La Patria (1907-1912).
Revista Azul (1907).
Revista Moderna de México (1903-1911).
Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna (1906) Nosotros (1912-1914), ed. facsímil, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

1.2. Textos de los ateneístas

Acevedo, Jesús T.: *Disertaciones de un arquitecto,* México, Secretaría de Educación Pública, 1967.

Argüelles Bringas, Roberto: *Fuerza y dolor. Antología poética,* México, Secretaría de Educación Pública, 1975.

Caso, Antonio: *Obras completas,* 12 vols., México, Universidad Nacional Autónoma, 1971-1985.

Castillo Ledón, Luis: *Lo que miro y lo que siento,* Madrid, Tipografía Artística, 1916.

Cravioto Mejorada, Alfonso: *Poesías completas (1904-1944),* Pachuca de Soto, Gobierno del Estado de Hidalgo, 1984.

Fell, Claude (ed.): *Ecrits Oublies. Correspondance entre José Vasconcelos et Alfonso Reyes,* México, Institut Français d'Amérique Latine, 1976.

García Naranjo, Nemesio: *Discursos,* México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1914.

— «Prólogo» a Lozano, José María: *José María Lozano en la tribuna parlamentaria 1910-1913,* México, Jus, 1958, páginas X-XXXII.

— *Memorias,* 10 vols., Monterrey, Talleres «El Porvenir», s. a.

Gómez Robelo, Ricardo y Díaz Dufoo, Carlos (Jr.): *Obras,* México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

González Martínez, Enrique: *Obras completas,* ed. de Antonio Castro Leal, México, El Colegio Nacional, 1971.

GUZMÁN, Martín Luis: *Obras completas,* 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1984-1985.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *Obras completas,* ed. de Juan Jacobo de Lara, 10 vols., Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976-1980.

— *Obra crítica,* ed. de Emma Susana Speratti Piñero, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

— «Notas de viaje», en *Revista Iberoamericana,* vol. LI, números 130 130-131, enero-junio 1985, págs. 321-343.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro y REYES, Alfonso: *Epistolario íntimo,* 3 vols., ed. de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981-1983.

LÓPEZ, Rafael: *Crónicas escogidas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1970.

— *Poesía reunida,* ed. de Serge I. Zaïtzeff, Guanajuato, Coordinadora Editorial del Gobierno del Estado de Guanajuato, 1984.

PARRA, Manuel de la: *Visiones lejanas,* México, s. e., 1914.

REYES, Alfonso: *Composiciones presentadas en los exámenes de 1.º y 2.º curso de literatura en la Escuela N. Preparatoria,* México, Tipografía Económica, 1907.

— *Discurso pronunciado en la Escuela Nacional Preparatoria en honor de H. Moissan,* México, s. e., 1907.

— «Historia documental de mis libros. I», en *Armas y Letras,* vol. XII, núm. 4, abril 1955, págs. 1, 3 y 5.

— *Albores,* México, El Cerro de la Silla, 1960.

— *Diario, 1911-1930,* Guanajuato, Universidad, 1969.

— *Obras completas,* 21 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1976-1981.

REYES, Alfonso y HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *Correspondencia (1907-1914),* ed. de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

REYES, Alicia (ed.): «Del archivo de Alfonso Reyes. Correspondencia inédita», en *Plural,* núm. 10, Julio, 1972, págs. 21-28.

ROGGIANO, Alfredo A.: «Las *Memorias* de Pedro Henríquez Ureña», en *Revista Iberoamericana,* vol. LIV, núm. 142, enero-marzo, 1988, págs. 331-357.

SALAZAR, Abel: *Almas. Cuentos,* México, Carlos E. Unda, 1909.
— *Voces lejanas,* Toluca, Libros de México, 1978.

SILVA Y ACEVES, Mariano: *Un reino lejano (Narraciones / Crónicas / Poemas),* ed. de Serge I. Zaïtzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

TORRI, Julio: *Diálogo de los libros,* ed. de Serge I. Zaïtzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
— *Tres libros,* México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

UBINA, Luis G., HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro y RANGEL, Nicolás: *Antología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia,* 2 vols., México, Manuel León Sánchez, 1910.

VASCONCELOS, José: *Memorias,* 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

2. ESTUDIOS CRITICOS

2.1. EL ATENEO

CAMACHO, Lidia: *El Ateneo de la Juventud y su difusión en la prensa de 1906 a 1914,* Tesis de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, Universidad Anáhuac, México, 1986.

CARBALLO, Emmanuel: «Ateneo de la Juventud», en *Protagonistas de la literatura mexicana,* México, Ediciones del Ermitaño-SepSetentas, 1986, págs. 17-181.

«Cómo era el Ateneo de México», en *Hoy,* 11 de septiembre de 1937, pág. 21.

FERNÁNDEZ MAC GREGOR, Genaro: «El Ateneo de la Juventud», en *El Universal,* 25 de septiembre de 1940, pág. 3.

GARCÍA GODOY, Federico: «Conferencias del Ateneo de la Juventud», en *La literatura americana de nuestros días (Páginas efímeras),* Madrid, Sociedad Española de Librería, s. f., páginas 119-139.

GONZÁLEZ GUERRERO, Francisco: «Autores y libros. Algunas notas sobre el Ateneo de la Juventud», en *El Universal,* 2 de septiembre de 1950, págs. 3 y 15.

— «Cincuentenario de una rebelión literaria», en *Metáfora,* núm. 13, marzo-abril, 1957, págs. 3-10.

GONZÁLEZ PEÑA, Carlos: «Antonio Caso y la generación del Ateneo», en *Gente mía,* México, Stylo, 1946, págs. 183-185.

HENRÍQUEZ UREÑA, Max: «México», en *Breve historia del modernismo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1978, páginas 472-507.

HERNÁNDEZ LUNA, Juan: «Prólogo» a CASO, Antonio y otros: *Conferencias del Ateneo de la Juventud,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1984, págs. 8-23.

INNES, John S.: *Revolution and Renaissance in Mexico: el Ateneo de la Juventud,* Ph. D. Thesis, University of Texas at Austin, 1970.

— «The Universidad Popular Mexicana», *The Americas,* volumen XXX, núm. 1, July, 1973, págs. 110-122.

KIRCHNER, Louisa D.: *México, en busca de su identidad. La faz cultural de su Revolución,* Madrid, Ediciones Iberoamericanas, 1973.

La Universidad Popular y sus primeras labores, México, Imprenta Escalante, 1913.

LEAL, Luis: «La generación del Centenario», en RANGEL GUERRA, Alfonso y RENDÓN, José Angel (eds.): *Páginas sobre Alfonso Reyes,* Monterrey, Universidad de Nuevo León, Tomo II, págs. 429-436.

LOMBARDO TOLEDANO, Vicente: «El sentido humanista de la Revolución», en *Universidad de México,* vol. I, núm. 2, diciembre 1930, págs. 91-109.

MATUTE, Alvaro: «El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación», en *Mascarones,* núm. 2, Primavera, 1983, págs. 16-26.

MILLÁN, María del Carmen: «La Generación del Ateneo y el ensayo mexicano», en *Nueva Revista de Filología Hispánica,* vol. XV, núms. 3-4, julio-diciembre 1961, págs. 625-636.

ORTIZ GONZÁLEZ, Leoncio: «Influencia de José Enrique Rodó en el Ateneo de la Juventud», en *El Nacional,* 6 de junio de 1954, págs. 3 y 5.

PACHECO, José Emilio: «Primeros pasos de una generación literaria. Un ensayo inédito de Pedro Henríquez Ureña y dos cartas de Alfonso Reyes», en *Revista de la Universidad de México,* vol. XXXV, núms. 2-3, octubre-noviembre 1980, págs. 8-14.

PANABIERE, Louis: *Contribución à l'étude de l'Ateneo de la Juventud,* Thése de doctorat du 3me cycle, 2 vols., Faculté des Lettres et Sciences Humaines, Université Paul Valery, Montpellier, 1975.

POSADA, Germán: «La generación mexicana de 1910», en *Historia Mexicana,* vol. XII, 1962, págs. 147-153.

QUIJANO, Alejandro: «El verdadero Ateneo», en *Letras de México,* núm. 19, 16 de octubre de 1937, pág. 2.

QUIRARTE, Martín: *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud,* México Universidad Nacional Autónoma, 1970.

ROJAS GARCIDUEÑAS, José: *El Ateneo de la Juventud y la Revolución,* México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana, 1979.

RUBIO Y RUBIO, Alfonso: «La filosofía mexicana actual. Los antecedentes: el positivismo y la generación del Centenario», en *Revista de Indias,* vol. XIII, núms. 52-53, abril-septiembre 1953, págs. 307-324.

URÍA-SANTOS, María Rosa: *El Ateneo de la Juventud: su influencia en la vida intelectual de México,* Ph. D. Thesis, University of Florida, 1965.

VASCONCELOS, José: «El secreto del Ateneo», en *Todo,* núm. 672, 25 de julio de 1946, pág. 11.

VILLAURRUTIA, Xavier: «El Ateneo de la Juventud», en *Revista de Bellas Artes,* núm. 7, enero-febrero 1966, pág. 25.

2.2. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. FORMACIÓN Y PRIMERA ETAPA MEXICANA

ANDERSON IMBERT, Enrique: «Tres notas sobre Pedro Henríquez Ureña», en *Estudios sobre Escritores de América,* Buenos Aires, Raigal, 1954, págs. 53-63.

AVELINO, Andrés: «Pedro Henríquez Ureña», en *Anales de la Universidad de Santo Domingo,* núms. 37-38, enero-junio, 1946, págs. 89-119.

— «Pedro Henríquez Ureña, filósofo y humanista», en *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña,* Ciudad Trujillo, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, 1947, págs. 87-118.

BAEZA FLORES, Alberto: *La poesía dominicana en el siglo XX,* Barcelona, Universidad Católica Madre y Maestra de Santo Domingo, 1976.

BARNOLA, Pedro P.: «Pedro Henríquez Ureña, por el sendero del bellismo», en *Pedro Henríquez Ureña. Homenaje con motivo del Centenario de su nacimiento,* Caracas, La Casa de Bello, 1985, págs. 9-15.

BELTRÁN GUERRERO, Luis: «Pedro Henríquez Ureña, Sócrates del Caribe», en *Pedro Henríquez Ureña. Homenaje con motivo del Centenario de su nacimiento,* Caracas, La Casa de Bello, 1985, págs. 16-21.

BORGES, Jorge Luis: «Pedro Henríquez Ureña», en HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *Obra crítica,* México, Fondo de Cultura Económica, 1981, págs. VII-X.

CARBALLO, Emmanuel: «Henríquez Ureña y las letras mexicanas», en *Mascarones,* núm. 3, invierno 1983-1984, págs. 13-15.

CARILLA, Emilio: *Pedro Henríquez Ureña (Tres estudios),* Tucumán, Imprenta de la Universidad Nacional, 1956.

CARMINATTI, Graciela: «Natacha Henríquez de González Casanova: Horas cotidianas», en *Los Universitarios,* vol. XII, núm. 16, agosto 1984, págs. 22-23.

CASTRO LEAL, Antonio: «Pedro Henríquez Ureña, humanista americano», en *Repasos y defensas. Antología,* México, Fondo de Cultura Económica, 1987, págs. 355-373.

— «Sobre la mexicanidad de don Juan Ruiz de Alarcón», en *Repasos y defensas. Antología,* México, Fondo de Cultura Económica, 1987, págs. 56-99.

CLARKE, Dorothy Clotelle: «Resumen antológico de la obra métrica de Pedro Henríquez Ureña», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, págs. 149-158.

CERRUTTI GULEBERG, Horacio: «Henríquez Ureña y su concepción utópica de nuestra América», en *Los Universitarios,* vol. XII, núm. 16, agosto 1984, págs. 26-27.

DAPAZ STROUT, Lilia: «Magisterio, erudición y afición: Grecia y el drama clásico y moderno en Pedro Henríquez Ureña», en *Aula,* núm. 24, enero-marzo 1978, págs. 33-48.

FERREIRA, Joao Francisco: *Rumo á Utopia. Uma introduçao ao pensamento americanista de Ureña,* Porto Alegre, Hytilodaeus, 1974.

FRANCO, Jean: «El humanismo de Pedro Henríquez Ureña», en *Aula,* núm. 24, enero-marzo 1978, págs. 51-62.

GARCÍA AYBAR, J. E.: «Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra», en *Aula,* núm. 24, enero-marzo, 1978, págs. 71-73.

GARRIDO, Felipe: «Cómo leer a Pedro Henríquez Ureña», en *Los Universitarios,* vol. XII, núm. 16, agosto 1984, págs. 24-25.

GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael: «Prólogo», en HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *La utopía de América,* Caracas, Ayacucho, 1978, págs. IX-XL.

HENRÍQUEZ UREÑA, Max: *Pedro Henríquez Ureña. Antología,* Ciudad de Trujillo, Librería Dominicana, 1950.

HOSTOS, Eugenio Carlos (ed.): *Hostos, hispanoamericanista,* Madrid, Imprenta Juan Bravo, 1952.

— (ed.), *Hostos, peregrino del ideal,,* París, Ediciones Literarias y Artísticas, 1954.

HOVZEN, Roberto: «Pedro Henríquez Ureña, el maestro viajero», en *Revista Iberoamericana,* vol. LIV, núm. 142, enero-marzo, 1988, págs. 291-320.

JIMÉNEZ-GRULLÓN, J. I.: *Pedro Henríquez Ureña: realidad y mito y otro ensayo,* Santo Domingo, Librería Dominicana, 1969.

JIMÉNEZ RUEDA, Julio: «Pedro Henríquez Ureña (1884-1946)», en *Revista de Historia de América,* núm. 22, diciembre 1946, págs. 401-403.

— «Pedro Henríquez Ureña, profesor en México», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre, 1956, págs. 135-138.

KRAUZE, Enrique: «El crítico errante: Pedro Henríquez Ureña», en *Memoria del Segundo Encuentro sobre Historia de la Universidad,* Universidad Autónoma de México, 1986, páginas 13-49.

LARA, Juan Jacobo de: *Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra,* Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1975.

— «Conferencia sobre Pedro Henríquez Ureña», en *Aula,* número 24, enero-marzo 1978, págs. 9-18.

— *Sobre Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos,* Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1982.

LEAL, Luis: «Pedro Henríquez Ureña en México», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, págs. 119-133.

LIDA, Raimundo: «Cultura de Hispanoamérica», en *Cuadernos Americanos,* núm. VI, 1947, págs. 207-212.

— «Pedro Henríquez Ureña y su presencia en Cuba», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre, 1956, págs. 99-117.

MARTÍNEZ, Agustín: «Tradición culturalista de la crítica literaria latinoamericana. Situación actual de Pedro Henríquez Ureña», en *Pedro Henríquez Ureña. Homenaje con motivo del Centenario de su nacimiento,* Caracas, La Casa de Bello, 1985, págs. 32-45.

MATUTE, Alvaro: «Henríquez Ureña, ateneísta», en *Los Universitarios,* vol. XII, núm. 16, agosto 1984, págs. 9-11.

— «Pedro Henríquez Ureña y la Universidad de México», en *Revista de la Universidad de México,* vol. XL, núm. 42, octubre 1984, págs. 14-18.

MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto: «Pedro Henríquez Ureña, crítico de Rubén Darío», en *Cuestiones rubendarianas,* Madrid, Revista de Occidente, 1970, págs. 35-59.

MELÉNDEZ, Concha: «Días alcióneos de Pedro Henríquez Ureña», en *Asomante,* vol. II, año II, núm. 3, julio-septiembre 1946, págs. 5-11.

ORFILA RAYNAL, Arnaldo: «Evocaciones», en *Los Universitarios,* vol. XII, núm. 16, agosto 1984, págs. 16-17.

PICÓN SALAS, Mariano: «El hombre que hacía claro lo oscuro», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, págs. 69-73.

PORTUONDO, José Antonio: «Pedro Henríquez Ureña, el orientador», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, págs. 75-80.

RAMA, Angel y GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael: «Cronología», en HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *La utopía de América,* Caracas, Ayacucho, 1978, págs. 473-563.

RAMOS, Samuel: «Pedro Henríquez Ureña», en *Cuadernos Americanos,* vol. XXVIII, núm. 4, julio-agosto 1946, páginas 264-267.

REVUELTAS, Eugenia: «Henríquez Ureña, Odiseo Americano», en *Los Universitarios,* vol. XII, núm. 16, agosto, 1984, páginas 5-9.

REYES, Alfonso: «Encuentros con Pedro Henríquez Ureña», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre, 1956, págs. 55-60.

RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio (ed.): *Hostos en Santo Domingo,* 2 vols., Ciudad Trujillo, J. R. Vda. García, 1939.

— *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña,* Ciudad Trujillo, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, volumen XLIX, 1947.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir: «Pedro Henríquez Ureña y la cultura hispanoamericana», en *Número,* núm. 2, mayo-junio 1949, págs. 145-151.

ROGGIANO, Alfredo A.: «Pedro Henríquez Ureña o el pensamiento integrador», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, págs. 171-194.

— *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos,* México, Cultura, 1961.

ROMERO, Francisco: «Un humanista de nuestro tiempo», en *Ideas y figuras,* Buenos Aires, Losada, 1949, págs. 58-69.

ROMERO, José Luis: «Una voz a los diez años de su muerte», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, págs. 81-84.

SÁBATO, Ernesto: «Pedro Henríquez Ureña», en *Apologías y rechazos,* Barcelona, Seix Barral, 1979, págs. 53-77.

SÁNCHEZ, Luis Alberto: «Notas sobre Pedro Henríquez Ureña», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, págs. 159-166.

SÁNCHEZ REULET, Aníbal: «Pensamiento y mensaje de Pedro Henríquez Ureña», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, págs. 61-67.

SERIS, Homero: «Dos cartas de Pedro Henríquez Ureña», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, págs. 49-53.

SPERATTI PIÑERO, Emma Susana: «Crono-Bibliografía de Pedro Henríquez Ureña», en HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *Obra crítica,* México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

TORRES RIOSECO, Arturo: «Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña», en *Revista Iberoamericana,* vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre 1956, págs. 139-142.

TRONCOSO SÁNCHEZ, Pedro: «Pedro Henríquez Ureña (1884-1946)», en *Publicaciones de la Universidad de Santiago,* núm. 50, 1947, págs. 7-14.

VILLAURRUTIA, Xavier: «Henríquez Ureña, humanista moderno», en *Mascarones,* núm. 3, invierno 1983-1984, págs. 12-13.

2.3. LOS ATENEÍSTAS

ABREU GÓMEZ, Ermilio: *Martín Luis Guzmán,* México, Empresa Editoriales, 1968.

AHUMADA, Herminio: *José Vasconcelos,* México, Botas, 1937.

ARCE, David N.: *Bibliografía de José Vasconcelos,* México, Jus, 1958.

BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, A.: *La filosofía de José Vasconcelos (El hombre y su sistema),* Madrid, Cultura Hispánica, 1958.

BLANCO, José Joaquín: *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica,* México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

BRUSHWOOD, John S.: *Enrique González Martínez,* New York, Twayne Publishers, 1969.

CÁRDENAS NORIEGA, Joaquín: *José Vasconcelos: guía y profeta,* México, PAC, 1982.

CARDIEL REYES, Raúl: *Retorno a Caso,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1986.

CARTER, Boyd G.: «La *Revista Azul.* La resurrección fallida: *Revista Azul* de Manuel Caballero», en *Las revistas literarias de México,* México, INBA, 1963, 47-80.

CARTER, Sheila Yvonne: *Alfonso Reyes: Critic and Artist,* Ph. D., University of Washington, 1973.

CASTRO LEAL, Antonio (ed.): *La poesía mexicana moderna,* México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

DE BEER, Gabriella: *José Vasconcelos and his World,* New York, Las Américas, 1966.

DÜRING, Ingemar: «Alfonso Reyes helenista», en *Dos estudios sobre Alfonso Reyes,* Madrid, Insula, 1962, págs. 9-75.

ELIZONDO RODRÍGUEZ, Carolina: *Nemesio García Naranjo (un auténtico valor intelectual de nuestro tiempo),* México, Imprenta Mexicana ,1963.

ESPEJO, Beatriz: *Julio Torri. Voyerista desencantado,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1986.

FABELA, Isidro: «Antonio Caso», en *El trato con los escritores,* México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1961, págs. 11-18.

FARIAS, Héctor: *Nemesio García Naranjo: Mexico's Minister of Education, 1913-1914,* Ph. D., Northwestern University, 1971.

FERNÁNDEZ MAC GREGOR, Genaro: «Alfonso Cravioto», en *Carátulas,* México, Botas, 1935, págs. 151-161.

GAOS, José: «Las mocedades de Caso», en *Homenaje a Antonio Caso,* México, Centro de Estudios Filosóficos-Stylo, 1947, págs. 17-38.

GARCÍA MAYNEZ, Eduardo: «Antonio Caso, pensador y moralista», en *Homenaje a Antonio Caso,* México, Centro de Estudios Filosóficos-Stylo, 1947, págs. 39-56.

GARRIDO, Luis: *José Vasconcelos,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1963.

GÓMEZ OROZCO, Alicia: «*El joven Vasconcelos (Del Positivismo al Anti-intelectualismo),* Tesis de Maestra en Filosofía, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965.

GÓMEZ ROBLEDO, Antonio: «Alfonso Reyes, mexicano universal», en *Cuadernos Americanos,* vol. CXXXIX, núm. 2, marzo-abril 1965, págs. 163-179.

GRANADOS CHAPA, Miguel Angel: *Alfonso Cravioto: un liberal hidalguense,* México, Océano, 1984.

GUY, Alain: «José Vasconcelos et Bergson», en *Revista Mexicana de Filosofía,* vol. II, núm. 3, 1959, págs. 63-70.

GUZZY Y DE LA MORA, Luisa: *Enrique González Martínez frente al simbolismo francés,* Tesis para el grado de maestra, Universidad Nacional Autónoma de México, 1954.

HADDOX, John H.: *Vasconcelos of Mexico. Philosopher and Prophet,* Austin, University of Texas Press, 1967.

HENRÍQUEZ UREÑA, Max: «Los de la nueva hora: Alfonso Reyes», en *Crónica,* 1 de septiembre de 1907, págs. 266-267.

— «La vida y la obra de Jesús Castellanos», en CASTELLANOS, Jesús: *Los optimistas. Lecturas y opiniones, crítica de arte,* La Habana, Avisador Comercial, 1914, págs. 11-70.

— «Mis recuerdos de Antonio Caso», en *Luminar,* vol. VIII, núms. 3-4, 1946, págs. 23-27.

HERNÁNDEZ LUNA, Juan: *Antonio Caso. Embajador extraordinario de México,* México, Sociedad de Amigos del Libro Mexicano, 1963, págs. 17-29.

— «Prólogo» a CASO, Antonio: *Obras Completas I. Polémicas,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1971, págs. VII-XIX.

HERRERA LÓPEZ, Manuel: *Anotaciones sobre Vasconcelos,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1982.

KRAUZE, Enrique: «Antonio Caso: el filósofo como héroe», en *Revista de la Universidad de México,* vol. XXXIX, núm. 29, septiembre 1983, págs. 2-10.

— «El caudillo Vasconcelos», en MATUTE, Alvaro y DONIS, Martha (ed.): *José Vasconcelos: de su vida y su obra. Textos selectos de las Jornadas Vasconcelianas de 1982,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1984, págs. 25-49.

KRAUZE DE KOLTENIUK, Rosa: *La filosofía de Antonio Caso,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1961.

LAZO, Raimundo: *La personalidad, la creación y el mensaje de Alfonso Reyes,* La Habana, s. e., 1955.

LIZASO, Félix: «Presencia de México en la obra de Alfonso Reyes», en *Revista de la Biblioteca Nacional,* núm. 4, octubre-diciembre 1955, págs. 57-63.

MARTÍNEZ, José Luis: *El ensayo mexicano moderno,* México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

MARTÍNEZ PEÑALOZA, Porfirio: «La *Revista Moderna*», en *Las revistas literarias de México,* México, INBA, 1963, páginas 81-100.

MATUTE, Alvaro (ed.): *José Vasconcelos y la Universidad. Textos,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1983.

— y DÍEZ-CANEDO, Aurora: «Un ateneísta catalán», en *Mascarones,* núm. 3, invierno 1983-1984, pág. 27.

MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto: «Rubén Darío y los Reyes», en *La cultura en México,* Suplemento de *Siempre,* núm. 70, junio 1963, págs. VI-VII.

— *Los amigos de Alfonso Reyes,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1971.

MONTERDE, Francisco: *La literatura mexicana en la obra de Menéndez y Pelayo,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1944.

— «*Savia Moderna, Multicolor, Nosotros, México Moderno, La Nave, El Maestro, La Falange, Ulises, El Libro y el Pueblo, Antena,* etc.», en *Las revistas literarias de México,* México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1963, págs. 113-115.

MORENO, Rafael: «Caso: su concepto de la filosofía», en *Homenaje a Antonio Caso,* México, Centro de Estudios Filosóficos-Stylo, 1947, págs. 109-153.

OCAMPO GÓMEZ, Aurora Maura y PRADO VELÁSQUEZ, Ernesto: *Diccionario de escritores mexicanos,* México, UNAM, 1967.

OLGUIN, Manuel: *Alfonso Reyes, ensayista. Vida y pensamiento,* México, Ediciones de Andrea, 1956.

PACHECO, José Emilio: «Aproximación a la poesía mexicana del siglo XX», en *Hispania,* vol. XLVII, núm. 2, 1965, páginas 209-219.

— (ed.): *Antología del modernismo, 1884-1921,* 2 vols., México, UNAM, 1971.

PATOUT, Paulette: *Alfonso Reyes et la France (1889-1959),* Lille, Service de Reproduction de l'Université, 1981.

PAZ, Octavio: «Poesía mexicana moderna», en *Generaciones y semblanzas,* vol. 2, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1988, págs. 75-85.

REYES, Alicia: *Genio y figura de Alfonso Reyes,* Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1976.

ROBB, James Willis: *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1974.

ROBLES, Oswaldo: «Antonio Caso y el heroísmo filosófico», en *Homenaje a Antonio Caso,* México, Centro de Estudios Filosóficos-Stylo, 1947, págs. 57-74.

ROJAS GARCIDUEÑAS, José: *Genaro Fernández Mac Gregor. Escritor e internacionalista,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1962.

ROMANELL, Patrick: «Don Antonio Caso y las ideas contemporáneas en México», en *Homenaje a Antonio Caso,* México, Centro de Estudios Filosóficos-Stylo, 1947, págs. 75-91.

— «Bergson no México: um tributo a José Vasconcelos», en *Revista Brasileira de Filosofía,* vol. X, núm. 3, julio-septiembre 1960, págs. 373-383.

ROMERO DEL VALLE, Emilia: «Chocano en la Revolución Mexicana», en *Letras,* núms. 78-79, 1967, págs. 77-91.

SÁNCHEZ, Luis Alberto: *Aladino o vida y obra de José Santos Chocano,* México, Costa Amic, 1960.

SKIRIUS, John: «Vasconcelos: de la revolución a la educación», en *Revista de la Universidad de México,* vol. XXXVIII, núm. 18, octubre 1982, págs. 2-6.

— «Vasconcelos: el político y el educador», en MATUTE, Alvaro y DONIS, Martha (ed.): *José Vasconcelos: de su vida y su obra. Textos selectos de las Jornadas Vasconcelianas de 1982,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1984, págs. 550-79.

TARACENA, Alfonso: *José Vasconcelos,* México, Porrúa, 1982.

TOPETE, José Manuel: *El mundo poético de Enrique González Martínez,* Guadalajara, Fénix, 1967.

VALDÉS, Héctor: *Indice de la 'Revista Moderna. Arte y ciencia' (1898-1903),* México, UNAM, 1967.

VARIOS: *Páginas sobre Alfonso Reyes (1911-1945),* Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955.

VARIOS: *Semblanzas de Académicos,* México, Galache, 1975.

VENA CUSPINERA, Margarita: «El pensamiento filosófico de José Vasconcelos», en MATUTE, Alvaro y DONIS, Martha (ed.): *José Vasconcelos: de su vida y su obra. Textos selectos de las Jornadas Vasconcelianas de 1982,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1984, págs. 94-101.

VILLEGAS, Abelardo: «La cosmovisión vasconceliana», en MATUTE, Alvaro y DONIS, Martha (ed.): *José Vasconcelos: de su vida y su obra. Textos selectos de las Jornadas Vasconcelianas de 1982,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1984, págs. 83-93.

ZAITZEFF, Serge I.: *Rafael López, poeta y prosista,* México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1972.

— (ed.): *Julio Torri y la crítica,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1981.

— *El arte de Julio Torri,* México, Oasis, 1983.

.4. POLÍTICA, PENSAMIENTO Y EDUCACIÓN EN MÉXICO

ABELLÁN, José Luis: «La reacción antipositivista», en *La idea de América: Origen y evolución,* Madrid, Istmo, 1972, páginas 91-109.

ALTAMIRA, Rafael: *Mi viaje a América (Libro de documentos),* Madrid, Victoriano Suárez, 1911.

ALTAMIRANO, Graziela y VILLA, Guadalupe (eds.): *La Revolución Mexicana. Textos de su historia,* Tomo II, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.

ALVARADO, María de Lourdes: «La Escuela de Altos Estudios. Sus orígenes», en *Memorias del Primer Encuentro de Historia sobre la Universidad,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1984, págs. 57-75.

— «Ausencia y presencia de la Universidad en México», en *La Universidad en el tiempo,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1985, págs. 39-51.

— «Reconsideración sobre los orígenes de la Universidad Nacional de México», en *Memoria del Segundo Encuentro sobre Historia de la Universidad,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1986, págs. 89-111.

ALVAREZ BARRET, Luis: «Justo Sierra y la obra educativa del porfiriato, 1901-1911», en SOLANA, Fernando (ed.): *Historia de la educación pública en México,* 2 vols., México, Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 1981, págs. 83-115.

ARELLANO, Josefina, G. de: *Bernardo Reyes y el movimiento reyista en México,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982.

BARREDA, Gabino: *Estudios,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1941.

BOLAÑOS MARTÍNEZ, Raúl: «Orígenes de la educación pública en México», en SOLANA, Fernando (ed.): *Historia de la educación pública en México,* 2 vols., México, Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 1981, páginas 11-40.

BURKE, Michael E.: «The University of Mexico and the Revolution, 1910-1940», en *The Americas,* vol. XXXIV, núm. 2, 1977, págs. 252-273.

CALDERÓN VEGA, Luis: *Los 7 sabios de México,* México, JUS, 1972.

CAMP, Roderic A.: «Le bottin mondain des intellectuels mexicains», en MEYER, Jean et PANABIERE, Louis: *Champs de pouvoir et de savoir au Mexique,* París, C.N.R.S., 1982, págs. 19-40.

CANO, Ceferino: «Análisis de la acción educativa», en *México. 50 años de Revolución,* Tomo IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, págs. 21-39.

CARRANCA, Raúl: *La universidad mexicana,* México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

CASTRO, Eusebio: «Trayectoria ideológica de la educación en México», en *Historia Mexicana,* vol. IV, núm. 2, octubre-diciembre 1954, págs. 198-217.

COCKCROFT, James D.: *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana,* México, Siglo XXI, 1974.

COSÍO VILLEGAS, Daniel: *Historia moderna de México,* 9 vols., México, Hermes, 1955-1972.

— «L'intellectual mexicain et la politique», en MEYER, Jean André (ed.): *Intellectuels et état au Mexique au XXe siècle.* París, C.N.R.S., 1979, págs. 9-17.

DELMEZ, Albert: «The positivist philosophy in Mexican education», en *The Americans,* vol. IV, núm. 1, julio 1949, págs. 32-44.

DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina: *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días 1867-1910,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1972.

DUMAS, Claude: *Justo Sierra y el México de su tiempo. 1848-1912,* 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma, 1986.

EGUÍA LIS, Joaquín: *Informe del Rector de la Universidad Nacional de México,* México, Imprenta Escalante, 1913.

GAOS, José: *Filosofía mexicana de nuestros días,* México, Imprenta Universitaria, 1954.

FERRER DE MENDIOLA, Gabriel: *Justo Sierra, el maestro de América,* México, Xochitl, 1947.

FLOWER, Edith: «The Mexican Revolt against Positivism», en *Journal of the History of Ideas,* vol. X, núm. 1, January, 1949, págs. 115-129.

GARCÍA STAHL, Consuelo: *Síntesis histórica de la Universidad de México,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1975.

GARCÍA VERASTEGUI, Lía: *Del proyecto nacional para una universidad en México 1867-1910,* México Universidad Nacional Autónoma, 1984.

GÓMEZ COSÍO, Arturo: *Historia estadística de la Universidad, 1910-1967,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1968.

GÓMEZ NAVAS, Leonardo: «La Revolución Mexicana y la educación popular», en SOLANA, Fernando (ed.): *Historia de la educación pública en México,* 2 vols., México, Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 1981, págs. 116-156.

GÓMEZ MORIN, Manuel: *1915 y otros ensayos,* México, Jus, S. A., 1973.

GONZÁLEZ, Luis: *La ronda de las generaciones,* México, Secretaría de Educación Pública, 1984.

GONZÁLEZ A. ALPUCHE, Juan: *La Universidad de México. Su trayectoria sociocultural,* México, Cvltvra, 1960.

GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel: *La revolución social deMéxico. I. Las ideas-La violencia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

GORTARI, Eli de: *La ciencia en la historia de México,* México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

GUY, Alain: «Le bergsonisme en Amérique latine», en *Cahiers du monde Hispanique et Luso-Brésilien,* núm. 1, 1963, páginas 121-139.

HERNÁNDEZ LUNA, Juan: *Ezequiel A. Chávez. Impulsor de la educación mexicana,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1981.

IBARGUENGOITIA CHICO, Antonio: *Suma filosófica mexicana (Resumen de Historia de la Filosofía en México),* México, Porrúa, 1980.

— *Filosofía mexicana en sus hombres y en sus textos,* México, Porrúa, 1972.

JIMÉNEZ RUEDA, Julio: *Historia jurídica de la Universidad de México,* México, Imprenta Universitaria, 1955.

KRAUZE, Enrique: *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana,* México, Siglo XXI Editores, 1976.

— «Note a propos des intellectuels de la generation de 1915», en MEYER, Jean André (ed.): *Intellectuels et état au Mexique au XXè siècle,* París, C.N.R.S., 1979, págs. 29-31.

— *Daniel Cosío Villegas: Una biografía intelectual,* México, Joaquín Mortiz, 1980.

— *Místico de la autoridad. Porfirio Díaz,* México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

— *Místico de la libertad. Francisco I. Madero,* México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

La Universidad Nacional de México. 1910, México, Universidad Nacional Autónoma, 1985.

LARROYO, Francisco: *Historia comparada de la educación en México,* México, Porrúa, 1987.

LEMOINE VILLICANA, Ernesto: *La Escuela Nacional Preparatoria en el período de Gabino Barreda (1867-1878),* México, Universidad Nacional Autónoma, 1970.

MALANÓN, Javier: «Altamira en México», en *Historia Mexicana,* vol. I, núm. 4, abril-junio 1952, págs. 590-602.

MARÍA Y CAMPOS, Alfonso: *Estudio histórico-jurídico de la Universidad Nacional (1881-1929),* México, Universidad Nacional Autónoma, 1975.

MALLO, Tomás: «El antipositivismo en México», en *Cuadernos Hispanoamericanos,* vol. CXXX, núm. 390, diciembre 1982, págs. 624-637.

MENDIETA Y NÚÑEZ, Lucio: *Historia de la Facultad de Derecho,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1975.

MEYER, Jean: *La revolución mejicana 1910-1940,* Barcelona, Dopesa, 1973.

MONROY HUITRON, Guadalupe: *Política educativa de la revolución (1910-1940),* México, Secretaría de Educación Pública, 1975.

MONSIVAIS, Carlos: «L'Etat et les intellectuels au Mexique», en MEYER, Jean et PANABIERE, Louis (eds.): *Champs de pouvoir et de savoir au Mexique,* París, C.N.R.S., 1982, págs. 83-107.

MORENO Y KALBTK, Salvador: «El porfiriato. Primera etapa (1876-1901)», en SOLANA, Fernando (ed.): *Historia de la educación pública en México,* 2 vols., México, Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 1981, págs. 41-82.

O'GORMAN, Edmundo: «Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México. 1910», en *Seis estudios históricos de tema mexicano,* Xalapa, Universidad de Veracruz, 1960, páginas 145-201.

PAZ, Octavio: *El laberinto de la soledad,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1983.

PANABIERE, Louis: «Les revues culturelles, exemple de 'déloyaute' et d'analyse institutionnelle au Mexique», en MEYER, Jean et PANABIERE, Louis: *Champs de pouvoir et de savoir au Mexique,* París, C.N.R.S., 1982, págs. 109-136.

PEÑA, Guillermo de la y GALVÁN DE TERRAS, Luis Elena: *Bibliografía comentada sobre la historia de la educación en México,* México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH-Cuadernos de la Casa Chata 12, 1978.

RAAT, William D.: «Leopoldo Zea y el positivismo. Una revaluación», en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos,* México, núm. 2, 1969, págs. 171-189.

— «Agustín Aragón and Mexico's Religion of Humanity», en *Journal of Inter-American Studies,* núm. 11, July 1969, páginas 441-457.

— «Ideas e historia en México. Un ensayo sobre metodología», *Journal of Inter-American Studies,* núm. 3, 1970, págs. 175-186.

— «Ideas and Society in Don Porfirio's México», en *The Americas,* núm. 30, 1973, págs. 32-53

— *El positivismo durante el Porfiriato (1876-1910),* México, SepSetentas, 1975.

— «The antipositivist Movement in Prerevolutionary Mexico, 1892-1911», en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs,* núm. 19, febrero 1977, págs. 83-98.

— *The Mexican revolution, an annotated guide to recent scholarship,* Boston, G. K. Hall and Co., 1982.

RAMOS, Samuel: *Historia de la filosofía en México,* en *Obras completas,* Tomo I, México, Universidad Nacional Autónoma, 1976.

REYES, Rodolfo: *De mi vida,* 2 tomos, Madrid, Biblioteca Nueva, 1929.

ROBLES, Martha: *Educación y sociedad en la Historia de México,* México, Siglo XXI Editores, 1977.

ROMERO FLORES, Jesús: *Historia de la cultura mexicana,* México, Costa-Amic, 1963.

ROMANELL, Patrick: *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México. 1910-1950,* México, El Colegio de México, 1945.

ROSS, Stanley R. (ed.): *Fuentes de la historia contemporánea de México. Periódicos y revistas,* Tomo I, México, El Colegio de México, 1965.

RUIZ, Ramón Eduardo: *México: la gran rebelión. 1905-1924,* México, Era, 1984.

RUIZ GAYTÁN, Beatriz: *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras,* México, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, 1954.

— «Justo Sierra y la Escuela de Altos Estudios», vol. XVI, núm. 4, abril-junio 1967, págs. 541-564.

SÁNCHEZ, George I.: *The development of higher education in Mexico,* Cuestport, Greenwood Press, 1970.

SÁNCHEZ JUÁREZ, Delfín: *La Universidad y las Humanidades,* México, s. e., 1951.

SCHMIDT, Henry C.: *The Roots of Lo Mexicano: Self and Society in Mexican Thought, 1900-1934,* Texas, College Station and M. Press, 1978.

SCHMITT, Karl M.: «The Mexican positivist and the Church-State Question», en *Church and State,* vol. VIII, Sping, 1966, págs. 200-213.

SIERRA, Justo: *Obras completas,* Tomos V, VIII y XIV, México, Universidad Nacional Autónoma, 1977-1978.

SILVA HERZOG, Jesús: *Una historia de la Universidad de México y sus problemas,* México, Siglo XXI Editores, 1974.

— *Breve historia de la revolución mexicana,* 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

SIMON, W. M.: *European Positivism in the Nineteenth Century. An Essay in Intelectual History,* New York, Cornell University Press, 1963.

SOLANA, Fernando (ed.): *Historia de la educación pública en México,* 2 vols., México, Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 1981.

TAPIA ZÚÑIGA, José (ed.): *Cultura clásica y cultura mexicana. Conferencias,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1983.

URANGA, Emilio: «50 años de filosofía en México», en *Universidad de México,* núm. 5, noviembre 1951, págs. 21-23.

VALDÉS, Diego: *La Universidad Nacional Autónoma de México,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1974.

VÁZQUEZ GÓMEZ, Francisco: *Memorias políticas 1909-1913,* México, Universidad Iberoamericana / El Caballito, 1982.

VÁZQUEZ DE KNAUTH, Josefina: «Historia de la educación», en *Historia Mexicana,* vol. XV, núms. 2-3, octubre 1965-marzo 1966, págs. 291-309.

— *Nacionalismo y educación en México,* México, El Colegio de México, 1979.

VILLEGAS, Abelardo: *La filosofía en la historia política de México,* México, Pormaca, 1966.

— *Positivismo y porfirismo,* México, SepSetentas, 1972.

— *La filosofía de lo mexicano,* México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

VILLEGAS MORENO, Gloria: «La Universidad de Justo Sierra y la Revolución», en *Memorias del Primer Encuentro de Historia sobre la Universidad,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1984, págs. 76-106.

VILLORO, Luis: «La cultura mexicana de 1910 a 1960», en *Historia Mexicana,* vol. X, núm. 2, octubre-diciembre 1960, págs. 196-219.

WILSON, Irma: *Mexico: A Century of Educational thought,* Westport, Greenwood Press, 1974.

YÁÑEZ, Agustín: *Don Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra,* prólogo a SIERRA, Justo: *Obras completas,* Tomo I, México, Universidad Nacional Autónoma, 1977, págs. 9-221.

ZAID, Gabriel: «Les universitaires au pouvoir», en MEYER, Jean André (ed.): *Intellectuels et état au Mexique au XXe siècle,* París, C.N.R.S., 1979, págs. 55-61.

ZAVALA, Silvio: «El americanismo de Altamira», en *Cuadernos americanos,* núm. 5, septiembre-octubre 1951, págs. 35-39.

ZEA, Leopoldo: *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo,* México, El Colegio de México, 1949.

— *La filosofía en México,* 2 vols., México, Libro-Mex, 1955.

— *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana,* México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956.

— «El positivismo», en *Estudios de historia de la filosofía en México,* México, Universidad Nacional Autónoma, 1963, págs. 243-267.

— *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

— (ed.): *Pensamiento positivista latinoamericano,* Caracas, Ayacucho, 1980.

A N E X O 1

PROYECTO DE ESTATUTOS DEL «ATENEO DE LA JUVENTUD» QUE PRESENTA LA COMISION ENCARGADA DE REDACTARLOS

CAPITULO I.

De la asociación y sus fines.

1.—Se constituye por los firmantes, miembros fundadores, la asociación denominada «ATENEO DE LA JUVENTUD», instalada el 27 de octubre de 1909.

2.—La asociación durará tiempo indefinido, no pudiendo disolverse sino por acuerdo de la mayoría de todos sus miembros; y radicará en la ciudad de México, pudiendo extender su acción dentro y fuera de la República Mexicana por conducto de asociaciones e individuos correspondientes.

3.—El objeto de la asociación es trabajar en pro de la cultura intelectual y artística. Para llenar este fin la asociación:

a.—celebrará reuniones públicas en las cuales se dará lectura a trabajos literarios, científicos y filosóficos;

b.—organizará discusiones públicas sobre temas escogidos por los socios;

c.—publicará una revista;

d.—celebrará cualesquiera otros actos y ejecutará cualesquiera otros trabajos cuya realización se discuta previamente y se apruebe por mayoría de votos;

e.—establecerá comunicaciones con individuos y sociedades, previa consulta y aprobación de la mayoría de los socios.

4.—La asociación se reunirá una vez al mes, en sesión privada, para tratar sobre asuntos interiores. Se convocará a juntas extraordinarias cuando la directiva lo juzgue necesario.

5.—Habrá en el seno de la asociación cuantas secciones permita el orden de estudios y trabajos a que se dediquen los socios. Quedan abiertas las de Literatura y Artes, de Ciencias Sociales e Historia y de Filosofía. Los miembros de cada sección celebrarán, cuando lo juzguen conveniente, juntas especiales para el estudio de sus propios asuntos y la organización de discusiones públicas.

CAPITULO II.

De los socios.

6.—La asociación tendrá cinco clases de miembros: socios fundadores, socios de número, socios concurrentes, socios correspondientes y socios honorarios.

7.—Los socios fundadores son los siguientes: (aquí se harán constar los nombres de los que sean declarados tales, después de aprobados los Estatutos).

8.—Los socios de número, en los cuales se incluyen los fundadores, serán hasta cincuenta. Esta cifra podrá aumentarse o disminuirse por voto de las tres cuartas parte de los socios ya electos.

9.—Para ser socio de número será necesario que el solicitante presente un trabajo que se someterá a juicio de la Comisión Revisora, y si el trabajo fuere aprobado, la aceptación se hará por la mayoría de los socios electos.

10.—Los socios de número tienen moción y voto en todos los asuntos de la asociación y pueden tomar parte en todas las reuniones y discusiones.

11.—Los socios de número pagarán una cuota mínima de $ 2,00, pudiendo el que lo desee dar una mayor cuota.

12.—En el caso de que un socio de número deje de concurrir, sin justificar sus motivos, durante tres meses, la Directiva propondrá su separación, la cual se decidirá por el voto de las tres cuartas partes de los socios.

13.—El número de socios concurrentes será indefinido. Para serlo, bastará con solicitarlo y ser aceptado por la mayoría de votos de los socios de número y de los socios concurrentes ya aceptados.

14.—Los socios concurrentes asistirán a las juntas extraordinarias a que especialmente se les convoque; tendrán voto sobre las elecciones de nuevos socios concurrentes y sobre la inversión de fondos no previstas como normales en estos Estatutos.

15.—Los socios concurrentes podrán tomar parte en los actos públicos de la Sociedad, mediante aprobación de la Comisión Revisora.

16.—Los socios concurrentes pagarán una cuota mínima de $ 1,00, pudiendo aumentarla el que lo desee.

17.—Los socios correspondientes serán los que residan fuera de la ciudad de México, electos previa solicitud o no, por mayoría de votos de los socios de número.

18.—Los socios honorarios serán electos, a proposición de cualquiera de los socios de número, por voto de la mayoría de éstos.

CAPITULO III.

De la Directiva.

19.—La Directiva estará compuesta por un presidente, dos secretarios y un tesorero, que serán electos por un año.

20.—Es atribución del presidente dirigir las sesiones públicas y privadas. Su voto en caso de empate se considerará como doble.

21.—En caso de ausencia del presidente, dirigirá las sesiones uno de los socios de número escogido sucesivamente por orden alfabético.

22.—Son atribuciones del secretario de actas:

a.—convocar a sesiones;

b.—levantar actas de las mismas;

c.—recoger votaciones.

23.—Es atribución del secretario de correspondencia redactar todas las comunicaciones de la asociación no relativas a sesiones privadas.

24.—Son atribuciones del tesorero:

a.—recaudar las cuotas y demás entradas;

b.—encargarse de la aplicación de los fondos, dando cuenta de ella en cada sesión privada.

CAPITULO IV.

De la Comisión revisora.

25.—La Comisión revisora se formará por elección y estará constituida por cuatro miembros no pertenecientes a la Directiva, en la siguiente forma: dos de la Sección de Literatura y Artes, uno de la Sección de Ciencias Sociales e Historia y uno de la Sección de Filosofía, quienes durarán un año en sus cargos.

26.—Son atribuciones de la Comisión:

a.—examinar los trabajos de prueba de las personas que aspiren a ser socios de número y presentar su juicio sobre ellos ante la asociación:

b.—examinar los trabajos que los socios concurrentes deseen presentar en los actos públicos de la asociación, decidiendo si deben admitirse o no, y decidir cuándo debe admitirse a un socio concurrente en las discusiones públicas;

c.—organizar los programas de los actos públicos de la asociación.

27.—Los juicios que formule la Comisión, excepto en el caso de los trabajos de prueba de un nuevo socio de número, no se darán ante la asociación sino directamente a cada solicitante.

CAPITULO V.

De los fondos y su inversión.

28.—Los fondos recaudados se destinarán a:

a.—adquirir muebles y pagar renta de local con gastos anexos;

b.—gastos generales imprescindibles, como lo son los que ocasionen los gastos públicos, la correspondencia y otros de la misma índole;

c.—sostener una revista, órgano de la asociación;

d.—adquirir una biblioteca.

29.—Cualesquiera otras inversiones de fondos tendrán que ser aprobadas por mayoría de los socios de número y concurrentes.

CAPITULO VI.

Disposiciones generales.

30.—Previo acuerdo por voto de la mayoría de los socios de número la asociación podrá invitar a personas extrañas a tomar parte en sus actos públicos.

31.—Toda reforma o adición a estos Estatutos deberá hacerse con aprobación de los socios de número y, en los casos en que se acuerde, con la de los socios concurrentes.

México, D. F., a 3 de noviembre de 1909.

La Comisión.

Rafael López	Alfonso Cravioto	Alfonso Reyes
Antonio Caso	Pedro Henríquez Ureña	F. J Acevedo

ANEXO II

«Programa de las conferencias que sobre la Historia del positivismo ha dado y continuará dando el Sr. Lic. Don Antonio Caso en la Escuela N. Preparatoria, en los días que abajo se expresan, a las 7 p. m.:

Primera conferencia. Viernes 25 de junio de 1909.

Importancia de los estudios de Historia de la Filosofía.

Las tres grandes renovaciones críticas en la Filosofía Moderna;

a) El punto de vista cartesiano (siglo XVII).

b) La crítica Kantiana (siglo XVIII).

c) El Positivismo (siglo XIX).

Momento histórico de la aparición del Positivismo:

1.° En la Filosofía.

(a) Hume y la Escuela Escocesa (Inglaterra).

(b) El Espiritualismo ecléctico en Francia.

2.° En la Ciencia:

Constitución definitiva de la Físico-química y de la Biología. —La Economía Política. —Advenimiento de la Sociología.

Caracteres esenciales de la obras de Comte.

Segunda conferencia. Viernes 2 de julio de 1909.

El fundador. Vida de Augusto Comte. —Los síntomas de degeneración juzgados por la ciencia moderna. Opinión de W. James. —Qué cosa es el espíritu sistemático. —Maravilloso poder sintético de la inteligencia de Comte. —La unificación del Espíritu y de la Civilización Occidentales. Las tesis cardinales del comtismo:

(a) El Experiencialismo.
(b) La clasificación de las ciencias en orden serial,
(c) La ley de los tres estados (ficticio, abstracto y científico).
(d) Creación de la Sociología.
(e) El anti-monismo.

Tercera conferencia. Viernes 9 de julio.

Los precursores de A. Comte.

(a) El método científico analizado por Bacon. La evidencia según Descartes. La interpretación de la Naturaleza según Diderot. Hume y A. Smith son, según el mismo Comte lo expresa, sus maestros más próximos en el orden filosófico. Reacción del Positivismo contra la Enciclopedia.

(b) Precursores en la Sociología: Maquiavelo. Bossuet. Montesquieu. Condorcet. De Maistre.

Cuarta conferencia. Viernes 23 de julio de 1909.

El Positivismo independiente: John Stuart Mill. Su vida. Stuart Mill lógico. Teoría del silogismo y de las verdades necesarias. Teoría de la inducción. Trascendencia de la gran obra de Mill.

Stuart Mill economista. La escuela clásica en Economía política. El individualismo.

Stuart Mill moralista. Transformación del Utilitarismo de Bentham. Crítica del Utilitarismo por H. Spencer.

Quinta conferencia. Viernes 30 de julio de 1909.

Continuación del Positivismo Independiente:

Herbert Spencer. —Su vida.

Los «Primeros principios». El realismo agnóstico. Exposición y crítica de la doctrina de lo Incognoscible.

La Evolución. Precursores de Spencer. No obstante la negación formal del ilustre pensador inglés, debe considerársele como *positivista* en la Historia de la Filosofía. Von Baër, Goethe, Darwin, Lamarck. Crítica del evolucionismo.

La moral spenceriana.

Sexta conferencia. Viernes 6 de agosto de 1909.

H. Taine. Su vida.

Taine crítico. Ideas directrices de su labor.

Taine historiador. Valor de la «Historia de la literatura inglesa» y de «Los orígenes de la Francia contemporánea» en la crítica actual.

Taine filósofo. Síntesis del panlogismo hegeliano y del positivismo independiente.

Séptima conferencia. Viernes 13 de agosto de 1909.

El Positivismo en la actualidad. Conclusión *(Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria,* 1.° julio de 1909, Tomo II, n.° 1, contraportada).

PUBLICACIONES
DE LA
ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO - AMERICANOS

OBRAS PUBLICADAS:

1 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. I.—Sevilla, 1944.—XII + 844 págs., 17 láms., 24 × 17 cms., 1.500 grs.—(Agotado).

2 PEREZ-EMBID, Florentino: *El Almirantazgo de Castilla hasta las Capitulaciones de Santa Fe.*—Sevilla, 1944.—XVI + 186 págs., 5 ilust., 24 × 17 cms., rústica, con sobrecubierta, 360 grs.—(Agotado).

3 GIMENEZ FERNANDEZ, Manuel: *Las Bulas Alejandrinas de 1493 referentes a las Indias.*—Sevilla, 1944.—XVI + 258 págs., 5 ilust., 24 × 17 cms., rústica, con sobrecubierta, 540 grs.—(Agotado).

4 *Memoria de Gobierno de José Fernando de Abascal y Sousa, Virrey del Perú.* Edición de Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano. Estudio preliminar de Vicente Rodríguez Casado.—Sevilla, 1944.—Dos tomos. CLII + 495 y 584 págs., 15 láminas, 20 × 13 cms. Tela, con sobrecubierta, 1.750 grs.—(Agotado).

5 CALDERON QUIJANO, José Antonio: *Belice, 1663-1821.*—Sevilla, 1944.—XIX + 503 págs., 32 láms., 20 × 16 cms., tela, con sobrecubierta; 850 grs.—(Agotado).

6 CARRO, O. P., Venancio D.: *La Teología y los teólogos-juristas españoles ante la Conquista de América.*—Madrid, 1944; dos tomos, 453 y 473 págs., 22 × 16 cms., tela, con sobrecubierta, 1.250 grs.—(Agotado).

7 RUMEU DE ARMAS, Antonio: *Colón en Barcelona.*—Sevilla, 1944.—V + 88 págs., 24 × 17 cms., 170 grs.—(Agotado).

8 JOS, Emiliano: *Investigaciones sobre la vida y obras iniciales de D. Fernando Colón.* Sevilla, 1945.—XVII + 164 págs., 6 ilust., 24 × 17 cms., 330 grs.—(Agotado).

9 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. II.—Sevilla, 1945.—XVIII + 936 págsg., 24 × 17 cms., 1.790 grs.—(Agotado).

10 BAYLE, S. J., Constantino: *El protector de indios.*—Sevilla, 1945.—III + 175 págs., 24 × 17 cms., 325 grs.—(Agotado).

11 GUTIERREZ DE ARCE, Manuel: *La colonización danesa en las Islas Vírgenes.*—Sevilla, 1945.—VIII + 161 págs., 6 láms., 24 × 17 cms., 275 grs.—(Agotado).

12 LOHMANN VILLENA, Guillermo: *El arte dramático en Lima durante el Virreinato.*—Madrid, 1945.—XVIII + 647 págs., 22 × 16 cms., tela, con sobrecubierta, 1.050 grs.—(Agotado).

13 ALONSO GETINO, O. P., P. Luis: *Influencia de los dominicos en las Leyes Nuevas.*—Sevilla, 1945.—VIII + 94 págs., 24 × 17 cms., 170 grs.—(Agotado).

14 *Las Leyes Nuevas, 1542-1543.* Reproducción fotográfica. Transcripción y notas de Antonio Muro Oreejón.—Sevilla.—XXII + 26 págs., 24 × 17 cms. (Agotado).

15 CESPEDES DEL CASTILLO, Guillermo: *La avería en el comercio de Indias.*.—Sevilla, 1945.—VIII + 187 págs., 8 láms., 24 × 17 cms., 300 grs.—(Agotado).

16 MATILLA TASCON, Antonio: *Los viajes de Julián Gutiérrez al Golfo de Urabá.*—Sevilla, 1945.—VIII + 83 págs , 4 láms.. 24 × 17 cms., 195 grs.—(Agotado).

17 PALACIO ATARD, Vicente: *El Tercer Pacto de Familia.*—Madrid, 1945.—XVII + 377 págs., 8 láms., 22 × 16 cms., tela, con sobrecubierta, 600 grs. (Agotado).

18 MUZQUIZ DE MIGUEL, José: *El Conde de Chinchón, Virrey del Perú.*—Madrid, 1945.—334 págs., 16 láms., 22 × 16 cms., tela, con sobrecubierta, 650 grs.—(Agotado).

19 PEREZ-EMBID, Florentino: *Los descubrimientos en el Atlántico hasta el tratado de Tordesillas.*—Sevilla, 1948.—370 págs., 35 láms., 22 × 16 cms., tela, con sobrecubierta, 760 grs.—(Agotado).

20 PORTILLO Y DIEZ DE SOLLANO, Alvaro del: *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California.*—Madrid, 1947.—540 págs., 57 láms., 22 × 16 cms., tela, con sobrecubierta, 900 grs.—(Agotado).

21 *Memoria de gobierno de Manuel Amat y Junient, Virrey del Perú.* Edición y estudio preliminar de Vicente Rodríguez Casado y Florentino Pérez-Embid. Sevilla, 1947.—XCII + 845 págs., 12 láms., 20 × 13 cms., tela, con sobrecubierta, 800 grs.—(Agotado).

22 AYALA, F. Javier de: *Ideas políticas de Juan de Solórzano.*—Sevilla, 1946.—XIV + 583 págs., 22 × 16 cms., tela con sobrecubierta, 1.080 grs.—(Agotado).

23 LOHMANN VILLENA, Guillermo: *El Conde Lemos, Virrey del Perú.*—Madrid, 1946.—XVIII + 472 págs., 11 láms., 22 × 16 cms., tela, con sobrecubierta, 800 grs.—(Agotado).

24 ARREGUI, Domingo Lázaro de: *Descripción de la Nueva Galicia.* Edición y estudio de François Chevalier.—LXXII + 161 págs., 4 láms., 24 × 17 cms., 490 grs.—(Agotado).

25 AGIA, Fr. Miguel de: *Servidumbre personal de indios.* Edición y estudio preliminar de F. Javier de Ayala.—Sevilla, 1946.—LII + 141 págs., 24 × 17 cms., 450 grs.—(Agotado).

26 *Memoria de gobierno de Joaquín de la Pezuela, Virrey del Perú.* Estudio y Prólogo de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena.—Sevilla, 1947.—XLVI + 912 págs., 3 láms., 20 × 13 cms., tela, con sobrecubierta, 850 grs.—(Agotado).

27 RODRIGUEZ CASADO, Vicente y PEREZ-EMBID, Florentino: *Construcciones militares del Virrey Amat.*—Sevilla, 1949.—XII + 307 págs., 58 láms., 22 × 16 cms., 500 grs.—(Agotado).

28 SCHAFER, Ernesto: *El Consejo Real y Supremo de las Indias en la administración colonial.*—Sevilla, Centro de Estudios de Historia de América (I tomo) y E.E.H.A. (II tomo), 1935 y 1947.—XVIII + 434 págs. y XV + 680 págs., 5 láms., 25 × 17 cms., tela, con sobrecubierta, 2.500 grs. (Agotado).

29 RUMAZU, José: *La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI.*—Sevilla, 1946.—XII + 268 págs., 12 láms., 24 × 17 cms., 500 grs.—(Agotado).

30 PALACIO ATARD, Vicente: *Areche y Guirior: Observaciones sobre el fracaso de una visita al Perú.*—Sevilla, 1946.—VIII + 106 págs., 5 láms., 24 × 17 cms., 200 grs.—(Agotado).

31 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. III.—Sevilla, 1946.—XVI + 1.036 págs., 50 láms., 24 × 17 cms., 2.300 grs.—(Agotado).

32 HERRAEZ S. DE ESCARICHE, Julia: *Don Pedro Zapata de Mendoza, gobernador de Cartagena de Indias.*—Sevilla, 1946.—VIII + 137 págs., 6 láms., 24 × 17 cms., 250 grs.—(Agotado).

33 GIMENEZ FERNANDEZ, Manuel: *Las doctrinas populistas en la independencia de Hispanoamérica.*—Sevilla, 1947.—VII + 154 págs., 24 × 17 cms., 300 grs.—(Agotado).

34 CESPEDES DEL CASTILLO, Guillermo. *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del virreinato del Plata.*—Sevilla, 1947.—VIII + 214 págs., 6 láms., 24 × 17 cms., 400 grs.— (Agotado).

35 RUMEU DE ARMAS, Antonio: *Los viajes de John Hawkins a América (1562-1595).*—Sevilla, 1947.—XX + 486 págs., 26 láms., 22 × 16 cms., tela, con sobrecubierta, 650 grs.—(Agotado).

36 ANGULO IÑIGUEZ, Diego: *El Gótico y el Renacimiento en las Antillas. Arquitectura, escultura, pintura, azulejos, orfebrería.*—Sevilla, 1947.—IV + 101 págs., 81 ilust., 24 × 17 cms., 200 grs.—(Agotado).

37 DIAZ VENTEO, Fernando: *Las campañas militares del virrey Abascal.*—Sevilla, 1948.— XIII + 416 págs., 22 × 16 cms., tela, con sobrecubierta, 500 grs.—(Agotado).

38 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. IV.—Sevilla, 1947.—XVIII + 804 págs., 44 láms. e ilust., 24 × 17 cms., 1.500 grs.—(Agotado).

39 *Estudios Americanos.* Vol. I, núms. 1, 2, 3 y 4. Sevilla, 1949, 842 págs., 24 × 17 cms.—(Agotado).

40 DIAZ DE IRAOLA, Gonzalo: *La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna.* Prólogo de Gregorio Marañón.—Sevilla, 1948.—XVI + 102 págs., 20 láms., 24 × 17 cms., rústica, con sobrecubierta, 300 grs.—(Agotado).

41 GIL MUNILLA, Octavio: *Malvinas. El conflicto anglo-español de 1770.*—Sevilla, 1948.—VIII + 154 págs., 24 × 17 cms., 257 grs.—(Agotado).

42 LETURIA, S. J., Pedro de: *La Encíclica de Pío VII (30 de enero de 1816) sobre la Revolución Hispanoamericana.*—Sevilla, 1948.—VIII + 93 págs., 24 × 17 cms., 295 grs.—(Agotado).

43 GIMENEZ FERNANDEZ, Manuel: *Hernán Cortés y su revolución comunera en la Nueva España.*—Sevilla, 1948.—VIII + 144 págs., 24 × 17 cms.,

44 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. V.—Sevilla, 1948.—XVI + 280 págs., 25 láms., 24 × 17 cms., 1.450 grs.—(Agotado).

45 CASCAJO ROMERO, Juan: *El Pleito de la curación de la lepra en el Hospital de San Lázaro de Lima.*—Sevilla, 1948.—VIII + 118 págs., 6 láms., 24 × 17 cms., 200 grs.—(Agotado).

46 BORREGAN, Alonso: *Crónica de la conquista del Perú.* Edición y Prólogo de Rafael Loredo.—Sevilla, 1948.—124 págs., 24 × 17 cms., 200 grs.—(Agotado).

47 MOLINA ARGÜELLO, Carlos: *El Gobernador de Nicaragua en el siglo XVI.*—Sevilla, 1949.—XII + 256 págs., 22 × 16 cms., 400 grs.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

48 TRUJILLO, Diego de: *Relación del descubrimiento del Reyno del Perú.* Prólogo y notas de Raúl Porras Barrenechea.—Sevilla, 1948.—XIV + 124 págs., 24 × 17 cms., 210 grs.—(Agotado).

49 SANTA CRUZ, Alonso de: *Crónica de los Reyes Católicos.* Hasta ahora inédita. Publicación de Juan de Mata Carriazo.—Sevilla, 1951. 2 vols. de CCC + 367 págs., el tomo I, y X + 646, el II; 22 × 16 cms., 1.750 grs.—(Agotado).

50 LOHMANN VILLENA, Guillermo: *Las minas de Huancavelica en los siglos XVI y XVII.*—Sevilla, 1949.—XVII + 466 págs., 9 láms., 22 × 16 cms., 750 grs., rústica, con sobrecubierta.—(Agotado).

51 *Catálogo de documentos de la Sección novena del Archivo General de Indias.* Dirigido por Cristóbal Bermúdez Plata. Tomo I.—Sevilla, 1949.—822 págs., 1.450 grs.—(Agotado).

52 HERRAEZ S. DE ESCARICHE, Julia: *Beneficencia de España en Indias.*—Sevilla, 1949.—180 págs., 4 láms., 22 × 16 cms., 300 grs.—(Agotado).

53 JOS, Emiliano: *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el Peregrino.*—Sevilla, 1950.—XII + 168 págs., 7 láms., 22 × 16 cms., 300 grs.—(Agotado).

54 GIL MUNILLA, Octavio: *El Río de la Plata en la Política Internacional. Génesis del Virreinato.*—Sevilla, 1949.—XIV + 464 págs., 8 láms., 22 × 16 cms., 700 grs., rústica, con sobrecubierta.—(Agotado).

55 MARCO DORTA, Enrique: *Cartagena de Indias.*—Sevilla, 1951.—XXIV + 322 págs., 8 láms., 170 figuras, 32 × 22 cms., 1.500 grs., tela, con sobrecubierta.—(Agotado).

56 PULIDO RUBIO, José: *El Piloto Mayor de la Casa de la Contratación de Sevilla.*—Sevilla 1950.—VIII + 948 págs., 22 × 16 cms., rústica, con sobrecubierta.—(Agotado).

57 CARVAJAL Y ROBLES, Rodrigo: *Fiestas de Lima.* Edición y prólogo de Francisco López Estrada.—Sevilla, 1950.—XXIV + 198 págs., 2 láms., 22 × 16 cms., 350 grs., rústica, con sobrecubierta.—(Agotado).

58 PEREZ-EMBID, Florentino: *Diego de Ordás, compañero de Cortés y explorador del Orinoco.*—Sevilla, 1950.—156 págs., 5 láms., 22 × 16 cms., 225 grs.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

59 *Estudios Americanos.* (Vol. II, números 5, 6 y 7).—(Agotado).

60 CALDERON QUIJANO, José Antonio: *Fortificaciones en Nueva España.*—Sevilla, 1953.—XXXVI + 334 págs., 183 figuras, 34 × 24 cms., 2.000 grs., con sobrecubierta.—2.500 pesetas.

61 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. VI.—Sevilla, 1949.—XIV + 875 págs., 24 × 17 cms., 1.120 grs.—(Agotado).

62 *Estudios Americanos.* Vol. III (números 8, 9, 10 y 11). Sevilla, 1951.—24 × 17 cms.—(Agotado).

63 GUSINDE, Martín: *Fueguinos.* Traducción de la obra *Urmenschen im Feuerland,* por Diego Bermúdez Camacho.—Sevilla, 1951.—X + 400 págs., 48 láms., 22 × 16 cms., 600 grs.—(Agotado).

64 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. VII.—Sevilla, 1950.—XVI + 608 págs., 8 láms., 24 × 17 cms., 900 grs.—(Agotado).

65 MURO OREJON, Antonio: *Cristóbal Colón. El original de la capitulación de 1492 y sus copias contemporáneas.*—Sevilla, 1951.—12 págs., 8 fotograbados, 24 × 17 cms., 65 grs.—(Agotado).

66 MARCO DORTA, Enrique: *Fuentes para la historia del Arte Hispano-Americano.*—Sevilla, 1951.—XXIV + 730 págs., 24 × 17 cms., 700 grs.—(Agotado).

67 MORALES PADRON, Francisco: *Jamaica Española.*—Sevilla, 1952.—XXX +498 págs., 22 láms., 1 mapa, 22 × 17 cms., 650 grs., tela, con sobrecubierta.—(Agotado).

68 PORRAS TROCONIS, Gabriel: *Historia de la Cultura en el Nuevo Reino de Granada.*—Sevilla, 1952.—X + 555 págs., 22 × 16 cms., 700 grs.—(Agotado).

69 *Estudios Americanos.* Vol. IV (números 12, 13, 14 y 15).—Sevilla, 1952.—24 × 17 cms.—(Agotado).

70 MARILUZ URQUIJO, José María: *Ensayo sobre los juicios de residencia indianos.*—Sevilla, 1952.—XVIII + 318 págs., 22 × 16 cms., 400 grs.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

71 GIMENEZ FERNANDEZ, Manuel: *Bartolomé de las Casas.* Tomo I: *El Plan Cisneros-Las Casas para la reformación de Indias.*—Sevilla, 1953.—XXIV + 763 págs., 30 láms., 22 × 16 cms., 1.350 grs., tela, con sobrecubierta (vid núm. 121).—(Agotado).

72 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. VIII.—Sevilla, 1951.—XII + 658 págs., 24 × 17 cms., 980 grs.—(Agotado).

73 *Estudios Americanos.* Vol. V (números 16, 17, 18, 19 y 20).—Sevilla, 1953.—(Agotado).

74 *Estudios Americanos.* Vol. VI (números 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27).—Sevilla, 1953.—(Agotado).

75 ARMAS MEDINA, Fernando de: *Cristianización del Perú.*—Sevilla, 1953.—XXVIII + 635 págs., 14 fotograbados y mapas, 1.000 grs., tela, con sobrecubierta.—(Agotado).

76 LEON PINELO, Antonio: *El Gran Canciller de las Indias.* Edición, estudio y notas de Guillermo Lohmann Villena.—Sevilla, 1953.—CLXXIV + 220 págs., 22 × 16 cms., rústica, con sobrecubierta, 500 grs.—(Agotado).

77 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. IX.—Sevilla, 1952.—XVI + 780 págs., 5 láminas y gráficos, 24 × 17 cms., 1.050 grs.—(Agotado).

78 PEÑALVER SIMO, Patricio: *Modernidad tradicional en el pensamiento de Jovellanos.*—Sevilla, 1953.—XXXII + 165 págs., 20 × 13 cms., 210 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

79 ELIAS DE TEJADA, Francisco: *Las doctrinas políticas de Raimundo de Farias Brito.*—Sevilla, 1953.—195 págs., 20 × 13 cms., 200 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

80 LOPEZ NUÑEZ, Carlos: *Horizonte doctrinal de la sociología Hispano-Americana.*—Sevilla, 1953.—159 págs., 20 × 13 cms., 165 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

81 *Estudios Americanos.* Vol. VII (números 28, 29, 30, 31 y 32).—Sevilla, 1954.—(Agotado).

82 TOBAR, Balthasar de: *Compendio Bulario Indico.* (Tomo I). Edición y estudio de Manuel Gutiérrez de Arce.—Sevilla, 1954.—LIV + 558 págs., 18 × 25 cms., 1.050 grs., tela, con sobrecubierta.—700 pesetas.

83 LARREA, Juan Ignacio: *La Santa Sede y el Ecuador.*—Sevilla, 1954.—LIV + 176 págs., 18 × 25 cms., 225 grs.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

84 GIL MUNILLA, Ladislao: *Descubrimiento del Marañón.*—Sevilla, 1954.—XVI + 389 págs., 13 láms., 16 × 22 cms., 600 grs., rústica, con sobrecubierta.—(Agotado).

85 ASIS GARROTE, Agustín: *Bartolomé Herrera.*—Sevilla, 1954.—148 págs., 20 × 13 cms., 200 grs.—Col. *Mar Adentro.*—400 pesetas.

86 VILA SELMA, José: *Procedimiento y técnicas en Rómulo Gallegos.*—Sevilla, 1954.—VIII + 194 págs., 20 × 13 cms., 200 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

87 TEJADA FERNANDEZ, Manuel: *Aspecto de la vida social en Cartagena de Indias durante el seiscientos.*—Sevilla, 1954.—348 págs., 22 × 16 cms., 500 grs.—(Agotado).

88 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. X.—Sevilla, 1953.—739 págs., láms., 1.050 grs.—(Agotado).

89 *Estudios Americanos.* Vol. VIII (números 33-34, 35-36, 37, 38 y 39).—Sevilla, 1954.—(Agotado).

90 RODRIGUEZ CASADO, Vicente: *De la Monarquía Española del Barroco.*—Sevilla, 1955.—180 págs., 20 × 13 cms., 180 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

91 MORALES PADRON, Francisco: *El comercio canario-americano en los siglos XVI, XVII y XVIII.*—Sevilla, 1955.—XX + 425 págs., 26 láms., 22 × 16 cms., 645 grs., rústica, con sobrecubierta.—(Agotado).

92 LEVILLIER, Roberto: *Los Incas.*—Sevilla, 1956.—260 págs. y un mapa plegable, 22 × 16 cms., 360 grs.— Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

93 MORALES PADRON, Francisco: *Fisonomía de la Conquista Indiana.*—Sevilla, 1955.—XII + 182 págs., 20 × 13 cms., 200 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

94 ASIS GARROTE, Agustín: *Ideas sociopolíticas de Alonso de Polo (El Tostado).*—Sevilla, 1955.—160 págs., 20 × 16 cms., 180 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

95 RODIL, José Ramón: *Memoria del sitio del Callao.* Edición, estudio preliminar y notas de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena.—Sevilla, 1955.—XXX + 344 págs., 20 × 13 cms., 500 grs.—(Agotado).

96 ELIAS DE TEJADA, Francisco: *El pensamiento político de los fundadores de Nueva Granada.*—Sevilla, 1955.—XII + 262 págs., 20 × 13 cms., 275 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

97 *Estudios Americanos.* Vol. IX (números 40-41, 42, 43-44 y 45).—Sevilla, 1955.—(Agotado).

98 *Estudios Americanos.* Vol. X (números 46, 47, 48, 49 y 50-51).—Sevilla, 1955.—(Agotado)

99 MURO OREJON, Antonio: *Cedulario Americano del siglo XVIII.*—Sevilla, 1956.—XCVI + 834 págs., 24 × 17 cms., 1.300 grs., rústica, con sobrecubierta. Tomo I: (Agotado); Tomo II: 1.500 pesetas.

100 MORALES PADRON, Francisco: *Rebelión contra la Compañía de Caracas.*—Sevilla, 1955.—146 págs., 12 láms., 25 × 18 cms., rústica, con sobrecubierta, 250 grs.—(Agotado).

101 *Estudios Americanos.* Vol. XI (números 52, 53, 54, 55, 56).— Sevilla, 1956.—(Agotado).

102 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XI.—Sevilla, 1954.—820 págs., 50 láminas, 24 × 17 cms.— (Agotado).

103 *Estudios Americanos.* Vol. XII (números 57-58, 59, 60, 61, 62, 63).—Sevilla, 1956.—(Agotado).

104 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XII.—Sevilla, 1955.—989 págs., 28 láminas, 24 × 17 cms.—1.500 pesetas.

105 *Estudios Americanos.* Vol. XIII (números 64-65, 66, 67-68, 69-70).—Sevilla, 1957.—(Agotado).

106 ARCILA FARIAS, Eduardo: *El Régimen de la Encomienda en Venezuela.*—Sevilla, 1957.—310 págs., 22 × 16 cms., 500 grs.— Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

107 ACEVEDO, Edberto Oscar: *El ciclo histórico de la Revolución de Mayo.*—Sevilla, 1957.—378 págs., 20 × 13 cms., 300 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

108 ALVAR, Manuel: *La poesía de Delmira Agustini.*—Sevilla, 1958.—VIII + 113 págs., 4 ilust., 20 × 13 cms.— Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

109 *Estudios Americanos.* Vol. XIV (números 71-72, 73-74, 75).—Sevilla, 1957.—(Agotado).

110 *Estudios Americanos.* Vol. XV (números 76-77, 78-79, 80-81).—Sevilla, 1958.—(Agotado).

111 MURO OREJON, Antonio: *Ordenanza: Reales para el buen regimiento y tratamiento de los Yndios. (Las leyes de 1512-1513).* Edición y estudio.—Sevilla, 1957.—85 págs., 32 láms., 24 × 17 cms., rústica.—(Agotado).

112 RUBIO MERINO, Pedro: *Don Diego Camacho y Avila, Arzobispo de Manila y de Guadalajara de México (1695-1712).*—Sevilla, 1958.—XVIII + 561 págs., 7 ilust., 16 × 22 cms.—(Agotado).

113 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XIII.— Sevilla, 1956.—604 págs., 24 × 17 cms., ilust., 1.000 grs.—(Agotado).

114 *Estudios Americanos.* Vol. XVI (números 82-83, 84-85, 86-87).—Sevilla, 1958.—(Agotado).

115 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XIV.—Sevilla, 1957.—636 págs., 24 × 17 cms., ilust., 1.000 grs.—(Agotado).

116 COULTHARD, G. R.: *Raza y Color en la Literatura Antillana.*—Sevilla, 1959.—VIII + 178 págs., 20 × 13 cms., 190 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

117 DIAZ-TRECHUELO, María Lourdes: *Arquitectura Española en Filipinas.*—Sevilla, 1959.—XXXVIII + 562 págs., 193 láms., 24 × 17 cms., 1.500 grs.—(Agotado).

118 NAVARRO GARCIA, Luis: *Intendencias en Indias.*—Sevilla, 1959.—226 págs., 19 mapas, 22 × 16 cms., 350 grs.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

119 COLLANTES DE TERAN, Juan: *Las novelas de Ricardo Güiraldes.*—Sevilla, 1959.—XV + 209 págs., 20 × 13 cms.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

120 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XV.—Sevilla, 1958.—769 págs., 24 × 17 cms., ilust.—(Agotado).

121 GIMENEZ FERNANDEZ, Manuel: *Bartolomé de las Casas.* Tomo II: Política Inicial de Carlos I en Indias.—Sevilla, 1960.—1.352 págs., 23 láms., 31 fotogs., 24 × 17 cms., 1.700 grs. [Vid. núm. 71].—2.500 pesetas.

122 ROMERO GOMEZ, Manuel: *La Constitución Británica.*—Sevilla, 1960.—144 págs., 20 × 13 cms., 55 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

123 *Estudios Americanos.* Vol. XVII (núms. 90-91, 92-93, 94-95, 96-97, 98-99).—Sevilla, 1959.—(Agotado).

124 MURO OREJON, Antonio: *Ordenanzas Reales del Consejo de Indias.*—Sevilla, 1957.—3 págs., 56 fotograbados, 24 × 17 cms., 100 grs.—(Agotado).

125 *Estudios Americanos.* Vol. XIX (números 100, 101, 102). Indice.—Sevilla, 1960.—(Agotado).

126 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XVI.—Sevilla, 1959.—743 págs., 24 × 17 cms., ilust.—(Agotado).

127 RUIZ, Helena: *La búsqueda de Eldorado por Guayana.*—Sevilla, 1959.—XIV + 166 págs., 18 láms., 24 × 17 cms., 35 grs.—(Agotado).

128 REAL DIAZ, José Joaquín: *Las Ferias de Jalapa.*—Sevilla, 1959.—XII + 148 págs., 9 láms., 24 × 17 cms., 300 grs.—(Agotado).

129 LOHMANN VILLENA, Guillermo: *Las relaciones de los virreyes del Perú.*—Sevilla, 1959.—218 págs., 24 × 17 cms., 300 grs.—(Agotado).

130 MURO OREJON, Antonio: *Las Leyes Nuevas.*—Sevilla, 1961.—59 págs. Reproducciones facsimilares, transcripción y estudios.—24 × 17 cms., 150 grs. (Agotado).

131 *Estudios Americanos.* Vol. XX (números 103, 104, 105).—Sevilla, 1960.—(Agotado).

132 BORGES, Pedro: *Los conquistadores espirituales de América.*—Sevilla, 1961. 18 págs., 20 × 13 cms., 200 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

133 *Estudios Americanos.* Vol. XXI (números 106,107,108).—Sevilla, 1961.—(Agotado).

134 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XVII.—Sevilla, 1960.—810 págs., 24 × 17 cms., ilust.—(Agotado).

135 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XVIII.—Sevilla, 1961.—819 págs., 24 × 17 cms., ilust.—2.500 pesetas.

136 RODRIGUEZ DEL VALLE, Mariana: *El Castillo de San Felipe del Golfo Dulce.*—Sevilla, 1960.—103 págs., 28 láms., 24 × 17 cms., 250 grs.—(Agotado).

137 CAMPO LACASA, Cristina: *La Iglesia en Puerto Rico en el siglo XVIII.*—Sevilla, 1962.—127 págs., 20 láms., 24 × 17 cms., 250 grs.—(Agotado).

138 LUQUE ALCAIDE, Elisa: *La Sociedad Económica de Guatemala.*—Sevilla, 1962.—226 págs. 22 × 16 cms., 350 grs.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

139 *Estudios Americanos.* Vol. XXII (números 109-110, 111).—Sevilla, 1962.—(Agotado).

140 CORDONCILLO SAMADA, José María: *Historia de la Real Lotería en Nueva España (1770-1821).*—Sevilla, 1962.—139 págs., 14 láms., 24 × 17 cms., 350 grs.—(Agotado).

141 MURO OREJON, Antonio: *(Antonio de León Pinelo). «Libros Reales de Gobierno y Gracia». Contribución al conocimiento de los Cedularios del Archivo de Indias (1492-1650).* Estudio y edición.—Sevilla, 1962.—64 págs. Reproducción facsimilar, 24 × 17 cms., 150 grs.— (Agotado).

142 CALDERON QUIJANO, José Antonio y NAVARRO GARCIA, Luis: *Biblioteca Nacional de París. Museo Británico. Public Record Office. Guía de Documentos, mapas y planos españoles y americanos.*—Sevilla, 1962.—70 págs., 24 × 17 cms., 100 grs.—(Agotado).

143 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XIX.—Sevilla, 1962.—878 págs., 24 × 17 cms., ilust., 1.400 grs.—2.500 pesetas.

144 CALDERON QUIJANO, José Antonio: *El Banco de San Carlos y las Comunidades de indios de Nueva España.*—Sevilla, 1963.—144 págs., 24 × 17 cms., 250 grs.—(Agotado).

145 MARKMAN, Sidney David: *San Cristóbal de las Casas.*—Sevilla, 1963.—115 págs., 24 × 17 cms., ilust., 250 grs.—(Agotado).

146 PIKAZA, Otto: *Don Gabriel José de Zuloaga, Gobernador de Venezuela.*—Sevilla, 1963.—193 págs., 24 × 17 cms., 250 grs.—(Agotado).

147 *Pleitos Colombinos.* Tomo VIII: *Rollo del proceso sobre la sentencia de Dueñas y probanzas del Fiscal y del Almirante (1534-1536).* Edición de Muro Orejón, Antonio; Pérez-Embid, Florentino y Morales Padrón, Francisco.—Sevilla, 1964.—XXXII + 155 págs., 24 × 17 cms., 1.600 grs.—(Agotado).

148 NAVARRO GARCIA, Luis: *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España.*—Sevilla, 1964.—XVI + 602 págs., 24 × 17 cms., 133 ilust., 1.100 grs.—(Agotado).

149 CORDOVA BELLO, Eleazar: *Compañías holandesas de Navegación.*—Sevilla, 1965.—VIII + 303 págs., 24 × 17 cms., 2 ilust., 500 grs.—(Agotado).

150 MURO OREJON, Antonio: *Los capítulos de corregidores de 1500.*—Sevilla, 1963.—28 págs., 16 fotograbados, 24 × 17 cms., 120 grs.—(Agotado).

151 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol XX.—Sevilla, 1963.—862 págs., 24 × 17 cms., 1.300 grs.—2.500 pesetas.

152 RODRIGUEZ MACIAS, Juana: *El Correo en Puerto Rico.*—Sevilla, 1964.—94 págs., 24 × 17 cms., 175 grs.—(Agotado).

153 MARISCAL ROMERO, Pilar: *Los Bancos de Rescate de Platas.*—Sevilla, 1964.—85 págs., 1 lám., 24 × 17 cms., 175 grs.—(Agotado).

154 LOHMANN VILLENA, Guillermo: *Las defensas militares de Lima y Callao hasta 1746.*—Sevilla, 1964.—217 pags., 32 láms., 24 × 17 cms., 400 grs. (Agotado).

155 PAJARON PARODY, Concepción: *El Gobierno en Filipinas de don Fernando Manuel de Bustamante y Bustillo (1717-1719).*—Sevilla, 1964.—131 págs., 4 láms., 24 × 17 cms., 225 grs.—(Agotado).

156 MORALES PADRON, Francisco y LLAVADOR MIRA, José: *Mapas, Planos y Dibujos sobre Venezuela existentes en el Archivo General de Indias.* (Primera serie).—Sevilla, 1964.—86 págs., 38 láms., 24 × 17 cms., 250 grs. (Agotado).

157 *Indice del Anuario de Estudios Americanos.*—Sevilla, 1964.—136 págs., 24 × 17 cms., 200 grs.—(Agotado).

158 DIAZ-TRECHUELO SPINOLA, María Lourdes: *La Real Compañía de Filipinas.*—Sevilla, 1965.—XX + 366 págs., 24 × 17 cms., 13 ilust.—(Agotado).

159 DEUSTUA PIMENTEL, Carlos: *Las Intendencias en el Perú (1790-1796).*—Sevilla, 1965.—75 págs., 36 láms., 24 × 17 cms., 250 grs.—(Agotado).

160 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXI.—Sevilla, 1964.—907 págs., 24 × 17 cms., 1.400 grs.—2.500 pesetas.

161 GARRIDO CONDE, María Teresa: *La creación del virreinato de Nueva Granada (1717-1723).*—Sevilla, 1965.—120 págs., 1 láms., 24 × 17 cms., 200 grs.— (Agotado).

162 NAVARRO GARCIA, Luis: *Las provincias internas en el siglo XIX.*—Sevilla, 1965.—133 págs., 12 láms., 24 × 17 cms., 240 grs.—(Agotado).

163 MORALES PADRON, Francisco y LLAVADOR MIRA, José: *Mapas, Planos y Dibujos sobre Venezuela existentes en el Archivo General de Indias* (Segunda serie).—Sevilla, 1965.—75 págs., 36 láms., 24 × 17 cms., 250 grs.—(Agotado).

164 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXII.—Sevilla, 1965.—XIV + 1.113 págs., 24 × 17 cms.—2.500 pesetas.

165 PEREZ APARICIO, Josefina: *Pérdida de la isla de Trinidad.*—Sevilla, 1966.—230 págs., 2 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

166 CUELLO MARTINELL, María Angeles: *La renta de los naipes en Nueva España.*—Sevilla, 1966.—105 págs., 24 × 17 cms.—(Agotado).

167 TOBAR, Balthasar: *Compendio del Bulario Indico* (Tomo II). Estudio y edición de Manuel Gutiérrez de Arce.—Sevilla, 1966.—435 págs., 24 × 17 cms.—(Agotado).

168 NAVARRO GARCIA, Luis: *La Sublevación Yaqui de 1740.*—Sevilla, 1966.—159 págs., 1 lám., 24 × 17 cms.—(Agotado).

169 VILA VILAR, Enriqueta: *Los rusos en América.*—Sevilla, 1966.—104 págs., 9 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

170 LOHMANN VILLENA, Guillermo: *Juan de Matienzo. Autor del «Gobierno del Perú». (Su personalidad y su obra).*—Sevilla, 1966.—120 págs., 24 × 17 cms.—(Agotado).

171 RODRIGUEZ BAENA, María Luisa: *La Sociedad Económica de Amigos del País de Manila en el siglo XVIII.*—Sevilla, 1966.—XIV + 216 págs., 22 × 16 cms., 300 grs.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

172 GONZALEZ MARTIN, Jerónimo Pablo: *Cinco poeta franco-canadienses actuales.*—Sevilla, 1966.—167 págs., 30 × 13 cms., 250 grs.—Col. *Mar Adentro.*—(Agotado).

173 SARRABLO AGUARELES, Eugenio: *El Conde de Fuenclara y Virrey de Nueva España (1687-1752).* Tomo I.—Sevilla, 1955.—X + 330 págs., 24 × 17 cms., 525 grs. Tomo II.—Sevilla, 1966.—709 págs., 24 × 17 cms., 1.000 grs.—(Agotado).

174 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXIII.—Sevilla, 1966.—24 × 17 cms., 792 págs., ilust.—(Agotado).

175 *Estudios Lascasianos. IV Centenario de la muerte de Fray Bartolomé de las Casas, 1566-1966.*—Sevilla, 1966.—474 págs., 24 × 17 cms., ilust.—(Agotado).

176 NAVARRO GARCIA, Luis: *Sonora y Sinaloa en el siglo XVII.*—Sevilla, 1967.—336 págs., 22 × 16 cms., ilust., 350 grs.—(Agotado).

177 *Los Virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos III.*—Dirección y estudio preliminar de José Antonio Calderón Quijano. Tomo I: *El Virrey Marqués de Cruillas,* por María del Pópulo Antolín Espino; *El Marqués de Croix,* por Luis Navarro García; *Don Antonio María Bucareli,* por María Lourdes Díaz-Trechuelo Spínola, Concepción Pajarón Parody, María Luisa Rodríguez Baena.—Sevilla, 1967.—XXXIV + 683 págs., 24 × 17 cms., ilust., 1.500 grs.—(Agotado).

178 *Los Virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos III.*—Descripción y estudio preliminar de José Antonio Calderón Quijano. Tomo II: *Martín de Mayorga,* por José Joaquín Real Díaz y Antonia Marina Heredia Herrera: *Matías de Gálvez,* por Mariana Rodríguez del Valle y Angeles Conejo Díez de la Cortina; *El Conde de Gálvez,* por María del Carmen Galbis Díez; *Alonso Núñez de Haro,* por Adolfo Rubio Gil.—Sevilla, 1968.—418 págs., 24 × 17 cms., ilust., 450 grs.—(Agotado).

179 SANCHEZ BELLA, Ismael: *La organización financiera de las Indias (siglo XVI).*—Sevilla, 1968.—361 págs., 3 láms., 24 × 17 cms., 550 grs.—(Agotado).

180 MURO OREJON, Antonio; PEREZ-EMBID, Florentino y MORALES PADRON, Francisco: *Pleitos Colombinos*. Tomo I.—Sevilla, 1967.—XXVI + 234 págs., 24 × 17 cms., 700 grs.—(Agotado).

181 MURO OREJON, Antonio: *Hernando Cortés, exequias, almoneda e inventario de sus bienes*.—Sevilla, 1967—73 págs., 4 láms., 24 × 17 cms., 150 grs.—(Agotado).

182 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XXIV.—Sevilla, 1967.—1.258 págs., 46 láms., 24 × 17 cms., 1.950 grs.—2.500 pesetas.

183 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol XXV.—Sevilla, 1968.—838 págs., 88 láms., 24 × 17 cms., 1.350 grs.—2.500 pesetas.

184 CALDERON QUIJANO, José Antonio: *Nueva Cartografía de los Puertos de Acapulco, Campeche y Veracruz*.—Sevilla, 1969.—49 págs., 72 láms., 24 × 17 cms., 225 grs.—(Agotado).

185 MURO OREJON, Antonio: *Cedulario Americano del siglo XVIII*. Vol. II. Sevilla, 1969.—LXXVIII + 786 págs., 1 lám. 24 × 17 cms., rústica, con sobrecubierta, 1.360 grs.—1.500 pesetas.

186 BERNALES BALLESTEROS, Jorge: *Edificación de la Iglesia Catedral de Lima. (Notas para la historia)*. En colaboración con la Cátedra «Inca Garcilaso» de la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla.—Sevilla, 1969.—VIII + 115 págs., 21 láms., 24 × 17 cms., 300 grs.—(Agotado).

187 TORRES RAMIREZ, Bibiano: *Alejandro O'Reilly en las Indias*.—Sevilla, 1969.—239 págs., 7 láms., 22 × 16 cms., 450 grs.—Col. *Dos Colores*.—(Agotado).

188 PEREZ-EMBID, Florentino; MORALES PADRON, Francisco: *Bibliografía Española de Historia Marítima (1932-1962)*.—Sevilla, 1970.—XVI + 155 págs., 20 × 15 cms., 230 grs.—(Agotado).

189 GIL-BERMEJO GARCIA, Juana: *Panorama Histórico de la Agricultura en Puerto Rico*.—Sevilla, 1970.—XVI + 385 págs., 27 láms., 24 × 17 cms., 700 grs.—(Agotado).

190 REAL DIAZ, José Joaquín: *Estudio Diplomático del Documento Indiano*.—Sevilla, 1970.—XII + 307 págs., 22 láms., 20 × 15 cms., 450 grs.—(Agotado).

191 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XXVI. Sevilla, 1969.—842 págs., 11 láms., 24 × 17 cms., 1.250 grs.—1.500 pesetas.

192 LUQUE ALCAIDE, Elisa: *La Educación en Nueva España en el siglo XVIII*. Sevilla, 1970.—XLIV + 403 págs., 4 láms., 17 × 24 cms., 750 grs.—(Agotado).

193 MORALES PADRON, Francisco: *Cedulario de Canarias*. Tomo I, (1566-1597).—Sevilla, 1970.—XXVI + 415 págs., 17 × 24 cms., 750 grs.—(Agotado).

194 MORALES PADRON, Francisco: *Ceduiario de Canarias*. Tomo II (1601-1693 y 1701-1704).—Sevilla, 1970.—403 págs., 17 × 24 cms., 700 grs.—(Agotado).

195 MORALES PADRON, Francisco: *Cedulario de Canarias*. Tomo III (1592-1709).—Sevilla, 1970.—421 págs., 17 × 24 cms., 725 grs.—(Agotado).

196 *Historiografía y Bibliografía Americanistas*.—Sevilla, 1971.—Vol. XV, núms. 1, 2 y 3 (Tres volúmenes). Cada número.—1.100 pesetas.

197 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXVII.—Sevilla, 1970.—XVI + 926 págs., 24 × 17 cms.—2.500 pesetas.

198 DIAZ-TRECHUELO SPINOLA, María Lourdes: *América en la «Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España».*—Sevilla, 1970.—104 págs., 24 × 17 cms.—(Agotado).

199 EUGENIO MARTINEZ, María Angeles: *La Defensa de Tabasco, 1600-1717.* Sevilla, 1971.—XV + 196 págs., 2 láms., 22 × 16 cms.—Col. *Dos Colores.*—1.000 pesetas.

200 RUIZ RIVERA, Julián Bautista: *Fuentes para la Demografía de Nueva Granada.*—Sevilla, 1972.—166 págs., 1 lám., 22 × 16 cms.—350 pesetas.

201 SARABIA VIEJO, María Justina: *El juego de gallos en Nueva España.*—Sevilla, 1972.—XXV + 149 págs., 11 láms., 22 × 16 cms.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

202 RAMOS PEREZ, Demetrio: *Ximénez de Quesada y el Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada.*—Sevilla, 1972.—347 págs., 17 × 24 cms.—1.500 pesetas.

203 «Los Virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos IV». Dirección y estudio preliminar por José Antonio Calderón Quijano. Tomo I: *El Virrey Manuel Antonio Flórez,* por María Luisa Rodríguez Baena; *El Segundo Conde de Revillagigedo,* por María Lourdes Díaz-Trechuelo Spínola, Concepción Pajarón Parody y Adolfo Rubio Gil; *El Virrey Marqués de Branciforte,* por Luis Navarro García y María del Pópulo Antolín Espino.—Sevilla, 1972.—XLII + 649 págs., 24 × 17 cms., ilust.—(Agotado).

204 «Los Virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos IV». Dirección y estudio preliminar de José Antonio Calderón Quijano. Tomo II: *El Virrey Miguel de Azanza,* por María del Carmen Galbis Díez; *El Virrey Félix Berenguer de Marquina,* por Mariana Rodríguez del Valle; *El Virrey José de Iturrigaray,* por José Joaquín Real Díaz y Antonia M. Heredia Herrera.—Sevilla, 1972.—346 págs., 24 × 17 cms., ilust.—2.000 pesetas.

205 JUAREZ MORENO, Juan: *Corsarios y Piratas en Veracruz y Campeche.*—Sevilla, 1972.—516 págs., 20 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

206 GARCIA-BAQUERO GONZALEZ, Antonio: *Comercio Colonial y Guerras Revolucionarias.* (La decadencia económica de Cádiz a raíz de la emancipación americana).—Sevilla, 1972.—254 págs., 7 láms., 22 × 16 cms.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

207 GARCIA BERNAL, Manuela: *La Sociedad de Yucatán, 1700-1750.*—Sevilla, 1972.—XIII + 195 págs., 2 mapas, 22 × 16 cms.—(Agotado).

208 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1972.—Vol. XVI, núm. 1, 210 págs., 2 mapas, 23 × 16 cms; núm. 2, 171 págs., 23 × 16 cms.; núm. 3, 211 págs., 23 × 16 cms.—Cada número, 1.110 pesetas.

209 BERNALES BALLESTEROS, Jorge: *Lima, la Ciudad y sus Monumentos.*—Sevilla, 1972.—XIX + 387 págs., 80 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

210 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXVIII.—Sevilla, 1971.—XVIII + 581 págs., 24 × 17 cms., 975 grs. Ejemplar suelto: Espaya, 2.500 pesetas; ejemplar suelto extranjero, 3.600 pesetas.

211 LOPEZ CANTOS, Angel: *Don Francisco de Saavedra, Segundo Intendente de Caracas.*—Sevilla, 1973.—184 págs., 22 × 16 cms.—Col. *Dos Colores.*—1.000 pesetas.

212 TORRES RAMIREZ, Bibiano: *La Compañía Gaditana de Negros.*—Sevilla, 1973.—227 págs., 8 láms., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

213 CHACON TORRES, Mario: *Arte virreinal en Potosí.*—Sevilla, 1973.—XV + 329 págs., 62 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

214 MORA MERIDA, José Luis: *Historia social del Paraguay, 1606-1650.*—Sevilla, 1973.—398 págs., 4 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

215 FERNANDEZ CANO, Víctor: *Las defensas de Cádiz en la Edad Moderna.*—Sevilla, 1973.—390 págs., 107 láms., 24 × 17 cms.—700 pesetas.

216 BORREGO PLA, María del Carmen: *Palenque de Negros en Cartagena de Indias a fines del Siglo XVII.*—Sevilla, 1973.—180 págs., 3 láms., 19 × 12 cms.—Colección *Dos Colores.*—(Agotado).

217 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXIX.—Sevilla, 1972.—XXX + 663 págs., 47 láms., 24 × 17 cms., 1.250 grs. Ejemplar suelto: España, 2.500 pesetas; ejemplar suelto extranjero, 3.600 pesetas.

218 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1973.—Volumen XVII, núms. 1-2, 182 págs., 16 × 23 cms.—1.100 pesetas; núm. 3, 221 págs., 16 × 23 cms.—2.200 pesetas.

19 HERNANDEZ PALOMO, José Jesús: *El aguardiente de caña en México (1724-1810).*—Sevilla, 1974.—XX + 181 págs., 4 láms., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—1.000 pesetas.

220 SERRERA CONTRERAS, Ramón María: *Lino y cáñamo en Nueva España, 1777-1800.*—Sevilla, 1974.—XXII + 327 págs., 11 láms., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—1.000 pesetas.

221 ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, L. Javier: *El Marqués de Ovando, Gobernador de Filipinas (1750-1754).*—Sevilla, 1974.—XVIII + 274 págs., 17 láms., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—500 pesetas.

222 LOHMANN VILLENA, Guillermo: *Los Ministros de la Audiencia de Lima (1700-1821).*—Sevilla, 1974.—CXXIV + 200 págs., 18 láms., 24 × 17 cms.—600 pesetas.

223 VILA VILAR, Enriqueta: *Historia de Puerto Rico (1600-1650).*—Sevilla, 1974.—XVII + 279 págs., 12 láms., 24 × 17 cms.—1.000 pesetas.

224 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1974.—Vol. XVIII, núm. 1, 178 págs., 16 × 23 cms.—1.100 pesetas; núms. 2-3, 364 págs., 16 × 23 cms.—2.200 pesetas.

225 GALVEZ PIÑAL, Esperanza: *La visita de Monzón y Prieto de Orellana al Nuevo Reino de Granada.*—Sevilla, 1974.—XVI + 153 págs., 19 × 12 cms.—Colección *Dos Colores.*—400 pesetas.

226 CANTERLA MARTIN, Francisco: *Vida y Obra del Primer Conde de Regla.*—Sevilla, 1975.—XVIII + 160 págs., 12 láms., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—500 pesetas.

227 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXX.—Sevilla, 1973.—XVI + 863 págs., 141 láms., 24 × 17 cms., 1.500 grs.—2.500 pesetas.

228 RUIZ RIVERA, Julián Bautista: *Encomienda y Mita en Nueva Granada en el Siglo XVII.*—Sevilla, 1975.—XXX + 454 págs., 7 láms., 24 × 17 cms.—2.000 pesetas.

229 MURO ROMERO, Fernando: *Las presidencias-gobernaciones en Indias (Siglo XVI).*—Sevilla, 1975.—XVIII + 255 págs., 7 láms., 24 × 17 cms.—800 pesetas.

230 CALDERON QUIJANO, José A.: *Las defensas del Golfo de Cádiz en la Edad Moderna.*—Sevilla, 1976.—262 págs., 127 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

231 LOPEZ CANTOS, Angel: *Historia de Puerto Rico (1650-1700).*—Sevilla, 1975.—XVIII + 426 págs., 8 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

232 MIRANDA VAZQUEZ, Trinidad: *La gobernación de Santa Marta (1570-1670).* Sevilla, 1976.—XVI + 212 págs., 12 láms., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

233 QUERALTO MORENO, Ramón-Jesús: *El pensamiento filosófico-político de Bartolomé de las Casas.*—Sevilla, 1976.—XIV + 456 págs., 24 × 17 cms.—(Agotado).

234 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXXI.—Sevilla, 1974.—XL + 1.047 págs., 37 láms., 24 × 17 cms., 1.700 grs.—2.500 pesetas.

235 MORA MERIDA, José Luis: *Iglesia y sociedad en Paraguay en el siglo XVIII.*—Sevilla, 1976.—X + 186 págs., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—1.000 pesetas.

236 MOLINO GARCIA, María Teresa: *La encomienda en el Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII.*—Sevilla, 1976.—XIII + 206 págs., 2 láms., 20 × 13 cms.—Col. *Dos Colores.*—(Agotado).

237 GARCIA-BAQUERO GONZALEZ, Antonio: *Cádiz y el Atlántico (1717-1778).* (2 tomos).—Sevilla, 1976.—Tomo I: XIV + 570 págs., 16 láms.—Tomo II: X + 296 págs., 17 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

238 *«La encomienda en Popayán».* (Tres estudios). PADILLA ALTAMIRANO, Silvia: *Tasaciones de encomiendas de Popayán en el siglo XVI;* LOPEZ ARELLANO, María Luisa: *Las encomiendas de Popayán en los siglos XVII y XVIII;* GONZALEZ RODRIGUEZ, Adolfo Luis: *Las familias encomenderas de Popayán.*—Sevilla, 1977.—XVI + 412 págs., 24 × 17 cms.—(Agotado).

239 VILA VILAR, Enriqueta: *Hispanoamérica y el comercio de esclavos. Los asientos portugueses.*—Sevilla, 1977.—XI + 306 págs., 13 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

240 EUGENIO MARTINEZ, María Angeles: *Tributo y trabajo del indio en Nueva Granada.*—Sevilla, 1977.—XVIII + 654 págs., 1 lámina, 24 × 17 cms.—1.500 pesetas.

241 SERRERA CONTRERAS, Ramón María: *Guadalajara ganadera. Estudio regional novohispano (1760-1805).*—Sevilla, 1977.—XXI + 458 págs., 53 láms., 24 × 17 cms.—(Agotado).

242 MURO OREJON, Antonio: *Cedulario Americano del Siglo XVIII.*—Sevilla, 1977.—LXXX + 445 págs., 24 × 17 cms., rústica, con sobrecubierta, tomo III.—(Agotado).

243 ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, L. Javier: *Comercio exterior de Veracruz (1778-1821). Crisis de dependencia.*—Sevilla, 1978.—XXVII + 456 págs., 13 láms., 24 × 17 cms.—1.500 pesetas.

244 SARABIA VIEJO, María Justina: *Don Luis de Velasco, Virrey de Nueva España (1550-1564).*—Sevilla, 1978.—XXIV + 541 págs., 22 láms., 24 × 17 cms.—1.600 pesetas.

245 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXXII.—Sevilla, 1975.—24 × 17 cms., XVI + 658 págs., 30 láms.—2.500 pesetas.

246 CALDERON QUIJANO, José Antonio; FERNANDEZ CANO, Víctor; SARABIA VIEJO, María Justina y HERNANDEZ PALOMO, José Jesús: *Cartografía Militar y Marítima de Cádiz (1513-1878).* 2 volúmenes.—Sevilla, 1978. I: CXCIV + 732 págs., 1 lámina. II: X págs., 713 + 46 figuras, 24 × 17 cms.—5.000 pesetas los dos volúmenes.

247 DURAN MONTERO, María Antonia: *Fundación de ciudades en el Perú durante el siglo XVI.*—Sevilla, 1978.—XXXVIII + 210 págs., 33 láminas, 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—1.000 pesetas.

248 PEREZ-MALLAINA BUENO, Pablo Emilio: *Comercio y autonomía en la Intendencia de Yucatán (1797-1814).*—Sevilla, 1978.—XIX + 268 págs., 12 hs., lám., 19,5 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—500 pesetas.

249 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1976.—Vols. XIX-XX, VI + 378 págs., 23 × 16 cms.—1.100 pesetas.

250 HEREDIA HERRERA, Antonia: *La renta del azogue en Nueva España (1709-1751).*—Sevilla, 1978.—XXVI + 227 págs., 7 hs., 24 × 17 cms.—1.000 pesetas.

251 MACIAS DOMINGUEZ, Isabelo: *Cuba en la primera mitad del siglo XVII.* Sevilla, 1978.—XIX + 671 págs., 14 láms., 24 × 17 cms.—1.800 pesetas.

252 GARCIA BERNAL, Manuela Cristina: *Yucatán. Población y Encomienda bajo los Austrias.*—Sevilla, 1978.—XIX + 595 págs., 7 hs., 1 mapa, 24 × 17 cms.—1.700 pesetas.

253 TORRES RAMIREZ, Bibiano; GIL-BERMEJO GARCIA, Juana y VILA VILAR, Enriqueta: *Cartas de Cabildos Hispanoamericanos. Audiencia de Panamá.*—Sevilla, 1978.—XXV + 432 págs., 7 hs., 24 × 17 cms.—1 300 pesetas.

254 REGLAMENTO PARA EL COMERCIO LIBRE, 1778. Edición de Torres Ramírez, Bibiano y Ortiz de la Tabla Ducasse, L. Javier.—Sevilla, 1979.—125 págs., 24 × 17 cms.—500 pesetas.

255 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXXIII.—Sevilla, 1976.—24 × 17 cms., XXII + 962 págs., 18 láms.—2.500 pesetas.

256 MATTA RODRIGUEZ, Enrique de la: *El asalto de Pointis a Cartagena de Indias.*—Sevilla, 1979.—XVII + 217 págs., 2 láms., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—1.000 pesetas.

257 BERNAL RUIZ, María Pilar: *La toma del Puerto de Guayaquil en 1687.*—Sevilla, 1979.—XIV + 138 págs., 2 láms., 19 × 12 cms.— Col. Dos Co*lores.*—1.000 pesetas.

258 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1977.—Vol. XXI, VIII + 414 págs., 23 × 16 cms.—1.100 pesetas.

259 GOMEZ GOMEZ, Amalia: *Las visitas de la Real Hacienda novohispana en el reinado de Felipe V (1710-1733).*—Sevilla, 1979.—XVII + 289 págs., 24 × 17 cms.—1.000 pesetas.

260 LALINDE ABADIA, Jesús: *La administración española en el siglo XIX puertorriqueño.*—Sevilla, 1980.—XIII + 186 págs., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—1.000 pesetas.

261 GARRIDO ARANDA, Antonio: *Organización de la Iglesia en el Reino de Granada y su proyección en Indias.*—Sevilla, 1980.—XXII + 385 págs., 24 × 17 cms.—1.200 pesetas.

262 HERNANDEZ PALOMO, José Jesús: *La renta del Pulque en Nueva España (1663-1810).*—Sevilla, 1980.—XXXV + 503 págs., 24 × 17 cms.—2.000 pesetas.

263 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXXIV.—Sevilla, 1977.—24 × 17 cms., XIV + 902 págs., 63 láms.—2.500 pesetas.

264 MEDINA ROJAS, Francisco de Borja: *José de Ezpeleta, Gobernador de la Mobila (1780-1781).*—Sevilla, 1980.—LXXXII + 869 págs., 24 × 17 cms.—3.000 pesetas.

265 GARCIA FUENTES, Lutgardo: *El comercio español con América (1650-1700).* Sevilla, 1980.—XXVI + 574 págs., 24 × 17 cms.—1.800 pesetas.

266 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1978.—Vol. XXII, VI + 246 págs., 23 × 16 cms.—1.100 pesetas.

267 SEVILLA SOLER, María Rosario: *Santo Domingo Tierra de Frontera (1750-1800).*—Sevilla, 1980.—XX + 502 págs., 24 × 17 cms.—1.800 pesetas.

268 TORRES RAMIREZ, Bibiano: *La Armada de Barlovento.*—Sevilla, 1981.—XX + 337 págs., 24 × 17 cms.—1.200 pesetas.

269 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXXV.—Sevilla, 1978.—XII + 622 págs., 54 láms.—2.500 pesetas.

270 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1979.—Vol. XXIII, VIII + 232 págs., 23 × 16 cms.—1.100 pesetas.

271 MORA MERIDA, José Luis: *Paraguay y Uruguay Contemporáneos.*—Sevilla, 1981.—318 págs., 20 × 14 cms.—Col. *Mar Adentro.*—1.500 pesetas.

272 MARCHENA FERNANDEZ, Juan: *La Institución Militar en Cartagena de Indias (1700-1810).*—Sevilla, 1982.—XIV + 506 págs., 24 × 17 cms.—1.800 pesetas.

273 *Actas de las I Jornadas de Andalucía y América.*—II tomos.—Huelva, 1981.—(Agotado).

274 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXXVI.—Sevilla, 1979.—24 × 17 cms., XII + 702 págs., 2 láms.—2.500 pesetas.

275 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1980.—Vol. XXIV, 23 × 16 cms., VIII + 306 págs. 1.100 pesetas.

276 MUÑOZ PEREZ, José: *Discurso y reflexiones en torno a la comunidad hispánica de naciones.*—Sevilla, 1982.—202 págs., 20 × 14 cms.—Col. *Mar Adentro.*—800 pesetas.

277 BARRERA LOPEZ, Trinidad: *La estructura de Abaddon el Exterminador.*—Sevilla, 1982.—X + 255 págs., 24 × 17 cms.—1.200 pesetas.

278 MORA VALCARCEL, Carmen de: *Teoría y Práctica del Cuento en los relatos de Cortázar.*—Sevilla, 1982.—XIII + 334 págs., 24 × 17 cms.—1.400 pesetas.

279 PEREZ-MALLAINA BUENO, Pablo Emilio: *Política Naval Española en el Atlántico 1700-1715.*—Sevilla, 1982.—XX + 486 págs., 24 × 17 cms.—2.000 pesetas.

280 MENA GARCIA, María del Carmen: *Santa Marta durante la Guerra de Sucesión Española.*—Sevilla, 1982.—XIII + 134 págs., 24 × 17 cms.—(Agotado).

281 CANTERLA Y MARTIN DE TOVAR, Francisco: *La Iglesia de Oaxaca en el siglo XVIII.*—Sevilla, 1982.—XXII + 273 págs., 24 × 17 cms.—1.600 pesetas.

282 *Pleitos Colombinos.* Vol. II.—Sevilla, 1982.—24 × 17 cms.—XXXII + 158 págs.—1.500 pesetas.

283 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXXVII.—Sevilla, 1980.—24 × 17 cms.—XIII + 774 págs., 54 láms.—2.500 pesetas.

284 VILLASEÑOR Y SANCHEZ, José Antonio de: *Suplemento al theatro americano (La ciudad de México en 1755)* Edición de Ramón María Serrera. Universidad Nacional Autónoma de México. Escuela de Estudios Hispano-Americanos, C.S.I.C. México, 1980.—158 págs., 16 láms.—1.000 pesetas.

285 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1981.—Vol. XXV, 23 × 16 cms., VII + 282 págs.—1.100 pesetas.

286 MARCHENA FERNANDEZ, Juan: *Oficiales y soldados en el ejército de América.*—Sevilla, 1983.—XVIII + 400 págs., 24 × 17 cms.—1.800 pesetas.

287 RICO LINAGE, Raquel: *Las reales compañías de comercio con América. Los órganos de gobierno.*—Sevilla, 1983.—XV + 409 págs., 24 × 17 cms.—1.800 pesetas.

288 BORREGO PLA, María Carmen: *Cartagena de Indias en el siglo XVI.*—Sevilla, 1983.—XXIII + 556 págs., 24 × 17 cms.—2.200 pesetas.

289 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXXVIII.—Sevilla, 1981.—24 × 17 cms., XV + 693 págs., 70 láms.—2.500 pesetas.

290 GIL-BERMEJO GARCIA, Juana: *La Española: Anotaciones históricas (1600-1650).*—Sevilla, 1983.—X + 410 págs., 24 × 17 cms.—2.200 pesetas.

291 CALDERON QUIJANO, José Antonio: *Historia de las Fortificaciones de Nueva España.*—Segunda edición aumentada y puesta al día.—Madrid, 1984.—LXIX + 508 págs., 29 × 22 cms., 251 láms.—4:500 pesetas.

292 *Andalucía y América en el siglo XVI* (Dos tomos).—Sevilla, 1983.—Tomo I: LX + 555 págs., 1 lám.—Tomo II: IX + 516 págs., 56 láms., 24 × 17 cms.—4.000 pesetas.

293 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1982.—Vol. XXVI, 23 × 16 cms., IV + 287 págs., 13 láms.—1.100 pesetas.

294 CALDERON QUIJANO, José Antonio. *Las defensas indianas en la Recopilación de 1680.*—Sevilla, 1984.—XIII + 220 págs., 24 × 17 cms., 39 láms. 1.400 pesetas.

295 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XXXIX.—Sevilla, 1982.—24 × 17 cms., XII + 590 págs., 29 láms.—2.500 pesetas.

296 HEREDIA HERRERA, Antonia Marina: *Catálogo de las Consultas del Consejo de Indias (1605-1609).*—Sevilla, 1984.—Edición conjunta con la Diputación Provincial de Sevilla.—608 págs., 24 × 17 cms.—2.000 pesetas.

297 VEGA FRANCO, Marisa: *El tráfico de esclavos con América.*—Sevilla, 1984.—X + 220 págs., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—1.500 pesetas.

298 *Pleitos Colombinos.* Vol. III.—Sevilla, 1984.—L + 458 págs., 24 × 17 cms.—2.000 pesetas.

299 LAVIANA CUETOS, María Luisa: *La descripción de Guayaquil por Francisco Requena, 1774.*—Sevilla, 1984.—XII + 132 págs., 24 × 17 cms., 13 láms.—750 pesetas.

300 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1983.—Vol. XXVII.—VIII + 207 págs., 23 × 16 cms.—1.100 pesetas.

301 GIL-BERMEJO GARCIA, Juana; ORTIZ DE LA TABLA, Javier; TORRES RAMIREZ, Bibiano y VILA VILAR, Enriqueta: *Cartas de Cabildos Hispanoamericanos. Audiencia de Guatemala.* Tomo I.—Sevilla, 1984.—Edición conjunta con la Diputación Provincial de Sevilla.—XV + 524 págs., 24 × 17 cms.—2.200 pesetas.

302 GOMEZ PEREZ, María del Carmen: *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias.*—Sevilla, 1984.—XIX + 460 págs., 24 × 17 cms.—2.000 pesetas.

303 ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, L Javier: *Memorias Políticas y Económicas del Consulado de Veracruz, 1796-1822.*—Sevilla, 1985.—LXXXVII + 320 págs., 24 × 17 cms.—2.300 pesetas.

304 PRIETO LUCENA, Ana María: *Filipinas durante el gobierno de Manrique de Lara 1653-1663.*—Sevilla, 1984.—XIV + 163 págs., 19 × 12 cms., 5 láms.—Col. *Dos Colores.*—900 pesetas.

305 GORLA, Carlos María: *Los establecimientos españoles en la Patagonia: estudio institucional.*—Sevilla, 1984.—XIV + 261 págs., 19 × 12 cms.—Col. *Dos Colores.*—1.000 pesetas.

306 *Historiografía y Bibliografía Americanistas.*—Sevilla, 1984.—Vol. XXVIII.—IX + 230 págs., 23 × 16 cms.—1.100 pesetas.

307 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XL.—Sevilla, 1983.—24 × 17 cms., XII + 613 págs., 9 láms.—2.500 pesetas.

308 *Andalucía y América en el siglo XVII.* (Dos tomos).—Sevilla, 1985.—Tomo I: X + 410 págs., 3 láms.—Tomo II: VIII + 319 págs., 60 láms., 24 × 17 cms.—4.000 pesetas.

309 *Estudios del Reino de Guatemala.* Homenaje al Profesor S. D. Markman.—Sevilla, 1985.—XVIII + 201 págs., 9 láms., 24 × 17 cms.—1.400 pesetas.

310 VILA VILAR, Enriqueta y SARABIA VIEJO, María Justina: *Cartas de Cabildos Hispanoamericanos. Audiencia de México.* Tomo I.—Sevilla, 1985.—Edición conjunta con la Diputación Provincial de Sevilla.—XXXV + 513 págs., 24 × 17 cms.—2.500 pesetas.

311 *Presencia italiana en Andalucía. Siglos XIV-XVII.* Actas del I Coloquio Hispano-Italiano.—Sevilla, 1985.—X + 277 págs., 24 × 17 cms.—1.500 pesetas.

312 HEREDIA HERRERA, Antonia Marina: *Catálogo de las Consultas del Consejo de Indias (1617-1625).*—Sevilla. 1985.—Edición conjunta con la Diputación Provincial de Sevilla.—582 págs., 24 × 17 cms.—2.000 pesetas.

346 *Presencia italiana en Andalucía. Siglos XIV-XVII. Actas del III Coloquio Hispano-Italiano.*—Sevilla, 1989.—VIII + 533 págs., 24 × 17 cms.—3.000 pesetas.

347 LOHMANN VILLENA, Guillermo y SARABIA VIEJO, María Justina: *Francisco de Toledo. Disposiciones Gubernativas para el Virreinato de Perú.* Tomo II.—Sevilla, 1989.—XIII + 507 págs., 24 × 17 cms.—3.000 pesetas.

348 HERNANDEZ PRIETO, María Isabel: *Vida y obra del poeta argentino Rafael Obligado.*—Sevilla, 1989.—XVII + 288 págs., 14 × 20 cms.—Col. *Mar Adentro.*—1.500 pesetas.

349 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XLVI.—Sevilla, 1989.—XII + 568 págs., 24 × 17 cms.—2.500 pesetas.

350 Suplemento de ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS. Sección Historiografía y Bibliografía.—Vol. XLVI, núm. 2.—Sevilla, 1989.—IX + 298 págs., 24 × 17 cms.—1.100 pesetas.

351 RIVAS MUÑOZ, Mercedes: *Literatura y esclavitud en la novela cubana del siglo XIX.*—Sevilla, 1990.—XIV + 317 págs., 24 × 17 cms.—2.500 pesetas.

352 VILA VILAR, Enriqueta y SARABIA VIEJO, María Justina: *Cartas de Cabildos Hispanoamericanos. Audencia de México.* Tomo II.—Sevilla, 1990.—XXVIII + 483 págs., 24 × 17 cms.—2.500 pesetas.

353 *La imagen del indio en la Europa moderna.*—Sevilla, 1990.—XVI + 514 págs., 24 × 17 cms.—3.500 pesetas.

354 Suplemento de *ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS.* Sección Historiografía y Bibliografía.—Vol. XLVII, núm. 1.—Sevilla, 1990.—IX + 281 págs., 24 × 17 cms.—1.100 pesetas.

355 *Anuario de Estudios Americanos.*—Vol. XLVII.—Sevilla, 1990.—XII + 752 págs., 24 × 17 cms.—2.500 pesetas.

356 Suplemento de ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS. Sección Historiografía y Bibliografía.—Vol. XLVII, núm. 2.—Sevilla, 1990.—VIII + 315 págs., 24 × 17 cms.—1.100 pesetas.

357 Suplemento de ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS. Sección Historiografía y Bibliografía.—Vol. XLVIII, núm. 1.—Sevilla, 1991.—VIII + 278 págs., 24 × 17 cms.—1.100 pesetas.

358 *Anuario de Estudios Americanos.* Vol. XLVIII.—Sevilla, 1991.—XIII + 667 págs., 24 × 17 cms.—2.500 pesetas.

359 RIVERA CASTRO, José y HERNANDEZ PALOMO, José J.: *El agrarismo mexicano: Textos y Documentos (1909-1984).*—Sevilla, 1991.—XXXI + 238 págs. 24 × 17 cms.—1.800 pesetas.

360 ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier; FERNANDEZ MARTINEZ, Montserrat y RIVERA GARRIDO, Agueda: *Cartas de Cabildos Hispanoamericanos. Audiencia de Quito.*—Sevilla, 1991.—XX + 506 págs., 24 × 17 cms.—3.000 pesetas.

361 VILA VILAR, Enriqueta: *Los Corzo y los Mañara: tipos y arquetipos del mercader con Indias.*—Sevilla, 1991.—310 págs., 24 × 17 cms.—2.000 pesetas.

362 Suplemento de ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS. Sección Historiografía y Bibliografía.—Vol. XLVIII, núm. 2.—Sevilla, 1991.—VIII + 232 págs., 24 × 17 cms.—1.100 pesetas.

363 GARCIA MORALES, Alfonso: *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea.*—Sevilla, 1992.—X + 295 págs., 24 × 17 cms.—3.000 pesetas.

EN PRENSA:

MENA GARCIA, Carmen: *La ciudad en su cruce de caminos: Panamá «La Vieja» y sus orígenes urbanos.*

NAVARRO GARCIA, Jesús Raúl: *Entre esclavos y constituciones. (El colonialismo liberal de 1837 en Cuba.)*

ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier: *Los encomenderos de Quito.*

MAESTRE ALFONSO, Juan: *Constituciones y Leyes Políticas de América Latina, Filipinas y Guinea Ecuatorial. Brasil y Argentina.*

Suplemento de ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS. Sección Historiografía y Bibliografía.—Vol. XLIX, núm. 1.